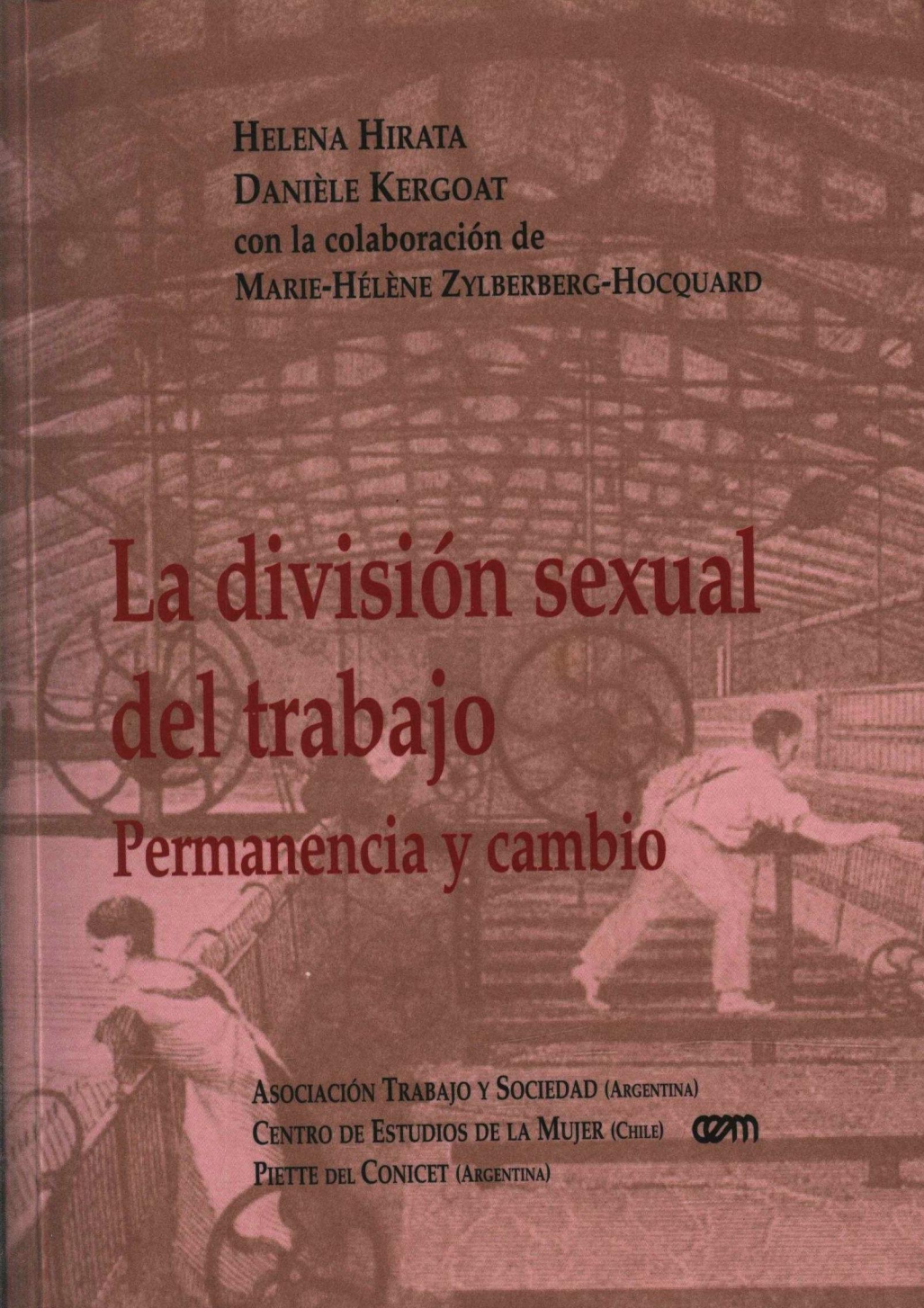
Helena Hirata
Danièle Kergoat
con la colaboración de
Marie-Hélène Zylberberg-Hocquard

La división sexual del trabajo

Permanencia y cambio



Asociación Trabajo y Sociedad (Argentina)
Centro de Estudios de la Mujer (Chile)
Piette del Conicet (Argentina)

La división sexual del trabajo
Permanencia y cambio

Asociación Trabajo y Sociedad

Colección Ciencias Sociales del Trabajo

Condiciones y medio ambiente de trabajo en Argentina

1. Aspectos teóricos y metodológicos

2. La situación por sectores específicos

3. Nuevas dimensiones de las CYMAT

AUTORES VARIOS. ED. HECTOR CORDONE, SILVIA KORINFELD, ESTHER GIRAUDO Y JULIO C. NEFFA, Bs. As., 1987, 236 pags.

4. Procesos de trabajo, nuevas tecnologías informatizadas y condiciones y medio ambiente de trabajo en la Argentina, JULIO CESAR NEFFA, Bs. As. , 1988, 130 pags.

5. Tecnología y Trabajo, AUTORES VARIOS, Bs. As., 1988, 120 pags.

6. ¿Qué son las condiciones y medio ambiente de trabajo? Propuesta de una nueva perspectiva, JULIO CESAR NEFFA, Bs. As., 1988, 186 pags.

7. Ergonomía y condiciones de trabajo, ALAIN WISNER, Bs. As. , 1988, 300 pags.

8. El cuerpo humano trabajando, Bs. As. , 1989, 63 pags.

9. La teoría de la regulación Un análisis crítico, ROBERT BOYER, Bs. As., 1989, 178 pags.

10. Trabajo y desgaste mental.. Una contribución a la psicopatología del trabajo, CRISTOPHE DESJOURS, Bs. As., 1990, 242 pags.

11. El proceso de trabajo y la economía de tiempo. Contribución al análisis crítico de K. Marx, F. W. Taylor y H. Ford, JULIO CÉSAR NEFFA, Bs. As., 1990, 349 pags.

12. Efectos de las nuevas tecnologías informatizadas sobre la salud de los trabajadores, MARIO EPELMAN, DANIEL FONTANA, JULIO CÉSAR NEFFA, Bs. As., 1990, 140 pags.

13. Condiciones y medio ambiente de trabajo (CYMAT). Manual de apoyo didáctico y guía para la capacitación, ESTHER GIRAUDO-GRUPO CYMAT-UTN GRAL. PACHECO-J.C-.NEFFA, Bs.As.,1990,154 pags.

14. El método del árbol de causas (para analizar los accidentes de trabajo en vistas a su prevención), ROBERT VILLATTE, Bs. As., 1990, 200 pags.

15. Las estrategias de las empresas frente a los recursos humanos. El post-taylorismo, FRANÇOIS STANKIEWICZ (COMP.), Bs. As., 1991, 326 pags.

16. Sindicalismo y sociedad. Problemas actuales del sindicalismo en el mundo, GEORGES SPYROPOULOS, Bs. As., 1991, 305 pags.

17. El empleo en el sector informal. Su integración a las estructuras económicas, JACQUES CHARMES, Bs.As., 1992, 107 pags.

18. Formación profesional:Calificaciones y clasificaciones profesionales. Su influencia en las relaciones de trabajo. La experiencia francesa, ANNETTE JOBERT, FRANÇOIS EYRAUD, YVES LICHTENBERGER, MICHÈLE TALLARD, CHRISTIANE ROLLE, JULIO CÉSAR NEFFA, Bs.As., 1992, 67 pags.

19. Envejecimiento y trabajo, ANTOINE LAVILLE (COMP.), Buenos Aires, 1993, 136 pags.

20. Condiciones y medio ambiente de trabajo y salud de los obreros de la industria del vidrio, ANA MARÍA CATALANO, NORA MENDIZÁBAL Y JULIO CÉSAR NEFFA, Buenos Aires, 1993, 304 pags.

21. Estadísticas sobre condiciones y medio ambiente de trabajo, SERGE VOLKOFF, Bs.As., 1993, 230 pags.

22. Nuevo paradigma productivo, flexibilidad y respuestas sindicales en América Latina. II° Reunión de la Red Franco-Latinoamericana "Trabajo y Tecnologías", VARIOS AUTORES, Buenos Aires, 1994, 332 pags.

23. Economía de las Convenciones, FRANÇOIS EYMARD-DUVERNAY (COMP.), Buenos Aires, 1994, 321 pags.

24. Política y gestión de la investigación científica y tecnológica, VARIOS AUTORES, Buenos Aires, 1994, 245 pag.

25. Made in France. Cómo enfrentar los desafíos de la competitividad industrial BENJAMIN CORIAT Y DOMINIQUE TADDÉI, Buenos Aires, 1995, 467 pags.

26. Teoría de la regulación: estado de los conocimientos, ROBERT BOYER E YVES SAILLARD (COORD.), Buenos Aires, 1996, 212 pags.

Helena Hirata
Danièle Kergoat
con la colaboración de
Marie-Hélène Zylberberg-Hocquard

La división sexual del trabajo

Permanencia y cambio

ASOCIACIÓN TRABAJO Y SOCIEDAD (ARGENTINA)
CENTRO DE ESTUDIOS DE LA MUJER (CHILE)
PIETTE del CONICET (ARGENTINA)

Supervisión técnica: Julio César Neffa
Traducción: Noemí Habicht
Alicia Rozas
Corrección: Graciela Torrecillas
Diseño y diagramación: Irene Brousse
Cuidado de la edición: Héctor Cordone
Irene Brousse

© Asociación Trabajo y Sociedad
Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Prohibida la reproducción total o parcial en cualquier forma
I.S.B.N. 987-95170-2-4
Impreso en Argentina, julio de 1997

Indice

Presentación 5

Introducción 7

Primera Parte
Concepto de trabajo, división sexual del trabajo y relaciones sociales de sexo (o relaciones de género)

- Por una Sociología de las relaciones sociales. Del análisis crítico de las categorías dominantes a una nueva conceptualización - *Danièle Kergoat* 15
- A propósito de las relaciones sociales de sexo - *Danièle Kergoat* 31
- División sexual e internacional del trabajo- *Helena Hirata* 41
- Relaciones sociales de sexo y división del trabajo. Contribución a la discusión sobre el concepto de trabajo- *Helena Hirata* 53

Bibliografía de la Primera Parte 65

Segunda Parte
Género, clases y movimientos sociales

- La clase obrera tiene dos sexos - *Helena Hirata y Danièle Kergoat* 77
- La enfermera coordinada - *Danièle Kergoat* 87

Bibliografía de la Segunda Parte 104

Tercera Parte

Tecnologías, calificación y división sexual del trabajo

- División internacional del trabajo y taylorismo. Brasil, Francia y Japón - *Helena Hirata* 109
- Nuevas tecnologías, calificación y división sexual del trabajo - *Helena Hirata* 127
- Las ausentes de la historia - *Danièle Kergoat* 139

Bibliografía de la Tercera Parte 151

Cuarta Parte

Confrontaciones interdisciplinarias sobre la división sexual del trabajo

- Relaciones sociales de sexo y psicopatología del trabajo - *Helena Hirata y Danièle Kergoat* 159
- Historia y división sexual del trabajo. La obrera - *Marie-Helène Zylberberg-Hocquard* 207
- Cuerpos femeninos en el espejo de la empresa - *Marie-Helène Zylberberg-Hocquard* 225
- Libertad e igualdad. Libertad o igualdad - *Marie-Helène Zylberberg-Hocquard* 247

Bibliografía de la Cuarta Parte 270

Presentación

El Programa de Investigaciones Económicas sobre Tecnología, Trabajo y Empleo (PIETTE del CONICET) y la Asociación civil Trabajo y Sociedad, junto con otros organismos de investigación, realizaron en 1995 un seminario intensivo de investigación sobre *La división social y sexual del trabajo*, a cargo de la Dra. Helena Hirata. El mismo permitió actualizar los conocimientos de quienes nos interesamos por la problemática del trabajo de las mujeres y de la relación "trabajo y género". Allí también se pasó revista a la bibliografía más relevante sobre el tema discriminación, visto desde la perspectiva de la división del trabajo y tomando en consideración la experiencia internacional.

El Grupo de Estudios sobre la División Social y Sexual del Trabajo (GEDISST), organismo vinculado al Centro Nacional de Investigación Científica (CNRS, Francia), dirigido en ese momento por la Dra. Hirata, constituye un estímulo intelectual y un ejemplo para las y los investigadores sobre género en Francia y en los distintos países de América Latina. Es un grupo estable de investigadoras, que ha trabajado sobre este tema por largo tiempo, que se ha beneficiado permanentemente de la discusión colectiva y de una reflexión acumulativa.

La novedad del enfoque, la calidad de los miembros del GEDISST, la riqueza del debate plantean la necesidad de continuar con la reflexión y nos llevó a programar esta publicación en conjunto con el Centro de Estudios de la Mujer (CEM) de Santiago de Chile. La misma es el resultado de una compilación realizada cuidadosamente por Helena Hirata y Danièle Kergoat, y de un meritorio esfuerzo de traducción encomendado a las Profs. Alicia Rozas y Noemí Sager que pone al alcance del público de habla castellana las investigaciones realizadas por las autoras a partir de 1983.

Los temas de trabajo y empleo son de gran importancia para la comprensión de los mecanismos que construyen y reprodu-

cen las jerarquías de género, así como para el cambio de estas jerarquías, para elevar los grados de autonomía y para el ejercicio de la ciudadanía de las mujeres.

Dentro del mercado de trabajo la situación no es homogénea según los sexos, sino todo lo contrario: las tasas de desocupación de las mujeres son mucho más elevadas que las de los hombres, sus sueldos y salarios promedio son inferiores a pesar de que esas diferencias no se encuentren justificadas por la falta de educación, de experiencia o de competencias profesionales. Según Helena Hirata y Danièle Kergoat, este fenómeno no se podía explicar recurriendo sólo a la ciencia económica.

Por otra parte, los estudios del GEDISST habían puesto en evidencia la coexistencia de dos procesos diferentes pero complementarios, que afectan a las mujeres: la explotación en el ámbito económico y la dominación en el ámbito doméstico. Dentro de las empresas esas dos situaciones se acumulan dando como resultado una división sexual y social del trabajo que opera en detrimento de las mujeres. El enfoque del GEDISST permite trascender la idea de complementariedad entre los sexos y captar mejor la complejidad de los fenómenos que organizan el mundo del trabajo y de los cambios que se observan en la economía y en la sociedad en su conjunto.

La importancia de estas hipótesis y sus implicancias para la vida económica, social y familiar han suscitado actualmente numerosos y apasionados debates en Argentina y en Chile. Con el propósito de alimentar estas polémicas con estudios e investigaciones científicas, el Centro de Estudios de la Mujer de Santiago de Chile, el PIETTE y la Asociación Trabajo y Sociedad de Argentina suman sus esfuerzos y recursos para editar el libro y difundirlo ampliamente.

Ximena Díaz
Directora
Centro de Estudios de la Mujer
Santiago de Chile

Julio César Neffa
Director
PIETTE del CONICET
Argentina

Introducción

Relaciones sociales de sexos y división sexual del trabajo son dos alocuciones indisociables y que componen un sistema: es así como aparecen a lo largo de esta obra, que quiere presentar la problemática de la división sexual del trabajo tal como se elaboró en el GEDISST -Grupo de Estudio Social y Sexual del Trabajo- equipo de investigación creado en 1983, en el Centro Nacional de Investigación Científica (CNRS, Francia).

El enfoque adoptado aquí trata de tener en cuenta, simultáneamente, relaciones sociales de sexos y de clases, cualquiera sea el campo de las prácticas estudiadas. Esta postura problemática nos coloca en una relación de interioridad/exterioridad con respecto a la Sociología del trabajo. En efecto, la Sociología del trabajo francesa, aunque totalmente basada en el paradigma de la división del trabajo, lo ignora cuando se trata de división sexual (para no decir nada del trabajo doméstico), lo que le resulta tanto más fácil en cuanto permanece encerrada en la empresa. Para nosotros, este "olvido" explica, en parte, la crisis que atraviesa actualmente. Las modificaciones tecnológicas, es verdad, interrogan y proveen puntos de anclaje para comprender el cambio; a lo que se agregan, con el aumento de la desocupación masiva, de la precariedad y de las formas de exclusión, una serie de interrogaciones sobre el trabajo y su sentido, sobre la crisis del sindicalismo y sobre una nueva definición posible y deseable del tiempo de trabajo (reducción o reparto del trabajo [*partage*]), aunque hoy la referencia al "ocio" parezca haber desaparecido. Ahora bien, las "escuelas" francesas de Sociología del trabajo, ante los cambios considerables que tuvieron lugar, y que continúan, tanto en la esfera del trabajo como en la sociedad entera, ignoran la existencia de seres sexuados y no toman en cuenta, en el mejor de los casos, más que los fenómenos de dominación.

Fuera de la Sociología del trabajo, se ofrecen otros terrenos de reflexión. Se pueden así criticar, a partir de la problemática desarrollada aquí, ciertos enfoques económicos de la cuestión (teoría de la segmentación o del ejército industrial de reserva, por ejemplo). Se puede también indicar el interés de los enfoques no-sociológicos que permiten enriquecer el análisis de la división sexual del trabajo y de las relaciones sociales de sexos, en especial la de la Psicopatología o de la Psicodinámica del trabajo.

La problemática de la división sexual del trabajo se presenta aquí como un marco teórico alternativo al ofrecido en términos de "complementariedad entre los sexos".

La idea de una "complementariedad entre los sexos" o de una "conciliación de los roles" puede tomar diversas formas. Bajo la forma de una "especialización de los roles sexuales", está presente desde hace largo tiempo en la sociología. Más recientemente, se desarrolló bajo la forma de una conciliación vida familiar/vida profesional. El último en surgir, desde este modo de explicación de la división sexual del trabajo, es el paradigma de asociación *(partenariat)*, es decir un "principio de asociación" (*principe de partenariat*) entre varones y mujeres, mencionado en los informes preparatorios de la ONU para la cuarta Conferencia Mundial de las Mujeres en Pekín (1995). Pensadas en términos de "lazo social", las relaciones sociales se consideran aquí desde el ángulo de una presunta igualdad entre los sexos.

La problemática de la división sexual del trabajo implica la "relación social" en oposición al simple "vínculo social": se trata de un pensamiento en términos de antagonismo, de contradicción, de relaciones de poder entre los sexos. Desde el comienzo las relaciones de sexo y las relaciones de clase, la opresión y la explotación se consideran indisociables. Afirmamos, en efecto, que entre los sexos existen relaciones sociales y que éstas evolucionan; hoy vivimos algunas de estas mutaciones: las que afectan a la nupcialidad y a la natalidad, el lugar de las mujeres en el mundo del trabajo, la educación de los

niños como de las niñas... Recurrir a la historia, sin tornarla un instrumento, autoriza igualmente un progreso de nuestra reflexión en dos campos: la epistemología permite cuestionar el enfoque del estudioso frente a una realidad compleja que él perturba y al mismo tiempo aclara; por otra parte, el estudio del trabajo asalariado femenino en el siglo XIX permite captar mejor, en la mutación y en la crisis, la existencia de una relación social. La historia de lo universal, es decir en realidad, el discurso masculino sobre un mundo de varones, concibiendo a la ciencia como "neutra", se reemplaza por una historia que se declara "mixta". Se asiste efectivamente a un tomar en consideración a las mujeres; en primer lugar, en la construcción del discurso existen de ahora en adelante ciertos pasajes obligados, ciertas expresiones forzosas: por ejemplo, una de las conquistas de la Revolución de 1848, el sufragio universal, debe ser calificado de aquí en más como masculino.

¿Esta sexualización de la historia produjo solamente un cambio superficial? ¿El pasaje de una moda en el campo histórico, o respuesta obligada a una interpelación de un movimiento feminista que habría experimentado un renacimiento? Por otra parte, el surgimiento de lo femenino en el estudio del pasado ¿fue ocasión de profundos cambios en nuestra comprensión de los procesos históricos? No sólo los ojos del historiador dejaron de estar ciegos ante una mitad de la humanidad, sino que su representación de los fenómenos sociales se habría modificado en consecuencia.

Si bien es siempre necesaria una vigilancia en este campo, la cuestión ya no es tanto si es posible una historia de las mujeres, porque las mujeres son objetos de la historia, cesaron de depender de las leyes inmutables de la naturaleza para convertirse en individuos sociales, en seres de cultura. El problema hoy no es tanto el de hacer una historia específica, sino el de superarla, a fin de modificar realmente la comprensión del pasado.

El trabajo es un campo que se presta particularmente a una demostración sobre la evolución pasada y deseable de una

historia sexuada y a la puesta en relieve de las relaciones sociales de sexos. A la vez, porque en el siglo XIX las mujeres que entran en el taller, en la fábrica, luego en la oficina, lo hacen por primera vez sin ambages al lado de los varones; y porque la contradicción entre el alegato acerca de los roles respectivos de los dos sexos, la codificación estricta y condicionante que define a la organización social por una parte, y la realidad cotidiana por otra, jamás ha sido tan fuerte; los contemporáneos tienen conciencia de esto.

La presentación de las rupturas y de las permanencias de la división sexual del trabajo en la historia conduciría, si completara por sí sola un análisis sociológico, a una visión etnocéntrica de las relaciones sociales de sexos. A ella se debe agregar un estudio a partir de comparaciones internacionales. En efecto, numerosos estudios de caso muestran una extrema variabilidad en la organización del trabajo, la gestión de la mano de obra y las formas de empleos según los sexos. Sin embargo, sigue planteando problemas una constatación permanente: la persistencia, a pesar de esta diversidad, de la división sexual del trabajo, en países muy contrastantes por su desarrollo económico, tecnológico e institucional.

Esta obra consta de cuatro partes:

La primera parte, "*Concepto de trabajo, división sexual del trabajo y relaciones sociales de sexo (o de género)*" explicita y define la problemática, la metodología, los campos y las herramientas de análisis a partir de los conceptos de "trabajo", "división del trabajo", "división sexual", "relaciones sociales" y "relaciones sociales de sexo".

La segunda parte, "*Género, clases y movimientos sociales*" considera la dinámica introducida en los movimientos sociales por el entrecruzamiento de las relaciones sociales de sexo (o género) y las relaciones sociales de clase, y trata de pensar las condiciones en que emerge -a través de las luchas- un nuevo paradigma del trabajo y una nueva figura salarial, esta vez sexuada.

La tercera parte, *"Tecnologías, calificación y división sexual del trabajo"*, alude a la división sexual en el universo del trabajo profesional y la inserción diferencial de las mujeres en el proceso de trabajo. Taylorismo y fordismo, especialización flexible y "modelo" japonés se examinan aquí considerando la dimensión sexuada, lo que lleva a cuestionar profundamente los paradigmas de organización industrial, que generalmente son *gender blinded* (ciegos respecto al género).

Por último, la cuarta parte, *"Confrontaciones interdisciplinarias sobre la división sexual del trabajo"*, muestra los aportes (reales y virtuales) y los límites de los intercambios entre disciplinas, a partir del análisis de las diferencias y de las divergencias sobre la división sexual del trabajo, en especial aquellas entre sociología, historia y psicopatología del trabajo.

Estas cuatro partes, en su conjunto, muestran que la problemática de la división sexual del trabajo interpela intensamente a los paradigmas dominantes y puede contribuir a su renovación: dar un estatus teórico a las categorías de sexo y de trabajo en las ciencias humanas y sociales, puede trastocar los enfoques dominantes en términos de conciliación de roles sexuados, en los que se puede distinguir un cierto biologismo - y/o naturalismo- subyacente. En esta obra tratamos de mostrar que la división sexual del trabajo es, por el contrario, una construcción social, por lo tanto histórica, y plantea la cuestión del cambio: si finalmente pudieron realizarse cambios, éstos fueron a menudo el resultado de modificaciones en las relaciones de fuerza entre los sexos, consecuencias ellas mismas de movimientos sociales muy amplios.

Helena Hirata,
Danièle Kergoat
Marie-Hélène Zylberberg-Hocquard

París, noviembre de 1995

PRIMERA PARTE

Concepto de trabajo, división sexual del trabajo y relaciones sociales de sexo (o relaciones de género)

Por una Sociología de las relaciones sociales

Del análisis crítico de las categorías dominantes a una nueva conceptualización*

DANIÈLE KERGOAT

I. Articular la producción y la reproducción

1. Articular la producción y la reproducción, en el seno de una problemática coherente, constituye una auténtica necesidad para mí. Necesidad que ha ido imponiéndose a medida que avanzaba en mi primer campo de investigación: la génesis de las reivindicaciones obreras.

Conviene señalar, por otra parte, que este esfuerzo de articulación es igualmente necesario tanto si se estudian los varones como las mujeres. Así, se han observado enormes diferencias en los umbrales de combatividad -modalidad e intensidad- a partir de posiciones análogas en la estructura productiva (obreros inmigrantes, sin calificación, de la misma nacionalidad, de la misma categoría de edad, en los mismos puestos de trabajo). Estas diferencias sólo adquirían sentido si se abandonaba el esquema pavloviano, según el cual la combatividad sería una *respuesta* (mediatizada por el grado de conciencia o no) a las condiciones de explotación, para sustituirlo por un razonamiento en términos de *prácticas sociales*, es decir, de un conjunto coherente (pero no necesariamente conciente) de comportamientos y actitudes identificables en el conjunto de la vida cotidiana (conjunto que adquiere coherencia en virtud de las relaciones sociales:

* Capítulo tomado de: BORDERÍAS, Cristina et alii, *Las mujeres y el trabajo: rupturas conceptuales*, Barcelona Icaria: Fuhem, 1994, ps. 71-85 (Economía crítica; 11) Publicado originalmente in: *Le sexe du travail*, P.U.G. Grenoble, 1984.

volveré sobre ello luego). En el caso antes citado, la diferencia entre trabajadoras y trabajadores inmigrados debía buscarse ciertamente por el lado de los proyectos de futuro y la vinculación con el país de origen[1], esto es, con el aspecto reproductivo. Dentro del mismo planteamiento, el universo productivo *strictu sensu* pronto nos pareció totalmente incapaz de explicar las diferencias de combatividad observables entre la población obrera de las fábricas de un mismo grupo industrial, geográficamente muy próximas entre sí. Para comprender esas diferencias, era preciso un análisis previo de la comunidad obrera, entidad muy viva en el valle, y de la familia, que constituía al mismo tiempo la unidad de explotación de la fuerza de trabajo[2] y también un lugar de aprendizaje y de ejercicio de la resistencia frente a la dominación patronal. La combatividad parecía existir, en efecto, a nivel de cada familia y encarnarse de manera casi indiferente en uno u otro miembro del grupo familiar, según el lugar de trabajo asalariado que cada cual ocupase.

2. En el caso de las obreras, la necesidad de tener en cuenta simultáneamente la producción y la reproducción, aunque de la misma naturaleza, resulta aún más imperiosa, al constituir una condición previa para la *visibilidad* de su grupo, su constitución como objeto sociológico, por un lado, y para la posibilidad de analizarlo, por otro. Me explicaré.

Posiblemente no sea un azar que la abundante bibliografía sobre los obreros o la clase obrera (asexuada como todo el mundo sabe...), escasee sorprendentemente en el caso de las obreras. Desde hace diez años, sobre todo desde que se inició la crisis, se han multiplicado los análisis que ponen de relieve la diversidad,

---

[1] Para un análisis exhaustivo de este caso, véase D. Kergoat, 1973.

[2] Se trataba de un industria(textil) implantada desde hacía más de un siglo en el valle y con fuertes rasgos paternalistas. Durante mucho tiempo, se exigió que los hijos de un obrero empleado en la empresa también fuesen a trabajar allí, bajo pena de despido para el padre: la política patronal es agrupar varios salarios en una misma familia, así no pesa tanto la miseria (un obrero textil).Este caso se analiza en D.Kergoat, 1978.

cuando no los intereses en conflicto, de los grupos que componen la clase obrera: jóvenes/viejos, trabajadores estables/precarios, obreros calificados/no calificados, etc. Sin embargo, curiosamente estos análisis se refieren a una clase de sexo unívoco: la de los hombres. Las mujeres sólo aparecen citadas como categoría de mano de obra o de la fuerza de trabajo, pero muy raras veces como actoras sociales. Si se me permite utilizar un símil, diría que los conceptos masculinos han actuado como un retrovisor: sólo se ha percibido el entorno a través de éste y las mujeres han quedado relegadas en cierto modo en el "ángulo muerto" del vehículo sociológico y por tanto no son visibles[3]. Todo se desarrolla por tanto como si, en el plano de los discursos sociológico y político, la relación capital/trabajo sólo crease clases masculinas o, más exactamente, como si para efectuar el paso del estudio de una relación social al de un grupo social fuese preciso escamotear toda una dimensión sexual.

No cabe duda de que este silencio es una emanación de la ideología de los dominantes. Pero hay algo más. En efecto, pensándolo bien, aún después de volverse *visibles* a sus propios ojos, las mujeres obreras parecen seguir siendo totalmente inasimilables dentro de la conceptualización epistemológica clásica de la Sociología del trabajo; más exactamente, ésta no permite hablar, de hecho, de las obreras, a menos que se disocie su status de reproductoras de su status de productoras. No es posible autonomizar, por tanto, el estudio del grupo obrero femenino, puesto que los instrumentos de análisis, totalmente dicotómicos, en ningún caso pueden dar cuenta de la coherencia (vivida en términos concretos) de las prácticas sociales.

Para conseguirlo ha sido preciso que un movimiento social impusiera las categorías de sexo como una variable social y, por tanto, sociológicamente abordable, pusiera en duda la alteridad de los órdenes productivos, y se interrogara sobre la acepción tradicional del concepto *trabajo*. Sólo en la estela del feminismo,

[3] Para ilustrar este punto basta fijarse en la obra de Georges Friedmann, 1956. El estudio de los talleres taylorizados no tiene en cuenta en ningún momento el hecho de que los trabajadores afectados son...trabajadoras.

gracias al replanteamiento epistemológico que éste se ha impuesto[4], empezó a ser posible la reflexión sobre las prácticas sociales de las obreras.

II. De la articulación producción/reproducción al planteamiento en términos de relaciones sociales

Si bien esta articulación producción/reproducción es necesaria, sin embargo dista mucho de ser suficiente: es preciso razonar además en términos de *relaciones sociales*. Esto ya se sobreentiende, replicarán algunos/as. Si a pesar de todo insisto en remarcarlo es porque las palabras no son neutras, las antiguas ideas son tenaces y es fácil deslizarse entre los campos teóricos (*producción, reproducción*) y los lugares concretos (la fábrica, la familia) donde tiene lugar la división social del trabajo (entre clases, entre sexos).

A mi juicio, empero, para comprender las prácticas sociales de tal o cual categoría de mujeres, en este caso de las obreras, no basta con estudiar simultáneamente la familia y la fábrica. Con este modo de proceder, se rectifican ciertos *errores metodológicos*[5] pero no se abre ninguna brecha en la coraza de las ideologías dominantes. Para convencerse basta observar cómo, en los últimos años, la Sociología del trabajo ha salido de la fábrica para echar un vistazo a la vertiente de lo urbano, del consumo, de las políticas industriales...sin encontrar sin embargo, en apariencia, más mujeres que antes.

El deslizamiento de un terreno a otro encierra, además, otro riesgo: el de inmovilizar las relaciones sociales en un momento dado, privilegiando por tanto un análisis en términos deterministas, donde el sistema se autorreproduciría hasta el infinito, condicionado sólo por sus imperativos de creación de valor (y

[4] En un número especial de *Sociologie et Sociétés*, 1981, se intentó hacer un balance de este replanteamiento epistemológico.

[5] Según la expresión utilizada por Christine Delphy, 1977.

las obreras constituyen un terreno abonado en este sentido, al encontrarse doblemente circunscritas, en las relaciones de producción y en las relaciones de reproducción...).

El razonamiento en términos de relaciones sociales (con su corolario: las prácticas sociales) contradice precisamente esta concepción estática de la estructura social[6]. Relación significa, en efecto, contradicción, antagonismo, lucha por el poder, resistencia a considerar que los sistemas dominantes (capitalismo, patriarcado) son totalmente determinantes y que las prácticas sociales sólo reflejan estas determinaciones. En resumen, lo importante de la noción de relación social -definida por el antagonismo entre grupos sociales- es la *dinámica* que reintroduce, lo cual equivale a situar en el centro del análisis la contradicción, el antagonismo entre grupos sociales y el hecho de que sin duda se trata de una contradicción viva, perpetuamente en vías de modificación, de recreación.

Desarrollemos, sin embargo, este razonamiento hasta el final. El propósito de articular la producción y la reproducción significa para mí trabajar simultáneamente con *dos* conjuntos de relaciones sociales, relaciones de sexo y relaciones de clase, que designaremos respectivamente como *opresión y explotación*.

La formulación no es anodina: implica, entre otras cosas, la negativa a establecer una jerarquía entre esas relaciones sociales; para mí no existe un *frente principal* ni un *enemigo principal*. Una relación social no puede estar más viva que otra; existe o no existe.

Este planteamiento no deja de entrañar alguna recaída en las teorizaciones comúnmente aceptadas con relación al ámbito del trabajo. Más adelante volveré sobre ello, pero por el momento quisiera ilustrar el enfoque propuesto a través de dos series de resultados, una referida a las obreras y la otra a los obreros.

---

[6] Concepción perfectamente ejemplificada en las clasificaciones socioprofesionales, representación petrificada e ideológica de la estructura social, que en ningún caso puede interpretarse como representación concreta de las clases sociales.

III. El planteamiento puesto a prueba, dos ejemplos.

1. El ejemplo de la calificación/formación de las obreras ilustra muy bien el esfuerzo de desconstrucción/reconstrucción que exige este planteamiento: el hecho de que las mujeres obreras ocupen los lugares más bajos en la escala de las clasificaciones se debería, ante todo, a que la maquinaria escolar las ha preparado mal y, en segundo lugar, a que luchan poco por los problemas de calificación. Este es el discurso de los economistas y sociólogos, en torno al cual coinciden a grandes rasgos la izquierda y la derecha.

Por nuestra parte, rechazamos como falsas estas afirmaciones y sus consecuencias, según las cuales:

- bastaría reformar el aparato de formación, abrir el acceso a las vías masculinas, por ejemplo, para que las mujeres tuvieran la posibilidad de adquirir una formación superior, comercializable a buen precio en el mercado laboral;
- bastaría que las mujeres fuesen más *concientes* de la importancia de la calificación en la relación capital/trabajo para que luchasen... y ganasen batallas en este terreno.

Frente a este razonamiento en términos de desigualdades y de voluntarismo (o de concientización, que viene a ser lo mismo), proponemos la siguiente argumentación[7]: en lugar de decir que las mujeres obreras poseen una formación que se adapta perfectamente a los empleos industriales que se les ofrecen y que la han adquirido a través de un aprendizaje (del oficio de futuras mujeres, cuando eran niñas) primero y de una formación continuada (trabajos domésticos) después. *Las mujeres obreras no son trabajadoras especializadas u ocupan puestos sin calificación porque el aparato escolar las haya formado mal, sino porque el conjunto del trabajo productivo las ha formado bien.*

Esto tiene dos consecuencias:

---

[7] He desarrollado esta argumentación en D.Kergoat, 1982.

- esta calificación de las mujeres, al no adquirirse por canales institucionales reconocidos, puede ser negada por los empleadores; cabe señalar de paso que la calificación masculina también depende de las relaciones capital/trabajo y que la patronal siempre intenta negarla, pero lo específico en el caso de las mujeres es que el no reconocimiento de las calificaciones que se les exigen (destreza, minuciosidad, rapidez, etc.) aparece socialmente legitimado, puesto que estas cualidades se consideran innatas y no adquiridas, hechos naturales y no culturales;
- y las obreras mismas interiorizan esta banalización de su calificación y a veces incluso la desvalorización de su trabajo, puesto que al haber adquirido sus habilidades fuera de los canales institucionales de calificación y siempre referidas a la esfera de lo privado, su adquisición les parece individual y no colectiva.

Nuestro razonamiento supone, por tanto, invertir los términos de la problemática tradicional de la calificación/formación y poner en entredicho la eficacia de las soluciones políticas propuestas:

- al destacar la globalidad del sistema en el cual se hallan inmersas las obreras, la inseparabilidad de los elementos de la producción y la reproducción, así como la espiral a través de la cual se refuerzan mutuamente, demuestran que la cuestión no se reduce a un problema de *desigualdad*, ni tampoco sólo de intensidad de la explotación (la sobreexplotación);
- de lo cual se desprende que atacar sólo uno de ambos frentes equivale simplemente a desplazar los problemas, sin resolverlos en absoluto: ahora se habla mucho de abrir a las mujeres el acceso a los escalafones profesionales masculinos, pero, el esfuerzo legislativo no puede ser suficiente para que esta apertura no se reduzca a los escalafones desvalorizados o en vías de rápida obsolescencia; se requeriría además una doble lucha, de clase y de sexo, en torno a estos problemas, en la cual las obreras serían a la vez aliadas y antagonistas de los obreros;

- finalmente, permite comprender mejor las prácticas existentes y también el campo de fuerzas en que éstas se desarrollan y, por tanto, las condiciones (teóricas) de su posible evolución. En otras palabras, esta problemática permite considerar ambos extremos de la cadena: cómo determinan el sistema social y su evolución, el lugar de las obreras en la escala de calificaciones, y cómo/por qué interiorizan ellas este lugar, pero también, cómo pueden transformar este sistema las obreras y dónde, por qué puntos precisos, han empezado a transformarlo.

Cabe señalar, por último, que esta problemática no es relevante únicamente en el ámbito de la teoría sociológica. También se interrelaciona directamente con algunas opciones estratégicas que deben afrontar el movimiento de mujeres y el movimiento obrero, puesto que obliga a interrogarse sobre la eficacia de las soluciones políticas habitualmente propuestas, a la vez que permite fundamentar el rechazo a dejarse acorralar en la alternativa reivindicaciones *generales*/reivindicaciones *específicas*, mostrando que estas últimas de hecho no se refieren a un grupo social particular, sino a la relación social varones/mujeres y, por tanto, a todo el cuerpo social.

2. La relación con el plano reproductivo como posible criterio de clasificación de los hombres: el caso de los obreros jóvenes.

Hemos expuesto en otro trabajo las conclusiones de una encuesta realizada entre trabajadoras jóvenes en relación con las modalidades diferenciales de la articulación producción/reproducción según el lugar de cada una dentro de la estructura de clases[8]. Quisiéramos examinar aquí los resultados obtenidos en el mismo Hogar de trabajadores jóvenes (FJT-Foyer des Jeunes Travailleurs)[9] pero esta vez referidos a los obreros.

---

[8] O.Chenal y D. Kergoat, 1981.

[9] FJT- Viviendas para jóvenes asalariados(as) administrados por el Estado

Nuestro planteamiento inicial era el siguiente: para comprender la relación de las mujeres con el trabajo asalariado y el empleo resulta operativo considerar de entrada y simultáneamente el trabajo productivo y reproductivo; ¿qué ocurre, entonces, cuando se deja de considerar el universo de la producción como el único universo referencial posible para los hombres? ¿Qué resultados se obtienen al confrontarlos con una definición del trabajo que abarque tanto el trabajo productivo como el reproductivo?

Si bien todos coinciden en su actitud crítica contra las formas que reviste para las mujeres la división sexual en el ámbito del trabajo asalariado (todos destacan la poca entidad de los trabajos que se les ofrecen y su carácter extremadamente penoso), el grupo aparece netamente dividido, en cambio, en lo que respecta a la exclusiva asignación a las mujeres del trabajo reproductivo. Aunque todos son concientes del papel fundamental de la familia obrera en la función de reproducción de la fuerza de trabajo, la mayoría se muestran incapaces de imaginar otro modelo que no sea el abandono del trabajo por parte de la mujer en cuanto llegan las criaturas, mientras que una minoría afirma que, a pesar de las dificultades, trabajar sigue siendo tan indispensable para una mujer como para un hombre[10]. En el primer caso (la mayoría), la relación con el trabajo doméstico aparece totalmente *mediatizada por la mujer*; en el segundo, los obreros jóvenes abordan espontánea y extensamente esos problemas y mantienen una *relación directa*, personal, con la esfera reproductiva.

Ahora bien, el análisis de contenido revela que esta *división, establecida a partir de la relación con el plano de lo reproductivo, reaparecía invariablemente, en cada fase del análisis*, con relación al trabajo, al empleo, a la solidaridad obrera, etc. Puesto que obvia-

[10] Esta división cristaliza en torno al trabajo asalariado de las mujeres casadas o más exactamente, de su futura esposa. En efecto, mientras no se abandona el terreno de las generalidades, todos están a favor del trabajo asalariado de las mujeres; actitud que, sin embargo, se vuelve mucho más matizada cuando se trata de su mujer.

mente no es posible pasar revista aquí a la totalidad de las correlaciones establecidas, intentaremos resumirlas como sigue[11]:

- El primer grupo se caracteriza por un sistema de valores binario y maniqueo (bien/mal, varón/mujer, trabajo/vicio, celibato/matrimonio), un sistema de etiquetas que permite designar las cosas más que comprenderlas. Creen que las mujeres están *naturalmente* calificadas para los trabajos domésticos y el cuidado de las *criaturas* lo cual implica, como consecuencia, una aceptación mínima de la división sexual en el trabajo asalariado. Simétricamente, la relación de los varones con la calificación aparece bajo un nuevo prisma: desear tener calificaciones, para un varón, no sería sólo expresión del deseo de tener un trabajo más interesante, mejor pagado..., sino que también constituiría en cierto modo la realización genética del sexo masculino... Precisamente el mismo sistema de referencias que aplican al referirse a las divisiones entre los obreros, que consideran inevitables al constituir una expresión de características naturales de los grupos en cuestión[12].
- El sistema de valores del segundo grupo se caracteriza, por el contrario, por la resistencia a creer en un orden natural e ineluctable de las cosas, trátese del trabajo, de la calificación, de la relación capital/trabajo o de las relaciones varones-/mujeres. Así, aunque tampoco consideran que el trabajo asalariado de las mujeres casadas sea un asunto sencillo, mientras el primer grupo resuelve las contradicciones suprimiendo uno de los términos de la alternativa (*mi* mujer no

[11] Todo resumen resulta reductor, pero todavía más en este caso, dada la necesidad de exponer en pocas líneas unas configuraciones sumamente complejas de ideologías y de prácticas. Conviene subrayar, por tanto, que la insistencia en las regularidades y las coherencias internas de ambos modelos no implica, evidentemente, una clasificación de los obreros en buenos y malos, ni significa que su actitud con respecto a las tareas reproductivas permita predecir mecánicamente el conjunto de las restantes actitudes. Por ello, ruego a la lectora o lector que retenga solamente el aspecto heurístico de la intervención de este aspecto en las prácticas masculinas.

[12] Hemos intentado empezar a abordar este problema en: D.Kergoat, 1977.

trabajará) en nombre del determinismo biológico, este segundo grupo plantea estas contradicciones como *sociales* y, por tanto, como objetos de debate, sobre los cuales se puede influir. Por otro lado, son los únicos que hablan de opresión (y, por tanto, de relaciones sociales) y no son partidarios de que la mujer permanezca en el hogar precisamente porque rechazan la relación varón/mujer que este status fomenta.

En el caso del primer grupo, el sistema de valores remite, por tanto, a un universo secuencial, binario, profundamente marcado por una ideología naturalista (ideología de los dones, fe en un orden *natural* de las cosas) que da paso a todas las resignaciones sociales (fatalismo obrero) y a la reproducción de todas las opresiones (sexismo, racismo, actitud favorable a la pena de muerte, etc...)[13]. A la inversa, los obreros del segundo grupo tienen una visión del mundo mucho más socializada, según la cual las relaciones entre los sexos, el trabajo, la solidaridad...pueden ser objeto de posibles acciones individuales y/o colectivas.

Que la relación con el trabajo reproductivo aparezca como un criterio de clasificación entre los varones ya demuestra que aislar la relación con el trabajo del conjunto de las representaciones ideológicas (y en particular de las que corresponden a la *vida privada*) es un planteamiento arbitrario que no hace más que reproducir las separaciones entre producción y reproducción inducidas por el capitalismo. Tener en cuenta la globalidad del trabajo es necesario, en efecto, tanto en el caso de los varones como en el de las mujeres y esta manera de abordar las prácticas sociales a través del enfoque trabajo productivo + trabajo reproductivo parece abrir ciertamente el camino para un análisis sexuado de las prácticas sociales, tanto en el caso de los varones como en el de las mujeres.

[13] Es importante precisar en este contexto que nuestra muestra no pretende en absoluto ser representativa del conjunto de la clase obrera. Se trata de obreros jóvenes, desestabilizados, en la mayoría de los casos, en el triple plano geográfico, del empleo y de la calificación. Esta situación podría explicar que su sistema de valores sea la caricatura de las actitudes más reaccionarias que pueden observarse entre la clase obrera.

Hemos destacado, en el caso de las jóvenes de ese mismo Hogar de Trabajadores jóvenes, el efecto de refuerzo mutuo de la opresión y la explotación; más concretamente, hemos intentado poner de relieve cómo el hecho de no discutir la relación de servicio conducía a la aceptación de las modalidades capitalistas de trabajo y cómo, simétricamente, la extrema sobreexplotación conducía a las mujeres a aceptar las formas de dominación patriarcal.

Este análisis sobre los obreros tendería, por tanto, a una demostración simétrica: entre los obreros jóvenes, quienes no discuten la división del trabajo entre los sexos son precisamente los mismos que también son más vulnerales a la competencia inducida por el capital entre los trabajadores, puesto que, como ya hemos señalado, *explican* esta competencia en virtud de diferencias *naturales*, y por tanto insuperables, entre los grupos obreros (jóvenes/viejos, franceses/inmigrantes, origen obrero/campesino...)

Por el momento, sólo hemos demostrado parcialmente la coherencia entre los fenómenos y sería preciso repetir la misma demostración con grupos más amplios. Sin embargo, parece posible avanzar desde ya la hipótesis de que, por lo que respecta a los obreros varones, la aceptación de la división sexual del trabajo, legitimada por una visión naturalista de la sociedad, constituye un enorme cerrojo que impide superar las divisiones dentro del grupo obrero y la construcción de la solidaridad. Asimismo, yendo aún más lejos, esta hipótesis permitiría avanzar en la comprensión de cómo el capitalismo ha sabido utilizar las relaciones preexistentes entre los sexos para reafirmarse.

IV. Problemas de método. Problemas teóricos.

Sin duda es más fácil recomendar la consideración simultánea de ambas relaciones sociales que llevarla a la práctica de manera concreta. La bibliografía dedicada a las prácticas obreras femeninas ofrece una prueba de estas dificultades con la dicotomización que de hecho introduce: los trabajos que describen

luchas ejemplares que dejaron rastro en la vida cotidiana se contraponen objetivamente a aquellos según los cuales las obreras se definen prioritariamente como madres y esposas y, por tanto, no participan en el universo industrial.

Esta visión contradictoria de la clase obrera femenina (mujeres combativas/mujeres sumisas) merece que le dediquemos un poco más de atención. La explicación de esas divergencias no puede reducirse, en efecto, a quiénes son esas mujeres, buscando las características capaces de explicar por qué unas son combativas y las otras no, ni a la orientación ideológica con respecto a esas mujeres. Creo que se trata de algo infinitamente más complejo, dado que en muchos casos esas descripciones contrapuestas podrían aplicarse *a las mismas obreras*. Sin embargo, dado que no se considera el conjunto producción/reproducción como un todo indisociable, todo se presenta como si fuera necesario encontrar un principio *único* de coherencia y que esta coherencia tuviera que referirse a *un* lugar institucional: la familia o la fábrica. Lo cual, al fin de cuentas, no es más que una de las maneras de aplicar la dicotomía clásica: se asigna a los hombres el trabajo asalariado -y cuando las mujeres se inscriben positivamente en este espacio, este hecho sigue considerándose excepcional- y a las mujeres, la familia -lugar de reclusión y de opresión, lugar cerrado.

Vemos en estas oposiciones un ejemplo concreto de nuestra propia dificultad colectiva para pensar la realidad al margen de las categorías dominantes. Si queremos superarlas, es urgente establecer un marco teórico y una metodología multidimensionales que reflejen este esfuerzo de deconstrucción/reconstrucción de las categorías de pensamiento. Su elaboración sólo puede ser, evidentemente, colectiva y apenas estamos en sus inicios. Sin embargo, ya parece posible identificar algunos elementos sólidos en torno a los cuales se está organizando o podría organizarse esa tarea:

1. El objetivo no sería intentar establecer, para las prácticas sociales, un principio único de coherencia que allane las contradicciones observadas, sino situar por el contrario, la diversidad y la contradicción en el centro de la definición de las mismas. La

combatividad y sumisión no aparecerían, entonces, como contrapuestas, ni se influirían mutuamente siguiendo el principio de los vasos comunicantes, sino que constituirían las dos caras de una misma práctica social. En efecto, *cada una de las maneras de afrontar un destino de trabajador comporta siempre una parte de resignación, una parte de abandono y una parte de rechazo de la condición de obrera u obrero.*[14]

2. El objetivo sería acabar con el postulado implícito según el cual una relación social se ejerce en un lugar determinado, reafirmando y poniendo en juego el hecho de que las relaciones de clases y de sexos organizan la totalidad de las prácticas sociales independientemente del lugar en el cual se ejerzan. En otras palabras, no es sólo en la casa o en la fábrica donde se ejerce o se sufre, se lucha contra o se acepta la opresión/la explotación.

La construcción de nuestros objetos de estudio debería poder tener en cuenta lo antedicho. Debe tenerse presente, sin embargo, que lo aquí expuesto se refiere al principio teórico de organización del análisis. Dado que la voluntad de considerar simultáneamente las relaciones de sexos y de clases pasa no obstante, necesariamente, en la práctica, por un ir y venir entre los distintos lugares[15], es indispensable dotarse de los medios para no confundir -lo cual no siempre resulta sencillo- la modalidad específica que adopta determinada relación social en determinado lugar o institución, con *la totalidad* de esa relación social. Así, por ejemplo, la relación entre los sexos no se reduce a la relación conyugal[16], del mismo modo que la relación de clases no se reduce a la relación de producción en sentido estricto, ni a la relación salarial.

---

14 Véase Alain Cottereau, 1980, p.40.

15 "Otros factores, que abarcan desde la naturaleza de los datos estadísticos hasta las ideologías (del consumo, del ocio o de la comunidad residencial), pasando por la sectorialización de la acción estatal, también constituyen un obstáculo para la percepción de la producción y la reproducción en su unidad. Se trata de una dificultad concreta que conocen particularmente bien los analistas del trabajo de las mujeres que se niegan a estudiar de manera disociada el empleo femenino y el trabajo doméstico" (D. Combes, 1981).,

16 Así lo demuestra el informe de D. Chabaud-Rychter, D. Fougeyrollas y F. Sonthonnax, 1981

3. En consecuencia, en vez de intentar razonar a partir de un desglose espacial de los grupos y las prácticas sociales, convendría devolver al tiempo el status de categoría epistemológica fundamental. Diferentes trabajos ya han iniciado, con resultados muy fructíferos, esta tarea de reconstrucción[17] que exige un esfuerzo metodológico, pero también, simultáneamente e inextricablemente ligado a aquél, un replanteamiento de los marcos teóricos habitualmente aceptados. De este modo se hace posible abordar el problema de las prácticas sociales de sexo y de clase dadas (así como, correlativamente el de la conciencia) no en términos lineales ni normativos, sino en términos de *variaciones en la manera de vivir las conjunciones*. Un enfoque que, al cruzar el lugar que cada cual ocupa en la producción (actual o pasado) y en la reproducción, con los momentos de la vida (definidos por la intersección de la historia personal y social), permite avanzar ya hipótesis explicativas sobre las modalidades de las formas de lucha (individuales y/o colectivas, contra la explotación y/o la opresión) de las mujeres y los varones de la clase obrera[18].

4. El objetivo, en definitiva, sería forjar nuevos instrumentos o conceptos -o reapropiarse, de una nueva forma original, de otros antiguos- para dar cuenta de aquello que constituye la esencia misma de las relaciones sociales: su dinamismo, pero

[17] A título de ejemplo, cabe citar, en el plano del empleo, las categorías propuestas por A.Labourie-Racapé, M.T. Letablier, A.M.Vasseur, 1977 - activas totales/activas discontinuas, inactivas actuales/inactivas totales, y también dentro de un enfoque totalmente distinto, los trabajos de A. Langevin sobre la transmisión social de los tiempos de la maternidad.

[18] A. Cottereau ha aplicado este enfoque en *Le Sublime*, op.cit. Véase su tipología de los hogares obreros y también, como ejemplo de su planteamiento, la siguiente cita: Las numerosas obreras jóvenes, remuneradas con salarios de apoyo (dos veces inferiores a los de los hombres) no pueden quedarse solteras y ser independientes. Sin embargo, tengan o no criaturas, la mayoría de ellas no tienen oportunidad de formar un hogar estable hasta que los hombres no experimenten esa misma necesidad, una vez iniciado ya su declive: las uniones se estabilizan cuando los obreros ya no están en condiciones de obtener servicios domésticos a cambio de su dinero o de su seducción, cuando deben empezar a contar con los recursos complementarios de las mujeres y los hijos o hijas, cuando su usura incrementa los riesgos de enfermedad y de desempleo, p.73.

también para intentar superar el *malestar semántico*[19] que tantas veces sentimos, dotándonos de instrumentos teóricos aplicables tanto a los varones como a las mujeres.

Sólo pueden apuntarse por el momento algunas pistas posibles, referidas precisamente, esta vez, a mi propio campo de investigación. Tal sería el caso, por ejemplo, de la noción de *aprendizaje colectivo*, que hemos desarrollado en otro lugar[20], como un intento de reunificar los comportamientos y las representaciones ideológicas, en el doble plano de lo colectivo y lo individual, situando en el centro del análisis las contradicciones, las discordancias (en el tiempo y en el espacio) observadas en los discursos, entre discursos y entre los comportamientos y los discursos.

Una última pista antes de terminar: la posible recuperación de conceptos marxistas. No se trataría en ningún caso de recuperar los resultados de análisis realizados por/sobre los varones para aplicarlos a las mujeres, ni tampoco de postular la analogía clase/sexo, sino ciertos conceptos, más concretamente unos conceptos forjados para dar cuenta de la lucha de los dominados contra los dominantes...Pienso, por ejemplo, en la noción de *trabajador colectivo*, destinadas a expresar simultáneamente la individuación impuesta por las relaciones de producción y el proceso inverso: la socialización en el contexto de esa misma producción.

A este esfuerzo de construcción deseo dedicar mis futuros trabajos...

[19] Utilizo el término "malestar semántico" para designar el siguiente problema: ¿cómo utilizar la conceptualización habitual (indispensable si queremos comunicar y acumular nuestros resultados) sin dejarnos atrapar al mismo tiempo por las categorizaciones de la realidad que ésta implica y que no nos satisfacen? Es justamente el problema que impulsó la constitución del GEDISST-Grupo de Estudios sobre División Social y Sexual del Trabajo en el CNRS-Centro Nacional de Investigaciones Científicas de Francia, así como de los seminarios que posteriormente ha organizado.

[20] Véase D.Kergoat, op.cit.,1973.

A propósito de las relaciones sociales de sexo*

DANIÈLE KERGOAT

Relaciones sociales de sexo y división sexual del trabajo son dos fórmulas terminológicas indisociables y que componen un sistema. La reflexión en términos de relaciones sociales de sexo es al mismo tiempo anterior y posterior a aquella en términos de división sexual del trabajo: preexiste como noción pero es posterior como problemática. Preexistente, pues fue una adquisición del feminismo, a través de la emergencia de las categorías de sexo como categorías sociales, mostrar que los roles sociales de los varones y de las mujeres no eran el producto de un destino biológico, sino ante todo construcciones sociales *con una base* material.

Pero todavía era necesario probarlo. Y es lo que permitió la formalización en términos de división sexual del trabajo, ofrecer un marco para guiar simultáneamente:

- un trabajo considerable, muy a menudo de primera mano para conocer la realidad (y ya no más los estereotipos) del trabajo femenino en todos sus aspectos, y para especificar sexualmente el trabajo masculino;
- un trabajo paralelo de deconstrucción/reconstrucción de los conceptos empleados corrientemente: develar su pretendida neutralidad y mostrar que las caracterizaciones sexuadas llevaban necesariamente a una crítica de los modos de conceptualización en el conjunto de las ciencias sociales.

---

* De: *Revue M*, N°53-54, abril-mayo 1992, p.16-19 (*Le Feminisme à l'heure des choix*). Este texto está retomado de una parte del seminario referido a las relaciones sociales de sexo, que animé en El Colegio de México, en octubre de 1991.

Fue posteriormente cuando se retornó a las relaciones sociales para construir un marco teórico de conjunto en el que pudiera llegar a incluirse la división sexual del trabajo. Puesto que esos dos conceptos son indisociables, es el análisis en términos de división sexual del trabajo el que permite *demostrar* que hay una relación social específica entre los grupos de sexos. Es esta relación la que permite, a partir de un análisis riguroso de la distribución de los varones y de las mujeres en cuanto a la calificación, en lo que se refiere al salariado (KERGOAT, 1982) o al trabajo doméstico (CHABAUD-RYCHTER, FOUGEYROLLAS-SCHWEBEL, SONTHONNAX, 1985), demostrar que hay divisiones entre varones y mujeres no reductibles a más o menos explotación o a una división *desigual*, sino que se trata más bien de un tratamiento contradictorio según el sexo, en resumen de una *relación social* específica para la variable sexo.

Esta breve introducción era necesaria pues el término división sexual del trabajo, si bien ha pasado a la lengua sociológica corriente, tiene acepciones muy diferentes unas de otras; muy a menudo sólo remite a un enfoque descriptivo : existe una diferenciación de las actividades sociales según los sexos. Ciertamente, fue y sigue siendo indispensable este enfoque sociográfico. Pero a mi entender hablar en términos de división sexual del trabajo es mucho más: es articular esta descripción de lo real con una reflexión sobre los procesos por los cuales la sociedad utiliza esta diferenciación para jerarquizar las actividades : la división sexual del trabajo está en el centro del poder que los varones ejercen sobre las mujeres.

Razonar en términos de división sexual del trabajo, es para mí inseparable de una sociología en términos de relaciones sociales. Sobreentendiendo que *relación social* se tomará siempre a lo largo de esta exposición, no como un simple vínculo social, sino como una relación (1) antagónica, (2) estructurante para la totalidad del campo social, (3) transversal a la totalidad de este campo.

Las relaciones sociales de sexo

Este concepto remite a una visión sexuada de los fundamentos y de la organización de la sociedad, afianzados materialmente en la división sexual del trabajo; existe pues, un esfuerzo para pensar de manera particular pero no fragmentada, el conjunto de lo social:

- particular, porque se elaboró a partir del "punto de vista" de la opresión de las mujeres (*feminist standpoint*);
- no fragmentada, puesto que las relaciones sociales de sexo existen en todo lugar, a todos los niveles de lo social: este enfoque debe pues poder integrarse con un análisis global de la sociedad, contribuir a hacerla progresar (evidentemente no se trata de hacerlo pasivamente, lo que sería de todas maneras imposible), y articularse con los otros elementos de la dinámica social.

Especifiquemos por último que esta visión global de lo social se planteó de entrada en términos dinámicos (puesto que se asienta sobre el antagonismo y la contradicción) y en términos materialistas (toda relación social tiene un fundamento material).

La definición de las relaciones sociales de sexo que enunciaré aquí se apoya sobre varios puntos:

1- ruptura radical con las explicaciones biologizantes de las diferencias entre las prácticas sociales masculinas y femeninas;

2- ruptura radical con los modelos que se suponen universales;

3- afirmación de que esas diferencias se construyen socialmente; tal construcción social tiene una base material (y no solamente ideológica);

4- y que es por lo tanto comprensible históricamente;

5- afirmación de que esas relaciones sociales se asientan primeramente y ante todo sobre una relación jerárquica entre los sexos; y

6- que se trata más bien allí de una relación de poder.

Es de advertir que en esta perspectiva, el concepto de relaciones sociales de sexo tiene por correlato la noción de práctica social. En efecto, si se admite que hay una relación social específica entre los varones y las mujeres, de ello deriva que existen necesariamente prácticas sociales diferentes según el sexo. Y puesto que se trata de prácticas sociales, y no de conductas reguladas biológicamente, se pueden investigar sus principios de inteligibilidad; de esta manera, lo que estaba fuera del campo de la disciplina sociológica se torna a partir de ahora objeto legítimo de cuestionamiento.

Por otra parte, la noción de práctica social es indispensable:

- para permitir ir de lo abstracto a lo concreto (el grupo, el individuo);
- para definir a los actores de otra manera, no como puros productos de las relaciones sociales;
- para poder pensar simultáneamente lo material y lo simbólico;
- para restituir a los actores sociales el sentido de sus prácticas, para que el sentido no esté dado desde el exterior por un puro determinismo.

Esta definición es una entre otras posibles. Conceptualizar en términos de relaciones sociales de sexo no es cosa nueva para los intelectuales franceses (como ejemplo se puede citar la producción de N. C. Mathieu). En verdad, algunos de esos resultados son compartidos por nuestros respectivos trabajos:

a. la construcción, para retomar los términos de Hélène Le Doaré, [1991], de un verdadero pensamiento dialéctico, que no se había hecho anteriormente más que para las clases sociales: los sexos no son más en lo sucesivo categorías inmutables, fijas, ahistóricas y asociales; por el contrario, las relaciones sociales de sexo están periodizadas y se puede abordar el problema del cambio;

b. decir "relación social" es decir relación de poder. Desde ya queda fuera de toda cuestión, tanto para unos como para

otros, poder conocer el punto de vista del que domina, tal como él conoce bien los mecanismos económicos, las justificaciones ideológicas, las restricciones materiales y psíquicas que utilizará. Esto es tanto más indispensable ya que al ser dominado(a) y al haber experimentado la vivencia de la opresión, no se tiene necesariamente plena conciencia de los mecanismos de la dominación. (N.C.MATHIEU, 1991).

Por lo demás, y es ahí donde divergen los caminos, las prácticas de investigación son considerablemente diferentes: ¿es necesario centrar la reflexión únicamente en las relaciones sociales de sexo o, por el contrario, -y esa es mi posición- tratar de pensar el conjunto de las relaciones sociales en su simultaneidad? Todo depende del objeto que se le asigne : por mi parte, se trata de darse principios de inteligibilidad para comprender la diversidad y la complejidad de las prácticas sociales de los varones y de las mujeres. En esta perspectiva, es insuficiente tomar en cuenta únicamente la relación de dominación varones/mujeres.

Además así es como se piensan a sí mismos los actores sociales. Es evidente que los hombres, que dominan, no se plantean como "varones" puesto que por definición, el que domina existe por derecho, pero no se piensa como tal: es el dominado el que se piensa -y aún no siempre- como "relativo a". Pero una mujer no se piensa sólo como mujer, se piensa también en una red de relaciones sociales: como trabajadora (la relación capital/trabajo, la relación salarial), como joven o vieja, como, eventualmente, madre o inmigrada. Padece y/o ejerce una dominación según su lugar en esas diversas relaciones sociales. Y es este conjunto el que va a constituir su identidad individual y el que originará sus prácticas sociales. A nivel colectivo, es aún el conjunto de las relaciones sociales el que va a fundar su pertenencia a un grupo y la conciencia de esta pertenencia.

Mi trabajo, por mi parte, se asienta sobre las bases siguientes:

1. Las relaciones sociales de sexo dinamizan todos los campos de lo social. Toda relación social es sexuada, mientras que las relaciones sociales de sexo se hallan atravesadas por las restantes relaciones sociales;

- las relaciones de clase se analizan en tanto imprimen contenidos y direcciones concretas a las relaciones de sexo;
- a la inversa, las relaciones de sexo se analizan en lo que aportan en contenidos específicos a las restantes relaciones sociales (cf. por ejemplo la norma de la "virilidad" tan presente en el ambiente obrero masculino).

2. De tal modo se fragmentan los marcos de referencia binarios y se puede pensar la totalidad de lo social, sin que se agote la búsqueda de la buena relación social, o la buena identidad que va a resolver lo que no puede aparecer, en una perspectiva clásica, más que como contradicciones.
3. Se rompe así la homología entre tal lugar y tal relación social: la relación entre los sexos no se agota en la relación conyugal sino que interviene plenamente en el lugar de trabajo, mientras que la relación de clases no se agota en el lugar de trabajo sino que juega, por ejemplo, en la relación con el cuerpo, o en la relación con los niños.
4. Se puede pensar la complejidad y el cambio mediante el juego de las diferentes relaciones sociales entre sí: en efecto, las relaciones sociales de sexo no juegan, de manera homogénea, en todos los sectores y niveles sociales. De modo tal que, en la fábrica, se asiste a una recreación de las relaciones sociales de sexo y no a un simple reflejo de lo que sucede fuera de aquélla (HUMPHREY J., 1987). Nada es inmutable, mecanicista: todo es historia, periodizable (MILKMAN R., 1987).
5. Por último, esto permite hablar de *sujetos*, que a la vez son actuados por las relaciones sociales pero igualmente actúan sobre ellas, construyendo sus vidas a través de las prácticas sociales, tanto individual como colectivamente.

Para concluir, diré que la función del concepto de relaciones sociales de sexo es doble y para ello retomaré aquí los términos del último Informe de actividad del GEDISST- CNRS[1] donde consi-

[1] Grupo de Estudio sobre la División Social y Sexual del Trabajo, creado en 1983, es el único laboratorio del CNRS-Centro Nacional de la Investigación científica de Francia, que tiene la División sexual del Trabajo como tema central de investigación.

deramos que ese concepto es el principio organizador de las prácticas sociales, de la misma manera que las restantes relaciones sociales con las que se articula, pero es también un principio federador de las investigaciones. En efecto, 1° indica que la dimensión sexuada es parte integrante de lo social, y debe tomarse en cuenta en la construcción de las categorías de análisis de las ciencias sociales (trabajo de deconstrucción); 2° indica la necesidad de forjar útiles conceptuales aptos para dar cuenta de la compleja dinámica del *conjunto* de las relaciones sociales (trabajo de deconstrucción).

Falta darle un estatus a la *articulación entre relaciones sociales de sexo y división sexual del trabajo.*

Este es un problema completamente esencial si no se quiere remitir implícitamente la división sexual del trabajo a lo puramente empírico, mientras las relaciones sociales de sexo quedarían reservadas a la "teoría", teoría tanto más flexible cuanto que no remitiría a ningún anclaje en la materialidad social. Igualmente importante, si no se quiere pensar simplemente el "porqué" de los fenómenos sociales, sino igualmente su "cómo" (sobre ese problema, cf. KERGOAT, 1986). Es importante por último, si se quiere articular marco teórico y metodología. Pues no se pueden estudiar las relaciones sociales en sí, sino sus modalidades, sus formas, su periodización, y esto se hace a través de las prácticas sociales. Pero todavía falta una mediación, la de las hipótesis de mediano alcance: es el papel que cumple la división sexual del trabajo, a partir del momento en que le da un estatus al desafío fundamental de las relaciones sociales de sexo.

Las relaciones sociales organizan, es decir enuncian y jerarquizan las divisiones de la sociedad: privado/público, trabajo manual/trabajo intelectual, capital/trabajo, división internacional del trabajo,etc. Las modalidades materiales de esas bicategorizaciones son el desafío de las relaciones sociales : la división social del trabajo entre los sexos es lo que está en juego en las relaciones sociales de sexo.

Las líneas de demarcación con los restantes campos teóricos

Un primer debate podría ser el de la utilización de los términos "género", "relaciones de género" (del anglosajón: *gender*) en el lugar de "relaciones sociales de sexo". La primera advertencia es la del buen sentido: es imposible oponer "género" a "relaciones sociales de sexo", porque los dos términos son extremadamente polisémicos. En ambos se reencuentra el mismo espectro de acepciones que van desde la simple variable mujeres, hasta un análisis en términos de relaciones sociales antagónicas (SCOTT JOAN, 1988). A mi entender se trata menos de conceptualizaciones alternativas que de formalizaciones preferenciales.

Primeramente, puede ser útil recordar que el movimiento feminista francés, a diferencia de lo que sucedió en otros países, se definió en sus comienzos en el interior y/o en oposición a los partidos políticos de izquierda, y estuvo profundamente marcado por el marxismo, como teoría de referencia. De donde se explica su vocabulario analógico -modo de producción doméstico, relaciones sociales de sexo, clase de sexo, (GUILLAUMIN, 1978), etc. Pero no nos podemos atener a eso. En efecto:

- la reducción del análisis al tomar sólo en cuenta la variable sexo se hace mucho más difícil con el concepto de relaciones sociales de sexo, que implica, necesariamente, una cierta visión de la sociedad y elimina otras: por ejemplo, es difícil hablar simultáneamente de relaciones sociales de sexo y de patriarcado- mientras que el empleo del término género sí lo permite.
- "relaciones" connota además una cierta idea de reciprocidad, lo que no sucede con el término "género" ; una categoría no existe sino con relación a otra. Es pues difícil "olvidar" el segundo término, el grupo social de los varones;
- por último, el acercamiento relación social (forzosamente hecho de la cultura) con la palabra "sexo" (siempre percibido como hecho de la naturaleza) tiene un efecto detonante, interrogativo, subversivo -efecto que para nosotros es positivo

puesto que pensamos que este enfoque conduce a repensar la epistemología de las ciencias sociales.

Un segundo debate se referiría al empleo del término "patriarcado". Se dieron diferentes definiciones de patriarcado en los Estados Unidos (patriarcado fundado sobre la reproducción o la sexualidad), y en Francia (patriarcado fundado sobre un modo de producción, el modo de producción doméstico). Me parece que esos trabajos ingresan resueltamente en un enfoque estructuralista y esto plantea dos problemas :

- el primero remite a las dificultades propias de todo enfoque estructuralista que insiste sobre la metaestabilidad del sistema y, en lo que se refiere a nuestro objetivo, puede rápidamente ser franqueado el paso en lo que atañe a considerar la posición de las mujeres como inmutable;
- afirmar la primacía (o la simultaneidad: GUILLAUMIN, 1978) del sistema patriarcal en relación con la organización social en su conjunto no basta para mostrar cómo ese sistema afecta dominios que no parecen estar ligados a él. De esta manera, por ejemplo ¿cómo articular el modo de producción doméstico (DELPHY, 1978) -que explica la apropiación o la explotación del trabajo de las mujeres en la familia, que está en la base de su explotación común- con el modo de producción capitalista?

Se observa así que la definición de las relaciones sociales de sexo que propusimos aquí torna caducos los análisis referidos a la "condición femenina" (ésta se piensa en términos de especificidades con relación a un modelo denominado general) o la noción de rol (pensando las posiciones sociales de los dos sexos en términos de complementariedad). En cuanto a lo que se convino en denominar "estudios sobre las mujeres" tropiezan inevitablemente con la siguiente dificultad: ¿cómo pensar teóricamente la acumulación de los datos y de los estudios puntuales? Pero hay algo que es más grave aún: los "estudios sobre las mujeres" aceptan, en general, el argumento según el cual es necesario desconstruir los conceptos que se presentan falsamente como universales, mientras no son más que el sujeto y el objeto de

teorías que despejan los datos de este universal. Y sin embargo ellas tienden, por su dispositivo metodológico y teórico, a presentar a "la" mujer como esencial y universal, como sujeto y objeto de la investigación (HARDING S., 1986). En eso me parece que desembocan en una contradicción insuperable.

Seré aún más breve sobre el esquema igualitario que, proponiendo por objetivo el alineamiento de la situación de las mujeres con respecto a los varones, de hecho se elabora sobre una norma masculina, supuestamente estática. En realidad, el fracaso relativo de las políticas de igualdad (DONIOL-SHAW et alii, 1989) muestra bien los límites de un razonamiento en términos de "recuperación". Todo cambio en la situación de un grupo que induzca un cambio para el otro grupo se confronta más bien en el terreno de las relaciones de fuerzas, con armas desiguales, y con la presencia de los grupos de sexo.

Concluiré refiriéndome a la teoría de la diferencia: evidentemente que la distancia es mayor con respecto a ésta, que se basa en la adhesión a valores intrínsecamente sexuados, por ser ahistóricos (la "identidad mujer"). Citaré simplemente a Simone de Beauvoir quien, desde 1972, en *Tout compte fait*[2], declaraba: "No creo que existan cualidades, valores, modos de vida específicamente femeninos: eso sería admitir la existencia de una naturaleza femenina, es decir adherir a un mito inventado por los hombres para encerrar a las mujeres en su condición de oprimidas. No se trata para las mujeres de afirmarse como mujeres, sino de tornarse seres humanos completos".

En efecto he aquí el problema de lo universal que se cuestiona: hablar en términos de relaciones sociales, es poner en el centro del problema la lucha de los dominados -varones y mujeres- para acceder a lo universal y para poder pensar, por último, ese universal.

[2] Edición castellana de Ed.Sudamericana: "Final de cuentas" [Nota de las traductoras]

División sexual e internacional del trabajo*

HELENA HIRATA

Hace hoy veinte años, un cierto número de trabajos en Francia dieron una dimensión sexuada al concepto de trabajo y, sin embargo, no se puede decir que esta inclusión goce de alguna estabilidad, porque no tuvo acceso a un derecho de ciudadanía real en la comunidad científica. Las categorías de sexo aparecen y desaparecen según el modo como sean conceptualizados trabajo y producción[1], y esto a pesar del peso creciente de las investigaciones sobre las mujeres y la división sexual, en la evolución reciente de la Sociología del trabajo en Francia (cf. DUBOIS P., KASTORYANO R., 1985; ERBES-SEGUIN S., 1988).

Las razones de esta inestabilidad de las categorías de sexo todavía no fueron analizadas, pero se las podría vincular, probablemente, a las relaciones de fuerzas en el seno de la comunidad científica en donde predominan masivamente lugares de hegemonía masculina.

Sin embargo, se puede comprobar desde ya que la introducción de las relaciones sociales de sexo en el seno mismo de las relaciones de trabajo, asalariado y doméstico, ha podido contribuir tanto a conocimientos renovados sobre el trabajo mismo, como a la formulación de nuevos interrogantes, a la apertura de otros campos de investigación.

En este artículo, hemos preferido situarnos con relación al estado actual de la reflexión sobre la división sexual del trabajo desde un punto de vista particular: el de la división internacio-

---

* De: *Futur antérieur*, V.2, N° 16, 1993, ps. 27-40.

[1] Sobre la inestabilidad/fluctuación en la utilización de las nociones referentes a la división sexual del trabajo en los análisis del trabajo, cf.Hirata, H.,1986; en un registro totalmente diferente sobre "la inestabilidad de las categorías analíticas de la teoría feminista", Harding, Sandra, 1990.

nal del trabajo. Para llevarlo a cabo, comenzaremos por la arqueología del concepto de división sexual del trabajo, refiriéndonos a los principales estudios efectuados en Francia sobre esta cuestión desde comienzos de los años '70. Luego de esta presentación, veremos cómo la división del trabajo y la organización del trabajo se diferencian según los sexos y el lugar ocupado en la división internacional del trabajo. Por último, el concepto de división sexual del trabajo será rediscutido a la luz de ciertas nociones (variabilidad, continuidad, permanencia)[2], surgidas de las comparaciones internacionales de la división del trabajo entre los varones y las mujeres[3].

1. Arqueología de un concepto

Desde hace alrededor de veinte años, se observa en Francia la constitución de un campo de investigaciones y de un campo problemático nuevo, a partir de diferentes aproximaciones disciplinarias (cf. Bibliografía) [4]. En efecto, en el transcurso de los años '70, se fue estructurando en Francia una orientación de investigación sobre la transformación del estudio de las mujeres en estudio "de los sexos" y, simultáneamente, la "interpretación de los dominios antes separados de la Sociología del Trabajo y de la Sociología de la Familia" [5], lo que implicaba la constitución de una "Sociología de los sexos" (N. C.MATHIEU, 1991 p.28) inexistente hasta ese momento. En efecto, la antropología que, tradicionalmente, tenía un enfoque comparativo varones/mujeres, había asistido, desde los años '60, a un reexamen, por parte de algunos antropólogos, de un enfoque comparativo pero no je-

[2] O la dupla "perdurabilidad y variabilidad de la división sexual del trabajo", cf. Danièle Kergoat (1992a).

[3] Agradecemos a Hélène Le Doaré y Michèle Riot-Sarcey por las críticas a una primera versión de este texto.

[4] Cf. en especial, en las referencias bibliográficas, los trabajos efectuados en el marco del GEDISST.

[5] C. Delphy y D. Kergoat [1982] "Les études et recherches feministes et sur les femmes en Sociologie", p.4. Contribution au Colloque 1982 de Toulouse: *Femmes, Féminisme et recherches*. Cf. Actes du Colloque National.

rarquizado entre varones y mujeres, en beneficio de otro enfoque que introduce el antagonismo y la dominación (cf.MATHIEU N. C., 1991; C. GUILLAUMIN, 1992; M. GODELIER, 1982)[6]. Por el contrario, la Sociología había realizado la separación entre Sociología de la familia, cuyo objeto privilegiado era el comportamiento "reproductivo" en sentido amplio, de las mujeres en el universo familiar, y la Sociología del trabajo, con un objeto sedicente universal, pero en realidad masculino: el estudio de las características del trabajo profesional (de los varones). En ninguna de esas subdisciplinas de la Sociología se podían encontrar estudios sobre las relaciones sociales entre los varones y las mujeres que se tejieran simultáneamente en el salariado y en la familia.

La dicotomía creada permitía, en el mejor de los casos, la integración de las mujeres al universo de análisis, con el estatus de un "nuevo campo regional". Según D. Kergoat, las mujeres eran simplemente agregadas a los otros campos regionales ya existentes, sin cuestionarlos. Esta ontología de lo regional (objeto mujer como objeto separado) fue constituida históricamente por algunos trabajos sociológicos que permitieron así, en los años 1950-1960, que las mujeres y el trabajo femenino se hicieran visibles. Los trabajos de V. Isambert-Jamati y M. Guilbert (1956, 1962), de M. Guilbert (1966), constituyen, de esta forma, una primera aplicación a las mujeres de las nociones de la Sociología del trabajo tradicional - empleo, formación profesional, salario, mercado de trabajo, tecnología. No se trataba, de ninguna manera, de un interrogante crítico de esas nociones a partir de una categorización en términos de sexos sociales, como se hará luego en los años '70. Además, tales investigaciones estudiaban el trabajo de las mujeres sobre las mismas bases que el trabajo masculino, es decir, concibiéndolo únicamente en su dimensión profesional y considerando el universo del trabajo doméstico y del trabajo en la familia como elemento anexo.

La elaboración de la problemática de la división sexual del trabajo instaurada, en los años '70, por D. Kergoat, es un vuelco

[6] Las dos primeras obras reúnen artículos escritos desde 1970; la tercera retoma tesis desarrolladas en textos publicados en los años 1960 y 1970.

epistemológico radical. A partir de una deconstrucción/ reconstrucción del concepto de trabajo y de división del trabajo y de los conceptos conexos, como el de calificación, D. Kergoat defiende una Sociología de las relaciones sociales en las que clase y sexo social[7] se consideran como co-extensivos. Al cuestionar las formas de razonamiento dominantes, su análisis descubre las contradicciones de sexo bajo la estabilidad aparente de las categorías del análisis sociológico que se pretendían universales, pero que estaban basadas implícitamente en el modelo masculino. Esta "revolución copernicana" inaugura, en sociología, una aproximación comparativa varones/mujeres. La introducción de la dimensión sexuada, de las relaciones sociales de sexos o de "sexo social", cuestiona fuertemente el conjunto de las categorías sociológicas, como por ejemplo el concepto de clases sociales (C. DELPHY, 1978; D.KERGOAT, 1982; D.KERGOAT, en obra colectiva, *Le sexe du travail*, PUG, 1984, traducido en Parte I, *Por una Sociología de las relaciones sociales*). Desde comienzos de los años '80, las investigaciones desarrolladas por D. Kergoat y otras investigadoras pertenecientes a diferentes disciplinas en el marco del GEDISST tuvieron pues, como punto de partida una problemática que ampliaría y reestructuraría (por medio de una actividad de deconstrucción/reconstrucción) el concepto de trabajo para incluir en el mismo:

- el sexo social,
- el trabajo doméstico, no profesional, no asalariado y no remunerado.

Esta problemática de la división del trabajo entre varones y mujeres en la esfera profesional y en la esfera doméstica tuvo como consecuencia, en el plano teórico y epistemológico, poner de manifiesto toda una serie de divisiones, como las existentes entre producción y reproducción, salariado y familia, etc. Tuvo también por consecuencia revelar categorías sociológicas construidas a partir de la exclusiva consideración de una población

[7] Sexo social y no "género": sobre el sentido de esta diferencia, cf. D. Kergoat, (1992b, p.18). Y la versión castellana de dicho artículo en esta obra, Part.I,*A propósito de las relaciones sociales de sexo.*

masculina considerada universal (categorías como las de calificación, movimiento social, tiempo social, pleno empleo, etc.).

La problemática de la división sexual del trabajo y de las relaciones sociales de sexo, el concepto mismo de división sexual del trabajo, se vieron beneficiados para su constitución, por un movimiento social de las mujeres que, en los años 1960-1970, atacaron con fuerza "el androcentrismo de las investigaciones en ciencias sociales" (Cf. MATHIEU N.C.,1991; DELPHY C., 1992; Informe de actividad GEDISST 1983).

Esta problemática contribuyó, en su desarrollo durante los años 1970 y 1980, a cuestionar el determinismo económico de los análisis del trabajo postulando, para una parte de estas investigaciones, la centralidad de las relaciones inter-subjetivas varones/mujeres en los fenómenos de explotación, estudiados tradicionalmente dentro de un marco exclusivamente económico. En esto, la Sociología de las relaciones sociales de sexo fue innovadora, tanto como las disciplinas nuevas, como por ejemplo la Psicopatología del trabajo, colocando ante todo la subjetividad en el trabajo.

2. División internacional del trabajo y organización sexuada del trabajo

Un enfoque desde la división sexual del trabajo introduce en el corazón del análisis de toda relación social, la comparación varones/mujeres. La consideración de la división internacional del trabajo, asociando una comparación Norte-Sur a una comparación entre los sexos sociales, pueden arrojar nueva luz, ya sea que confirme o que rechace las conclusiones a las que se hubiera podido llegar a partir de un análisis hecho exclusivamente en términos de división sexual del trabajo. Indicaremos aquí el interés de un enfoque realizado simultáneamente en términos de división sexual e internacional del trabajo, tomando como objeto la organización del trabajo industrial, a partir de dos figuras paradigmáticas, el taylorismo y la especialización flexible.

- División internacional del trabajo y taylorismo

Los métodos y técnicas tayloristas se aplican mayoritariamente a las mujeres y la gestión tayloriana predomina en las fábricas de mujeres, tanto en los países del Norte como en los del Sur. Inversamente, las industrias de procesos tienen mano de obra esencialmente masculina. Es según el sexo de sus efectivos asalariados, como la empresa elabora y aplica su política de gestión de la mano de obra. La política de control, en particular, se decide en función del sexo del trabajador empleado y cada encuesta empírica aporta una nueva confirmación acerca de la naturaleza diferenciada de ese control para los varones y para las mujeres.

Los trabajos de Madeleine Guilbert (1966) y de Danièle Kergoat (1978, 1982) mostraron la importancia del trabajo de las mujeres en las ramas industriales en las que se adoptaron técnicas tayloristas con mayor eficacia. Las encuestas "condiciones de trabajo" y TOTO (técnicas y organización del trabajo) del INSEE (Instituto Nacional de Estadísticas y de Estudios económicos) y del Ministerio de Trabajo francés (cf. S. VOLKOFF 1980, 1987) aportaron elementos en cifras y confirmaron la tesis según la cual las técnicas tayloristas se aplican principalmente a los trabajadores de sexo femenino: ellas muestran que el trabajo bajo fuerte apremio de tiempo es efectuado sobre todo por las mujeres obreras.

Esta realización segmentada y standarizada, según un "one best way" (única y mejor manera), que caracteriza una gran parte del trabajo obrero femenino todavía en nuestro días, puede sufrir modificaciones según el grado de modernización tecnológica o según el país. Nuestras encuestas han mostrado un movimiento de "destaylorización" aunque sea muy parcial, en un cierto número de establecimientos franceses y japoneses, con experiencias de constitución de círculos de control de calidad, de grupos semiautónomos, de rotación y de polivalencia, al cual correspondía un movimiento de aumento de la taylorización en las filiales brasileñas. Investigaciones recientes en una rama específica (la industria del vidrio) mostraron que la organización

taylorista continúa siendo predominante en Brasil, en especial en los sectores de la producción donde se emplean mujeres, no incluidas de ningún modo en los programas -puestos en práctica en ciertas empresas del sector de recalificación de los operarios- que trabajan en los nuevos equipos de base micro-electrónica.

Un enfoque desde la división internacional del trabajo muestra que la "taylorización" alcanza a las industrias de proceso en las que la parcelización es mucho más importante en los establecimientos brasileños que en los establecimientos homólogos en Francia o en Japón; además, segmentos del proceso de trabajo en este tipo de industria podían ser "taylorizados", sometidos a cadencias y extremadamente segmentados en las filiales, en razón de las diferencias en el nivel de automatización (proceso troncado de trabajo). Esta comprobación significa que la mano de obra masculina, mayoritaria en este tipo de industria, está más sometida a los apremios de tipo taylorista en países del Sur.

De esta manera, si bien la organización taylorista afecta sobre todo a las mujeres, no deja de lado a los varones, especialmente en los llamados países "en vía de desarrollo". El movimiento de destaylorización en los años 1980-1990 de la única rama masculina con líneas de montaje y con cadencias - la construcción automovilística - se limitó prácticamente a las industrias de los países del Norte, dado que la reorganización de la producción sobre la base de nuevos modelos productivos es todavía muy secundaria y poco significativa en las industrias del Sur.

- Especialización flexible y división internacional del trabajo

La pertinencia de las tesis, hoy en día corrientes, sobre los nuevos paradigmas de organización industrial y sobre la recalificación de los operarios como consecuencia de la introducción de nuevas tecnologías debería ser intensamente examinada por una reflexión en términos de división sexual e internacional del trabajo. La coexistencia del fordismo y de la flexibilidad (cf.

VOLKOFF S., 1987), aun en los países de capitalismo avanzado como Francia, donde el modelo de la especialización flexible puede estar de actualidad, es todavía más marcada aún en países semiindustriales como Brasil, con un predominio de las modalidades tayloristas y fordistas de la producción y de la organización del trabajo (cf. R. QUADROS CARVALHO y H. SCHMITZ, 1989). En los países del Sur, es difícil comprobar la doble ruptura a la que se refiere M. Schumann (1989), con la ideología del taylorismo a nivel de la empresa y con el modelo taylorista en el plano de la teoría. Si bien podemos comprobar la aparición, en países como Brasil, de un nuevo modelo de organización del trabajo alternativo al fordismo (cf. A.FLEURY, 1988), debemos también situar esta aparición dentro de un cierto número de grandes empresas del sector dinámico y competitivo de la economía, que emplea mano de obra masculina. Si se emplean también algunas mujeres, la recalificación de la mano de obra se limita en general a los varones, las mujeres quedan fuera de toda política de formación y excluidas de las técnicas y métodos de gestión "innovadores".

De esta manera, la consideración del trabajo de las mujeres y de los países llamados "en vías de desarrollo" muestra que las prácticas y los métodos tayloristas y la producción en gran serie de bienes standarizados, sin preocupaciones por la calidad, pueden coexistir con algunos "islotes" de modernidad y de sofisticación tecnológica y organizacional. El argumento de esta coexistencia fue, por otra parte, reconocido más recientemente, como uno de los argumentos posibles por M. Piore y Ch. Sabel, a partir, justamente, de la consideración de la división internacional del trabajo (cf. el prefacio de la edición francesa de *The Second Industrial Divide*, 1989, p.13): se asistiría a la consolidación de un sistema "mixto" en el que las dos tecnologías (flexible y rígida) estarían combinadas. Lo que no consideraron estos autores en la "rectificación" a partir de un análisis de la división internacional del trabajo, principalmente de Corea del Sur, es la existencia de otra modalidad de sistema "mixto" en la que dos sectores coexisten, uno flexibilizado (masculino), el otro taylorizado (femenino) (cf D. KERGOAT, 1992, p.80-81); la"yuxtaposi-

ción" del taylorismo y de la flexibilidad aparece pues, como una realidad aun en los países del Norte, cuando se consideran las diferencias en relación con el género y la división internacional.

3. División sexual del trabajo: variabilidad y persistencia

Las modalidades de reproducción o de desplazamiento de la división sexual del trabajo en el tiempo ya fueron tratadas en numerosos estudios, a veces en formalizaciones por parte de sociólogas e historiadoras (R. MILKMAN, 1987; C. COCKBURN, 1983; J.SCOTT, 1986; APRE-atelier Production Reproduction, 1987; M. RIOT-SARCEY [bajo la dirección de], 1993). Sin embargo, en cuanto a la variabilidad o la invariabilidad de la división sexual del trabajo en el espacio geográfico hay muy pocos análisis, en parte debido a la escasez de estudios emanados de comparaciones internacionales de la división sexual del trabajo (cf. análisis comparativos de J.HEINEN, 1989; de J.HUMPHREY, 1987 y de M. A. BARRÈRE-MAURISSON, 1992).

En el caso de la evolución en el tiempo, se puede comprobar ante todo que la división sexual del trabajo estaría sometida a una lentitud que sólo permite el desplazamiento de las fronteras de lo masculino y de lo femenino, según los diferentes países, pero jamás la supresión de la división sexual misma, independientemente de los regímenes políticos o de los tipos de Estado. Si la división sexual del trabajo profesional entre las tareas pesadas, sucias y penosas atribuidas a los varones, y los trabajos limpios y livianos a las mujeres se tornó menos nítida en China o en la ex-U.R.S.S., en cambio es notable la persistencia de la división sexual del trabajo doméstico y familiar.

Una de las constantes que encontramos en los tres países en que efectuáramos comparaciones sistemáticas, concierne a la división del trabajo, según la cual el trabajo manual y repetitivo se atribuye principalmente a las mujeres (a excepción de los obreros especializados, varones, en las líneas de montaje automovilístico) y el que requiere conocimientos técnicos, a los hombres

(HIRATA H. y ROGERAT Ch., 1988). Otra constante encontrada en nuestra encuesta concierne al hecho de que los empleadores reconocen de buena gana las cualidades propias de la mano de obra femenina, pero no existe reconocimiento de estas cualidades como calificaciones femeninas reales, a diferencia de lo que sucede para con la mano de obra masculina. Estos caracteres constantes de la división sexual tienen como contrapartida la extrema variabilidad en la asignación de puestos de trabajo concretos dictada por la política de personal de las empresas. Así pues, comprobamos que las formas de utilización de la mano de obra femenina, según el estado civil, la edad y la formación, varían considerablemente según los países. Diferencias significativas existen en las prácticas discriminatorias y parecen muy ligadas a la evolución de las relaciones varones/mujeres en el conjunto de la sociedad. Por ejemplo, las empresas japonesas han practicado abiertamente dos sistemas de remuneración según los sexos. Trataron, a veces, de transferirlas sin éxito a sus filiales, por las barreras jurídicas (leyes de igualdad profesional) en vigencia en un cierto número de países occidentales y en el mismo Japón desde 1987. Otro ejemplo es la discriminación con respecto al trabajo de las mujeres casadas. Si bien las firmas en Francia no discriminan a las mujeres casadas, adoptan en sus filiales extranjeras prácticas de selección y de despido que las discriminan, y que están en vigencia en los países donde se implantan sus filiales.

Si bien se comprueba esta diversidad en la puesta en práctica de las políticas de gestión de la mano de obra en las empresas, en los resultados de nuestras encuestas comparativas internacionales, son las persistencias, las continuidades, las similitudes, las más sorprendentes en la división del trabajo entre los varones y las mujeres de países muy contrastados por su lugar en la división internacional del trabajo o por su nivel de desarrollo económico y tecnológico. Se pudieron comprobar casos de desplazamientos, cuando no de ruptura, en la división sexual: las coyunturas de expansión económica o de crisis, la introducción de nuevas tecnologías. Lo que parece, sin embargo, sobre-

determinante en estas transformaciones es el estado de las relaciones entre varones y mujeres en la sociedad dada, relaciones de fuerzas institucionalizadas o no, pero que son con mucha frecuencia el resultado de amplias luchas sociales, de movimientos sociales, en especial de la existencia o no de movimientos feministas y de actividades concientes, con vistas a una transformación de las relaciones varones-mujeres en el trabajo y en la sociedad.

Relaciones sociales de sexo y división del trabajo.

Contribución a la discusión sobre el concepto de trabajo*

HELENA HIRATA

Esta contribución para reflexionar sobre la crisis del trabajo, se sitúa en el marco de un intento de reconceptualización del concepto mismo de trabajo[1], a partir de la introducción, en el centro del análisis, de las dimensiones "género" o "sexo social" y "Norte-Sur" o "división internacional del trabajo". La relación Norte-Sur, considerada en general por los especialistas de la Economía o de la Sociología del desarrollo, en términos de jerarquización, de dominación o de sobreexplotación del Sur por el Norte, se piensa aquí, no en términos del debate actual sobre la globalización financiera, sino de imperialismo masculino presente en conceptos como la "especialización flexible" o "los nuevos paradigmas productivos". Aparentemente neutros, esos conceptos ligados a las tesis sobre la emergencia de nuevos sis-

* (Capítulo tomado de: Bidet, J y Texier, J. (dir), *La crise du travail*, Paris, PUF, 1994, p. 81-92. (Actas del Coloquio '94 organizado por la revista *Actuel Marx*)

[1] Esta deconstrucción/reconstrucción del concepto de trabajo fue uno de los ejes problemáticos que se asignó desde su creación el Grupo de Estudios sobre la división social y sexual del trabajo (el GEDISST) del Centro Nacional de la Investigación Científica de Francia (CNRS).
La ampliación del concepto de trabajo mediante la inclusión del sexo social y del trabajo doméstico, no profesional, no asalariado y no remunerado, tuvo por consecuencia, en el plano teórico y epistemológico, hacer resaltar toda una serie de divisiones, como las que existen entre producción y reproducción, salariado y familia. También tuvo por consecuencia hacer destacar categorías sociológicas construidas exclusivamente a partir de una población masculina considerada como universal (categorías como las de calificación, clases sociales, pleno empleo, etc.). La problemática de la división sexual del trabajo, elaborada en el marco de este equipo bajo el impulso de Danièle Kergoat, se benefició, para su constitución, con un movimiento social de las mujeres, que en los años 1960 y 1970 cuestionó considerablemente "el androcentrismo de las investigaciones en ciencias sociales" (N. C. MATHIEU, 1991; C. DELPHY, 1992).

temas de producción remiten fundamentalmente en realidad, al trabajador de sexo masculino de los países del Norte.

En este texto, al preguntar sobre la pertinencia de ese marco particular de referencias para la elaboración de herramientas conceptuales de alcance universal presento, *en primer lugar*, aspectos de método, que conciernen al interés en la utilización de algunas categorías transversales en el análisis de la división sexual del trabajo. *En segundo lugar*, sintetizo los resultados de una investigación comparativa internacional sobre la división sexual e internacional del trabajo. *Por último*, propongo algunas hipótesis teóricas referentes a las formas de periodización de la división del trabajo entre los sexos[2].

División sexual del trabajo: aspectos de método

En los análisis sobre las relaciones sociales de sexos, comprendidas como relaciones desiguales, jerarquizadas, asimétricas o antagónicas de explotación y de opresión entre dos categorías de sexos construidas socialmente, la preeminencia de uno de los dos componentes de esas relaciones, ya sea: el de opresión/dominación de sexo, ya sea el de sobreexplotación económica; constituyó una de las mayores diferencias que divide el campo de las investigaciones y del movimiento feministas, tanto en el Norte como en el Sur. Relaciones de clase o relaciones de sexo, antagonismos de clases o antagonismos de sexos, todo sucedía como si la importancia otorgada a una de esas relaciones implicara dejar en un plano secundario a la otra. Danièle Kergoat conceptualizó esas dos relaciones sociales en términos de "co-extensividad" (1978,1982,1984a), es decir en términos de recubrimiento parcial de una por la otra. Existe ahí, de hecho, un "rechazo de jerarquización de esas relaciones sociales(...).

[2]Agradezco a Hélène Le Doaré por la lectura crítica de la primera versión de este artículo, que se benefició también con los debates en el transcurso del Coloquio *La Crise du travail*, organizado por la revista *Actuel Marx*, en enero de 1994.

Una relación social no puede ser más viva que otra, es o no es" (1984a, p.210). [También en este libro Part.I, *Por una Sociología de las relaciones sociales*, p. 15].

Si se parte de esta idea de "co-extensividad", la explotación en el trabajo asalariado y la opresión de sexo son indisociables, la esfera de la explotación económica -o la de las relaciones de clases- es simultáneamente aquella donde se ejerce el poder machista sobre las mujeres[3].

La preeminencia de lo económico, que hacía de la *fuerza de trabajo* un concepto clave en el análisis marxista clásico de las relaciones de dominación, cede el lugar -con la tesis de la "co-extensividad" de las relaciones de clases y de sexos- al concepto de *sujeto sexuado* (CF.D.KERGOAT, 1988a) inserto en una red de relaciones intersubjetivas. Ese pasaje del primado de lo económico y de las relaciones de explotación, a la afirmación de un lazo indisociable entre opresión sexual (y de clase) y explotación económica (y de sexo) es la que permite, en mi opinión, re-conceptualizar el trabajo, dinamizarlo, a partir de la introducción de una subjetividad que actúa, al mismo tiempo como "sexuada" y "clasada" según la expresión de Danièle Kergoat.

Este pleno reconocimiento del lugar del individuo (varón o mujer) y de la subjetividad en el trabajo, es una precondición que permite aprehender los movimientos y las *relaciones de pasión* en las relaciones de trabajo[4]; trabajar sobre los *modos de pasaje del hacer al ser*; distinguir, por último, las modalidades sexuadas de la relación con el espacio, el tiempo y la socialización.

Actualmente, el campo de investigaciones sobre el "género", o sobre las "relaciones sociales de sexo", en el que se insertan las ideas que acabo de presentar está en plena expansión, lo que no quiere decir que goce de un real derecho de ciudadanía en la co-

[3] Aquí estaríamos tentadas de ver el acoso sexual en el trabajo como el caso paradigmático de ese entrecruzamiento de las relaciones jerárquicas de trabajo y relaciones de opresión de las mujeres por los varones.

[4] Para una tentativa original de una ciencia de la gestión a partir de las pasiones, y especialmente para un enfoque de la gestión industrial a partir de la categoría de generosidad ver Ph. Zarifian (1994b).

munidad científica. (cf. H.Hirata, Parte I, *División sexual e internacional del trabajo*, p. 41).

Desde un punto de vista metodológico, me parece fecunda actualmente esta doble actitud en el avance de la reflexión, referente a ese campo de investigaciones. La primera consiste en tomar en cuenta los enfoques masculinos de las relaciones sociales de sexo y de la división del trabajo entre los hombres y las mujeres; la segunda se refiere a la utilización, en el análisis del trabajo, de algunas categorías conceptuales (como por ejemplo la creatividad o la sublimación) que hasta ahora no se emplearon corrientemente en las investigaciones en Sociología del trabajo y de las relaciones entre los sexos. Esas dos actitudes pueden vincularse y constituir una única *postura hacia la "mixidad"* (en la investigación y entre las disciplinas). Trataré de explicitar a continuación lo que acabo de enunciar.

La cuestión de la igualdad entre los sexos, en relación o no con la ética (justicia/injusticia) fue tratada fundamentalmente por investigadoras feministas (por ejemplo, en filosofía, M. Le Doeuff (1989,1994), F. Collin (1992), G. Fraisse (1989,1993); G. Fraisse et alii (1991); M. L. Boccia (1990)[5].

Si, actualmente, esta cuestión y con mayor generalidad, el enfoque epistemológico que introduce la diferencia varones-/mujeres en la construcción teórica continúa siendo fundamentalmente trabajada por investigadoras feministas; ha posibilitado recientemente, cuestionar a investigadores hombres en su relación con los modos de construcción teórica o con sus respectivas disciplinas.

Pienso efectivamente, que cada vez que investigadores varones hacen un esfuerzo para integrar las relaciones sociales de sexo en sus reflexiones, a partir del reconocimiento de la pertinencia de un movimiento social -el movimiento feminista- y del

[5] Ver igualmente las contribuciones en la obra colectiva editada por M. Riot-Sarcey et alii, 1993. Voluntariamente dejamos de lado toda la literatura filosófica clásica que trató ese tema de la igualdad en términos de afirmación de la inferioridad del sexo femenino (cf. las críticas de M. Le Doeuff [1989] y de F. Durou [comentadas por H. Le Doaré, 1994]).

interés epistemológico que representa este tipo de reflexión para renovar su marco conceptual; el enfoque masculino puede ser heurístico para la reflexión sobre la división sexual del trabajo; y su" punto de vista", a partir de su lugar en el campo de las prácticas del saber, proporciona otro esclarecimiento a los conceptos elaborados por investigadoras mujeres.

Esos investigadores[6], que reaccionan frente a los cuestionamientos provenientes del campo de estudios sobre las relaciones sociales de sexos, lo interpelan -y a su vez nos interpelan.

Llego ahora a la explicitación de la segunda actitud, recordada anteriormente, referente a la apertura hacia algunas herramientas conceptuales exógenas al campo tradicional de la Sociología del trabajo. Para señalar el interés de ese procedimiento, tomo como ejemplo tres conceptos que habitualmente no se asocian con la categoría "trabajo" y "división sexual del trabajo", pero que pueden contribuir a las investigaciones en ese campo.

Un primer ejemplo es el del concepto de *creatividad*. En un artículo reciente sobre el reparto del tiempo de trabajo (*partage du temps de travail*), Ph. Zarifian piensa la nueva productividad como estrechamente asociada a la creatividad: "la fuente fundamental de esta (nueva) productividad reside, en un último análisis, en la organización de la creatividad" (Ph. Zarifian, 1994a). Ahora bien, este tipo de productividad es sólo masculino, los puestos masivamente ocupados por las mujeres no son los más propicios para la creatividad. De la misma manera, la autonomía y la iniciativa, consideradas esenciales para la aplicación de los modelos de especialización flexible, alternativos al modelo taylorista-fordista, no son características de los puestos de tra-

6 Pensamos, por ejemplo, en cuatro disciplinas diferentes de las ciencias sociales, en las contribuciones de Ch. Dejours en Psicodinámica del Trabajo (1987 y 1988), de J. Rancière en Filosofía (1987,1993), de S. Volkoff en Estadística (S. Volkoff y A. F. Molinié, 1981), S. Volkoff y M. Gollac, 1993), de Ph. Zarifian en Economía, 1993, 1994). Cf. igualmente, a otro nivel, para una tentativa de integración de la problemática de la dominación masculina en una construcción sociológica sobre las relaciones de dominación, P. Bourdieu (1990) y para una crítica de esta tentativa, H. Le Doaré, 1994. Sobre el interés propiamente epistemológico de la variable sexo, ver J. Jenny, 1991.

bajo femeninos.

Postulada de este modo la relación entre creatividad y productividad, puede dar un nuevo enfoque a la reflexión sobre la división sexual del trabajo. Se puede decir que la creatividad está de manera general asociada al sexo masculino, como lo doméstico lo está al sexo femenino: el monopolio por ese mismo sexo del poder político y de la potencia creadora podría aún considerarse como el fundamento de la permanencia de la división sexual del trabajo (H. LE DOARÉ, 1994)[7].

Un segundo ejemplo es el del concepto de *sublimación*. Efectivamente, la reflexión sobre el estatus diferencial de los hombres y de las mujeres frente a la sublimación -o sobre la "desigualdad construida socialmente frente a los beneficios simbólicos de la sublimación" según C. Dejours (1993, p.252)- puede aportar igualmente otro enfoque al análisis de la división sexual del trabajo. La sublimación es sexuada como el trabajo es sexuado; ahora bien, si la sublimación y el trabajo como actividad social están frecuentemente amalgamados por el psicoanálisis, la entrada mediante la psicodinámica del trabajo[8] -convergente con aquélla mediante las categorías de sexo- indica que todo trabajo no es forzosamente sublimatorio (es el caso del trabajo doméstico). Si es posible la sublimación para las mujeres, esto depende de la clase social, de la relación con el oficio, del tipo de actividad: en todo caso, *la sublimación no se conjuga con lo femenino como con lo masculino*. Las dos condiciones requeridas para un proceso sublimatorio: "el compromiso con una tarea de elaboración y la pertenencia a un colectivo, o mejor dicho a una comunidad de pertenencia" (C. DEJOURS, T. II, 1988, p. 168 y siguientes), ambas no se reúnen fácilmente en lo que se refiere a las mujeres. El análisis de la construcción social de las desigualdades frente a la sublimación, y de sus repercusiones sobre la actividad sexuada del trabajo y sobre la relación con el trabajo, queda todavía por hacer.

---

[7] Sobre creatividad y trabajo cf. igualmente Ch. Dejours, 1993, p. 220-21.

[8] Cf. Ch. Dejours [1987-1988] Tomo I, p. 128-29.

Un último ejemplo se refiere a la pareja *masculinidad/feminei-dad.* La contribución de la Psicodinámica del trabajo (DEJOURS, [1987-1988, 1993]; M. P. GUIHO-BAILLY [1993] y de la Filosofía (por ejemplo, F. COLLIN, [1992]) indican el interés en utilizar esas categorías (virilidad y femineidad, la bisexualidad psíquica) para pensar el trabajo y la gestión sexuada del mismo. En una investigación sobre los obreros de la industria del vidrio pudimos considerar las identidades sexuales y las representaciones sociales de la virilidad y de la femineidad utilizadas en la gestión de la mano de obra. El estudio de la actividad del trabajo según el sexo, y la pareja masculinidad/virilidad y femineidad mostró la fuerza de los estereotipos sexuados del trabajo según los sexos (la virilidad asociada al trabajo pesado, penoso, sucio, insalubre, a veces peligroso, que requiere coraje y determinación; la femineidad asociada al trabajo liviano, fácil, limpio, que exige paciencia y minuciosidad). La duda sistemática sobre la virilidad de los hombres que trabajan en el sector denominado "frío" de esta rama no contribuye a facilitar las experiencias de cambio en la organización del trabajo. Este tipo de análisis puede comprobarse como muy fructífero, como lo atestigua la obra sobre los cambios tecnológicos en las imprentas y la relación con el trabajo, que se volvió limpio y liviano, "femenino" por lo tanto, de los obreros del libro (cf. C. COCKBURN, 1983) o los estudios de D. Kergoat sobre las prácticas y las representaciones obreras en relación con la "virilidad" y la femineidad" (cf. H. HIRATA y D. KERGOAT, 1988, en: C.DEJOURS [comp.] p.153 y ss., traducido en este libro, Parte IV, *Relaciones sociales de sexo y psicopatología del trabajo*). Se abre un amplio campo de investigaciones sobre la cuestión: ¿cómo se expresan la virilidad/femineidad, la bisexualidad psíquica, cómo son interpretadas, transpuestas, negadas o explotadas en el trabajo?

Estos tres ejemplos de categorías "exógenas" muestran que pueden ser utilizables para pensar el trabajo, a través de la mediación de un concepto transversal por excelencia, el de la igualdad : en efecto, la cuestión de la igualdad o de la diferencia entre los sexos frente a la creación, a la sublimación, a la actividad

filosófica, etc., me parece que puede constituir un instrumento que contribuya al avance de la reflexión sobre la división sexual del trabajo.

División internacional del trabajo : las variabilidades en el espacio

Las tesis con alcance universal como la de la especialización flexible o la de la emergencia de un nuevo paradigma productivo alternativo al modelo fordista de producción, son ampliamente cuestionadas a la luz de investigaciones empíricas que toman en consideración las diferencias Norte-Sur, o las diferencias ligadas al género. El análisis de la división del trabajo entre los sexos en los países muy industrializados (ver por ejemplo D. KERGOAT, 1992c), así como la comparación internacional de la división sexual del trabajo, muestran que esos modelos teóricos parten de un cierto arquetipo de trabajador: calificado, polivalente, dispuesto a integrarse a la lógica del "actuar comunicacional".(Desarrollo de esta idea en este libro: Hirata, H., parte I, *División sexual e internacional del trabajo*, p. 41; también en parte IV, *Relaciones sociales de sexo y psicopatología del trabajo*)

Aquí abordo la cuestión de los cambios en la configuración de la división sexual del trabajo según se trate del Norte o del Sur, a partir de las comparaciones efectuadas entre Brasil, por una parte, y Japón y Francia, por otra, y al mismo tiempo la cuestión de las permanencias y de las similitudes de la división del trabajo entre los sexos en esos tres países.

Una serie de investigaciones comparativas internacionales sobre la tecnología, la organización del trabajo y las políticas de gestión de la mano de obra en las filiales y en las casas matrices de firmas multinacionales en los tres países (Brasil, Francia y Japón) me llevaron a la comprobación de una extrema variabilidad en la organización y en la gestión de la mano de obra según los sexos y según los países.

En lo que se refiere a la organización del trabajo, la primera conclusión que se impuso fue que, en los establecimientos de los

tres países, el personal afectado era masculino o femenino según el tipo de máquinas, el tipo de trabajo y de organización del trabajo. El trabajo manual y repetitivo se atribuía a las mujeres, el que requería de conocimientos técnicos, a los hombres. Otro rasgo común: los empleadores reconocen de buen grado, en los establecimientos de los tres países, cualidades propias de la mano de obra femenina, pero no como si fueran calificaciones. Fuera de esta división del trabajo y de las calificaciones -siempre presentes- entre varones y mujeres, existen diferencias muy significativas en la organización del trabajo.

Los movimientos de taylorización/destaylorización no van en el mismo sentido en países muy industrializados y en países "semidesarrollados" como Brasil. La segmentación del trabajo es también mucho más pronunciada en este último, aun en el caso de la organización del trabajo de las industrias de procesos.

En cuanto a la política de gestión de la mano de obra, la primera conclusión, como para la organización del trabajo, es que se trata de políticas diferenciales según el sexo. El reclutamiento, la formación profesional, la remuneración, son asimétricas según se trate de madres o de padres de familia. Una vez elegido el sexo de la mano de obra, la efectivización del trabajo concreto varía considerablemente según los países.

Una de esas diferencias consiste en las prácticas discriminatorias. Por ejemplo, se puede recordar el caso de los dormitorios industriales comunes para las mujeres trabajadoras: existentes siempre en Japón para la organización del trabajo por turnos y, con mayor generalidad, para la gestión de la mano de obra femenina joven y célibe; no fue posible implantarlo en Brasil, donde las obreras sentían como una "intolerable falta de libertad" esta modalidad de control fuera de los horarios de trabajo. Para otros ejemplos, cf. Hirata, H., parte I, *División sexual e internacional del trabajo*, p.41.

Finalmente, en cuanto a los sistemas de gestión participativa, el estudio de los círculos de control de calidad mostró que había diferencias en el grado de participación según los países (muy elevado en Japón, relativamente débil en Brasil e intermedio en

Francia) y según el sexo, las mujeres están menos asociadas a las actividades de grupo, y menos solicitadas para dar sugerencias de mejoras en el plano técnico, y sobre todo excluidas a menudo en los procesos de tomas de decisión (por ejemplo de asignación de recursos monetarios para la realización de esas actividades).

Este conjunto de conclusiones a las que llegué sobre la variabilidad, en el espacio, de las modalidades de la división sexual del trabajo pudo enriquecerse recientemente con una comparación sobre las formas de empleo y la división sexual del trabajo en los establecimientos en Japón y en Francia (H. HIRATA y Ph. ZARIFIAN, 1994). Tal comparación mostró que las desigualdades de sexo son más importantes en Francia que en Japón, en lo que se refiere a la relación con la técnica. Las obreras francesas tienen una relación de implicación frente al movimiento de la técnica, menos pronunciada que la de las obreras japonesas. Por el contrario, desde el punto de vista del estatuto del empleo y del contrato de trabajo, la extrema precariedad de las obreras japonesas a tiempo parcial, en oposición al "empleo vitalicio" de sus homólogos masculinos, contrasta considerablemente con la situación mucho más igualitaria, en cuanto al estatuto del empleo en Francia, de los trabajadores varones y mujeres.

Conclusión[9]

Se podría decir que tanto la variabilidad como la persistencia de la división sexual del trabajo pueden reencontrarse en el tiempo y en el espacio, pero que la diacronía es la dimensión privilegiada para captar la permanencia, como la sincronía lo es para captar la variabilidad. Investigaciones efectuadas sobre las relaciones sociales de sexos y la división sexual del trabajo, a partir de enfoques históricos, sociológicos o antropológicos, pu-

[9] Esta parte retoma y desarrolla un texto propuesto, en colaboración con Danièle Kergoat, en el marco del proyecto de la red MAGE (Mercado de trabajo y género), red de investigadores y laboratorios del CNRS y de la Universidad.

dieron mostrar tanto los cambios y permanencias de la división del trabajo entre varones y mujeres en el transcurso de distintos momentos de la historia; como la variabilidad y persistencia en la efectivización del trabajo de los varones y de las mujeres; especialmente por las comparaciones entre regiones y países, situados de manera diferente en la división regional o internacional del trabajo.

Si se toman en cuenta los resultados de investigaciones empíricas, primeramente se puede comprobar que la división sexual del trabajo parece estar sometida a una gravitación que desemboca más en el desplazamiento de las fronteras entre lo masculino y lo femenino que en la supresión de la división sexual misma. Como dice H. Le Doaré: *"las condiciones respectivas del trabajo de los hombres y de las mujeres cambian según el contexto histórico, cultural, económico, pero no se transforman, siguen obstinadamente la misma línea de demarcación de los espacios masculinos y femeninos"* (H. Le Doaré, 1994).

Si bien se comprueba una gran diversidad en la aplicación de las políticas de gestión de la mano de obra en las empresas, son las persistencias, las continuidades, las similitudes, sin embargo, las más contundentes en la división del trabajo entre varones y mujeres de regiones y países más contrastables por su nivel de desarrollo económico y tecnológico.

Esta aparente paradoja -persistencia en la variabilidad- nos remite a la imbricación, en la división sexual del trabajo, con relaciones sociales que no son periodizables de la misma forma. Las dimensiones constitutivas del tiempo de las relaciones sociales de sexos (evolución, rupturas y continuidades) no son las mismas que las dimensiones constitutivas del tiempo de las relaciones capital/trabajo. Por consiguiente, esos dos modos no son periodizables de la misma forma. Se podría enunciar la hipótesis de que los cambios en la división sexual del trabajo remiten a las coyunturas económicas y a las relaciones de clase, lo que no quiere decir que las relaciones de fuerza entre los sexos no jueguen un papel en esos cambios y que las permanencias re-

mitan más bien a las relaciones sociales de sexos, o a una sola de las dimensiones temporales de esas relaciones.

Permanencia, persistencia, continuidad no quieren decir inmutabilidad: la división sexual del trabajo, como toda construcción social es histórica y plantea desde el principio, al menos virtualmente, la cuestión del cambio; ésta es la idea que evoca la historiadora Michèle Riot-Sarcey cuando afirma que "desde la ciudad antigua hasta nuestros días, podemos decir hoy como ayer : la ciudad son los hombres. Esta similitud entre el pasado y el presente, esta perennidad de la sujeción de las mujeres puede hacer creer en la imposibilidad de su superación" (M. Riot-Sarcey, 1993, p. 73), es decir, puede hacer captar la relación de dominación como si constituyera un "dato" y una manera "invariante" de proceder de los antropólogos criticados por esta autora (ver también M. Riot-Sarcey, 1994).

A partir de una mirada sobre lo que cambia en la división sexual del trabajo -especialmente en una perspectiva comparativa- se podría decir que lo que parece sobredeterminante es el tipo de relaciones de fuerzas entre los varones y las mujeres en la sociedad, relaciones de fuerzas institucionalizadas o no, pero que muy a menudo son el resultado de amplias luchas sociales, de movimientos sociales, especialmente de la existencia o no de movimientos feministas, y de actividades concientes con vistas a una transformación de las relaciones sociales.

Bibliografía de la Primera Parte

APFELBAUM Erika [1987] "Women in leadership position. Henri Tajfel Memorial lecture", *The British Psychological Society Newsletter*, N°17, p.3-19.

APPAY Béatrice [1993] "Individu et collectif. Questions à la Sociologie du Travail et des professions", *Cahiers du GEDISST*, N°6.

APRE-Atelier Production Reproduction [1988], Les rapports sociaux de sexe: problématiques, méthodologies, champs d'analyse, Actas de la Mesa Redonda internacional del APRE, Paris, 24-26 nov.1987. Paris, IRESCO, 3 vol.

AUBERT N., ENRIQUEZ E., de GAULEJAC V.[1986] (comp.) *Le sexe du pouvoir. Femmes, hommes et pouvoir dans les organisations*, Paris, EPI.

BARRERE-MAURISSON M. A.[1992] *La Division familiale du travail*, Paris, PUF.

BAUDOUX C. et ZAIDMAN C.[1992] *L'Egalité entre les sexes. Mixité et Démocratie*, Paris, L'Harmattan.

BEECHEY V.[1982] "The sexual division of labour and the labour process: a critical assessment of Braverman" in Stephen WOOD: *The degradation of work? Skill, deskilling and the labour process*, p. 54-73, London, Hutchison.

BOCCIA M.L.[1990] "La différence de sexe et l'égalité complexe", *Actuel Marx*, N°8, 2° sem.

BOURDIEU Pierre [1990] "La domination masculine", *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, N°84, septiembre.

CHABAUD-RYCHTER Danielle, FOUGEYROLLAS-SCHWEBEL, Dominique & SONTONNAX, Françoise [1981] *Le travail domestique et les pratiques de déplacement des femmes et des hommes*. Caesar, Université de Paris X, Nanterre.

CHABAUD-RYCHTER Danielle [1984] "Problématiques de sexes dans les recherches sur le travail et la famille", *Sociologie du Travail*, N°3, P.346-359 ("Travail des femmes et famille")

CHABAUD-RYCHTER Danielle, FOUGEYROLLAS-SCHWEBEL Dominique, SONTHONNAX, Françoise [1985] *Espace et temps du travail domestique*, Paris, Librairie des Méridiens (Réponses sociologiques)

CHABAUD-RYCHTER Danielle [1990] "The social trajectory of a technical object. From its creation in the household appliance industry to its usage in the home", in: MONSE, Kurt (ed.), *The Private Household in Technology Research*, Actes de l'Atelier franco-allemand, Paris, 6-7 déc., Wuppertal: I.W.T., 1991.

COCKBURN Cynthia [1983] *Brothers. Male dominance and Technological Change*, London, Pluto Press.

COCKBURN Cynthia [1985] *Machinery of Dominance. Women, men and technical know-how*, London, Pluto Press.

COLLIN F.(ed) [1992a] "Provenances de la pensée", in: "Femmes/Philosophie", primavera, *Les Cahiers du GRIF*, N°46.

COLLIN F. [1992b] "Différence et différend. La question des femmes en philosophie", in G. DUBY & M. PERROT (comp.), *Histoire des Femmes en Occident*], T.V, Paris, Plon.

COMBES, D.[1981] *Répresentations des rapports de production et approches des modes de vie*, Paris, CSU, p.59.

COTTEREAU Alain [1980] Introducción al texto de Denis Poulot, *Le sublime*, Paris, Maspero.

COUTRAS Jacqueline et alii [1992] *Technologies domestiques et cultures familiales. Eléments pour une problématique*, Paris, GEDISST-CSU-IRIS.

DAUNE-RICHARD Anne-Marie [1986,1988] De la construction d'un objet "Travail des femmes" à une reconceptualisation du travail. Comunicación en el coloquio *Work and Politics: the Feminization of the Labor Force*, Harvard Univ.,14-16 mars. En inglés, "Gender relations and female labor" in J. JENSON, E.HAGEN, C.REDDY (eds.), *Feminization of the Labour Force. Paradoxes and Promises*, Polity Press.

DEJOURS C. (comp.) [1987 et 1988], *Plaisir et souffrance dans le travail*, Tomos I y II, Paris, éd.de l'AOCIP.

DEJOURS C. [1988]. "Le masculin entre sexualité et société" *Adolescence; Revue trimestrielle de psychanalyse, psychopathologie et sciences humaines*, otoño, tomo 6, N°1.

DEJOURS C.[1993] *Travail: usure mentale. Essai de psychopathologie du travail.* Paris, Editions du Centurion, 1980. Reedición aumentada: Paris, Bayard, 1993)

DELPHY Christine [1970] "L'ennemi principal", *Partisans*, ("Libération des femmes année O").

DELPHY Christine [1977] Les femmes dans les études de stratification, in Michel ANDRÉE (org.), *Femmes, sexisme et société*, Paris, PUF. (Traducción al español en *Por un feminismo materialista*, LaSal, Edicions de les dones, Barcelona, 1982).

DELPHY Christine [1978a] Travail ménager ou travail domestique?, in A. MICHEL (comp.), *Les femmes dans la société marchande*, PUF, p.39-54.

DELPHY Christine & KERGOAT Danièle [1982] "Les études et recherches féministes et sur les femmes en Sociologie", Contribución al Coloquio de Toulouse: *Femmes, Féminisme et recherches*, p.4. Actes du Colloque National.

DELPHY Christine [1992] "Féminisme et recomposition à gauche", *Politis la Revue*, N°1, p.27-34.

DELPHY Christine & LEONARD D.[1992] *Familiar exploitation. A new analysis of marriage in contemporary western societies*, Cambridge, Polity Press.

DONIOL-SHAW, Ghislaine et alii [1989] *Les plans d'égalité professionnelle. Etude-bilan 1983-1988*, Paris, La Documentation française.

DUBOIS Pierre, KASTORYANO Riva [1985] Recensement des recherches en cours sur le travail, in *Le travail et sa sociologie*, Paris, L'Harmattan, p.17-41.

ERBES-SEGUIN Sabine [1988] *Le travail dans la société. Bilan de la Sociologie du Travail*, T.II, Grenoble, PUG.

FLEURY A. [1988] Impactos da microeletrônica sobre a organizaçao do trabalho, emprego e renda na industria metal-mecânica, DEP/EPUSP.

FOUGEYROLLAS-SCHWEBEL D.[1994] "Si la famille m'était comptée. Le travail domestique, une question théorique, une question politique?", *Politis la Revue*, N°8,p. 37-41.

FRAISSE G.[1989] *Muse de la raison. La démocratie exclusive et la différence des sexes*, Ed. Alinéa.

FRAISSE G. et alii, [1991] *L'exercice du savoir et la différence des sexes*, Paris, L'Harmattan. (La philosophie en commun).

FRAISSE G.[1992] *La raison des femmes*, Paris, Plon.

FRIEDMANN Georges [1956] *Le travail en miettes*, Paris, Gallimard.

GADREY N [1992] *Hommes et femmes au travail. Inégalités, différences, identités*, Paris, L'Harmattan.

GODELIER Maurice [1982] *La production des grands hommes*, Paris, Fayard.

GOLLAC M. et VOLKOFF Serge [1993] "Classes et travaux", *Politis La Revue*, N°4.

GUIHO-BAILLY M.P. [1993] "Identité sexuelle au travail", *Education permanente*, v.3, N°116. (Traducción al español en DESSORS Dominique y GUIHO-BAILLY Marie-Pierre: *Psicopatología y psicodinámica del trabajo*, Asoc. Trabajo y Sociedad/PIETTE-CONICET, en prensa)

GUILBERT Madeleine [1966] *Les Fonctions des femmes dans l'industrie*, La Haye, Mouton.

GUILLAUMIN Colette [1978] "Pratique du pouvoir et idée de Nature". *Questions féministes*, N°2, p.5-30; N°3, p.5-28.

GUILLAUMIN Colette [1992] *Sexe, race et pratique du pouvoir. L'idée de Nature*, Paris, Côté-Femmes.

HARDING Sandra [1990 , 1991] "L'instabilité des catégories analytiques de la théorie féministe", *Futur antérieur*, N°4, p.138-155 (1° parte), y *Futur antérieur*, N°5, p.130-39. Previamente en: *Signs*, v.11, N°4.

HEINEN Jacqueline [1989] "Inégalité devant l' emploi et prégnance de la division sexuelle du travail dans les pays de l' Est", *Comparaisons internationales*, N°5, Paris, IRESCO.

HIRATA Helena [1986] Les métamorphoses de la forme travail: travail professionnel; travail domestique...travail?", Contribution à la Table ronde, *Travail et production domestiques: un bilan*, CNRS, 4 mars.

HIRATA Helena & KERGOAT Danièle [1988] "Rapports sociaux de sexe et psychopathologie du travail", in Dejours C.(comp.) *Plaisir et souffrance dans le travail. Séminaire interdisciplinaire de psychopathologie du travail*, II, 1987-1988,. Ed. de l' AOCIP, p.131-176. (Traducido al español en esta misma obra, parte IV, N°1)

HIRATA Helena et ROGERAT CH. [1988] "Technologie, qualification et division sexuelle du travail", *Revue Française de Sociologie*, v.XXIX, p.171-192.

HIRATA Helena & KERGOAT Danièle [1993] "La classe ouvrière a deux sexes" *Politis La Revue*, N°4, jul.set.(Traducido en esta obra, parte II)

HIRATA Helena & ZARIFIAN Philippe [1994a] "Le modèle français sous le regard du Japon: l'exemple de l'agroalimentaire", comunicación en la 2° *Rencontre Internationale du GERPISA*, Paris, 16-18 juin 1994.

HIRATA Helena & SENOTIER Danièle (comp.) [1996a] *Femmes et partage du travail*, Paris, Syros.

HIRATA Helena(coord.)[1996] "La division sexuelle revisitée", *Cahiers du MAGE*, N°3-4, Paris, IRESCO, janv.

HUMPHREY John [1987] *Gender and Work in the Third World. Sexual division in Brazilian industry*, London, Tavistock.

HURTIG Marie-Claude, KAHL Michèle, ROUCH Hélène [1991] *Sexe et Genre. De la hiérarchie entre les sexes*, Paris, CNRS.

ISAMBERT-JAMATI Viviane, GUILBERT Madeleine [1956] *Travail féminin et travail à domicile*, Paris, CNRS.

ISAMBERT-JAMATI Viviane, GUILBERT Madeleine [1962] "La répartition par sexe", in FRIEDMAN & NAVILLE (comp.)*Traité de Sociologie du Travail*, v.II, Paris, A.Collin.

JENNY Jacques [1991] "Rapports de génerations... En rapport avec... Rapports de sexes, rapports de classes sociales et autres rapports sociaux fondamentaux" *Les Annales de Vaucresson*, N°30-31, p.23-45.

JENNY Jacques [1995] "Rapports sociaux de sexe et autres rapports de dominance sociale = pour une intégration conceptuelle des rapports sociaux fondamentaux", *Cahiers du GEDISST*, Paris, N°14.

KERGOAT Danièle [1973] *Bulledor ou l'histoire d'une mobilisation ouvrière*, Paris, Le Seuil.

KERGOAT Danièle [1977] "La combatitivité ouvrière dans une usine de construction de camions. L'entrée en lutte des ouvriers spécialisés", Informe de investigación, CSO, Paris.

KERGOAT Danièle [1978] "Les pratiques revendicatives ouvrières; processus revendicatifs et dynamiques collectives", CSO, Paris, (informe mimeo).

KERGOAT Danièle [1978a], "Ouvrières = ouvriers?", *Critiques de l'Economie politique*, N°5.

KERGOAT Danièle & CHENAL O.[1981] "Production et reproduction: les jeunes travailleuses, le salariat et la famille", *Critiques de l'Economie politique*, N° 17, nov.

KERGOAT Danièle [1982], *Les ouvrières*, Paris, Sycomore.

KERGOAT Danièle [1984b] *Les femmes et le travail à temps partiel*, Paris, la Documentation française.

KERGOAT Danièle [1984c] "Division sexuelle du travail et qualification, *Cadres CFDT*, N°313.

KERGOAT Danièle et HIRATA Helena [1988] "Rapports sociaux de sexe et Psychopathologie du travail",in DEJOURS C. (comp.) *Plaisir et souffrance dans le travail*, Séminaire interdisciplinaire de Psychopathologie du travail, t.II, ed. de l'AOCIP, p.131-176. (Traducido en esta obra, parte IV, art. N°1)

KERGOAT Danièle [1988a] "Le syllogisme de la constitution du sujet sexué féminin. Le cas des ouvrières spécialisées", Comunicación Mesa Redonda internacional sobre las relaciones sociales de sexo, nov. 1987, *Cahiers de l'APRE*, Paris,(CNRS-PIRTTEM), v. I, N° 7, mayo, p.283-291.

KERGOAT Danièle [1991] "L'infirmière coordonnée", *Futur antérieur*, N°6, été, p.71-85. (Traducido en este libro parte II, *La enfermera coordinada*)

KERGOAT Danièle, IMBERT, Françoise, Le DOARE, Hélène, SENOTIER, Danièle [1992] *Les infirmières et leur coordination*, ed.Lamarre.

KERGOAT Danièle [1992a] "Des rapports sociaux de sexe et de la division sexuelle du travail", *Cahiers du GEDISST*, N°3.

KERGOAT Danièle [1992b] "A propos des rapports sociaux de sexe", *Revue M*, n°53-54, avr.mai, p.16-19 (*Le féminisme à l'heure des choix*). (Traducido en este libro, parte I, *A propósito de las relaciones sociales de sexo*).

KERGOAT Danièle [1992c] "Les absentes de l'histoire" *Autrement*, N°126, p.73-83 (n° spécial *Ouvriers, ouvrières*). (Traducido en este libro parte III, art. N°3)

KERGOAT Danièle [1993] Réflexion sur les conditions de l'exercice du pouvoir par des femmes dans la conduite des luttes, in M. RIOT-SARCEY (comp.) *Femmes, pouvoirs*,, Paris, Kimé,p.124-139.

LABORIE Françoise [1988] "Rapports sociaux de sexe dans les nouveaux modes de reproduction", in *Les rapports sociaux de sexe: problématiques, méthodologies, champs d'analyse*, Actas de la mesa redonda internacional, Paris, 24-26 noviembre 1987, PIRTTEM, IRESCO, 1988, v.2, *Cahiers de l'APRE*, N° 7.

LABOURIE-RACAPE A. LETABLIER M.T & VASSEUR A.M. M.[1977] "L'activité féminine", *Cahier N°11*, Centre d'Etudes de l'Emploi, PUF.

LAGREE Jean-Charles,[1990] "Les enjeux de l'insertion face à l'emploi" *Travail*, N°19.

LANGEVIN Annette [1991] "Les stratégies d'insertion ou l'inéluctable improbable", *Les Annales de Vaucresson*, N°31, p.83-97.

LE DOARE Hélène [1990] "La division sexuelle du travail, un outil d'analyse", *Cahiers du GEDISST*, N° 3.

LE DOARE Hélène [1991] "Note sur une notion: le rapport social de sexe", *Cahier d'Encrage*, N° hors de série, p.8-10.

LE DOARE Hélène [1991a] "Le mouvement populaire en Amérique Latine. Elément d'une reflexion sur la notion de mouvement social sexué", in *Mouvement social et division sexuelle du travail*, Paris, IRESCO, p.5-18, *Cahiers du GEDISST*, N°2.

LE DOARE Hélène [1994] "Du pouvoir politique et poiétique. Schéma d'un raisonnement", Comunicación en el coloquio internacional *Formation, recherche et édition féministes de l'université. Québec, Brésil, France*. Rio de Janeiro, 6-10 junio 1994. Publicado en *Futur antérieur*, N°25-26, 5-6/95, pp 95-113.

LE DOEUFF M. [1989] *L'étude et le rouet. Des femmes, de la philosophie, etc.*, Paris, Seuil.

MARUANI Margaret [1985] *Mais qui a peur du travail des femmes?*, Paris, Syros.

MARUANI Margaret (coord) [1986] "Femmes, mode d'emploi", *Nouvelles questions féministes*, N°14-15.

MARUANI Margaret, NICOLE C. [1987] "Du travail à l'emploi, l'enjeu de la mixité", *Sociologie du Travail*, N°2.

MARUANI Margaret, NICOLE C.[1989] *Au labeur des dames. Métiers masculins, emplois féminins*, Paris, Syros.

MATHIEU Nicole-Claude [1991] *L'anatomie politique: catégorisations et idéologies du sexe*, Paris, Côté-femmes.

MILKMAN Ruth [1987,1989] *Gender at Work. The dynamics of job segregation by sex during World War II*, Urbana, Chicago, University of Illinois Press.

MOLINIE Anne-Françoise & VOLKOFF Serge [1980] "Les conditions de travail des ouvriers et des ouvrières", *Economie et Statistique*, N°118.

MOLINIE Anne-Françoise & VOLKOFF Serge [1981] "Les contraintes de temps dans le travail", *Economie et Statistique*, N°131, marzo.

PHILIPS A. TAYLOR B.[1980] Sex and Skill: Notes toward a Feminist Economics, *Feminist Review*, N°6.

PIORE Michael, SABEL CH.,[1989] "Avertissement à l'édition française", in *Les chemins de la prospérité, De la production de masse à la spécialisation souple*, Paris, Hachette (Mutations).

QUADROS CARVALHO R., SCHMITZ H.[1989] "Fordism is alive", in *Restructuring Industrialization*, IDS, University of Sussex.

RANCIERE J. [1987] *Le maître ignorant. Cinq leçons sur l'émancipation intellectuelle*, Paris, Fayard.

RANCIERE J.[1993] "L'histoire 'des' femmes: entre subjectivation et représentation", *Annales*, año 48, N°4, julio-agosto.

RIOT-SARCEY Michèle, VARIKAS Eleni [1988], "Reflexions sur la notion d'exceptionnalité", *Cahiers du Grif*, N°37-38,p.77-89

RIOT-SARCEY Michèle(org.) [1993] "Femmes, pouvoirs", *Cahiers du GEDISST*, N°8, Individu et collectif, Séminaire 1992-1993".

RIOT-SARCEY Michèle, VARIKAS E., et PLANTE C. (org.)[1993] "Féminismes au présent", *Futur antérieur* (suppl.), L'Harmattan.

RIOT-SARCEY Michèle [1994] *La démocratie à l'épreuve des femmes. Trois figures critiques du pouvoir, 1930-1948*, Paris, Albin Michel.

ROGERAT Chantal [1988] "Frauenbewegung und Frauenforschung in Frankreich", *Argument, Westeuropa*, N°1, p.105-113.

SCHUMANN M. "La rationalisation dans l'industrie", Paris, CNAM, 24-11-1989. (Conferencia)

SCOTT Joan [1986,1988] "Genre: une catégorie utile d'analyse historique", *Les Cahiers du Grif*, N°37-38, p.125-153.

SOUZA LOBO Elizabeth [1991] *O trabalho tein dois sexos. Trabalho, dominaçao e resistencia*, S.Paulo, Ed. Brasiliense, 1991. Traducción francesa en 1995, "Domination et resistance. Travail et quotidienneté" , *Cahiers du GEDISST*, Paris, IRESCO.

TABET P. [1979] "Les mains, les outils et les armes", *L'Homme*, 19(34), p.5-62.

TILLY Louise et SCOTT Joan [1987] *Les femmes, le travail et la famille*, Rivages , coll. Histoire, traduction de: "Women, work and family", New York, Holt, Rinehart and Winston.

VARIKAS Eleni [1993] "Féminisme, modernité, postmodernisme: pour un dialogue des deux côtés de l'océan. Féminismes au présent", Supplément *Futur antérieur*, Paris, L'Harmattan.

VOLKOFF Serge, MOLINIE Anne-Françoise [1980] "Les conditions de travail des ouvriers et des ouvrières", *Economie et Statistique*, N°118.

VOLKOFF Serge, MOLINIE Anne-Françoise [1981] "Les contraintes de temps dans le travail", *Economie et Statistique*, N°131, marzo.

VOLKOFF Serge [1987] "Flexibilités du travail ouvrier: une approche chiffrée", *Travail*, N°12.

VOLKOFF Serge GOLLAC M. [1993] "Classes et travaux", *Politis La revue*, N°4.

ZARIFIAN Philippe [1993] "Sur les infirmières et leur coordination", *Revue M*, N°60, avril.

ZARIFIAN Philippe [1994a] "Le passage au 32 heures et la recomposition générale des temps", *Revue M*, Paris,1994.

ZARIFIAN Philippe [1994b] "Au sud de toute décision, la générosité. Recherches sociologiques et philosophiques sur un nouveau modèle d'organisation productive", LATTS-CERTES, febrero. Publicado en: *Travail et Evenement*, Paris, L'Harmattan, 1995.

ZYLBERBERG-HOCQUARD Marie Hélène [1981] *Femmes et féminisme dans le mouvement ouvrier français*, Paris, Les Editions ouvrières.

ZYLBERBERG-HOCQUARD Marie-Hélène[1992] "D'Adam Smith à Taylor, les ouvrières entre l'aiguille et le chronomètre", communication, *Crises et métamorphoses ouvrières*,. Coloquio IRESCO, Nantes, 8-10 octubre.

Publicaciones colectivas

1977 - *Femmes, sexisme et société*. Paris, PUF, 1977, Michel Andrée(org.)

1981 - *Sociologie et Sociétés*(1981), vol. 13, N°2, octobre 1981: *Les femmes dans la Sociologie*. (Número especial)

1984 -.*Femmes, féminisme et recherches*, Actas del coloquio nacional, Toulouse, diciembre 1982. Toulouse, AFFER, 1984, (1089 p.)

1984 -.*Le sexe du travail*. Grenoble, PUG, 1984.

1985 -.*Atelier production reproduction*, CNRS.-PIRTTEM, *Cahiers de l'APRE*, 1985, N°1-3; 1986, N°4-6.

1987 -.*Les rapports sociaux de sexe: problématiques, méthodologies, champs d' analyses*, Actas de mesa redonda internacional, Paris, 24-26 noviembre 1987, Paris, IRESCO, 1988, 3 vol.; *Cahiers de l' APRE*, 7.

1987 -.*Recherches sur les femmes et recherches féministes*, Action thématique programmée N°6, Présentation des travaux 1984-1987, Paris, CNRS, 1989.

1990 -.*Recherches sur les femmes et recherches féministes*. Action thématique programmée, Présentation des travaux 1986-l989, Paris, CNRS, 1990.

1991 -.*Cahiers du GEDISST* (1991), N°1: *Changements techniques et division sexuelle du travail*. (Actas del seminario GEDISST, 1° trim.1990)

1992 - *Cahiers du GEDISST* (1992), N°3: *Rapports sociaux de sexe. Une journée de discussion*. (Cf. en particular Hélène Le Doaré: "Note sur une notion: le rapport social de sexe".

1992.- *Recherches féministes* (1992), vol. 5, N°2: *Femmes au Travail*.

1992.- *Revue M* (1992), N°53-54: *Le féminisme à l'heure des choix*.

1993.-*Cahiers du GEDISST* (1993), N°7: *La qualification, un enjeu des rapports sociaux de sexe*.

SEGUNDA PARTE

Género, clases y movimientos sociales

La clase obrera tiene dos sexos*

HELENA HIRATA

DANIÈLE KERGOAT

La literatura existente habla de la "clase obrera" sin referirse al sexo de los actores sociales, como si el lugar en la producción fuese un elemento unificador tal, que formar parte de la clase obrera remitiese a una serie de comportamientos y actitudes relativamente unívocos. En verdad, esta tendencia a promover la imagen de una clase relativamente homogénea cuyas únicas divisiones serían las del empleo o del desempleo, el lugar en la producción, la calificación, no ignora solamente las categorías de sexo. Variables como la nacionalidad, la edad..., aunque con una cualidad heurística poco reconocida, han sido objeto sin embargo, desde hace tiempo, de tratamientos sociológicos. En cambio, sobre la variable sexo no existe nada o casi nada. (Cf. D.KERGOAT, 1978; S.VOLKOFF y A.F.MOLINIÉ, 1980)

Es este silencio el que deseamos romper aquí reafirmando que el concepto de clases sociales se volvió a plantear con el feminismo, y en particular por las investigaciones sobre las relaciones sociales de sexo y sobre el "género"[1]. Es más: el concepto de clases sociales, o más bien la utilización que se hizo y que se hace de él, no permite captar, únicamente por su intermedio, el lugar de las mujeres en la producción y la reproducción sociales. Relaciones de clase y relaciones de sexo son, de hecho, co-extensivas (es decir, se recubren parcialmente una a la otra), tanto para los hombres como para las mujeres y por lo tanto sólo debe analizárselas en conjunto.

* (De: *Politis la Revue*, N°4, jul.set.1993, p.55-58). Hay traducción al portugués en: *Estudos feministas*, año II, N°1, 1994, p.93-100.

[1] Adoptamos aquí, por comodidad de escritura, el término "género" que empleamos poco habitualmente, cf. Danièle Kergoat, 1992.

Clase y género

La conceptualización marxista de las clases sociales fue criticada desde un punto de vista de género en los años '70. Christine Delphy (1977) mostró cómo la pertenencia de clase de las mujeres se construye con referencia exclusiva a los varones (marido, padre) sin que se tomen en cuenta las actividades de las mujeres en sí mismas. Más indirectamente, Nicole-Claude Mathieu hablaba de "categorías de sexo" (cf. 1991) y Colette Guillaumin afirmó el concepto de "sexage"(cf. 1992)

Volveremos sobre esas teorizaciones, pero su impacto se debe a que, en la tradición académica -comprendidos ahí los análisis marxistas- las clases sociales han sido tratadas siempre como si el género no implicara ninguna heterogeneidad en su composición, sus comportamientos y sus prácticas. Cuando se abordaba el problema se lo hacía en términos biologizantes: "las mujeres"; y a continuación la cultura dejaba el lugar a la naturaleza, y el razonamiento político o sociológico a sus estereotipos.

Ahora bien, por una parte, todos los individuos son mujeres o varones, y por otra, todos tienen una situación de clase que se debe determinar (origen de clase, inserción actual). Las relaciones de clase y las relaciones de sexo son de ese modo relaciones estructurantes y fundamentales de la sociedad, en oposición a otras relaciones (maestro-alumno, médico-paciente, jóvenes-viejos) que son relaciones contingentes. Sin embargo, el concepto de género (o de sexo social) es de origen más reciente que el de clase social. En *El Capital* las mujeres no tienen existencia en tanto sexo social, sino que forman parte, con otras categorías sociales, del ejército industrial de reserva. La construcción del concepto de género data de los años 70 y los antropólogos y sociólogos que trabajaron sobre esta noción lo hicieron dentro del marco histórico del movimiento de las mujeres. Las reinvindicaciones de ese movimiento atestiguaban hasta qué punto la explotación, concepto clave del marxismo y base de la relación antagónica entre las clases, era profundamente insuficiente para

dar cuenta de la opresión soportada por las mujeres en el marco de las relaciones varones-mujeres dentro de la sociedad. Sin embargo queda claro que es por referencia (o en oposición) al marxismo como se elaboraron los nuevos conceptos de "modo de producción doméstico", de "categorías de sexo" o de "sexidad" *(sexage)*. Y esto quizás es una de las diferencias más fuertes entre el feminismo francés y el feminismo anglosajón, en particular, el norteamericano.

Estos trabajos implicaron importantes consecuencias sobre la manera de conceptualizar toda una serie de nociones, comenzando por la de clases sociales; en primer lugar, fue necesario hacer visible la construcción histórica, cultural, del sexo social (o género) contra el naturalismo y fatalismo que impregnaba la representación de las mujeres como inferiores, subordinadas por razones de orden biológico; la analogía era evidente con la naturalización de las razas dominadas a partir de diferencias biológicas. (cf. C.GUILLAUMIN, 1992)

La clase obrera tiene dos sexos: esta afirmación no ataca solamente el común empleo del masculino en los escritos sobre la clase obrera donde se habla de "los trabajadores"...¡cuándo se trata de trabajadoras! Consiste también en afirmar allí que las prácticas, la conciencia, las representaciones, las condiciones de trabajo y de desempleo de los trabajadores y de las trabajadoras son casi disimétricas, y que razonar en términos de unidad de la clase obrera sin considerar el sexo social acaba en un conocimiento mutilado -o lo que es peor: falso- de lo que es una clase social.

Por nuestra parte, si pensamos ese procedimiento como erróneo, no creemos por lo tanto que el patriarcado sea la estructura fundamental de la sociedad, ni que las relaciones sociales de sexo, o el "sexage", sean las relaciones predominantes en nuestras sociedades. Los trabajos que lo afirman tropiezan con una dificultad: enunciar la primacía o la simultaneidad del sistema patriarcal en relación con la organización social en su conjunto, no basta para mostrar cómo ese sistema afecta a los restantes, cómo se articula con ellos: por ejemplo ¿cómo articular el modo

de producción doméstico con el modo de producción capitalista, el "sexage" con las relaciones de clase?[2]

Nuestra posición es diferente. No solamente creemos en la existencia de las clases sociales sino que pensamos que las dos relaciones sociales de clase y de sexo se recubren una a la otra. Se hace necesario subrayar el carácter subversivo de esta afirmación en relación con el mito de la unidad (política) de la clase obrera, de su solidaridad orgánica y de su integración social. Ahora bien, el movimiento obrero siempre funcionó en base a la hipótesis según la cual la unidad política de la clase obrera podría alcanzarse a pesar de los conflictos y de los antagonismos de sexos. Primeramente, había que resolver las desigualdades de clase poniendo fin a la explotación, en la lucha por el socialismo; y en un segundo momento, los problemas de opresión relacionados con el sexo : esto fue tradicionalmente, en el movimiento obrero internacional, la respuesta a las reinvindicaciones planteadas por el movimiento feminista.

Relaciones sociales de sexo

Decir que la clase obrera tiene dos sexos quiere decir, finalmente, que las relaciones de clase son sexuadas. De donde la necesidad de conceptualizar la noción de clase obrera sexuada con su proposición recíproca: las relaciones de sexo se hallan atravesadas por puntos de vista de clase[3]: están "clasadas". Las relaciones sociales de sexo son transversales a toda la sociedad: dinamizan todos los campos de lo social. La dinamización de una esfera (clases sociales, producción) no puede dejar de tener efecto sobre la otra. Afirmar esto equivale a denunciar el postulado (muy a menudo implícito) por el cual una determinada relación social se ejerce sólo en un determinado lugar. En realidad, relaciones de clases y de sexos organizan la totalidad de las prácti-

[2] Eric Olin Wright, 1989. Esta tentativa nos parece que señala un enfoque en términos de yuxtaposición más que en términos de entrelazamiento.

[3] En referencia al "punto de vista del proletariado" de Gramsci.

cas sociales cualquiera sea el lugar donde se produzcan. En otras palabras: ¡No sólo en la casa es donde se está oprimida y no sólo en la fábrica donde se es explotado(a)!.

Las relaciones de clases deben entonces analizarse, en tanto que ellas imprimen contenidos y direcciones concretos a las relaciones de sexo; e inversamente, las relaciones de sexo se analizan como aportando contenidos específicos a las restantes relaciones sociales.

Por eso, afirmar que las relaciones de opresión y las relaciones de explotación, no sólo se articulan sino que también forman un entramado, no resuelve todos los problemas. Pues las diferentes modalidades de articulación, su misma naturaleza, dependen del tipo de sociedad, de su grado de industrialización, de su nivel de desarrollo económico y social, etc. A su vez, los lugares en las relaciones de clase y de sexo, son determinantes para las prácticas y para las luchas. En la primera mitad de los años '70, período de aumento de las luchas, había una tendencia a pensar que si aumentaba el grado de combatividad feminista, aumentaba igualmente el de la combatividad de clase. Ahora bien, esas relaciones mecanicistas no resistieron la prueba de los hechos: no hay correspondencia entre las dos, sino convivencia, a veces difícil. Pues ¿cómo luchar simultáneamente como mujer-negra-proletaria? (Sobre este tema, Angela Davis, 1993)

De hecho, según los lugares y los momentos de la vida, según las oportunidades políticas, se pelea en primer lugar como mujer, o como negra, o como proletaria. Finalmente, nosotras consideramos que los actores individuales y colectivos son a la vez productos y productores de relaciones sociales. En el análisis de este doble movimiento, las dos relaciones sociales -de sexo y de clase- deben estar integradas, dada su indisociabilidad y su complementariedad. Las relaciones sociales forman un entramado: existe separación y entrelazamiento, contradicción y coherencia entre esas relaciones. Una y otra son transversales al conjunto de la sociedad.

Pero la actual coyuntura de recesión y los grandes cambios en el mercado del trabajo y del empleo inducen a interferencias en este enfoque, que de por sí es ya complejo.

Cuando se observa el paisaje de los países denominados "subdesarrollados" o "semiindustrializados", una primera comprobación es que las clases y las categorías sociales están mucho menos estructuradas y que su demarcación es menos neta (lo que no significa que no haya antagonismos sociales muy fuertes o separaciones muy marcadas entre los que dominan y los dominados): hay una mayor fluidez entre reproducción y producción, es más débil el nivel de salarización, los desplazamientos del sector formal hacia el informal y del informal hacia el formal son frecuentes y amplios, con relación a Europa. En toda la América Latina hay crecimiento, incluso generalización de la economía informal.

En ese marco, tampoco la relación clase y sexo se plantea de la misma manera: las trayectorias sociales y profesionales de los trabajadores y de las trabajadoras no trazan demarcaciones netas desde el punto de vista de su pertenencia de clase; lo que se mostró con relación a las mujeres en Francia -pasaje del terciario al secundario, del secundario a la inactividad, atravesando por trabajos pequeños, por períodos de desempleo, etc.[4] - se comprueba también para los hombres en Brasil.

Una encuesta sobre la crisis económica y la división sexual del trabajo, efectuada en 1986, en Brasil, pone de relieve una flexibilidad muy grande de las trayectorias, que van desde el trabajo de mujer de limpieza - o de obrero de la construcción- a vendedora, camarera, cajera, conserje, hasta el trabajo autónomo (desde la venta de comestibles en la vía pública hasta la propiedad de un bar o de un taller pequeños), sin olvidar el trabajo industrial contratado por agencia (trabajo temporario con un contrato determinado de tres meses). Todo esto intercalado con períodos de desempleo, o de desempleo disfrazado.

[4] Danièle Kergoat, 1982. Y sobre las trayectorias en Brasil, cf. Helena Hirata y John Humphrey, 1992.

A pesar de una identificación subjetiva con el proletariado industrial, las obreras y obreros entrevistados, fueron obligados a apartarse de esta ocupación, para ir hacia empleos no-industriales, hacia trabajos remunerados fuera del sector formal, y finalmente -en el caso de mujeres consideradas no calificadas- retorno al hogar y a las actividades domésticas y de cuidado de los niños de corta edad. Esta importancia creciente de la economía doméstica y de la economía informal aumenta el peso de la esfera reproductiva tanto en la producción comercial, como en su lugar en las luchas. La relación con el salariado se articula en condiciones objetivamente diferentes. Hay sí relaciones de clase y conciencia de clase, pero una y otra están, de alguna manera "mezcladas" en relación con los tipos-ideales marxistas clásicos.

Clase y género divergen y convergen

En lo que se refiere a la conciencia de género, en la conciencia colectiva, de los jóvenes en particular, se da como una adquisición irreversible lo que las feministas saben que son sólo adquisiciones históricamente contingentes. Esto acarrea una denegación ideológica del feminismo como movimiento colectivo y una ideología y prácticas teñidas con cierto sentimiento de igualdad con los varones. Más exactamente, se piensa que la igualdad no es perfecta, pero que es posible, sin preguntarse nada más sobre la naturaleza de esta "igualdad"[5].

Al mismo tiempo, la finalización de la última década vivió, por primera vez, movimientos sociales masivos hechos y aún dirigidos por mujeres: tal el movimiento de las enfermeras y su coordinación; la huelga de los impuestos, el movimiento de las asistentes sociales. Esos movimientos vuelven a plantear las nociones de clase social y de conciencia de clase: una y otra son indisociables, objetivamente, del sexo social de los actores implicados. En realidad hay interferencia con las categorías anterio-

[5] Es quizás lo que explica el éxito de una noción como la de "paridad" con la que no estamos de acuerdo... pero que sería por sí sola objeto de un artículo.

res de pensamiento, pero no desaparición de las clases sociales[6] o de la conciencia de clase. Lo que es seguro, es que la conciencia de clase no puede deducirse mecánicamente del lugar en la producción.

Dicho esto, hombres y mujeres se sitúan distintamente en relación con este efecto de interferencia: así pudimos observar lo que denominamos "la salida tercer hijo", para las obreras desempleadas por largo tiempo, hipótesis corroborada por trabajos posteriores[7]. Este tipo de salidas (o escapatorias), ligadas con el universo productivo, no existen por el contrario para los hombres con desempleo de larga duración y, sin embargo, muy a menudo, su reinserción no puede hacerse únicamente por intermedio del trabajo. Para ellos esto es en efecto, sinónimo de fracaso, y el desempleo de larga duración implica además, al menos potencialmente, una "privación" de la ciudadanía[8]. Tanto más importante cuanto que la ciudadanía se construyó históricamente, para la clase obrera, sobre y a partir de la conciencia de clase.(Cf. M. RIOT-SARCEY, 1993)

La crisis desplaza las piezas sobre el damero de la conciencia de clase: jóvenes y viejos se separan pero también se aproximan, varones y mujeres se separan cada vez más: actualmente, cada cuatro empleados, tres son mujeres; sobre cinco obreros, cuatro son varones; la segregación aumentó pues, al mismo

[6] No pensamos que la clase obrera se confunda con la suma de los obreros(as) de producción. Advertimos. sin embargo, que la categoría "obreros" sigue siendo numéricamente en 1990, la más importante para los varones (*Données sociales*, 1993).

[7] "La salida o escapatoria tercer hijo" designa el caso de mujeres desempleadas, que habiendo tenido una sucesión de pérdidas de empleo y que después de un período depresivo más o menos franco, conciben un tercer hijo. (Chantal Nicole DRANCOURT, 1992, p. 57-70).

[8] M. Rébérioux: "se puede temer no sólo las consecuencias del desempleo de larga duración sobre la conciencia que un individuo pueda tener de sus derechos, sino también los riesgos de una asistencia generalizada sobre el espíritu de responsabilidad, sobre la voluntad de actuar, elementos constitutivos éstos de la ciudadanía(...). En primer lugar no se trata de aclarar la privación general de la ciudadanía a la que la crisis del trabajo condena a millones de hombres y mujeres", "La ciudadanía social" en *Le Monde*, 21 abril

tiempo que las modalidades sexuadas de la relación salarial tienden a aproximarse. La conciencia de los varones tiende a aproximarse a la de las mujeres. Los obreros, como desde hace mucho tiempo, las obreras, se volvieron, de alguna manera "extranjeros" en su propio trabajo, unos por " decepción", los otros por la precariedad. Hasta el punto que se puede llegar a preguntar si no es posible utilizar el término "extraneidad"[9] (concepto forjado para aplicarlo a las mujeres obreras).

En cuanto a las mujeres, ellas se insertan cada vez más en la relación salarial: no existe más el salario de apoyo o complementario. Un testimonio directo: acaba de efectuarse durante varios días una pasantía de formación para el personal de la empresa Hacuitex con obreras nuevas afiliadas al sindicato; pero nunca ha sido enunciado ni evocado el salario de apoyo o complementario. Su anclaje en el salariado se va reforzando: la noción de "extraneidad" de las obreras está siempre presente, pero ellas se aferran más que nunca a su empleo; las luchas de las enfermeras, de las asistentes sociales, están en el centro del nuevo salariado calificado (nos parece que tienen su pleno y completo lugar en "la clase obrera" aun cuando no sean tareas directamente productivas), es otro ejemplo. Esta combatitividad es tanto más importante muy a menudo (cf. las enfermeras) porque se dio al margen de los sindicatos tradicionales; éstos continúan tratando a las mujeres, ya como madres-esposas, ya como trabajadoras sobreexplotadas. Ahora bien, esas dos imágenes no se corresponden con la visión que esas mujeres tienen de sí mismas.

Plantea problemas a la conciencia de clase el hecho de que ya no sea más el minero de las profundidades o el metalúrgico, sino más bien la maestra, la asistente social, los técnicos(as) las figuras centrales[10] del nuevo salariado.

Ciertamente, esos nuevos movimientos sociales atestiguan más la radicalización del enfrentamiento con el estado-patrón y

[9] Extraneidad designa la situación jurídica de un extranjero en determinado país (Diccionario Robert) N. de las traductoras.

[10] Cf. KERGOAT, D., 1991, Bibliografía de la Primera Parte

el rechazo de un sistema que no permite al individuo-usuario ser bien asistido (o bien tratado) y al individuo-trabajador hacer bien su trabajo[11], que una afirmación conciente de pertenencia de clase. Pero esos ejemplos permiten pensar que podríamos encontrar correspondencias con lo que se observa en el ámbito privado: pensamos en la reivindicación difusa sobre la gestión de la empresa, no tanto a nivel financiero como en el del control del trabajo, reivindicaciones que van apareciendo de a poco. Finalmente, la explicación de la ausencia de luchas en las empresas nos parece que tiene que ver menos con un individualismo exacerbado que con la dificultad para hacer huelga, cuando se sabe que el empleo puede cuestionarse en todo momento, por falta de unidad sindical y por la decadencia del movimiento obrero.

Si continúan siendo distintas las modalidades de la conciencia de clase, entre los varones y las mujeres, aunque más no sea por causa de los lugares y de los movimientos en la estructura productiva, enunciamos sin embargo la hipótesis de que, a pesar de lo que algunas piensen[12] bajo el efecto de interferencia, las prácticas de clase de unos y de otras tienden a aproximarse, mucho más que antes, con relación a las prácticas de género. Pero quizás sea necesario, para comprender las recomposiciones en curso dentro del conjunto de trabajadores asalariados, haber asimilado bien la premisa: la clase obrera tiene dos sexos.

11 Cf. Bourdieu, Pierre, 1993, Bibliografía de la Segunda Parte

12 Cf. Bourdieu, Pierre, 1993, Bibliografía de la Segunda Parte

La enfermera coordinada*

DANIÈLE KERGOAT

Las enfermeras, a través de su lucha, han trazado los contornos de una nueva figura salarial que replanteó tanto los mecanismos de la relación salarial como los de la relación entre los sexos, por la firme voluntad de lograr un trabajo con fuerte valor de cambio que fuera también un trabajo con fuerte valor de uso. Cuestionaron igualmente al movimiento sindical, no sólo en cuanto a la unidad y a la democracia, sino también sobre sus capacidades para encargarse de las reivindicaciones planteadas por una nueva relación con el trabajo y por el salariado femenino, como no marginal y no excluido.

¿Ha llegado la hora de hablar de un paradigma "enfermera" que trazaría los lineamientos de un nuevo modelo de trabajo y de organización del trabajo? Este paradigma, en todo caso, -y es el principal interés de la coordinación "enfermera"- es inseparable de la forma de esta lucha. Queda aún el problema de la difusión de este modelo. ¿La enfermera coordinada será un día una figura emblemática del movimiento obrero francés?

Estas son las preguntas que queremos abordar rápidamente aquí...

Aquel 25 de marzo de 1988, cuando unos sesenta enfermeros y enfermeras se reunieron a la salida de la manifestación citada por la UNASIIF[1], el CRC[2]-CFDT[3] y la coordinación de las enferme-

* (De: *Futur antérieur*, N°6, verano 1991, p. 71-85).

1 UNASIIF-Union Nationale des Associations des Infirmiers et des Infirmières en France. (Unión nacional de Asociaciones de Enfermeros y Enfermeras en Francia. Conjunto de Asociaciones profesionales francesas del sector Salud).

2 CRC-Coordonner, rassembler, construire. (Coordinar, reunir, construir. Nuevo sindicato creado en 1988 con los excluidos de la CFDT).

3 CFDT-Confédération française démocratique du travail. (Confederación democrática francesa del trabajo).

ras anestesistas, para protestar contra el decreto Barzach, sin duda todos estaban lejos de imaginar que darían el puntapié inicial de una loca aventura individual y colectiva. Loca, porque iba contra la corriente: se dirigía a un medio que no había cambiado casi hasta ese momento, se reivindicaban 2000 francos de una sola vez, en momentos en que, por el contrario, toda reivindicación salarial era rotulada como reivindicación de "ricos", se elevaba a la categoría de reivindicación central, el hecho de poder hacer "bien" su trabajo... Por último, si bien el medio profesional se vio profundamente transformado por el movimiento, el movimiento en sí mismo, en cierto modo, fue una inmensa experimentación social: individual y colectiva.

El 13 de octubre de 1988, 100.000 enfermeras estaban en la calle. ¿ Qué había pasado entre el 25 de marzo y el 15 de octubre que explicara esta movilización?. En primer lugar, comisiones de trabajo que produjeron un listado de reivindicaciones surgido directamente de la experiencia individual y social de sus miembros[4]. Listado reivindicativo en el que las enfermeras se reconocieron masivamente ; un enorme trabajo de difusión horizontal (multiplicación de las asambleas generales en los hospitales), una propagación en olas concéntricas desde el núcleo inicial (grupos de trabajo - coordinaciones en los hospitales - Coordinación Ile de France- Coordinación Nacional de Enfermería), la capacidad de despertar el interés por su causa al conjunto de los medios masivos de comunicación y, muy rápidamente, una utilización intensiva de las nuevas tecnologías, con fines de comunicación y de gestión en la lucha.

El 13 de octubre marca el apogeo del movimiento. La manifestación fue seguida de un encuentro tripartito Estado/sindicatos/coordinación. Que esta negociación tuviera lugar ya era en sí, una victoria . Pero la relación de fuerzas no se mantuvo: el

[4] La lista reivindicativa votada el 15 de setiembre de 1988 en la Asamblea General citada por la Coordinación de las enfermeras Ile-de -France (región Isla de Francia) trataba los siguientes puntos: 2000 francos de recuperación para todas; aumento de los efectivos para mejorar las condiciones de trabajo y la seguridad de los enfermos; derecho a la formación, un mismo estatuto para todos, en los sectores público y privado.

adversario tuvo todo su tiempo mientras que la huelga es difícil de sostener cuando se es enfermera y se tiene enfrente a todo el aparato del Estado- y también a los aparatos sindicales. A partir de ese momento el movimiento refluye: se suspende la huelga reconducible (23 de octubre), se firman los acuerdos de Evin con laCFDT, la CFT y FO[5] (24 de octubre), se produce la negativa de Claude Evin a proseguir toda negociación (3 de noviembre). Esta evocación histórica muestra que son posibles dos esquemas de lectura de esta lucha. La primera es la relación con el Estado[6]. Haber designado al Estado como adversario es el signo del paso de una reivindicación que se refiere al simple trabajo, a una reivindicación centrada en la profesión y aún más allá, en el trabajo directamente socializado. Y esto tiene consecuencias: es verdaderamente esta relación la que explica la permanencia del debate en torno a la estructuración, la persistencia de la coordinación, la forma que tomó su desaparición en diciembre de 1989 (disolución de la CNI -Coordinación Nacional de las Enfermeras- asociación 1901, creación por una parte, de la ex-coordinación del "Sindicato Coordinación") y sus actuales consecuencias (creación de una Unión Profesional a fines de 1990). El segundo esquema de lectura es la horizontalidad de la lucha: hubo aparición de un tema colectivo que radicalizó tanto la reivindicación en cuanto al trabajo y la profesión, como la concreción - a través de la coordinación -de esta reivindicación.

[5] CFDT, CFT- Confédération française du travail (Confederación francesa del trabajo). FO-Force ouvrière (Fuerza obrera). Se trata, con la CGT y la CGC, de las cinco principales confederaciones obreras francesas.

[6] Este fue desarrollado por Hélène Le Doaré, pp 177-86 del informe de Le Doaré, H., D. Kergoat, R.F.Imbert, D.Senotier, 1990. El trabajo de observación sobre la coordinación duró de fines de 1988 a diciembre de 1989: asistencia a todas las reuniones de la Dirección Nacional y de las A. G (Asambleas generales) nacionales y reuniones de la Oficina Ile-de France, a las A.G de algunos hospitales parisienses, a las reuniones de coordinaciones locales en la región parisiense y en el interior, en total más de un centenar de reuniones. Hicimos, por otra parte, un trabajo de observación de equipos de día y de noche en un hospital, numerosas entrevistas individuales y colectivas, un cuestionario distribuido durante una A.G parisiense. Por último, examinamos la prensa, las comunicaciones minitel, los diversos informes oficiales.

Aquí son posibles dos observaciones. La primera es que esta lucha aparece en un lugar preciso del cuerpo social. La situación de las enfermeras las coloca en el cruce de múltiples contradicciones sociales. En el corazón de la crisis del sindicalismo, pero también en el corazón de la sociedad capitalista francesa: problema de la salud y de la muerte (cf. con "el lobo de mar de los gastos de salud"), problema de la pobreza (los viejos y los inmigrantes "sobrecargan"los hospitales), aumento del individualismo (el enfermo quiere ser tratado como una persona, las enfermeras quieren cuidar seres humanos en sus especificidades y no tratar cuerpos enfermos), nuevas tecnologías (que ellas aprendieron a manejar en el hospital y que manejaron en su lucha), relación con el trabajo...

La segunda observación se refiere al hecho de que son mujeres las que construyeron este modelo de nuevas formas de lucha social. No por ello se trata de buscar aquí una identidad femenina que se habría expresado en esta forma de lucha y a través de ella. Se trata, por el contrario, de mostrar, cómo mujeres asalariadas, al tomar conciencia de haber entrado simbólicamente en el salariado, trastocaron las reglas del juego de las luchas sociales. Es por cierto un fenómeno iterativo: no es la primera vez en la historia de los países antiguamente industrializados que mujeres asalariadas, mediante sus luchas, pusieron en escena en forma diferente a los varones, los problemas sociales y políticos que les parecían prioritarios y anticiparon esbozos de solución..pero, por otra parte, el movimiento obrero no las tuvo en cuenta. No obstante para que hubiera radicalización del modelo, haría falta, actualmente, que se cumplieran condiciones objetivas: aumento del salariado femenino pero también hegemonía numérica dentro de una profesión[7].

[7] Al 1-1-88 , el 84,6% de la profesión enfermeros, eran mujeres. Esa tasa asciende al 93% de las enfermeras diplomadas estatales de los hospitales públicos, las más activas en el movimiento.

Una nueva figura salarial femenina

Es sobre el telón de fondo del aumento continuo del salariado femenino donde se injertan dos fenómenos propios de las enfermeras "coordinadas": la conciencia adquirida por fin, de estar en la relación salarial, y la clara voluntad de ver reconocida la función social de su trabajo.

La conjunción de estas dos dimensiones está en el origen del movimiento enfermero. Formulamos la hipótesis de que es el aumento del número del salariado femenino lo que provocó la ruptura con el modelo anterior. Esta feminización masiva interpeló a la profesión enfermera haciéndola salir de su aislamiento (pues se trataba en verdad de una "isla" femenina dentro de un salariado física y simbólicamente masculino) y dio a la profesión puntos posibles de comparación: ser una asalariada calificada, una profesional, ya no es más una excepción; desde entonces se pueden comparar los salarios, las calificaciones, en una palabra, las retribuciones simbólicas y monetarias dadas por la sociedad. Esto es por cierto un fenómeno nuevo del que probablemente apenas comiencen a percibirse las consecuencias.

Pero no por ello, esta conciencia de estar en la relación salarial ("es un *laburo* como cualquier otro") y no en la esfera vocacional implicó la sumisión del salariado al orden sexuado: ellas rechazan las características ligadas al hecho de ejercer un "trabajo de mujer", por lo tanto "menos pagado"; ellas afirman su competencia, su profesionalidad y quieren un salario que lo tenga en cuenta. Pero declaran también que esta profesionalidad tiene características propias: voluntad de reconocimiento de una función útil a la sociedad, afirmación de que aman su trabajo y de que tienen empeño en poder continuar amándolo y ejerciéndolo, afirmación de que lo relacional es un vector importante de la atención médica, voluntad de asegurar una asistencia de calidad... Y paradójicamente, es quizá insistiendo más en las especificidades de su relación con el trabajo, cuando llegan mejor a las raíces mismas de la relación salarial.

Como dijimos, ellas quieren todo: un empleo como cualquier otro, pero una profesión diferente de las demás, en el sentido de no querer sacrificar nada. Ya no es cuestión de estar mal pagas y aceptarlo so pretexto de que aman ese trabajo y de que es indispensable socialmente. Pero no es cuestión tampoco de cargar sus pretensiones sobre su compromiso en el trabajo; no es cuestión, por ejemplo, de aceptar las tentativas de rentabilización del sistema hospitalario. En una palabra, piensan que este trabajo, para ser bien hecho, supone un fuerte compromiso individual y colectivo y, según algunas, hasta "abnegación". Pero abnegación y compromiso, puesto que son cualidades necesarias de la fuerza de trabajo de las enfermeras, deben ser retribuidos. Y no con primas, sino con el salario.

Obstinarse en conjugar trabajo y placer, no querer renunciar al compromiso con el trabajo, al mismo tiempo entrar en conflicto abierto acerca de este trabajo, luchar simultáneamente para que su trabajo sea remunerado convenientemente, para que sea cada vez más interesante y para que su función social sea reconocida y desarrollada, todo esto es subversivo: se quiere a la vez un trabajo con fuerte valor de cambio y un trabajo con fuerte valor de uso y se rechaza negociar un aspecto en detrimento del otro.

Sin duda este modelo subversivo choca con dificultades concretas. No tiene, por el momento, ningún modelo de referencia en las luchas sociales y se halla confrontado con la forma dada, tradicionalmente, por el movimiento sindical francés a la reivindicación, en especial, en lo referente al control del trabajo.

Pero choca también con dificultades internas. El adiós a la vocación merece que nos detengamos un poco. La vocación era el encierro simbólico de estas mujeres en el ámbito del cuidado de la salud, simultáneamente con la ilusión de ser libres en la forma de expresar identidad individual e identidad femenina: abnegación, utilidad social del trabajo, actividad relacional, etc. Esta dialéctica encierro/libertad creaba un círculo vicioso del que era difícil salir, porque los modelos de realización individual en el trabajo no abundaban para las mujeres, saliéndose de la idea del sacerdocio.

De hecho, las enfermeras tardaron en salir de ella. Y el modelo que ellas alegan no es siempre claro en su ruptura con los "valores femeninos". Esta confusión se expresa en la ambivalencia de las prácticas sociales de las enfermeras. Por ejemplo: se preguntaron sobre los medios de ejercer correctamente su oficio, sobre el reconocimiento de su profesionalidad, sobre su lugar (efectivo y simbólico) en el sistema de atención al enfermo, pero se detuvieron ante la idea de hacer "bien" su trabajo. Este tema raramente estuvo presente en las discusiones a las que asistimos, en los textos que leímos, hasta plantearse: hacer bien el trabajo, sí, pero ¿cuál trabajo? ¿Qué son por último esos cuidados que prodigamos? No hubo una verdadera reivindicación sobre el control del trabajo[8], ni apropiación tendencial de la organización del trabajo, como lo prueba por ejemplo, la negativa de trabajar acerca de y con las demás categorías.

La ambivalencia persiste en cuanto a la dinámica que sirve de base al "rol propio", en particular, al lado relacional de éste, donde, a veces, la ruptura entre vocación y deseo de abnegación hacia los demás, no es clara.

Hay también dificultad en cuanto al poder que se reivindica a través de este rol propio. En ese plano, las reivindicaciones avanzaron poco. Se debe a que tal rol propio no es simple definirlo, no puede ser simple, puesto que se trata de mujeres. Vimos ya que había sido necesario ser capaces de comparar con otros sectores de empleo, para situarse claramente en la relación salarial. Si se traza un paralelo, se puede decir asimismo que para reivindicar poder, hace falta también tener modelos en los cuales basarse, aun si es para criticarlos. Ahora bien, esos modelos no existen. Más exactamente, algunos individuos pueden servir de modelos (las "¡super-women!") pero no existe un modelo colectivo con el cual confrontarse.

Entonces, ¿reproducción modernizada de viejos esquemas de dominación interiorizados? No lo creemos. Modelo ambiguo en algunos puntos, ciertamente. Pero al mismo tiempo, real-

[8] Cf. L.Visier y M. Frybes, marzo 1990

mente subversivo porque permite el compromiso de todo el individuo (la totalidad de los roles sociales de cada uno está implicada), porque propone un modelo de trabajo sobre el que se puede apostar que numerosos asalariados(das) jóvenes se reconocerían a sí mismos si se difundiera un poco y apareciera, en consecuencia, como una alternativa social creíble. Ahora bien, esto, evidentemente, no depende de la única acción de las enfermeras. Pero que este modelo de trabajo propuesto por el movimiento de las enfermeras sea una alternativa social, en particular con relación a los modelos de "management participativo", de "cultura de empresa", de "compromiso con el trabajo", de "enriquecimiento de las tareas" o con ciertos aspectos del modelo japonés, no es evidente.

El modelo de trabajo, en todo caso, pone en tela de juicio los discursos habitualmente pronunciados sobre el aumento continuo de la tasa de actividad de las mujeres, discursos según los cuales todo sucedería como si esas mujeres se convirtieran así en fuerza de trabajo y mano de obra depuradas de toda asignación de sexo.

Las enfermeras, con su movimiento, rompen con este razonamiento. Clamando alto y fuerte es como rompieron definitivamente con la vocación, ellas afirman que han entrado así, como los demás, en la relación salarial. Pero no de cualquier modo. No "conformándose" sino, por el contrario, negándose a renunciar a aquello a lo que están muy apegadas. Con ello tienden a imponer el reconocimiento de la existencia de una nueva figura salarial, la de la asalariada. Esta figura, completamente irreductible a la del obrero, francés, macho, metalúrgico, que está en la base del movimiento sindical francés, se impone desde ahora, como tema histórico en el campo social, tanto simbólico como material.

El movimiento de las enfermeras: ¿femenino o feminista?

Parece evidente que las prácticas de las enfermeras de la coordinación hayan sido feministas, puesto que ellas recusaban,

entre otras cosas, el orden social establecido en torno a la jerarquía entre los sexos. Basta para convencerse haber observado el sistema de reglas establecidas en la coordinación para administrar la mixidad: las responsabilidades oficiales (presidencia, secretaría, tesorería de la CNI-asociación 1901), las apariciones en los medios de comunicación, la presidencia de las A.G.(asambleas generales), la dirección de los servicios de orden... serán sistemáticamente asumidas por mujeres. Estas reglas, respetadas a todo lo largo del movimiento, tenían como finalidad explícita impedir el "libre" juego habitual de las relaciones de poder entre los sexos.

Que el movimiento mismo pueda ser definido como feminista, es otra cuestión. Numerososas feministas tuvieron tendencia a leer esta lucha a través del esquema del movimiento de las mujeres de los años '70: éste era no mixto por definición y tenía por objetivo la lucha contra todas las formas de dominación masculina. No sucede lo mismo con la coordinación de las enfermeras, que era un movimiento con fuerte hegemonía femenina, es verdad, pero mixto, que debía organizarse necesariamente en torno a otros paradigmas. Por lo tanto, juzgar a la coordinación de las enfermeras con los mismos parámetros del movimiento de las mujeres no tiene casi sentido. Pero sigue siendo cierto que no sólo algunas enfermeras eran individualmente feministas, sino que muchas prácticas colectivas en el movimiento lo fueron igualmente.

Es verdad que las enfermeras rehusaban categóricamente, en su mayoría, una definición semejante. Quizá habría que tener en cuenta los hechos: se podría apostar que sobre este punto las reacciones hubiesen sido diferentes a mediados de los años '70. En todo caso, ellas afirmaban luchar por el reconocimiento de una "identidad profesional" y no en nombre de una "identidad femenina", cualquiera sea; no querían ser reconocidas como mujeres ni como feministas, sino como profesionales. Está claro que en estas desmentidas, ellas mezclaron dos niveles teóricos completamente diferentes; no hay para nada equivalencia entre lo femenino y el feminismo. Sin embargo, ellas marcaron así lo

que querían hacer aparecer como esencial en su lucha. Las reivindicaciones no fueron planteadas, por otra parte, en términos de igualdad varones/mujeres, como tampoco se discutió la dimensión patriarcal del poder de los médicos (mientras que la dimensión patronal sí lo fue).

No se trata por cierto de un movimiento cuyo sentido se agote en la identidad femenina. Si bien los objetivos alegados fueron modelados por la experiencia vivida en las relaciones de sexo, esos objetivos no obstante -producción y preservación de la vida, de la salud -conciernen tanto a los hombres como a las mujeres. Sólo las mujeres, las enfermeras en este caso, por su lugar específico en las relaciones de producción y en las relaciones sociales de sexo, podían formular semejante complejo de objetivos.

No sólo la relación de las mujeres con el trabajo asalariado está en la base de la formulación de los objetivos, sino también su relación con el trabajo doméstico.Lo vemos directamente en práctica en la preocupación de la familia por los enfermos: en la inquietud por su sufrimiento en los casos de encarnizamiento terapéutico, oposición al marco familiar de enfermos clínicamente vivos pero tranformados en "vegetales" cuya familia -es decir, las mujeres de esa familia- deberán cuidar de ahí en más.

Pero si bien las relaciones sociales de sexo concurren a formular los objetivos de lucha, no por ello estos objetivos se agotan en lo femenino. ¿A quién, por otra parte, se le ocurriría afirmar que las reivindicaciones pretendidas por los hombres no tienen sentido más que para sí mismos?

La relación conflictual con el Estado traduce la oposición, para los hombres como para las mujeres, a una sociedad tecnocrática, rentabilizadora, consumista. Y a través de esta oposición, se manifiesta en verdad, una voluntad de control de las grandes "decisiones de la sociedad" Pueden encontrarse indicadores de esto en la oposición al desperdicio humano y financiero que representa el encarnizamiento terapeútico, así como el interés manifestado por las medicinas blandas: se trata ciertamente de manifestar de esta forma la voluntad de respetar la globalidad del enfermo y su posibilidad de autocontrolar más su propia sa-

lud; pero se trata también y sobre todo, de oponerse a la orientación política que representa la hegemonía de la medicina reparadora en detrimento de la medicina preventiva.

La oposición a la sociedad industrializada es la afirmación de la necesidad de tener siempre en cuenta la importancia social de la asistencia y no sólo del tratamiento, el aspecto técnico y el aspecto relacional.Todas han dicho, gritado, vociferado, que para cuidar, es necesario -también- escuchar, tocar, hablar y que para cuidar bien, hay que hacer el trabajo con placer.

Tanto para los varones como para las mujeres, la oposición a la sociedad mercantil, distribución del trabajo entre sectores hospitalarios público y privado, concepción de los sectores de punta, redespliegue,etc .), es el problema de la pobreza, que supera al de la medicina con dos velocidades aunque lo abarque: pobreza de las personas ancianas, hospicios para enfermos terminales, incoherencia de las opciones que hacen que se consagren sumas fabulosas para atender a alguien que se irá, seis meses o un año más tarde, curado por cierto, pero habiendo perdido, en el intervalo, su empleo y su alojamiento, no habiéndose previsto nada para su futuro. Denuncia de la injusticia, es verdad, pero detrás, denuncia de una cierta jerarquización de los gastos, de una cierta concepción del bien social y del sujeto singular.

Un cambio de perspectiva semejante, al llevar al abandono del razonamiento en términos de identidad o de diferencia para comprender cómo las relaciones sociales influyen sobre los movimientos sociales, permite ver cómo los objetivos formulados pueden convertirse (y se inclinaban explícitamente a serlo en el caso de las enfermeras) en apuestas políticas colectivas, comunes a los varones y a las mujeres.

¿Un movimiento anti-sindical?

No se pueden omitir, en el análisis de la coordinación de las enfermeras, sus vínculos con el movimiento sindical. Pero tampoco hay que dejarse encerrar en la axiomática de este último.

No se trata de un movimiento que se pueda caracterizar centralmente por la ruptura con el sindicalismo. Surgió fuera del espacio sindical, así como otros movimientos sociales, de estos últimos años, surgieron fuera del espacio político.

La coordinación de las enfermeras no representa una alternativa a las modalidades de funcionamiento del sindicalismo, tampoco se la puede analizar en términos de anti-sindicalismo[9]. El cuestionamiento que ella opera es mucho más esencial: lo que está puesto en tela de juicio es la capacidad que tiene el movimiento sindical para representar al salariado.

La necesidad de unidad y de democracia, el deseo de administrar su movimiento por sí mismos explican ciertamente la creación de la coordinación. Pero aparte, ésta encuentra también su legitimidad en el hecho de que las enfermeras tenían el sentimiento de que las organizaciones sindicales, tal como funcionan actualmente, no podían representar a la nueva figura salarial (femenina) que ellas prefiguran. Y la longevidad de la coordinación atribuye al hecho de que el complejo de reivindicaciones pretendido, se reveló tal cual era, inasimilable para las grandes confederaciones. Los sindicatos por categorías o las uniones profesionales, al centrarse sólo en el aspecto profesional, pasaron al costado del fenómeno, así como las grandes centrales sindicales. Decimos, por lo tanto, que no es la coordinación de las enfermeras la que se ubicó fuera del campo sindical. Son los sindicatos los que crearon esta exterioridad, por su manera de ig-

9 La coordinación no era antisindicalista, por lo menos en sus comienzos. Recordemos el importante papel del CRC-CFDT que no despertó particular desconfianza. Ella no recusaba el hecho sindical sino que rechazaba que los sindicatos se declarasen los únicos representantes de la profesión (recuérdense los vínculos de la CGT durante las manifestaciones del otoño 88: "la CGT con nosotros, pero detrás de nosotros!"), que negociaran solos con el gobierno. Por otra parte, la sigla "Coordinación de las enfermeras, sindicadas, no sindicadas, asociadas, no asociadas" tenía que ver no sólo con la voluntad unitaria, sino también y quizá sobre todo, con la negativa de pertenecer a tal o cual organización, que pudiera ser un factor de división entre los grupos reunidos. En realidad, se puede fechar la aparición de una sensibilidad antisindical para numerosas enfermeras de "base" en el momento de la firma de los acuerdos Evin por la CFDT, CFTC-(Confederación francesa de los trabajadores cristianos) y la FO.

norar, no tanto las reivindicaciones femeninas, sino mucho más esencialmente, a las asalariadas mismas, a la existencia misma de un salariado femenino.

Los sindicatos, en efecto, han intentado desde hace tiempo integrar a las asalariadas. ¿Pero cómo lo hacen? En términos de condición femenina, de especificidades femeninas o en términos de exclusión. De este modo, oscilan desde un discurso en el que hay que integrar el problema de la condición de las mujeres, tener en cuenta sus reivindicaciones específicas, a otro según el cual el sindicalismo debe integrar a los "excluidos", es decir a las mujeres, los inmigrantes, los desocupados...

El movimiento de las enfermeras desmiente la operacionalidad de estos razonamientos: las reivindicaciones no se pueden tratar en término de especificidades femeninas, las enfermeras no son para nada unas "excluidas". Si se quiere razonar en términos duales, entonces es necesario admitir que es el corazón mismo del salariado, y no su periferia, lo que está en discusión con el movimiento de las enfermeras.

A falta de esta reconversión ideológica por parte de los sindicatos, ¿qué podía suceder sino la organización de un movimiento al margen de ellos? Porque, ¿cómo las enfermeras hubieran podido reconocerse en los sindicatos, si estarían, si nos limitamos a los esquemas de análisis clásicos, excluidas del núcleo central del salariado (por ser mujeres), y a la vez formarían parte, por definición, del núcleo central de ese mismo salariado (por ser profesionales calificadas)?

Por cierto, esta contradicción no es la única causa del aspecto categorial del movimiento, pero es verdad que contribuyó activamente a ello. Ya está probado que este movimiento fue categorial. Pero antes que deducir de ahí su naturaleza inferior, que lo volvería indigno del movimiento sindical (que se presenta habitualmente a través del modelo "confederado", basado en lo intercategorial, es decir en el conjunto del salariado), parece más útil preguntarse por qué el modelo intercategorial sostenido por el movimiento sindical no tuvo éxito con las enfermeras.

En realidad, a falta de un modelo capaz de integrar la reivin-

dicación en todas sus dimensiones, el modelo intercategorial se percibía como ahogando al pescado "enfermero" en el mar de las restantes categorías, como si condujera a abandonar inevitablemente toda una parte de las reivindicciones, en particular, la de la relación con el trabajo o la de la naturaleza particular de su reivindicación salarial. En razón de que el complejo reivindicativo de las enfermeras se inscribía directamente en la negativa de la vocación, no podía extenderse mecánicamente a las restantes categorías, por legítimas que fuesen las reivindicaciones de estas últimas.

Si bien lo categorial era, en efecto, un pasaje necesario para la profesión, no era necesariamente una meta de llegada. Explicar todo, como hicieron algunos, por el repliegue corporativista[10], es un poco apresurado. El paso hacia lo intercategorial ha-

10 Las tendencias dentro de la Coordinación se cristalizaron en gran parte en esta oposición categorial, intercategorial. La posición intercategorial es la que se atribuye a la corriente Ile-de France. Convendría, sin embargo, fijar matices. Para esta tendencia, no se trataba de pretender de entrada una plataforma única o reivindicaciones transversales para todas las categorías del Ministerio de Salud, sino más bien de ayudar a las otras categorías a formular plataformas propias, a coordinarse eventualmente, con el fin de poder impulsar juntas un poderoso movimiento reivindicativo de la salud. Esa corriente pensaba, en efecto, no únicamente que las enfermeras solas no tendrían la fuerza para que les cedieran el poder, sino sobre todo que una política global alternativa sobre la salud, no podía pensarse sin la participación de todos aquellos que trabajaban en ella, que los problemas mismos de las enfermeras no podían encontrar respuesta más que en el marco del equipo de asistencia médica. La segunda gran sensibilidad reagrupaba varias tendencias ("Assoc. 75" que a fines del 90, iba a tomar la iniciativa de establecer una Unión Profesional, coordinaciones de provincia que iban a crear el Sindicato Coordinación a fines del 89), algunas de las cuales estaban teñidas con un fuerte corporativismo. Estas tendencias apostaron a lo profesional, ya sea porque sólo este aspecto las movilizaba, ya porque les parecía indispensable pasar por una fase categorial antes que pensar en ir hacia una ampliación del movimiento: ni las enfermeras ni las otras categorías parecían estar listas para una orientación semejante. Sin embargo, ninguna tendencia ofrecía un modelo puro y se encontraba en la coordinación un amplio abanico de actitudes y de comportamientos, desde el corporativismo más estrecho al intercategorial más puro. Dicho esto, las posiciones extremas eran muy minoritarias. Más que en lo categorial propiamente dicho, la mayoría de las enfermeras " de base" con las que nos encontramos, hacían pensar más bien en mujeres que habían decidido que el tiempo de la abnegación gratuita había terminado, que había llegado el momento de pensar en ellas y, por una vez, sólo en ellas. Creo que no hay que subestimar el peso de este tipo de reacciones características de mujeres poco politizadas, no sindicadas, en el predominio de lo categorial.

bría podido darse si hubiera habido continuidad entre lo categorial (tal como estaba puesto en escena en la coordinación de las enfermeras) y lo interprofesional (tal como está puesto en escena por el movimiento sindical). Pero esta continuidad, si bien es imaginable ideológicamente, no era realizable en la práctica. Simplemente porque, en los hechos, este modelo interprofesional no vincula a toda la sociedad con una relación social tranversal, sino que aparece como refiriéndose a una sola de las figuras posibles del salariado, el trabajador manual y masculino (y francés, habría que agregar)

La enfermera coordinada

La coordinación tuvo como mayor característica el alto grado de integración de los elementos que la componen. Forma y sentido del movimiento son indisociables. Es lo que explica la radicalización de esta lucha.

Integración horizontal de sus elementos, en primer lugar. La enumeración de las características (voluntad unitaria, autoorganización, voluntad de autonomía incluida la negociación, voluntad de control y democracia directa) no pueden bastar para caracterizar a la *forma coordinación*, puesto que cada una de ellas podía reencontrarse en otros modos de organización de las luchas, tanto en el pasado como en el período actual, tanto en Francia como en el exterior. Pero es determinante que estas características se crearán y funcionarán en constante interacción. Estos principios, en la coordinación, forman un todo que explica que se pueda hablar de experimentación social.

Experimentación social, como ya dijimos, tanto individual como colectiva. En este nivel, es necesario señalar hasta qué punto la utilización intensiva de las técnicas modernas de comunicación -minitel, contestador telefónico, informática, medios masivos de comunicación- influyen en el nacimiento de un sentimiento colectivo, permitió la expresión de la subjetividad de los individuos y de ahí la integración de esta subjetividad a la lucha.

Forma y sentido estuvieron en constante interactividad. La observación de las prácticas de lucha demuestra que el "sentido" se revela por la acción colectiva, al mismo tiempo que es creado en ella.

La solidaridad, el sentimiento colectivo, no preexistían a la coordinación sino que surgieron con ella, cuando se sostuvo la primera plataforma reivindicativa, en las A.G.(asambleas generales) y en la huelga, paralelamente a la creación de las coordinaciones locales, regionales, nacional.

Asimismo, la reivindicación salarial surgió de la muerte de la vocación; pero simultáneamente; la acción colectiva permitió situarse con claridad como grupo dentro de la relación salarial[11].

Ese es también el caso para el problema de la democracia. La inquietud por la democracia es transversal a todos los niveles del movimiento y tomó, en particular durante su fase ascendente, características propias: no se trataba tanto de tomar una decisión mayoritaria o una decisión consensual vinculada con un funcionamiento de fusión, como de crear la unidad, no sólo respetando la diversidad de los individuos, de los grupos y de los puntos de vista, sino a partir de ellos. Esta inquietud apareció claramente durante las primeras asambleas generales que instauraban la plataforma reivindicativa, así como durante la huelga: las modalidades de ésta fueron en efecto muy variables de un servicio a otro, de un hospital a otro.

El ejemplo de la huelga apunta a otro fenómeno: la democracia se halla igualmente presente en las reivindicaciones en cuanto al reconocimiento profesional, la dignidad en el trabajo, el

11 En efecto, situarse como grupo dentro de la relación salarial suponía ir más allá de divisiones importantes. En los hechos, tres tipos de prácticas salariales preexistían a la Coordinación: las enfermeras para quienes la relación salarial era determinante en su relación con el empleo; aquellas a quienes espantaba la palabra "salariado", que tenían poca o ninguna conciencia de la venta de su fuerza de trabajo. Para estas últimas, la noción organizadora de las prácticas salariales era la de la profesión; aquellas, en fin, que se contentaban con el salario complementario. La homogeneización se realizó en y por el paso a lo colectivo, en sí mismo formalizado por la Coordinación.

propio rol, etc.[12]. La democracia era una aspiración anterior al movimiento: formó parte de su sentido y modeló su forma. En cambio, si bien no hubo realmente discusión de la división social del trabajo[13], es evidente que es la *forma coordinación* misma la que irrigó la reflexión sobre lo profesional y permitió que se expresaran inquietudes que no habían sido colectivizadas hasta entonces.

Más allá de sus repercusiones sobre el mundo de los enfermeros (exigencias sobre las condiciones de trabajo, endurecimiento de las negociaciones sobre los salarios en el sector privado, relación con los médicos, cortocircuitos frecuentes por parte de la jerarquía...), la coordinación representó un ejemplo y una incitación, principalmente para los sectores muy feminizados de la Función Pública; la segunda "coordinación de los maestros", la huelga del Ministerio de Finanzas lo atestiguan cada una a su manera.

Si bien en la actualidad ya no se hace lugar a la Coordinación de las Enfermeras, es verdad sin embargo, que ella golpeó el imaginario colectivo y sigue siendo actualmente -junto desde luego con las otras coordinaciones, pero quizá más que las otras- el punto de referencia obligado de todo análisis, práctico o teórico, de la situación reivindicativa en Francia. El porvenir dirá si "la enfermera coordinada" es un modelo transferible y en qué condiciones, a otras categorías del salariado.

12 Sobre ese problema, cf. N°2 de *Ofensiva sindical*, boletín del CRC, oct. 1990.

13 Aunque la división social del trabajo, en particular en su modalidad división sexual, esté realmente en el nacimiento del conflicto. Sobre el tema coordinación/crisis de la división social del trabajo, cf. Patrick Rozenblatt,

Bibliografía de la Segunda Parte

BADINTER Elisabeth [1986] *L'un et l'autre*, Paris, Odile Jacob.

BOURDIEU Pierre [1993] *La misère du monde*, Paris, Le Seuil.

DAVIS Angela [1993] "Réflexions sur l'héritage de Malcom X". *Politis la Revue*, N°3.

DELPHY Christine [1977](Cf. Bibliografía de la Primera Parte).

DRANCOURT Chantal Nicole [1992] "L'ideé de précarité revisitée". *Travail et emploi*, v.2, N°52,p. 57-7O.

GUILLAUMIN Colette [1992](Cf. Bibliografía de la Primera Parte).

HIRATA Helena &HUMPHREY John [1992] "Crise économique et trajectoires professionnelles", in *Relations de genre et developpement. Femmes et sociétés*, Paris, Editions scientifiques F.Pinton et M.Lecarme. (Collection dirigée par J.Bisilliat).

KERGOAT Danièle [1978] (Cf. Bibliografía de la Primera Parte).

KERGOAT Danièle [1982](Cf. Bibliografía de la Primera Parte).

KERGOAT Danièle [1991](Cf. Bibliografía de la Primera Parte)(Traducido en esta obra, Part.II, *La enfermera coordinada*).

KERGOAT Danièle [1992b](Cf. Bibliografía de la Primera Parte)(Traducido en esta obra, Part.I, *A propósito de las relaciones sociales de sexo*).

LE DOARE, Hélène et alii [1990] "Les infirmières et leur coordination", Informe de investigación del GEDISST-CNRS-PIRTTEM (en colaboración con D. Kergoat, D. Senotier & R.F.Imbert).

MATHIEU Nicole-Claude [1991] (Cf. Bibliografía de la Primera Parte).

Ofensiva Sindical; Boletín del CRC, N°2, octubre 1990, p.2-3 (Federación Nacional de Sindicatos Sociales de Salud) ("La democracia en el hospital").

RIOT-SARCEY Michèle [1993](Cf. Bibliografía de la Primera Parte).

RIOT-SARCEY Michèle [1994] *La démocratie à l'épreuve des femmes. Trois figures critiques du pouvoir 1830-1848*, Paris, Albin Michel.

ROZENBLATT Patrick [1990] "Categorías, formas y creación de sentido social", *Cuaderno del GIP Mutaciones industriales*, N°51, set.

VISIER L. & FRYBES M. [1990] "Las coordinaciones: de la experiencia de los actores a la movilización. Estudio comparativo a partir del caso de las enfermeras". Informe de investigación IRES-CFDT, marzo 1990.

VOLKOFF Serge & MOLINIE Anne Françoise [1980] (Cf. Bibliografía de la Primera Parte).

WRIGHT Eric Olin [1989] "Women in the Class Structure", *Politics and Society*, v.17, N°1.

TERCERA PARTE

Tecnologías, calificación y división sexual del trabajo

División internacional del trabajo y taylorismo: Brasil, Francia y Japón*

HELENA HIRATA

Partiendo de la idea según la cual no existe una única división del trabajo y de que la racionalidad de los comportamientos de las organizaciones productivas no es ni única ni universal, nuestro objetivo es mostrar, a partir de tres casos[1], cómo la división sexual y la división internacional del trabajo modulan la utilización diferenciada de los métodos y técnicas tayloristas.

1. División sexual del trabajo y taylorismo

No se debe al azar que las industrias de procesos sean para mano de obra esencialmente masculina y que las industrias taylorizadas tengan fuerte contingente femenino. La empresa elabora y aplica su política de gestión de mano de obra según el sexo de sus efectivos asalariados. La política de *control*, en particular se decide en función del sexo del trabajador empleado y toda encuesta empírica aporta una nueva confirmación sobre la *naturaleza* diferenciada de ese control para los hombres y para las mujeres.

Así, *no se puede hablar de taylorismo sin hablar de división del trabajo* y los trabajos de Madeleine Guilbert [1966] y de Danièle Kergoat [1982] en Francia, mostraron la importancia del trabajo

---

* (Capítulo tomado de: MONTMOLLIN M. de& O. PASTRÉ (dir.). *Le taylorisme*. Paris, La Découverte, 1984, p. 197-210)

1 Esos tres casos: el taylorismo en las industrias de serie (comparación Brasil-Francia); la "taylorización" de las industrias de procesos (comparación Brasil-Japón); los círculos de control de calidad y la organización taylorista, se estudiaron durante la investigación : "Aspects techniques et socio-culturels de l'organisation du travail dans les firmes multinationales françaises et japonaises au Brésil", (CNRS)

de las mujeres en las ramas industriales donde se adoptaron con mayor eficacia las técnicas tayloristas. El reciente estudio de Molinié y Volkoff [1980, 1981] aportó nuevos elementos numéricos y confirmó la tesis según la cual las técnicas tayloristas se aplican principalmente a los trabajadores de sexo femenino: muestran que el trabajo bajo fuerte restricción horaria, ligado a una organización de trabajo fundada en principios tayloristas es efectuado sobre todo por las mujeres obreras jóvenes.

Esta ejecución parcelizada y estandarizada bajo una fuerte restricción horaria, que caracteriza a una gran parte del trabajo obrero femenino *puede no experimentar modificaciones según el grado de modernización tecnológica o según el país*. Así, en la electrónica, la herramienta de trabajo de las obreras japonesas de una fábrica de circuitos integrados eran máquinas automáticas equipadas con microprocesadores. En su filial brasileña, estaba en funcionamiento una vieja cadena de montaje manual de circuitos integrados y una obrera efectuaba la inserción manual de diez componentes electrónicos en un circuito impreso, en 40 segundos. En la casa matriz japonesa, se producía un circuito software *[logiciel]* cada medio segundo, período durante el cual se efectuaba la inserción automática de 540 componentes; la tarea de la obrera era la de vigilar dos o tres máquinas en funcionamiento.

La fuerte diferencia en la productividad del trabajo no cambiaba ni la monotonía del trabajo -vigilancia o colocación de componentes- ni el aislamiento de las trabajadoras, ni la importancia de la sujeción temporal: robots industriales o cadena clásica de montaje; a tecnologías diferentes pueden corresponderles condiciones de trabajo siempre penosas.....cuando se trata de mujeres obreras.

Por otra parte, si bien se puede hablar de un "efecto represivo" del taylorismo (Cf. F. SELLIER in M. DE MONTMOLLIN et O. PASTRÉ, 1984) hay toda una evidencia acerca de la vulnerabilidad creciente de las mujeres frente a esta represión: ¿se pensaría en hacer llevar a los hombres pesados patines con rueditas industriales para intensificar el ritmo de trabajo como se hizo en

las hilanderías japonesas o en las filiales de empresas textiles en Brasil, hace sólo algunos años? ¿Se les impondría "cospeles" para ir al baño, para controlar así su tiempo de pausa, como en todos los establecimientos industriales en Brasil? O por último, ¿se las encerraría en dormitorios comunes donde pueden hacerse todos los controles del tiempo de ausencias, y reemplazos eventuales, como se hace actualmente con las mujeres en las fábricas textiles y electrónicas de Japón?

La determinación precisa de las *cantidades* de tiempo no puede ser nunca coactiva y autoritaria para los varones que no fueron educados desde su infancia para obedecer, para aceptar, para someterse: las técnicas tayloristas, lejos de ser *neutras*, utilizan y refuerzan la división sexual existente tanto dentro de la empresa como en la sociedad. Los métodos tayloristas, cuando se apoderan del rendimiento de la mano de obra femenina, se benefician con el aprendizaje de las muchachas en la *destreza manual, en la minuciosidad, en la rapidez*[2], esas cualidades que se adquieren primeramente dentro de la familia, pero que seguidamente se cultivan dentro de las mismas fábricas japonesas, que proveen a sus obreras de cursos semanales de todas las artes domésticas, entre las que se encuentra el arreglo de las flores (ikebana): ese trabajo analítico, minucioso, de desestructuración-restructuración de las flores y de las hojas según un orden establecido rigurosamente, parece constituir una preparación para el trabajo obrero, una introducción a los gestos divididos, a las tareas fragmentadas requeridas por la organización científica del trabajo.

Sin embargo, ese lazo indisoluble entre la esfera de las artes domésticas y la esfera directamente productiva, puede indicar también los *límites de la taylorización* de los puestos de trabajo, sobre todo en lo que se refiere al trabajo de oficina. Si bien existe un nuevo desarrollo en la taylorización del trabajo de oficina[3],

[2] Sobre el aporte para la formación de la mano de obra femenina en las actividades de la esfera doméstica, cf. D.Kergoat, op.cit., cap.II.

[3] Sobre esta "generalización del taylorismo bajo una forma nueva adaptada mejor a ese medio de trabajo", (Cf. Ugur Muldur in, MONTMOLLIN M.de et O.PASTRÉ, 1984)

las tareas que demandan atributos que las mujeres despliegan en su actividad doméstica, pueden difícilmente ser taylorizadas o automatizadas. Cuando se trata de puestos como el de secretaria, que requieren una *disponibilidad permanente* y una *relación de servicio* no cuantificable (Cf. CHABAUD- RYCHTER, D. y FOUGEYROLLAS, D., 1981; H. HIRATA, 1980) , actitudes que caracterizan el trabajo de las mujeres dentro de la familia, esa racionalización es contradictoria con la esencia misma del trabajo encomendado, para el cual no existe *one best way*...(la única y mejor manera) y, ni las técnicas tayloristas ni la automatización, como tentativa de dominio de la *totalidad de los parámetros* que intervienen en la producción y el proceso de trabajo pueden arribar a ello: si la organización taylorista es un obstáculo para la automatización, (Cf. FREYSSENET, M., in M. DE MONTMOLLIN y O.PASTRÉ, 1984) esos puestos refractarios al taylorismo pueden serlo también para la automatización.

2. División internacional del trabajo y taylorismo

El taylorismo como *una* de las técnicas de división capitalista del trabajo y de control obrero[4] no tuvo el mismo tipo de difusión ni el mismo ritmo de asimilación en Brasil, en Francia o en Japón, pero, sobre todo, experimentó diferentes *procesos de deformación* según las características socioculturales e históricas de cada país, lo que puede aclararse mejor mediante el análisis de las adaptaciones efectuadas en el momento de la "transferencia" de esas técnicas de gestión por medio de las firmas multinacionales.

Así, la *difusión* de las técnicas y de los métodos tayloristas en las actividades industriales en Brasil se efectuó a partir de la implantación de las firmas multinacionales en los sectores dinámicos de la industria, sobre todo en aquellos que producen bienes

[4] Y no como sinónimo de división capitalista del trabajo; cf. las críticas a las definiciones corrientes del taylorismo y el intento de definición de lo que fundamenta su especificidad (texto de Michel Freyssenet, op. cit.)

de consumo durable (años '50...). La taylorización de las industrias manufactureras brasileñas, que corresponde al movimiento de deslocalización masiva de las industrias de mano de obra hacia las regiones menos desarrolladas, coincide con la transferencia de tecnologías de producción, es decir, con la introducción del capital extranjero[5]. Antes de este período, el proletariado industrial estaba concentrado en las industrias *labour intensive* de bienes de consumo no durables donde no se planteaban agudamente los problemas relacionados con la productividad y el control de la producción, con la jerarquía, etc. Los métodos de análisis de movimientos, el cronometraje, la creación de una oficina de tiempos y métodos, de procedimientos de remuneración inspirados en el taylorismo, fueron directamente introducidos por esas firmas, aunque su desarrollo se realizara seguidamente de diferente manera según las ramas y según el origen del capital de las empresas.

En Japón, la introducción del taylorismo en la industria se realizó mucho más pronto, y casi al mismo tiempo que en Francia, (Cf. A. DE MONTMOLLIN y O.PASTRÉ, 1984) aunque en ramas diferentes. El sector automotriz, vanguardia de la introducción del taylorismo en Francia, nació en Japón recién a partir de la segunda mitad de los años 30 y la taylorización de ese sector data de los años '50[6]. Por el contrario, se observó un movimiento de difusión de los principios de Taylor y de la utilización de sus técnicas desde 1912 en la industria textil, y hacia 1925 todos los grandes grupos textiles japoneses habían finalizado el estudio de los movimientos para cada proceso y adoptado la organización científica del trabajo para un conjunto de alrededor de

[5] Para la adopción de los métodos tayloristas en otros sectores económicos, en particular ferrocarriles, en los años '30, cf. el texto de Nilton Vargas in M. de Montmollin et O.Pastré, 1984. Este texto da también indicaciones valiosas sobre los orígenes del taylorismo en los comienzos de la industrialización en Brasil.

[6] Sólo conocemos dos textos que hacen referencia explícita a la introducción del taylorismo en Japón, de ahí retomamos estas informaciones. Se trata de Izumi Takeo, 1980, p.63 y ss., y Cole, Robert E., 1979, p. 108 y ss. Este último autor cita como la única investigación pionera sobre el taylorismo en Japón la de Okuda Kenji, 1968-1971.

200.000 trabajadores, de los que el 70% era de sexo femenino (IZUMI T., 1980,p. 29). No se debe simplemente al azar que la rama donde se inauguró la taylorización haya sido aquella donde la transferencia de tecnología europea permitió el desarrollo de la producción en masa y donde la presencia de los ingenieros europeos fue la más importante. El sistema de los dormitorios comunitarios de las obreras jóvenes -generalizado en Francia en la misma época- tornó posible un movimiento de *racionalización* donde el conjunto de la jornada y el tiempo de sueño, el aseo, el vestirse, el trabajo en la fábrica, el peinado, la defecación, el baño, las lecciones y el tiempo libre (Cf. IZUMI T.,1980, p.78) era considerado *estrictamente medido*.

La internacionalización de las técnicas productivas constituyó así, tanto en Japón como en Brasil, un *canal de transmisión del taylorismo*, y más tarde, también otras formas de organización y de gestión del trabajo obrero. Seguidamente las importantes modificaciones y adaptaciones experimentadas por los métodos y técnicas tayloristas según los diferentes mercados de trabajo, el tipo de intervención del Estado, las tradiciones y organizaciones del movimiento obrero, el sistema de empleo, etc., aportaron *deformaciones* al sistema taylorista: "la rutinización" del trabajo debida al "turnover" involuntario acelerado en el caso brasileño[7]; distorsión progresiva en las prácticas tayloristas por la instauración de los "círculos de control de calidad" en el caso japonés; (cf. más adelante), el desarrollo de ese sistema fue diferente en los dos casos. Sin embargo, se puede afirmar que la taylorización se halla mucho más instalada en el contexto de desarrollo de las industrias de mano de obra en Brasil, y que su progreso se debe a la idea según la cual la "naturaleza" de la mano de obra local, "mediterránea, sin iniciativa, perezosa, que tiene necesidad de que la dirijan, mano de obra dócil pero sin autonomía y que necesita una estricta vigilancia"[8] posibilitaría necesa-

[7] Sobre la "rutinización" del trabajo como una variante brasileña de la racionalización taylorista, cf. FLEURY CORREA, A.C., 1978.

[8] Caracterización de la mano de obra brasileña efectuada por un ejecutivo de una firma multinacional francesa en París (entrevista, 1979).

riamente el empleo de métodos y de técnicas tayloristas. Inversamente, en Japón, la *filosofía* de los círculos de control de calidad, predominante en la industria, es fundamentalmente antitaylorista, las *políticas de racionalización industrial (gorika)* en los años '40 y '50 obedecieron más bien a lógicas de automatización y de modernización tecnológicas que a las de organización e intensificación del trabajo.

Veremos ahora cómo esos procesos de deformación/adaptación de las técnicas de gestión y de división del trabajo tuvieron lugar concretamente en tres actividades diferentes de producción industrial en Brasil, en Francia y en Japón.

• El taylorismo en las industrias en serie

Dos grupos industriales franceses, uno en la *rama de la construcción eléctrica* y el otro en la *rama textil*, introdujeron métodos y técnicas tayloristas en sus filiales brasileñas tratando de " fracturar", en sus fábricas en Francia, las líneas de montaje, o de implantar nuevas formas de organización del trabajo.

La construcción eléctrica: línea de montaje versus grupo semi-autónomo

Casa matriz y filial producen medidores eléctricos y relés de telecomando centralizado pero, en Francia, las líneas de montaje con ritmo fueron reemplazadas gradualmente, desde 1975, por grupos de trabajo polivalentes y "cadenas suecas" (cinta transportadora no lineal, en U, que permite la acumulación de pulmones) mientras que en Brasil el trabajo se organiza en cadenas de montaje, con ritmo determinado por el transportador. En todas las líneas de montaje y de control en serie, las tareas se hallaban muy divididas, cada obrera efectuaba una operación muy simple o fabricaba una pequeña pieza en serie. Este proceso de trabajo de la fábrica brasileña (un efectivo de 577 en 1980, del que 286 eran mujeres) contrasta con el de la fábrica francesa (solamente 20 obreras trabajaban todavía en la línea de montaje

sobre un efectivo de 875 trabajadores, de los cuales 655 eran de sexo femenino en 1981). En los grupos de trabajo, las obreras francesas trabajan rotando en los puestos y son consideradas todas polivalentes. Esos grupos se componen de 4 a 8 personas, el ritmo de organización les permite el desplazamiento y las pausas, sin alterar el ritmo colectivo de trabajo, ni la cadencia impuesta por las máquinas: esos métodos de organización alcanzan hoy a 500 trabajadores, de los que 300 están directamente organizados en grupos. En un grupo de trabajo polivalente (sector de montaje de los medidores eléctricos), cada obrera cambia de puesto de trabajo cada dos horas (sobre cinco puestos de trabajo diferentes) y no se impone el modo operatorio. En la fabricación, los obreros polivalentes de los dos sexos cambian de puesto todos los mediodías, sobre una decena de puestos diferentes. Se asiste también a ese mismo reagrupamiento de tarea, en otros talleres de fabricación.

Esta diferencia en la organización del trabajo, para un mismo producto y una misma tecnología, parece que se debe, fundamentalmente, a los tipos de *intervención del Estado* en Francia y en Brasil: la casa matriz comenzó la experiencia de reemplazo de las cadenas de montaje tradicionales después de la creación de la ANACT (Agencia nacional para la mejoramiento de las condiciones de trabajo) que otorgó un financiamiento para la "fractura" de las líneas y la organización de los grupos semiautónomos. En Brasil, las empresas francesas pudieron más bien beneficiarse con las posibilidades represoras del régimen político, para reforzar el sistema de control social autoritario de la organización científica del trabajo: la imposibilidad de conversar, de interrumpir el trabajo, o de practicar toda forma de rotación en el establecimiento brasileño permitió, según las declaraciones del director francés, alcanzar una de las productividades más elevadas de su grupo industrial: las obreras trabajan "muy rápido y relajadas"...

Industria textil: productividad del trabajo y políticas de gestión de la mano de obra

Casa matriz y filial producen aquí fibras [hilados] industriales, hilos para tejer y artículos de confección y de bonetería. En el taller de ovillado (*pelotonnage*) así como en otros talleres de fabricación, el trabajo es organizado según los métodos tayloristas, pero las formas utilizadas actualmente para aumentar la productividad son muy diferentes tanto en Francia como en Brasil. De ese modo, un análisis del trabajo de la devanadora (*pelotonneuse*), que requiere un trabajo manual y una importante intervención de la habilidad del obrero (es la obrera la que determina el ritmo de trabajo por su rapidez en la colocación de las bandas prepegadas, en el desmontaje y en el acondicionamiento manual) muestra que las formas tayloristas de control (sobre todo el cronometraje preciso y repetido y la reglamentación estricta de las pausas) se practican en la filial brasileña. Dos permisos de diez minutos por día para ir al baño, antes y después de una pausa de media hora para el "tentempié", contrastan con una organización del trabajo menos coactiva por medio de una sala de descanso con expendedores automáticos de bebidas frescas para cada sala de producción, de la fábrica francesa. Lo cual no es incompatible con los esfuerzos de la gerencia francesa por ahorrar costos en la mano de obra *directa sobrecargando al personal de producción*. Se exhiben películas sobre el proceso de trabajo en los diversos talleres de la casa matriz en Francia, que muestran los procedimientos de realización del trabajo en los puestos de hilado y de ovillado, para ser minuciosamente analizados por el departamento de tiempos y métodos del establecimiento brasileño, orientado por el departamento de organización y métodos. Esos análisis finalizaron con políticas de aumento de la productividad inconcebibles en el contexto de la casa matriz francesa.

Los mandos medios y directivos brasileños idearon así un concurso en el taller de ovillado ("Los juegos olímpicos internos de producción", 1980) que consta de un primer cronometraje un mes antes (los "Preolímpicos") y dos cronometrajes duran-

te los juegos y que obtiene, cada vez más reducciones en los tiempos de producción de los ovillos de lana, por obrera. Esos "juegos" tuvieron por consecuencia *el cambio de las normas de producción*, que se elevaron sensiblemente después de ese concurso. Permitieron también el "descubrimiento de nuevas técnicas y de nuevos métodos por las obreras, el establecimiento de procedimientos más eficaces y aun una sana emulación" (director de producción de la fábrica brasileña). Esos aumentos en productividad por el aumento de la intensidad del trabajo se realizan empleando una mano de obra femenina muy joven, hábil y "dócil", para las tareas relacionadas directamente con la producción, y dirigidas por hombres en lo que se refiere a la disciplina, y al manejo de los conocimientos técnicos: sobre un efectivo total de 1578 personas de ambos sexos de la fábrica brasileña, se contaba, en 1981, con 497 obreros y 870 obreras, pero solamente 19% de mujeres estaban en la función de dirección (17 mujeres contra 88 hombres, jefes o capataces).

La promoción de esas actividades de tipo "stajanovista" se tornó extremadamente difícil en Francia, dada la implantación - y la oposición- de los sindicatos obreros en la casa matriz. Esta última trata de mejorar su productividad mediante el cambio en la disposición de los equipos o por la automatización de las máquinas, en este último caso, favorecida a veces por los problemas que plantean cadencias demasiado elevadas (compra de devanadoras automáticas "para evitar las cadencias fuertes" en la fábrica francesa). Los aumentos de productividad tuvieron lugar así en los talleres de Francia mediante una reorganización técnica y por la supresión de un segmento del proceso de trabajo. Se eliminó un puesto de trabajo por cada grupo de cuatro máquinas, para la "racionalización" en la utilización de los equipamientos.

• Rotación y polivalencia de los equipos de trabajo y "taylorización" de las industrias de procesos

La división del trabajo en los establecimientos petroquímicos brasileños y en sus casas matrices en Japón es otro ejemplo de

las transferencias "limitadas" incluso "truncadas", en las formas de organización del trabajo, para una misma tecnología y un mismo producto.

En un primer establecimiento japonés, los obreros son polivalentes y practican una rotación amplia de las tareas: cada obrero controla la pantalla catódica en la sala de operaciones, hace la ronda de vigilancia del sitio y efectúa las tareas ordinarias de mantenimiento (en cada sala de trabajo se encuentra una caja de herramientas). En otro establecimiento, cuatro de las cinco tareas se efectúan por rotación: en la sala de operaciones, la vigilancia de los instrumentos y el arranque y la detención del sistema de control; la inspección de las máquinas del segundo piso; y la vigilancia del sitio. La única tarea realizada sin rotación era la del control de los "incidentes menores" en la sala de operaciones, pero requería constantes desplazamientos hacia la parte externa de la unidad de producción. Esta tarea era ejecutada por un obrero que tenía más de diez años de experiencia en la fábrica y era elegido por el colectivo de los trabajadores.

En la filial brasileña del mismo grupo, el trabajo estaba mucho más dividido y disgregado: el obrero de mantenimiento, el obrero que realiza la vigilancia externa y el obrero de la sala de control eran tres tipos de trabajadores diferentes, cada uno efectuaba estrictamente sus tareas[9]. Una de las consecuencias de esta "parcelización" de las tareas era la "inflación" de los equipos de trabajo, compuestos por 25 obreros en la fábrica brasileña y solamente 5 obreros en la casa matriz japonesa.

Esa "inflación" de los efectivos en Brasil tiene varias explicaciones: primeramente, la práctica de la rotación mencionada anteriormente, práctica que se tornó posible en Japón por el empleo denominado "vitalicio" (un empleo a muy largo plazo en las grandes empresas) y por la promoción que da aún hoy un

[9] La recreación de tareas monótonas y repetitivas, aun en los puestos de supervisión y de control de las industrias de proceso en Brasil, es recordada también por Benjamin Coriat para la industria del cemento (¡un obrero está afectado a veces a un botón del tablero de control!). (Cf. B. Coriat, 1981)

amplio lugar a la antigüedad[10], dos características del sistema de empleo japonés que permite la no definición precisa de las tareas y de las funciones, para cada trabajador. Seguidamente, esa "inflación" tiene su origen en el sistema de vacaciones y las tasas de ausentismo: si bien en la casa matriz este último es casi nulo y los permisos para vacaciones anuales de 6 a 20 días no se utilizan, sino en caso de enfermedad o de problemas familiares, en Brasil la tasa de ausentismo alcanza al 6% y los permisos para vacaciones anuales de 30 días son tomados en bloque por los trabajadores. Esta situación obliga a las industrias de procesos a prevenir la falta sistemática de personal con el aumento de tamaño de los equipos de trabajo. Una última razón de esta "inflación" es el nivel de automatización: el embalaje-acondicionamiento de los productos, el transporte y el almacenamiento están completamente automatizados en Japón, y en Brasil los efectúan los trabajadores no calificados.

Estas "adaptaciones tecnológicas", "que truncan" los procesos de trabajo, tienen como mayor consecuencia la creación de puestos de trabajo de ejecución con una intensidad de trabajo, una monotonía y una repetición en aumento, combinadas con condiciones de trabajo más peligrosas, insalubres y cansadoras que en las casas matrices. El puesto de acondicionamiento de un producto petroquímico en estado sólido (el anhídrido) completamente automatizado en la casa matriz, es en Brasil un puesto de trabajo manual donde un peón efectúa el embalaje con una máscara, debido a la insalubridad. El trabajo es penoso, se llenan bolsas de 25 kgs. y seguidamente se las apila manualmente sobre plataformas. La adaptación recrea así algunos puestos de trabajo con *cadencia* en los segmentos finales de los procesos de trabajo en los establecimientos petroquímicos brasileños.

[10] Esas dos características del sistema de empleo japonés no se aplican a los trabajadores de las pequeñas y medianas empresas, ni a los efectivos temporarios y subcontratistas. Tampoco valen para las trabajadoras cuyos salarios no aumentan con la antigüedad y cuya vida profesional es discontinua.

• Los círculos de control de calidad y la organización taylorista del trabajo

Es clara la oposición entre los principios de la organización científica del trabajo inspirados por el *sistema de las ciencias exactas*[11] y los de la participación de los trabajadores en la gestión de la empresa, vía los círculos de control de calidad, directamente influidos por las *ciencias políticas*. Obligación y restricción por medio de reglas rígidas dan lugar a una *movilización* de la masa de los trabajadores, que se vuelven los agentes, por primera vez plenamente reconocidos como tales, del proceso de producción. La influencia difusa de principios maoístas de la "práctica como criterio de la verdad" se encuentra igualmente en el desarrollo de esas actividades en la empresa, donde las movilizaciones masivas se hacen sobre todo a partir de *campañas*, cuyos ejes principales son indicados por la dirección de la empresa (ejemplo: economía de energía, seguridad, ser el primer grupo industrial de la rama a nivel nacional, etc.).[12]

Sin embargo, a pesar de que los *principios* del taylorismo y de la gestión por los círculos de control de calidad dependen de *epistemes* diferentes, las *técnicas* tayloristas y las de las "actividades de pequeños grupos" (*sho-shudan katsudo*) no son *exclusivas*, pueden *coexistir* y aun ser *complementarias*. El estudio de los círculos de control de calidad organizados dentro de los establecimientos industriales japoneses mostró que crean, primeramente, una *jerarquía paralela* al organigrama formal no invasora de la organización tradicional del trabajo, que estructura la línea jerárquica de mando. Fuera de las reuniones bimensuales de una hora donde la jerarquía "se borra" y se dan la palabra y la iniciativa a los trabajadores, los jefes y capataces ejercen las habituales funciones de control, tanto en las cadenas de montaje au-

11 "A true science, resting upon clearly defined laws, rules and principles as a foundation", como decía Taylor en la introducción de: Principles of Scientific Management (edición castellana de El Ateneo). Sobre las ciencias exactas como modelo del taylorismo, cf. M. de Montmollin, 1981, cap.II.

12 Para una presentación sistemática de los círculos de control de calidad en Japón, cf. Hirata H., en colaboración con Michel Freyssenet, 1982.

tomotriz, como en las ramas feminizadas de la electrónica o de lo textil. En efecto, las técnicas relacionadas con los círculos de control de calidad *dividen el tiempo de la fábrica en dos*: una parte donde se puede asistir a alguna expresión obrera y una parte sometida al orden productivo tradicional.

En el caso de las producciones taylorizadas, las actividades de los círculos de control de calidad son *coextensivas* y *complementarias* con las prácticas propiamente tayloristas:

- están combinadas con los trabajos del Departamento de ingeniería de la producción, que efectúa la mayoría de los cambios tecnológicos y de la organización del trabajo. Ese departamento estudia minuciosamente las sugerencias, opina, orienta la ejecución de las soluciones propuestas, utiliza, evidentemente, las ideas que emergen de esos grupos de productores directos, en el momento de las nuevas implantaciones industriales;
- terminan por alcanzar los objetivos mismos del Departamento de ingeniería de la producción : disminuir la porosidad de la jornada de trabajo y acelerar las cadencias. De ese modo, las investigaciones emprendidas por los círculos de control de calidad se sustituyen a veces por los estudios de una oficina de tiempos y métodos (sugerencias que van en el sentido de una disminución de las discontinuidades entre segmentos del proceso de trabajo, disminución de los tiempos de reparación y de mantenimiento, disminución de los tiempos de desplazamiento, etc.);
- son inseparables de las prácticas tayloristas clásicas: se continúa practicando el control de las pausas y de las interrupciones, sobre todo en las líneas de montaje. Es el caso de las fábricas de montaje automotriz, donde las pausas de diez minutos en la jornada y un gran número de operaciones por puesto de trabajo implican cadencias, de muy fuerte intensidad;
- finalmente, como una forma de movilización y de emulación que parte de principios opuestos, se obtiene al cabo, por la mediación de los círculos de control de calidad, la misma reducción de "tiempos muertos" que por los procedimientos tayloristas clásicos; la generalización de la práctica de la competen-

cia entre los grupos de trabajadores implicados en los programas de círculos de control de calidad que hacen que se practiquen supresiones *voluntarias* de pausas, para obtener los mejores lugares en las carteleras expuestas en los lugares de trabajo.

En cuanto a los efectos de la *división internacional del trabajo* sobre la gestión de los círculos de control de calidad, la transferencia de esta técnica de gestión en Brasil en los últimos años, primeramente por las firmas multinacionales norteamericanas y japonesas, seguidamente por algunas industrias locales, muestra que los procesos de adaptación son de dos tipos: un primer modelo es el de la *reproducción*, en las filiales, de las condiciones que preexisten al desarrollo de los círculos en Japón (en particular la estabilidad del empleo, pero también otras prácticas de uniformación y de homogeneización del conjunto de los efectivos, mandos superiores y medios, y obreros). El segundo es el de la *ruptura* en cuanto a las prácticas corrientes en los círculos japoneses (por ejemplo, la sustitución de las formas simbólicas de remuneración por recompensas en especie o en regalos, que son más "motivantes" en el contexto de la política salarial y de la concentración de los ingresos brasileños). Por otra parte, en Brasil, el proceso de *selección* de los participantes de los círculos resta a esta técnica de gestión el carácter de movilización de la masa de trabajadores que funda la naturaleza *participativa* de los círculos en Japón y termina por deformar irremediablemente los objetivos y la naturaleza misma del movimiento (como decía un capataz de una fábrica textil: "si no participa todo el mundo, esto no tiene sentido").

En lo que se refiere a la *división sexual del trabajo*, las actividades de los círculos de control de calidad no se distinguen de las formas tayloristas de control obrero. La regla para las mujeres es la supervisión estricta por parte de la jerarquía, *aún durante los períodos de actividad de los círculos*. Las reuniones pueden ser la ocasión de represión directa de las mujeres por parte de la jerarquía masculina y sirven más bien para controlar la calidad de su trabajo y la obediencia a los procedimientos y reglas de la producción.

Por otra parte, en las empresas estudiadas por mí, la participación de las mujeres en los círculos es extremadamente limitada y esto por varias razones:

- porque no estaban autorizadas a participar de ciertas reuniones *no mixtas* de los círculos (el caso de un establecimiento electrónico), donde los hombres decidían entre sí la asignación del dinero disponible o discutían con ingenieros o personal técnico acerca de algunas propuestas complejas (ideas que implican, por ejemplo, una modificación de las herramientas de producción o de las máquinas);
- porque no se las llamaba para proponer sobre cambios técnicos, sino más bien sobre la calidad de los productos, dada su falta de formación. Ahora bien, no se daba a las obreras ninguna formación consecuente, bajo el pretexto de que no permanecerían más de cuatro años en su empleo antes del casamiento;
- finalmente, una categoría de trabajadores -las *obreras de tiempo parcial*- generalmente no estaba invitada a participar de los círculos, en razón de su "inestabilidad" y en consecuencia de su "limitado" interés, según la dirección, por los problemas de la empresa.

Si se considera, por otra parte, la transferencia internacional de esta técnica de gestión de la mano de obra, la participación femenina tiende a ser todavía más débil en Brasil, dado que el proceso de *selección* de los participantes privilegia a los obreros calificados (técnicos y de supervisión), categorías fundamentalmente masculinas.

3. Conclusión

La utilización de técnicas de producción similares no implica mecánicamente la adopción de técnicas de gestión del mismo tipo. La comparación internacional entre filiales y casas matrices de firmas multinacionales francesas y japonesas mostró: 1) que a un movimiento de destaylorización en las fábricas del centro puede corresponder un desarrollo de la taylorización en las fi-

liales de la periferia, y 2) que las prácticas tayloristas de tipo "stajanovista", vigentes en las filiales extranjeras, *ya no son posibles*, con tecnología equivalente en las fábricas del centro, a causa del nivel de organización y de combatividad del movimiento obrero.

Esta comparación mostró también que, aun en el caso de las industrias de proceso, donde no se puede hablar de taylorización *stricto sensu*, hay segmentos del proceso de trabajo en los países periféricos que pueden ser "taylorizados", sometidos a la cadencia, extremadamente parcelizados y fragmentados.

Finalmente, el análisis de los círculos de control de calidad mostró los límites mismos de la *exportación* de nuevas técnicas de gestión de la mano de obra, vigentes en Japón, hacia países, como Brasil, donde la *ideología* del taylorismo domina ampliamente en el medio patronal.

Esos resultados muestran que no hay *una* sola división del trabajo y que la adopción o el rechazo de las prácticas de gestión tayloristas depende, más allá de decisiones puramente tecnológicas, de varios factores de orden sociocultural e histórico. Muestran también que -como en las fábricas textiles japonesas, donde los obreros efectúan por turno las tareas de operación de las máquinas y de mantenimiento, y las obreras solamente las primeras- ahí donde hay polivalencia, rotación y oportunidades de formación y de carrera, son los trabajadores masculinos los que están implicados, mientras la simple ejecución repetitiva del trabajo es reservada a las mujeres porque se considera ese trabajo perfectamente compatible con sus múltiples actividades en la esfera familiar y doméstica.

Nuevas tecnologías, calificación y división sexual del trabajo*

HELENA HIRATA

La reflexión sobre las consecuencias sociales de las nuevas tecnologías pone hoy en claro, al menos dos aspectos diferentes de la flexibilidad: la flexibilidad de las operaciones, posibilitada por los equipos microelectrónicos de base y la flexibilidad de la mano de obra, asociada a la primera. Dos ámbitos privilegiados de análisis fueron delimitados así por el enfoque corriente de las ciencias sociales sobre las nuevas tecnologías: la empresa y el mercado de trabajo.

En el presente estudio, nos proponemos examinar esta doble noción de flexibilidad y la pertinencia de estos dos campos de análisis, introduciendo la dimensión sexuada. Muy pocas investigaciones han tratado las nuevas tecnologías y la cuestión conducente a la flexibilidad de la mano de obra desde el ángulo de una comparación varones-mujeres. La mayor parte de la literatura que se refiere al impacto de las nuevas tecnologías sobre el trabajo y el empleo no aborda la cuestión desde esta óptica. Nos basaremos pues, en algunos trabajos que tratan de pensar la tecnología en relación con las mujeres o con la división sexual del trabajo, a fin de aportar elementos que respondan a las siguientes preguntas:

- ¿Cuáles son las consecuencias de la introducción de las nuevas tecnologías sobre el empleo, el trabajo y la calificación, según los sexos?

* Capítulo tomado de: TREMBLEY, Diane-Gabrielle (Dir), *Travail et société. Une introduction à la Sociologie du Travail*, Québec, Ed.Agence d'Arc , 1990,p. 425-438). Publicado originalmente en *Cahiers du GEDISST*, N°1, 1990: "Nouvelles technologies, qualification et division sexuelle du travail: une perspective comparative".

- ¿Se puede pensar la flexibilidad únicamente en el ámbito de la empresa y del mercado de trabajo, sin introducir la familia?
- ¿Qué lugar ocupan la experiencia y el saber-hacer técnicos, monopolio casi exclusivo de los varones, entre los obstáculos al acceso de las mujeres a las nuevas tecnologías?

Al proponer respuestas que, muy a menudo, son sólo hipótesis de trabajo, queremos mostrar que las tesis corrientes hoy en día en Economía y en Sociología del trabajo sobre el "fin de la división del trabajo" o sobre la emergencia de un "nuevo paradigma de organización y de desarrollo industriales", hay que examinarlas con mucha atención, en el momento de introducir la división sexual del trabajo como una dimensión esencial del análisis.

Desde el punto de vista metodológico, sería posible una perspectiva comparativa múltiple, a partir de las investigaciones que utilizamos en esta presentación (cf. bibliografía anexa):

- Comparación varones-mujeres;
- Comparación trabajadores(as) calificados(as)- trabajadores (as) no calificados(as);
- Comparación países industrializados-países en vías de industrialización;
- Comparación entre sectores económicos (industria - agricultura - terciario).

Evidentemente, no se trata aquí de efectuar tales comparaciones que esbozaremos solamente, sino de presentar un marco metodológico para trabajar sobre las nuevas tecnologías y la calificación, tomando en cuenta la cuestión del género[1].

[1] Tomado del inglés *gender*, la palabra *género* se utiliza cada vez más para expresar un sentido más vasto que la simple distinción basada en el sexo biológico, e incluye en especial dimensiones socioculturales más amplias.

1. Nuevas tecnologías, calificación y división sexual: consideración de múltiples variables

Son cada vez más numerosos los estudios que tratan, tanto en Francia como en los países en vías de industrialización, sobre las consecuencias de las tecnologías electrónicas de base, sobre el empleo y la calificación y, más generalmente, sobre las consecuencias sociales de los cambios tecnológicos. Se deben considerar tres dimensionmes inseparables, a menudo dejadas de lado, (dimensiones a las que nos referiremos luego), así como una dimensión transversal a las otras tres, la dimensión histórica.

1. La tecnología, los cambios tecnológicos y las innovaciones tecnológicas no tienen las mismas consecuencias sobre las mujeres que sobre los varones.
2. La tecnología, los cambios tecnológicos y las innovaciones tecnológicas no tienen las mismas consecuencias sobre las mujeres que sobre los varones, según se trate de los países altamente industrializados o de los países en vías de desarrollo.
3. La tecnología, los cambios tecnológicos y las innovaciones tecnológicas, no tienen las mismas consecuencias sobre las diferentes categorías de personal que se distinguen por su lugar en la división técnica y social del trabajo, y por su nivel de calificación.
4. Y una dimensión transversal a las otras tres mencionadas, la diacronía: las consecuencias de las mutaciones tecnológicas según los sexos, según los países y según la categoría de trabajadores, varían en el tiempo.

Estas observaciones parecen evidentes a primera vista, pero los estudios sobre las nuevas tecnologías y la calificación muestran hasta qué punto se tiende a generalizar los resultados de investigaciones que se refieren únicamente a los trabajadores varones, a un sólo país muy industrializado o a una única categoría de asalariados (ej: los obreros calificados).

1.1 Nuevas tecnologías y división sexual del trabajo

La casi totalidad de las investigaciones y de los escritos sobre la cuestión no toman en cuenta el hecho de tratarse de una población masculina o de una población femenina. Son trabajos "gender-blinded"[2].

Así, la tesis -pretendidamente universal- de una recalificación de los operarios como consecuencia de las nuevas tecnologías se basó hasta aquí, exclusivamente, en estudios de ramas masculinas (por ejemplo en Francia, el caso del automóvil, estudiado por M. Freyssenet; el caso de la petroquímica, estudiado por G. de Terssac y B.Coriat; para estos dos estudios, ver el número especial de *Sociología del Trabajo*, 3, 1984; para Alemania, el caso de diferentes ramas con mano de obra masculina -química, automóvil, máquinas-herramientas- estudiadas por H.Kern y M.Schumann, 1989).

De la misma manera, las investigaciones sobre la formación vinculada con las nuevas tecnologías, no se refieren prácticamente jamás al sexo de los trabajadores involucrados por la formación y, en todo caso, las conclusiones se enuncian respecto de un conjunto de efectivos, sin distinción de sexo. (Ver los estudios de S. A. ROSANVALLON y J.F. TROUSSIER, o la obra reciente de I. Lucas, 1990).

No obstante, los pocos estudios referidos a la división sexual de los procesos de formación en las nuevas tecnologías muestran hasta qué punto esta generalización a partir de una población masculina puede inducir a error. Las acciones de recalificación no tienen la misma amplitud, ni el mismo alcance, ni la misma significación para los varones que para las mujeres, y la formación puede ser precisamente el ámbito de construcción de la incompetencia técnica de las mujeres (ver G. DONIOL-SHAW et alii, 1989; G.DONIOL-SHAW y A. LEROLLE, 1990). Volveremos sobre este punto.

[2] Es decir que no tienen en cuenta la dimensión del sexo o del género, tal como lo definimos en la nota precedente.

1.2 Nuevas tecnologías y división internacional del trabajo

No sólo la introducción de las nuevas tecnologías tiene consecuencias diferenciadas según se trate de varones o de mujeres, de los países llamados subdesarrollados o de los países capitalistas altamente industrializados (volveremos sobre esto más adelante), sino que la cuestión misma de los cambios tecnológicos suscita también tesis muy diferentes según el tipo de país considerado. Así, las teorías de la modernización(...) predominantes en América Latina, analizan la evolución del trabajo de las mujeres derivada de las innovaciones tecnológicas, en términos de su progresiva exclusión del empleo y del mercado de trabajo; por el contrario, en Francia, se pone el acento en los efectos contradictorios de la modernización tecnológica, sobre la mano de obra según los sexos (ver en especial D.KERGOAT, 1981, 1984).

Una comparación del material de las encuestas sobre las nuevas tecnologías y la división sexual del trabajo, realizadas en Europa (por ejemplo C. Cockburn, 1985; R. DURY [comp.], 1986; G. DONIOL-SHAW y A. LEROLLE, 1990; H. Hirata, 1989; J. BRODA et alii, 1987, etc.) y en América Latina (por ejemplo, H.HIRATA, 1989; S. LARA, 1989; B. LOVESIO, 1990; S. ROBINA, 1989, in K. TIJDENS et alii; L. ACERO, 1983; M. H. TRILINSKY, 1990, etc.) nos permite concluir que las innovaciones tecnológicas en Europa provocan acciones de formación y de recalificación, aunque limitadas a ciertos sectores o puestos de trabajo, que no se observan casi nunca en los países llamados subdesarrollados del continente latinoamericano.

Es muy probable que esta diferencia se deba:

- a la enorme brecha en la difusión de las tecnologías informáticas de base introducidas todavía con extremada limitación en las empresas de estos países, aun en aquellos donde este proceso está más avanzado, como en Brasil;
- a las políticas que favorecen la inserción de las mujeres o su formación en los "oficios masculinos" por intermedio de los

organismos del tipo Ministerio de derechos de la mujer, etc., en los países europeos.

Así, observamos en una fábrica francesa que produce componentes electrónicos, una formación en los equipos automatizados, para algunas decenas de mujeres, limitada a la fábrica francesa (la filial mantuvo los equipos mecánicos de base). Pocas investigaciones sobre las "mujeres y las nuevas tecnologías" se realizaron hasta hoy en América Latina, pero los datos disponibles muestran que los puestos automatizados, tales como los observados por Broda y otros, no tienen mano de obra femenina. No conocemos equipos programables con comandos numéricos (CNC), diseño y fabricación asistidos por computadora (CAD/CAM), controladores programables (CLP), manejados por mujeres en Brasil; del mismo modo, las innovaciones en materia de organización y de gestión de la producción (*just-in-time*, Kamban), los sistemas participativos (círculos de control de calidad, control de calidad total) conciernen fundamentalmente a los varones y, muy marginalmente, a las mujeres. En una fábrica de auto-partes para la industria automotriz, el control estadístico de proceso, que requería formación y compromiso de los trabajadores, sólo concernía a los varones; el 100% de las mujeres trabajaba en la inspección de la calidad al final de la serie, sin ningún empleo de instrumentos estadísticos (A. POSTHUMA, 1990, p. 13).

I.3 Nuevas tecnologías y división social del trabajo

Las consecuencias de las innovaciones tecnológicas y organizacionales sobre el empleo, sobre las condiciones de trabajo o sobre la calificación no son las mismas según la categoría socioprofesional alcanzada, según el nivel de calificación y el lugar en la división del trabajo. Así, investigaciones empíricas, realizadas tanto en países altamente industrializados como en países semiindustrializados, mostraron que estas innovaciones tienden a suprimir la mano de obra no calificada, masculina o femenina

(por ejemplo, para la R.F.A., H. KERN y M. SCHUMANN, 1989; para Brasil, M. H. TRILINSKY, 1990).

La encuesta que llevamos a cabo sobre las innovaciones tecnológicas en la industria del vidrio muestra que la introducción de la automatización programable tiene como consecuencia:

- la creación de nuevas funciones calificadas reservadas a la mano de obra masculina (aunque, por ejemplo, se pueden encontrar algunas ingenieras informáticas o analistas de sistemas);
- el remplazo de la mano de obra, poco o nada calificada, por procedimientos automatizados, lo que tiene consecuencias muy en especial sobre el empleo de las mujeres.

Nos preguntamos, en el transcurso de esta encuesta, por qué las mujeres no podían acceder a los nuevos puestos calificados, creados por la introducción de la tecnología microelectrónica: las razones antes mencionadas para el vidrio, pero también para la siderurgia, la petroquímica o el cemento -el trabajo pesado, sucio, duro, penoso- habían sido eliminadas por la introducción de la computadora en el control de los procesos industriales. ¿Por qué las mujeres no podían formarse en las nuevas tecnologías y acceder a las salas de control? Se pueden señalar múltiples razones:

1. Las mujeres son consideradas incompetentes técnicamente.
2. Si bien existen, en efecto, para las mujeres programas de formación/recalificación (G.DONIOL Shaw y A.LEROLLE, 1990), se encuentran en los sectores tales como la construcción eléctrica, electrónica, la industria textil o la metalurgia ... donde las mujeres ya estaban presentes; no hay programas de formación para las mujeres en las ramas que emplean tradicionalmente varones (industrias de proceso).
3. Existen razones vinculadas con las políticas de las empresas, que no encuentran motivo para cambiar la división sexual del trabajo en esas ramas tradicionalmente masculinas. Es de hacer notar que se trata de ramas en las que los salarios son relativamente elevados y en las que la mano de obra representa un débil porcentaje del costo de producción.

4. La oposición de los varones y/o de las organizaciones sindicales, podrían eventualmente agregarse a estas razones, pero preferimos sostener aquí una hipótesis vinculada con el "saber-hacer", entendido como experiencia del trabajo dentro del contexto de la tecnología tradicional. En efecto, nuestra investigación en la industria del vidrio mostró que, para trabajar con equipos informatizados, es fundamental haber tenido la experiencia de trabajo con equipos técnicos de base, dada la importancia de verificar el funcionamiento de los equipos por el tacto, el oído, por el control de la llama del horno, por ejemplo.
5. Una última hipótesis (...) : en estas ramas industriales se produce la formación de equipos colectivos de trabajo muy fuertes; las mujeres no tienen la experiencia de trabajo y de integración en esos grupos colectivos, que son el fundamento mismo de la actividad de esos sectores.

1.4 Dimensión histórica de la tecnología y de la división sexual del trabajo

Por último, en cuanto a la dimensión diacrónica, los movimientos de feminización o de masculinización de las tareas, que se instauran con los cambios tecnológicos, varían no sólo en el espacio sino también en el tiempo, como lo señalamos en el parágrafo sobre la división internacional del trabajo. Esta variabilidad en los movimientos de masculinización y de feminización coexiste con la reproducción de la división sexual del trabajo: en efecto, las fronteras se desplazan, pero ésta, la división del trabajo, se mantiene.

El caso de la industria del vidrio es un ejemplo al respecto: la división sexual del trabajo se mantuvo, reproduciéndose en el espacio y en el tiempo -las mujeres ocupaban y continúan ocupando, mientras la automatización no las expulse definitivamente de la fabricación del vidrio -puestos de trabajo periféricos y marginales en el segmento "frío" del vidrio hueco, y los hom-

bres continúan, como en el pasado, efectuando de manera exclusiva las tareas "nobles" del segmento "caliente", tanto en los países llamados semiindustrializados como en los países capitalistas muy industrializados. (Sobre la cuestión de la variabilidad y de la división sexual del trabajo, cf. diversos autores, pero sobre todo, la comunicación de R. MILKMAN, in APRE, 1988; igualmente H. HIRATA y Ch. ROGERAT, 1988; H. LE DOARÉ, 1990).

2. Flexibilidad y división sexual del trabajo: ¿mercado de trabajo y (o) familia?

Un segundo punto importante referente a las nuevas tecnologías y a la división sexual del trabajo es la cuestión de la flexibilidad de la mano de obra, muy a menudo indisociable de la flexibilidad de los equipos (ver el cuadro "Las flexibilidades: cinco principios básicos" in BOYER, R. 1986, p.237). En efecto, "la posibilidad de variar en el empleo y la duración del trabajo en función de la coyuntura local o global" (BOYER, id.) permitiría a las empresas administrar las contingencias de la producción según la variabilidad de la demanda. Por lo tanto, es para oponerse a las "rigideces" de la legislación del trabajo, que se desarrolló en estos últimos años, una mano de obra flexible, tanto en Europa (cf. D.KERGOAT, 1984; I. DEY, 1989), como en Japón, entre otros países (ver M. OSAWA, 1989).

Mano de obra flexible significa, ante todo, mano de obra femenina contratada a tiempo parcial: en Japón, se la ve como el complemento fundamental de la robotización, en la medida en que realiza las operaciones llamadas no calificadas, no ejecutadas por los robots industriales (M. OSAWA, 1989); el aumento del trabajo a tiempo parcial fue espectacular en Japón, pasando de 2 millones de mujeres en 1980 a 5 millones en 1985. Los datos disponibles son claros: entre 1983 y 1987, el número de asalariados a tiempo parcial de los dos sexos aumentó un 40% (contra 4,7% de los empleos de tiempo completo). El número de mujeres japonesas empleadas de tiempo parcial aumentó un 38,2%

durante el mismo período y representa hoy un tercio del total de las mujeres asalariadas en el comercio, los servicios y en los puestos de tareas repetitivas creados por la automatización industrial (M. OSAWA, 1989, p.96 y ss.).

Esta modalidad de flexibilidad de la mano de obra en Japón, está asociada a salarios muy bajos, sin ninguna garantía social y sólo es posible en función del estatus de estas mujeres, casadas en su mayoría, madres de familia con más de cuarenta años y, muy a menudo, habiendo perdido ya toda calificación profesional, como consecuencia de un largo período de inactividad para criar a sus hijos. Nos parece difícil explicar aquí esta modalidad de flexibilidad de la mano de obra exclusivamente por los mecanismos del mercado de trabajo (como parece hacerlo, por ejemplo, Y. Sano, al estudiar las nuevas tecnologías y el empleo femenino en el Japón) sin introducir la *dimensión familiar*, la lógica del salario complementario, la preeminencia del estatus de madres de familia sobre el estatus de trabajadoras.

Por otra parte, la noción misma de flexibilidad o de especialización flexible se construyó dejando de lado todo enfoque en términos de relaciones de sexos (sobre este punto, la única reflexión que conocemos es la de J. Jenson, 1989). Esta construcción teórica de la especialización flexible, parte del trabajador varón como representante de lo universal y muestra que las nuevas tendencias en la división del trabajo se orientan hacia la aparición de una fábrica flexible, cuya figura emblemática sería el obrero muy calificado y polivalente. Ahora bien, la polivalencia y la calificación no son atributos generalmente reconocidos a la mano de obra femenina: los resultados de numerosas encuestas empíricas lo muestran claramente, ya sean cualitativas, (ver por ejemplo, E. APFELBAUM y P. ALBIN, 1989; C. COCKBURN, 1985; J. HUMPHREY, 1987; R. DURY (comp.), 1986; M. MARUANI y Ch. NICOLE, 1989; K. TIJDENS, J. JENNINGS, I. WAGNER y M. WEGGELAAR, 1989), o cuantitativas (por ejemplo los análisis de S. Volkoff sobre los datos estadísticos de la encuesta *Condiciones de trabajo*, complementaria de la encuesta *Empleo* del Ministerio de Trabajo francés).

Las tesis sobre la aparición de una mano de obra calificada y flexible "adaptada" a las nuevas tecnologías parten, así, de un ocultamiento de la relación diferencial de los varones y de las mujeres con la calificación y con las nuevas tecnologías. Es importante, en este contexto, pensar la cuestión de la reproducción de la división sexual del trabajo en el sentido indicado por J. Jenson (1989, p.155): las "nuevas relaciones sociales continuarán reproduciendo la situación en la cual las calificaciones femeninas no son reconocidas más que como talentos naturales, igualmente que otros procesos sociales que alejan a las mujeres del dominio de la nueva tecnología. Los mismos constituyen las consecuencias en términos de género de las relaciones de trabajo -incluida la relación con la tecnología y la innovación- consecuencias ignoradas por la mayoría de los debates sobre la especialización flexible(...). Se corre el gran riesgo de reforzar las relaciones que establecen desigualdades de género en el caso en que la especialización flexible se aceptara de un modo "gender blind".

3. Diferenciación y reproducción de la división sexual del trabajo. Reflexiones a modo de conclusión

Pudimos ver por este debate sobre las consecuencias de las nuevas tecnologías y sobre el nuevo paradigma de organización y de desarrollo industriales -entre ellos la especialización flexible- que éstas no tienen las mismas repercusiones si se considera el punto de vista de los varones o el de las mujeres, de los trabajadores(as) de los países desarrollados o en vías de desarrollo.

En primer lugar, con respecto a la tesis de la emergencia de un "nuevo paradigma de organización industrial" (M. PIORE y Ch. SABEL, 1984) o de un nuevo "concepto" o "modelo" de producción (ver KERN y SCHUMANN, 1989) alternativos al modelo fordista, se puede comprobar que el taylorismo no está muerto, sobre todo si se considera la mano de obra femenina (R. QUADROS CARVALHO y H. SCHMITZ, 1989); no obstante, aun en países como Francia, donde la automatización creció considerablemen-

te estos últimos años, el fordismo y la producción en masa estandarizada parecen ser todavía actuales por completo (S. VOLKOFF, 1987).

Además, surge de esta primera estimación sobre la división sexual del trabajo que las nuevas tecnologías tienden a reforzar la marginalidad de las mujeres y constituyen un peligro, especialmente para las mujeres no calificadas (ver el texto de E. Ruth SCHNEIDER; igualmente J. JENSON, 1989, p.145; S. WALBY, 1989, etc.). En efecto, son los puestos no calificados los que desaparecen con los cambios tecnológicos, y son todavía puestos que exigen tareas repetitivas los que quedan disponibles para las mujeres; ver, por ejemplo, el caso de la industria plástica, con bastante mano de obra femenina y los puestos que se reservan a las mujeres en un país como Brasil; del mismo modo, en la industria alimentaria, el proceso de modernización conduce a eliminar el empleo de las mujeres en varias actividades (M. H. TRILINSKY, 1990); en las industrias de transformación de la carne, la introducción de los controladores programables (CLP) remplazó a 24 obreras calificadas y semicalificadas por un operario varón; en la limpieza de langostinos, una máquina remplaza súbitamente a 50 obreras, y es activada y controlada por un obrero; igualmente en una línea de etiquetaje de vinagres, 30 mujeres etiquetadoras manuales fueron remplazadas por una máquina, maniobrada también por un obrero (para el terciario, ver R. CROMPTON y S. REID, 1982, p. 176; A. DOS SANTOS SOARES, 1990, etc.). Por otra parte, las mujeres siguen prácticamente ausentes de los puestos técnicos y alejadas de los equipos costosos y eficientes.

Por último, estamos obligados a aceptar que el panorama es en extremo complejo y heterogéneo, cuando se consideran las diferencias vinculadas con el género, con la calificación y con la división internacional del trabajo: las tesis de alcance universal como las de los "nuevos paradigmas "o de los "nuevos modelos de producción" son así, forzosamente discutidas, a la luz de las encuestas empíricas que introducen estas diferenciaciones.

Las ausentes de la historia*

DANIÈLE KERGOAT

Considerar a las obreras en la singularidad de su situación de mujeres en el trabajo lleva a restituir en perspectiva las consideraciones dirigidas al mundo obrero. Los análisis clásicos en términos de empleo, calificación o de trayectorias sociales se entremezclan revelando una condición obrera femenina signada por la división sexual del trabajo.

En 1979, había una obrera por cada 4 obreros aproximadamente; de cada 4 mujeres, una era obrera; y 2 empleados de cada 3 eran mujeres.

En 1989, de cada 5 obreros, menos de 1 era mujer; 1 de cada 10 mujeres era obrera y 3 empleados de cada 4 eran mujeres.

En 1989, la encuesta Empleo daba para 100 mujeres obreras la siguiente proporción: tres cuartos no calificadas (ONQ), un cuarto calificadas (OQ). Para los hombres, la relación era inversa: un tercio de ONQ por cada dos tercios de OQ .

1975-1991: el tiempo de una "crisis". ¿Qué cambió para las obreras? En cierta manera nada: la separación varones/mujeres permanece sin cambios y continúa, a este respecto, la misma ceguera patronal, sindical...y sociológica. Pero al mismo tiempo, flexibilidad obliga, los cambios son de envergadura...

A mediados de los años '70, la ampliación del sector industrial había acarreado un sensible aumento del número de obreras. Pero no por eso habían cambiado las condiciones de trabajo: subsistían los "ghettos" femeninos (vestimenta, industrias eléctricas y electrónicas, textil), perduraba la segregación de los puestos de trabajo (había fábricas de mujeres, talleres de muje-

* (Capítulo tomado de: AZEMAR, Guy P. [dir.] *Ouvriers, ouvrières. Un continent morcelé et silencieux*. Paris, Ed. Autrement, 1992, 1a.parte, p.73-85).

res, puestos de trabajo femenino), la calificación seguía siendo baja y la separación varones/mujeres iba en aumento. La inmensa mayoría trabajaba en la cadena, con restricción horaria, y era controlada muy estrictamente por supervisores y capataces. Al finalizar la década, las tasas de desempleo ascendían sin interrupción, afectando dos veces más a las obreras que a los obreros y variaban de manera inversa: una obrera permanecía tanto más desempleada cuanto más era su calificación mientras que un hombre lo era mucho menos.

Se prestó poco interés a este fuerte aumento de los efectivos femeninos en la industria. Ya sea que se tratara del discurso sindical, del discurso patronal o del discurso científico, todo sucedía como si el lugar en la producción fuera un elemento unificador tal, que se pudiese hablar "de los trabajadores" de "la clase obrera". En una palabra, en términos de un modelo general que ignorara completamente toda asignación de sexo. En el mejor de los casos, se recordaban ciertas "especificidades" cuando las diferenciaciones de situación eran demasiado evidentes, mientras que los discursos sobre la "naturaleza femenina" llegaban siempre a punto, enunciados para "explicar" las evidentes diferencias de prácticas sociales entre obreros y obreras (las formas sexuadas de solidaridad en el taller o las modalidades de conducta en las luchas, por ejemplo).

La división sexual del trabajo

Sin embargo, tales afirmaciones no resistían el menor examen: las mujeres obreras no sólo eran más explotadas que sus colegas masculinos, sino que lo eran de forma diferente, y aparecía muy pronto a quien quisiese observar que por sí solo, el lugar en las relaciones de producción era incapaz de dar cuenta de la realidad, como tampoco el lugar ocupado en las relaciones de clase bastaba para comprender la autonomía de sus prácticas sociales. Para hacer esto, era necesario tomar en cuenta de manera sistemática el hecho de que varones y mujeres componían

grupos que se oponen en las relaciones sociales, las relaciones sociales de sexo.

Estamos ahora a comienzos de los años '90. La crisis, las reestructuraciones, la desocupación pasaron por allí y trastocaron profundamente el universo obrero. Pero también las nuevas tecnologías, la flexibilidad en todos los sentidos, la muerte tan anunciada del taylorismo y del fordismo, la modernización de la producción, las modificaciones en el sistema de formación profesional y una crisis sin precedentes del movimiento obrero...Y por último: un trastocamiento del empleo femenino y la reciente aparición de luchas sostenidas masivamente por los problemas de salario, de calificación y de profesionalización (las enfermeras, las empleadas del Ministerio de Finanzas, las del Sistema de Seguridad Social). ¿Qué impacto, pues, tuvieron todos esos cambios para las obreras?

A nivel del empleo obrero, las cosas cambiaron innegablemente: los efectivos disminuyeron globalemente (7,7 millones de obreros en 1982, de los cuales 1,7 millones eran mujeres, 7,3 millones en 1989, con 1,2 millones de mujeres); pero el desempleo fue en aumento; alcanzaba al 12% de los obreros y al 22% de las obreras en 1988. La recuperación económica de 1989, "el crecimiento recuperado" como se decía en ese entonces, benefició sólo a los obreros mientras que las obreras continuaban viendo decrecer sus efectivos. De todas maneras, esta mejoría fue de corta duración: desde fines de 1989, el empleo industrial retrocede nuevamente, aun en las ramas dinámicas, mientras se producen reducciones de efectivos en las empresas de los grandes grupos. Movimientos también masivos trastocaron el mundo obrero.

Hay por lo tanto inversión de tendencia: entre 1968 y 1975, la proporción de mujeres en la industria había aumentado (habían provisto el 53% del aumento de la categoría "obreros"). Entre 1982 y 1989, decrece esta proporción (de 23,5% a 19% exactamente). Y este movimiento debe ponerse en relación con el hecho de que paralelamente, el número de mujeres activas aumentó regularmente[1]. En este comienzo de la década del 90, es necesario

pensar simultáneamente en términos de proceso de creciente masculinización del sector industrial y de redespliegue de la mano de obra femenina a nivel de la sociedad global[2].

Se debe resituar a las obreras en ese contexto de conjunto. Pues esa ruptura tiene un doble sentido: globalmente, el sector industrial tiene cada vez menos necesidad de una mano de obra femenina y parece también que las mujeres tienen cada vez menos ganas de ser obreras. Con mayor exactitud, como no tuvieron nunca ganas, sería necesario decir mejor que las nuevas distribuciones del empleo les permiten trabajar en otra parte fuera del sector industrial.

Esto nos lleva a hacer una observación sobre la relación de las obreras con el trabajo. Se implican mucho en su actividad y en su empleo, y tienen muy en cuenta los beneficios secundarios que una y otro les procuran en términos de socialización (muchas de ellas insisten sobre el hecho de que en momentos críticos de su vida, las había "salvado" trabajar); pero por el contrario, no quieren su trabajo y permanecen relativamente extrañas al universo industrial: mantienen con éste una relación que denominé "extraneidad" (*extranéité*)[3].

[1] Según la encuesta *Empleo* de marzo de 1991, las mujeres representan el 44% de la población activa y el 75% de las mujeres de 25 a 49 años están activas. Los datos estadísticos de este artículo se extrajeron de: *Enquêtes Emploi INSEE* (Instituto de Estadísticas y Estudios Económicos-Ministerio de Finanzas de Francia): *Données sociales*, 1990; *Enquêtes conditions de travail (1978-1984) du Ministère du Travail*; y *Premières Informations et Statistiques du Travail du Ministère du Travail*-INSEE première. Cabe señalar que la publicación detallada como los resultados de la encuesta Empleo, en particular en lo que se refiere a las categorías socioprofesionales, no había salido hasta el momento en que se escribió este artículo.

[2] Población femenina activa en 1980: agricultura 8%; industria, construcción, ingeniería civil 22%; comercio, transportes, servicios 69%; para 1988 los porcentajes fueron respectivamente 6%, 17% y 77%.

[3] Este concepto se formó por analogía con la noción jurídica: "situación jurídica de un extranjero en un país dado".

Aumenta la diferencia

Lo que ellas deseaban pues, es "tener un oficio" (como los hombres) pero no el mismo oficio que los hombres. En verdad, para todos "tener un oficio" significa ser responsable de la totalidad del trabajo, no ser intercambiable, pero para las obreras no calificadas significa otra cosa: la asociación sistemática del trabajo y del placer, la dimensión relacional (ayudar a los otros, establecer contactos) y la utilidad social (contribuir a la educación de los niños, asistir socialmente a los más desposeídos, etc.). A partir de ahí, se comprende el profundo desinterés que tienen por el trabajo que de manera generalizada no es calificado y con mayor generalidad, por el trabajo industrial.

> "Yo, jamás fui permanente, aunque aquí me dijesen: Sra. R ¿qué quiere hacer? ¿quiere cambiar de trabajo? Yo no sabría por qué cambiar. Nada me gusta en verdad aquí(...). Aun trabajar en los controles (tests) eléctricos me gustaría más, pero no puedo decir que sea un oficio, un oficio que me agradaría ciento por ciento." (Mujeres OS, obreras no calificadas de treinta años, en formación)[4].

El hecho es que, aun si estuviera alejado de su modelo ideal de trabajo, puedan apasionarse a partir del momento que se les proponga una formación que las califica, que les permita hacer "funcionar su cabeza", que les permita asociar pues, por último, trabajo con placer.

Pero entonces, precisamente ¿se les proponen estos puestos calificados? ¿Puede constatarse un movimiento de calificación ascendente para ellas como se advierte para los obreros?

Las cifras son formales: de 1962 a la actualidad, obreros y obreras observan que su calificación sigue movimientos inversos: mientras que las calificaciones superiores (obreros calificados de tipo industrial, en particular) se masculinizan, las categorías de obreros no calificados se feminizan aún más[5].

[4] La cita, así como algunas expresiones entre comillas, fueron extraídas de entrevistas realizadas por la autora.

[5] En 1989, la tasa de feminización de los OQ fue del 9% (la proporción de mujeres entre los OQ de tipo industrial pasó de 16,7% a 10% entre 1962 y 1985), y dicha tasa para los ONQ era de 37% (Fuente: *Données Sociales*, INSEE,1990).

Se sabe lo que quiere decir hacer un trabajo no calificado en la industria: tareas aburridas, repetitivas, fragmentadas, ejecutadas bajo un pesado control jerárquico, etc. Además, como sucedió para la calificación, hay tendencias inversas según el sexo que afectan las condiciones de trabajo: si bien el trabajo en cadena, el trabajo repetitivo, etc, decrece netamente para el conjunto de la categoría "obreros", todas esas características aumentan levemente cuando se toma a las obreras aisladamente.

Resulta significativamente poco que solamente un cuarto de las obreras clasificadas sean calificadas. Pero además, se debe relativizar esa cifra. Decíamos al comienzo que los puestos de trabajo masculinos y femeninos no eran los mismos, esto es siempre verdad, aun con igual clasificación. Pues ser *una* OQ (obrera calificada) raramente es lo mismo que ser sólo *un* OQ (obrero calificado). ¿Quién le pediría a un profesional hacer un poco de limpieza alrededor de su máquina o ayudar a sus colegas OS (obreros no calificados) en los tiempos muertos? La encuesta *Condiciones de trabajo* confirma las observaciones directas: ¡ser obrera calificada no permite escapar con certeza a las restricciones de tipo automático, al trabajo repetitivo y en línea! Y, ¡oh ironía de la suerte, esto le permite menos que el hecho de ser...obrero calificado![6]. Decididamente ser mujer es una clasificación en sí, quizá no escrita, pero que opera perfectamente.

Esta situación asimétrica se la vuelve a encontrar en todos los aspectos de la vida obrera: muchos obreros varones observan que su clasificación aumenta con la edad; es que la experiencia se les reconoce y también es reconocida como importante para la empresa[7]. Por el contrario, dado que la calificación femenina

[6] Trabajaban en cadena en 1984: 10% de las OQ mujeres contra 9% de los ONQ varones (así como 24% de las mujeres ONQ y 3% de los varones OQ). Estaban sometidos a exigencias de automatización: 35,7% de las mujeres ONQ, 23,4% de las mujeres OQ, 20,9% de los varones ONQ, 10,5% de los varones OQ. Les estaba prohibido hablar: 14% de las mujeres ONQ, 7% de las mujeres OQ; 1,5% de los ONQ varones, 1% de los OQ varones (Fuente: Encuesta Condiciones de trabajo, del Ministerio de Trabajo francés).

[7] Las empresas se sensibilizan cada vez más con el problema de la pérdida de saberes técnicos, acarreada por la partida de los obreros más viejos mientras que las proyecciones demográficas incitan a tener mayor prudencia (cf. *Le Monde*, suppl. 7.11.90: "Envejecer en la empresa").

se asocia sólo con la destreza y la rapidez, que decrecen con la edad, no es sorprendente que el aumento de edad se acompañe frecuentemente con la descalificación. En cuanto a la diferencia entre salarios masculinos y femeninos en la industria, tiende a reducirse muy lentamente. En cada nivel de calificación, los obreros varones están mejor remunerados y la diferencia se profundiza con la calificación: en el nivel 1, los hombres perciben 13% más que las mujeres, contra 22% en el nivel 7 (el más alto).

Dos modelos

Entonces, ¿cómo conciliar esas cifras con el anuncio de la muerte del taylorismo y del fordismo, y la predicción del fin próximo de la división del trabajo? ¿Cómo comprender este agravamiento en un contexto industrial del que se habla sólo para evocar su creciente flexibilidad, y las tentativas de recalificación del trabajo obrero?

La primera comprobación es que hay que relativizar los efectos de moda: el taylorismo no está muerto. Lejos de eso. Por concentrar demasiado nuestra mirada sobre las experimentaciones en curso, por pensar en términos del paradigma japonés y del modelo flexible, se tiende a olvidar que una parte importante de la mano de obra obrera en Francia continúa conociendo, día tras día, fragmentación de tareas, repetitividad de gestos, elevadas cadencias y un estricto control jerárquico.

No por ello esta evolución es un mito. Lo que es un mito es la creencia por la cual la flexibilidad se aplica indiferentemente a los obreros y a las obreras. Muy por el contrario, de aquí en adelante están situados dos modelos, en estrecha conexión con la división sexual del trabajo: para los varones, las nuevas formas de autonomía cooperativa; para las mujeres, las formaciones en el puesto de trabajo, la polivalencia mal paga, asociadas al frecuente recurso a la movilidad forzada y a una multiplicación de los contratos de duración limitada.

Se han formulado explicaciones de esta no-recalificación masiva de la mano de obra femenina. Los empleadores invocan las

restricciones inducidas por el aumento del costo de los equipos: cada vez más eficientes, pero también cada vez más rápidamente obsoletos. De allí la absoluta necesidad de una rápida rentabilización de todo equipo nuevo y el problema del tiempo de trabajo y en particular, del trabajo nocturno para las mujeres.

Ahora bien, la legislación francesa no permite esto último. O con mayor exactitud, lo permite sólo en algunos sectores. Entonces, ¿esta prohibición del trabajo nocturno es un tope que debe saltarse, por ser un factor de desigualdad en detrimento de las mujeres? Se dijo que eso les cierra el acceso a empleos o con mayor exactitud, a algunos puestos de trabajo; que eso les impide tener acceso a primas que redondearían salarios bien escasos. Quizá. Pero es fuerte el riesgo de que la banalización del trabajo nocturno implique la baja de las compensaciones materiales obtenidas por los trabajadores. O al contrario, ¿es un dique para conservar, cueste lo que cueste, como función protectora con relación al conjunto del salariado? En todo caso, antes de febrero de 1992 el Parlamento francés debía pronunciarse sobre la ratificación de las decisiones tomadas por la OIT en junio de 1990: supresión de la prohibición del trabajo nocturno para las mujeres y redefinición de las bandas horarias para el conjunto de los asalariados que tienen una actividad nocturna (siete horas de trabajo consecutivas con una banda fija entre las 24:00 y las 5 de la mañana).

El segundo argumento es el siguiente: los equipos que son cada vez más sofisticados necesitan una formación técnica de alto nivel para la mano de obra; lo que remite a la formación inicial y permanente. Hay un número muy reducido de muchachas en las formaciones técnicas; en cuanto a las mujeres obreras, sólo escasamente tienen las bases para seguir una formación que realmente las recalifique. Pero lo que no se dice es que, por el contrario, poseen una valiosa experiencia sobre la producción y las herramientas, una preocupación por la calidad del producto, mucho saber-hacer práctico. ¿Sería quizá el momento de partir más de lo que ellas saben que de lo que ignoran, para volver a reflexionar sobre formación permanente? Pero esta orientación continúa siendo la excepción.

El tercer argumento es el de los sectores, y es cierto que los varones trabajan más en las industrias de punta transformadas por la automatización (automóvil, pero sobre todo vidrio, química, metales), mientras que las mujeres se encuentran siempre masivamente en las industrias de bienes de consumo. Pero, aun en ese sector, se advierte una tendencia reciente a flexibilizar el trabajo y la producción. Es urgente así, reflexionar sobre ese problema de la sexualización de los tipos de flexibilidad.

Modos sexuados de flexibilidad

Hay pues, una dimensión sexuada de la flexibilidad que atraviesa los modelos estudiados.

Primeros casos: coexisten dos sectores. Uno, flexibilizado (masculino), el otro taylorizado (femenino); por ejemplo es el caso de las empresas donde la rentabilidad requiere automatizar sólo la producción propiamente dicha; la manutención y el acondicionamiento, sectores femeninos, siguen siendo taylorizados.

Segundo caso: todos los sectores, masculinos y femeninos han sido alcanzados por la modernización. Pero de manera bien diferente en cuanto al espíritu y en cuanto a los resultados. Se establece, para los hombres, una real política de reprofesionalización del trabajo: integración de las funciones de producción y de mantenimiento, que se traduce en la creación de nuevos senderos de formación profesionales acompañados por formaciones que califican y terminan con un diploma. En verdad, hay diversas opiniones en cuanto a la realidad del cambio así producido en la división del trabajo. Pero lo que es seguro es que la flexibilidad para lo femenino se piensa según una axiomática diferente. Primeramente, es necesario repetirlo, pasa por la utilización intensiva de formas atípicas de empleo (contratos de duración determinada) y de despido. Seguidamente, porque no es cuestión en este caso de una reorganización dinámica del oficio que relega el taylorismo al olvido. La política seguida consiste por el contrario, en yuxtaponer taylorismo y flexibilidad; la

"nueva" calificación femenina se piensa así como la suma de cualidades nuevas (capacidad de autocontrol, de integración de las exigencias de calidad, de gestión de stocks, para efectuar correcciones y primeros arreglos), a las cualidades antiguas (destreza y rapidez). Esto se da con una simple formación en el puesto de trabajo y sin que haya creación de nuevos senderos profesionales. Las obreras se vuelven simplemente "polivalentes" sin que esto se acompañe con un aumento sensible del salario, ni con una apertura a las oportunidades de promoción.

A esto debe agregarse que esas acciones de formación, sin embargo muy modestas, se hacen por cuentagotas: algunas obreras que estuvieron en la formación se encuentran así aisladas del colectivo obrero femenino, mientras que el colectivo masculino las acepta sólo si permanece la diferencia.

Se da una prueba *en contrario* por el hecho de que algunas raras unidades de producción, que ofrecen oportunidades reales de formación y de promoción a las obreras, son empresas totalmente feminizadas que quieren flexibilizar su producción. Una política tal se tornó posible pues no hay competencia varones-/mujeres en ese campo.

Ese mantenimiento de la diferencia es además una de las conclusiones del balance efectuado en el plano de la igualdad profesional: "todo pasa como si la progresión profesional de las mujeres se aceptase sólo con la condición rigurosa de no poner a las mujeres implicadas en situación de igualdad con relación a sus colegas masculinos". Al mismo tiempo, las discriminaciones no hicieron más que desplazarse y la diferencia varones/mujeres subsiste sin cambios. Es que esta separación no es la causa de la división sexual del trabajo, sino sólo su manifestación.

Dejadas de lado

Que el empleo obrero femenino se contraiga o se desarrolle, que la industria despida masivamente o flexibilice su producción, que el gobierno sea de derecha o de izquierda, nada pare-

ce frenar la descalificación de las obreras y el relativo deterioro de sus condiciones de empleo.

Además, se profundiza la diferencia con los hombres, salvo en el caso de algunos islotes protegidos (pero el muy pequeño número de planes de igualdad firmados muestra bien que se trata de una preocupación muy secundaria para los empleadores). Por cierto, habitualmente esos datos están disimulados por el hecho de que se habla "en general" de la condición obrera, y en verdad, la transformación de los talleres en ghettos no ayuda mucho a la comparación de los recibos de pago y las clasificaciones. Con todo, las obreras siempre criticaron con vehemencia las diferencias de salario de la mano de obra, según el sexo. Con la elevación del nivel escolar, apostamos que la crítica va a hacerse cada vez más áspera. Sobre todo, puesto que la comparación con las otras mujeres juega igualmente en su contra.

¿Pero dónde encontrar un apoyo para hacer escuchar su voz? La patronal está poco atenta, los sindicatos continúan pensando en una clase obrera supuestamente homogénea, o con mayor exactitud, hacen entrar las diferencias de sexo sólo como especificidades y no como una división fundamental que estructura en profundidad la condición obrera y la clase obrera.

En cuanto a los intelectuales, también ellos tienen su cuota de responsabilidad en la ceguera social hacia esta situación: desde los padres de la Sociología hasta los últimos libros editados sobre la producción flexible, la muerte de la división del trabajo o el devenir de la clase obrera, el problema se aborda de manera muy imprecisa, en notas al margen. Los modelos teóricos que piensan el trabajo obrero en el contexto modernizado de las empresas hacen abstracción deliberadamente de un componente: su dimensión sexuada. Tal omisión no es atribuible a una simple elección metodológica que estudiaría prioritariamente este campo antes que otro. Pues preguntarse por la división social del trabajo "olvidando" uno de sus componentes de mayor peso, la división sexual del trabajo, tiene sus consecuencias. Primeramente teóricas: se llega a negar que los modos de flexibilización se arraiguen en la tierra abonada de la división sexual del

trabajo, que la flexibilidad noble, pionera para unos, es posible sólo por intermedio de la perdurabilidad del taylorismo, para las otras. En segundo lugar, sociales: ese silencio significa garantizar la división sexual del trabajo obrero y sus efectos perversos.

¿Se está bien seguro de que se puede seguir prescindiendo de una mano de obra femenina realmente calificada, o con mayor exactitud, seguir utilizando sus competencias, pagándole, concreta y simbólicamente de manera rebajada?

¿Es cierto además que esto seguirá siendo posible mucho tiempo más todavía? ¿ Se piensa verdaderamente que las obreras, y en especial las obreras jóvenes, no van a ser alcanzadas por las consecuencias del crecimiento del salariado femenino? Todas las observaciones concuerdan al decir que desean, también ellas, ampliar su calificación, que están ávidas de formación, que rechazan ser eternamente dejadas de lado. Acerca de todos estos problemas, se encuentran con otros segmentos del salariado femenino que pelean, a veces con estrépito -pensamos en las enfermeras- para imponer el reconocimiento de su calificación y de su profesionalidad.

Y finalmente, ¿se está en lo cierto al afirmar que sería ideal una sociedad compuesta por fábricas abandonadas por las mujeres y oficinas donde solamente el personal de jerarquía superior fuera masculino?

¿Esto sería un escenario de ciencia ficción? Todavía queda por verse.

Bibliografía de la Tercera Parte

APFELBAUM E. y ALBIN P.[1989] Computer rationalization and the transformation of work: lessons from the insurance industry , in S.Wood(ed.), *The transformation of Work?*, London, Unwin Hyman.

APRE-Atelier Production Reproduction [1988] Les rapports sociaux de sexe: problématiques, méthodologies, champs d'analyse. Actas de la Mesa Redonda internacional, París, 24-26 noviembre 1987, París, IRESCO, 3 vol.

BOYER Robert [1986] *La flexibilité du travail en Europe*, Paris, La Découverte.

CHABAUD-RYCHTER Danielle y FOUGEYROLLAS Dominique [1981] *Famille, travail domestique et espace-temps des femmes*, CAESAR, Université Paris-Nanterre, Méridiens-Klinsieck, Paris, 1985.

CHABAUD-RYCHTER Danielle, CHENUT H. y DONIOL-SHAW, Ghislaine [1987] *Division sexuelle des techniques et qualifications*, Rapport de recherche, GEDISST-CNRS.

CHABAUD-RYCHTER Danielle [1989] *The impact of New Technologies on changing gender relations in France*, Comunicación en el Segundo Encuentro del Proyecto Internacional "Women in science and technology", Centre de Vienne, Suzdal, 7-10 marzo 1989..

COCKBURN Cynthia [1983](Cf. Bibliografía de la Primera Parte)

COCKBURN Cynthia[1985] (Cf. Bibliografía de la Primera Parte)

COLE Robert [1979] *Work Mobility and Participation: a comparative study of american and japanese industry*, Université of California Press.

CORIAT Benjamín [1981] "Transfert de techniques, division du travail et politique de main-d'oeuvre; une étude de cas dans l'industrie brésilienne", *Critiques de l' Economie politique*, N°14.

CROMPTON R. and REID S.[1982] The deskilling of clerical work, in S.WOOD (ed), *The degradation of Work?*, London, Hutchinson.

DAUNE-RICHARD, A.M. , FLAMENT, C. LEMAIRE M. y MARRY C.[1987] *Les filles dans les formations industrielles de technicien supérieur liées aux nouvelles technologies*, LEST-CNRS.

DEY I [1989] "Flexible 'parts'and rigid 'fulls': the limited revolution in work-time patterns", *Work, Employment and Society*, v. 3, N°4, déc.1989, p. 465-490.

DONIOL-SHAW Ghislaine et alii [1989](Cf. Bibliografía de la Primera Parte)

DONIOL-SHAW Ghislaine y LEROLLE A. [1990] L'évolution du rapport genre-qualification: question d'identité et de pouvoir. Sesión conjunta RC30/RC32, *Travail, genre et qualification*, XIIe Congreso mundial de Sociología, Madrid.

DOS SANTOS SOARES A.[1990] *Os impactos da automaçao no trabalho das mulheres -uma analise preliminar do caso brasileiro*, Informe de investigación, Fondation Carlos Chagas, Sao Paulo.

DRIGULSKI WRIGHT et alii (ed.by) [1985] *Women, Work and Technology. Transformations*, University of Michigan Press.

DURY R.(comp.)[1986] *Femmes et nouvelles technologies*, Labor, Belgique (ver especialmente los artículos de G.Doniol-Shaw, p.62-68 y de Ch. Jonckheere, p.78-86).

FLEURY CORREA A.C. [1978] Organizaçao do trabalho industrial: confronto entre teoria e realidades, Escuela Politécnica de la Universidad de Sao Paulo (tesis de Doctorado).

FRANCIS A. [1986] *New Technology at Work*, EUA, Oxford, Clarendon Press.

GUILBERT Madeleine [1966](cf. Bibliografía de la Primera Parte)

HARTMANN H.I., KRAUT, R.E. TILLY, L.A. (ed.) *Computer chips and Paper clips. Technology and Women's Employment*, Washington, National Academy Press, vol.I., 1986; vol.II, 1987.

HIRATA Helena [1980] "Femme, si je pouvais ne pas être secrétaire". *Critiques de l'Economie politique*, N°12.

HIRATA Helena [1982] *Changements technologiques et participations des travailleurs: les CCQ au Japon*. Informe de Investigación,(en colaboración con Michel Freyssenet).

HIRATA Helena et ROGERAT Chantal [1988] (Cf. Bibliografía de la Primera Parte)

HIRATA Helena [1988a] *Processos de modernizaçao: a mulher na producao industrial*, Comunicación en el GT: 1988.A Mulher na forca de trabalho, ANPOCS, Rio de Janeiro, 22-23 septiembre.

HIRATA Helena [1989] "Women's work in a French multinational", in D.ELSON y R.PEARSON (ed.), *Women and Multinationals in Europe*, London, Macmillan.

HUMPHREY John [1987](Cf.Bibliografía de la Primera Parte)

HUNT ALLAN H. y HUNT T.L. [1986] *Clerical Employment and Technological Change*, W.E. Upjohn, Institute for Employment Research.

IZUMI Takeo [1980] *Transformation and developement of technology in the Japanese cotton industry*. The United Nations University, Tokyo, p.63 y ss.

JENSON J. [1989] "The talents of women, the skills of men: flexible specialization and women", in S.WOOD (ed by), *The Transformation of Work?*, London, Unwin Hyman.

KERGOAT Danièle [1981] *Technologie et travail*, documento de trabajo, (mimeo).

KERGOAT Danièle [1982] (Cf. Bibliografía de la Primera Parte)

KERGOAT Danièle [1984a] (Cf. Bibliografía de la Primera Parte) (Traducido en esta obra, Part.I,*Por una sociología de las relaciones sociales*, p. 15)

KERGOAT Danièle [1984b](Cf. Bibliografía de la Primera Parte)

KERGOAT Danièle [1984c](Cf. Bibliografía de la Primera Parte)

KERN H. y SCHUMANN M.[1989] *La fin de la division du travail? La rationalisation dans la production industrielle*, Paris, éd. de la MSH.

LARA S. [1989] *Division sexuelle du travail dans l'agro-industrie mexicaine*, informe de investigación, (mimeo).

LE DOARE Hélène [1990] (Cf Bibliografía de la Primera Parte)

LOVESIO GILARDONI B.[1990] Los efectos del cambio tecnológico en los procesos de trabajo: calificación - descalificación de la mano de Sesión conjunta RC30/RC32, *Trabajo, género y calificación*, XVIIe Congreso mundial de Sociología, Madrid, 1990.

LUCAS Y.[1990] *Le vol du savoir*, Presses Universitaires de Lille.

MACKENZIE D. y WAJCMAN J. [1985] *The social Shaping of Technology*, Open University Press, England.(Consultar en particular los artículos de R.Schwarts Cowan, C.Cockburn, J.Barker y H.Downing).

MARUANI Margaret y NICOLE C. [1989] (Cf. Bibliografía de la Primera Parte).

MOLINIE Anne-F. y VOLKOFF Serge [1980] (Cf. Bibliografía de la Primera Parte).

MOLINIE Anne-F. y VOLKOFF Serge [1981] (Cf. Bibliografía de la Primera Parte).

MONTMOLLIN M. de [1981] *Le Taylorisme à visage humain*, Paris, PUF.

MONTMOLLIN M. de y PASTRE O.[1984] (dir.) *Le taylorisme*, Paris, La Découverte.

OKUDA Kenji, "Nihon nonoritsu undoshi", *IE Review*, Nº9-12, 1968-1971, The Japan institute of industrial engineering, Tokyo.

OSAWA M.[1989] "Structural transformations and industrial relations in the Japanese Labor Market", Paper presentado en el Simposio internacional para el 30º aniversario del Instituto Japonés del Trabajo, Tokyo, 13-14 septiembre 1988; publicado en *Searching for a new system in industrial relations*, The Japan Institute of Labor, Tokyo, 1989.

PIORE Michael y SABEL C.[1984] *The Second Industrial Divide. Possibilities for Prosperity*. New York, Basic Books.

POSTHUMA A.[1990] "Japanese production techniques in Brazilian automobile components firms: a best practice model or basis for adaptation?", Paper presentado en la Confrerencia *Organization and control of the labour process*, Aston University, 28-30 marzo 1990.

QUADROS CARVALHO R. y SCHMITZ H. [1989](Cf. Bibliografía de la Primera Parte)

ROCHELL C. y SPELLMAN CH. *Dream Betrayed. Working in the Technological Age*, Lexington, Massachusetts-Toronto, Lexington Books, D.C. Heath.

ROSANVALLON A. y TROUSSIER, J.F.[1983] Formation aux changements et qualification ouvrière, CGP, Université des Sciences Sociales de Grenoble -IREP Développement, Grenoble, mai 1983.

SANO Y.[1987] "New technology and job opportunities for women", *Keio Business Review*,Tokyo, Nº24, p.61-72.

SCHNEIDER E.R. [1990] "Progrès technique, stratégies d'adaptation et division sexuelle du travail dans l'entreprise: quelques résultats empiriques en République Fédérale d' Allemagne", Séminaire GEDISST, IRESCO, Paris, 17 enero 1990.

SOUZA LOBO Elizabeth.[1989] *Trabalho e divisao sexual do trabalho: o caso do Brasil dos anos 80.* (mimeo).

TAYLOR F.W. [1972] *Principles of Scientific Management.*

TIDJENS K. JENNINGS M. WAGNER I. & WEGGELAAR M. [1989] *Women, Work and Computerization:Forming New Alliances*, IFIP, Amsterdam, North-Holland.

TRYLINSKI, M.H.[1990] "Industria de productos alimentares - caracterizacao do proceso de modernizacao tecnologica, identificacao de tendencias e impactos sobre as operacoes", DPEA-SENAI (Departamento de Pesquisa, Estudo e Avaliacao-Servio Nacional de Apredizagem Industrial), Sao Paulo, (informe de investigación).

VOLKOFF Serge & MOLINIE A.-F.[1980] (Cf. Bibliografía de la Primera Parte).

VOLKOFF Serge & MOLINIE A.-F.[1981] (Cf. Bibliografía de la Primera Parte).

VOLKOFF Serge [1987] "Flexibilités du travail ouvrier: une approche chifrée", *Travail*, Nº12, AEROT, janvier.

WALBY S [1989] Flexibility and the changing sexual division of labour, in S.WOOD (ed.by), *The Transformation of Work?*, London, Unwin Hyman.

WOOD S.(ed.by)[1982] *The degradation of Work?*. London, Hutchinson.

WOOD, S.(ed.by)[1989] *The transformation of Work?*. London, Unwin Hyman.

ZUBOFF Sh.[ ] *In the Age of the Smart Machine. The Futur of Work and Power*, New York, Basic Books.

CUARTA PARTE

Confrontaciones interdisciplinarias sobre la división sexual del trabajo

Relaciones sociales de sexo y psicopatología del trabajo

HELENA HIRATA
DANIÈLE KERGOAT

Rápida presentación de esta sesión (D. KERGOAT)

Si hoy nos presentamos las dos ante Uds., no es por el azar de la amistad, ni por el hecho de que pertenezcamos al mismo equipo, sino porque compartimos la voluntad de mostrar que la división sexual del trabajo refleja una problemática general, "multiespacial" y multidisciplinaria puesto que es completamente utilizable en Historia, en Etnología, en Economía, en Sociología, etc... Tratar de mostrar la riqueza y la apertura de esta problemática nos parece tanto más importante cuanto que aquí somos muy diferentes unos de otros, y que conviene por lo tanto dar vías de acceso un poco diferenciadas para cada uno.

En esta perspectiva, nos parece necesario presentar con mayor amplitud la problemática (pues no es evidente que sea familiar a todos), antes de dar ejemplos concretos. Esto nos lleva a presentar el siguiente plan:

I- Problemática de la división sexual del trabajo en relación con la división social, y problemas de las relaciones sociales (D. Kergoat).

II- Empresa y sociedad: reflexiones suscitadas por el seminario sobre cuestiones de la productividad del trabajo y del colectivo. El ejemplo japonés (H. Hirata).

III- ¿ La Psicopatología del Trabajo, en su enfoque sobre el sufrimiento y el placer, puede prescindir de las relaciones sociales de sexo? Algunos ejemplos específicos (D.Kergoat).

IV- Tentativa de formalización de las relaciones entre Psicopatología del Trabajo y división social (y sexual) del trabajo, en términos de convergencias/divergencias (H. Hirata).

Por último, especificamos que todas estas cuestiones fueron objeto de informes desde el comienzo del seminario y para el desarrollo del mismo.

I. La problemática de la división sexual del trabajo - relaciones sociales

D.KERGOAT

1. La problemática de la división sexual del trabajo.

Se puede estructurar esta problemática en torno a tres puntos :

- La división del trabajo entre los varones y las mujeres forma parte de la división social del trabajo. Desde un punto de vista histórico, se observa que la actual estructuración de la división sexual del trabajo (trabajo asalariado/trabajo doméstico, fábrica-oficina/familia) apareció simultáneamente con el capitalismo, y que la relación salarial no hubiera podido establecerse en ausencia del trabajo doméstico (de paso advertimos que este concepto de "trabajo doméstico" no es ni a-histórico ni transhistórico; por el contrario, su aparición está fechada históricamente).

  Del nacimiento del capitalismo al período actual, las modalidades de esta división del trabajo entre los sexos, tanto en el salariado como en el trabajo doméstico, evolucionan en el tiempo de manera concomitante con las relaciones de producción.

- La división del trabajo es un concepto genérico que remite a toda una serie de relaciones sociales. La división del trabajo en-

tre los sexos se vincula con la relación social varones/mujeres, que atraviesa y es atravesada por las demás modalidades de la división social del trabajo. A propósito de este entrelazamiento entre las diferentes relaciones sociales, traté de demostrar que relaciones de clase y relaciones de sexo no eran jerarquizables sino coextensivas; en otros términos, se trata de conceptos que se recubren parcialmente y no de conceptos que se "recortan" o se "articulan".

- La división sexual del trabajo, si bien se arraiga en la asignación prioritaria de las mujeres al trabajo doméstico, no puede, en ningún caso, ser considerada sólo operativa en lo que se refiere a las mujeres, al trabajo doméstico, la esfera de lo privado o la de la reproducción. Por el contrario, se trata de una problemática (y no de la apertura de un nuevo campo regional) y de una problemática que atraviesa y da sentido al conjunto de las relaciones sociales recubierto por el concepto de división social del trabajo. De allí una deconstrucción/ reconstrucción necesarias[1] de la mayoría de los conceptos empleados en Sociología. Por otra parte este trabajo no puede ser más que pluridisciplinario y transversal.

El ejemplo del concepto "trabajo" es quizás el más expresivo: las disyunciones clásicas entre trabajo/no trabajo, trabajo asalariado/trabajo doméstico... fueron recusadas como reflejo ideológico de las relaciones sociales dominantes. Por el contrario, se hizo el esfuerzo por restablecer las relaciones entre lo que había estado separado hasta aquí por intermedio de una definición más extensiva del trabajo y su abandono del único campo de las relaciones mercantiles. Desde entonces, el trabajo doméstico y las particularidades del trabajo asalariado de las mujeres, ya no son más "excepciones" a un modelo que se supone general, sino que esta problemática implica una tentativa para re-

[1] Este trabajo está ahora relativamente avanzado puesto que hace años que trabajamos en él. Pero al comienzo, tuve tanta necesidad de aclarar esto que fui llevada a acuñar la expresión "malestar semántico" (véase mi artículo del '84, en la I parte, Por una Sociología de las relaciones sociales, p. 13 de esta obra), para dar cuenta del hecho de que ya no sabíamos más si era necesario utilizar las palabras apartándolas de su contenido o si más bien era necesario forjar palabras nuevas, con el riesgo de no ser comprendidas por los demás.

componer un modelo general, cuyas especificidades mismas serían elementos constitutivos.

Ahora trataremos de dar un poco de vida a este conjunto conceptual recordando rápidamente, a través de mi itinerario de investigación, cómo fui llevada a plantear así los problemas.

2. Trayectoria personal y problemática de la división social y sexual del trabajo

Pienso profundamente que si se es investigadora es porque uno se cuestiona algo que plantea problemas, a nivel personal y a nivel de la investigación. En mi caso, era la capacidad que tienen varones y mujeres, aun en las situaciones de dominación extrema, de pelearse y oponerse. Niña, adolescente, adulta, esto siempre me llevó a cuestionarme, dadas las presiones extremas que pesan sobre los individuos y que pudieran determinar completamente sus prácticas sociales. Ahora bien, eso no funciona así: los varones y las mujeres continúan peleándose, esquivando, transgrediendo y, en algún momento, bien se puede hablar de libertad.

Desde el comienzo, lo que me interesaba era la dialéctica entre dominación y luchas, y quería verla en la práctica tanto concreta como teóricamente; en ese plano, el concepto de relación social, así como la noción correlativa de prácticas sociales, son operativas, ya que permiten dar cuenta de las contradicciones -entre los grupos sociales, contradicciones dentro mismo de los grupos y de los individuos-. Y es la contradicción, el antagonismo, los que me parece tienen valor heurístico para el sociólogo y valor explicativo para el funcionamiento social.

Esas relaciones sociales, en primer lugar, las observé prácticamente, en las relaciones entre clases sociales, sobre la división social del trabajo y las prácticas reivindicativas obreras. Recordaré rápidamente los trabajos de este período a fin de hacer patentes las filiaciones lógicas entre el enfoque de la clase obrera y esta problemática de la división sexual del trabajo, y para de-

mostrar que esta última debe formar parte con pleno derecho de todo enfoque en términos de división social del trabajo. Porque, en el transcurso de los años, me surgió que no era suficiente razonar únicamente sobre la relación social de explotación, pues aun en una posición social aparentemente igual, no existe simetría entre los varones y las mujeres. Diré más: era necesario pasar de la comprobación de no simetría al establecimiento de una reciprocidad de las diferencias: la relación social entre los sexos se me presentó poco a poco como un concepto indispensable para comprender la constitución y la evolución de la relación salarial. Quedaba por integrar esas dos relaciones sociales: es lo que denomino la hipótesis de su coextensividad.

La primera parte de mi trayectoria de investigación (1968/1978) se organizó en torno al problema de las prácticas reivindicativas obreras.

Lo que me interesaba era reflexionar sobre la división entre un grupo obrero que yo percibía y teorizaba como "clase obrera" y la evidente heterogeneidad de los grupos que componen esta clase. Poco a poco fui llevada a comprender la génesis y la evolución de las prácticas reivindicativas obreras poniendo en relación el flujo y reflujo de la combatividad con la composición interna de los subgrupos obreros (proceso de descomposición-recomposición de la clase obrera). Cuando hablo de evolución, es necesario ser clara: no se trata de una evolución lineal, hacia un futuro exitoso, sino por el contrario de una evolución discontinua, donde los tiempos de progresión y de regresión alternan y se entrecruzan con períodos de estancamiento.

Se trataba pues de analizar los factores referentes a la formación de la demanda social de los grupos diferenciados que componen la clase obrera, con un análisis que se halla ligado a los cambios internos de esta clase. La reivindicación obrera es pues, dentro de esta lógica, la evolución final de un proceso complejo y la expresión, en un momento histórico dado, de las alianzas y oposiciones internas dentro de la clase.

La primera cosa importante a la que me condujo mi investigación, para formalizar todo lo anterior, (y en lo que continúo

trabajando) es el problema de las divisiones que atraviesan a la clase obrera. Se evidenció rápidamente que las divisiones más aparentes (las creadas por la división del trabajo) no eran suficientemente explicativas de las diferencias de combatividad entre los obreros, contrariamente a lo que se sostenía en la época. Esto me llevó a recusar la identificación entre posición en el proceso de producción, y grado y forma de combatividad (cf. el ejemplo clásico de O.S. (obreros no calificados) que habrían sido "punta de lanza" de las luchas de los años 1972/1974, porque eran obreros especializados, u obreros de las industrias de proceso, que habrían sido los portadores de las reivindicaciones en materia de gestión). Una vez desconfirmado este procedimiento mecanicista, me incliné hacia el discurso obrero mismo. Pero aun allí, las claves que éste brindaba para explicar las diferencias en la combatividad aparecían como poco operativas a partir del momento en que se las confrontaba con la realidad, (los "jóvenes" son combativos, los "obreros-campesinos" no lo son). Desde ese período se me manifestó con mucha claridad que no se puede llegar, a partir del discurso espontáneo y sin mediación, a la clave explicativa de los fenómenos observados.

Y finalmente, lo que me permitió reconstituir los grupos portadores de la reivindicación fue la relación sistemática de variables que conducen al universo productivo, con variables que llevan al universo reproductivo[2].

Tomemos un ejemplo concreto: en mayo de 1968, hubo en Bulledor[3] un grupo de trabajadores inmigrados que habían retomado ellos solos el control de la producción y la distribución. Yo había ido a verlo y de hecho un grupo obrero de inmigrados era el portador de la reivindicación; me di cuenta de que para comprender lo que había pasado ahí, era necesario diferenciar dos grupos dentro de ese conjunto de inmigrados. Estos no eran identificables a partir de una única aproximación por medio de la empresa, o en relación con el lugar en el proceso de trabajo:

[2] La noción de "reproducción" se utiliza aquí en un sentido muy amplio; recubre criterios como edad, sexo, etnia, origen rural o urbano, etc...

[3] "Bulledor" es un pseudónimo. Cf. D. Kergoat, 1973.

todos eran O.S. (obreros no calificados), todos eran obreros en la sección de embotellado, todos trabajaban en cadena y además vivían todos en locales de la empresa. Todos eran portugueses y tenían aproximadamente la misma edad.

Lo que apareció al término de la investigación es que era necesario dividir a ese grupo obrero entre:

- Los O.S. inmigrados portugueses que tenían como proyecto retornar a Portugal: el problema para ellos era el de reunir la mayor cantidad de dinero posible lo más rápidamente para volver a su país; lo que quería decir aceptar las peores condiciones de explotación: al llegar al trabajo por la mañana, no se sabía a qué hora se terminaría y menos aún se conocían los horarios del día siguiente; y todo esto por un salario muy cercano al del SMIC (salario mínimo interprofesional de crecimiento).
- Los restantes O.S. inmigrados, también portugueses, también jóvenes, pero que querían permanecer en Francia; muchos de ellos se negaban a efectuar su servicio militar en Angola. Esos hombres tenían pues un proyecto totalmente diferente: permanecer en Francia, eso quería decir a corto o a mediano plazo, hallar una vivienda independiente de la empresa, obtener su licencia de conducir y encontrarse una novia. Pero ¿cómo obtener una cita si se es incapaz de llegar a conocer su horario del día siguiente? Y es a partir de problemas tan banales como cotidianos, por los que esa gente cayó en una total indisciplina con relación a la organización del trabajo.

Se advierte bien allí, que se trataba de una recomposición abstracta, teórica, del grupo obrero total, puesto que esos subgrupos no eran identificables espacialmente en la empresa, y de una recomposición que tenía en cuenta a la vez lo productivo y lo reproductivo.

Tal división entre estos dos grupos, luego su superación por el grupo obrero mismo, es lo que permite comprender la dinámica reivindicativa observada. Y esta superación suponía que se había tomado conciencia de la división, que se tenía conciencia

de ello (y que de ningún modo se la negaba) y que se la quería superar. Pues el reconocimiento de la división es lo que me parece determinante para que un grupo pueda acceder a lo colectivo.

Entonces la identificación de las divisiones no basta. Aún era necesario captar su dinámica, y para ello tratar de circunscribir el aprendizaje del cambio, el proceso por el cual se hacía la interiorización de modelos diferentes de acción. Es lo que traté de hacer a partir del concepto de "aprendizaje colectivo".

Entonces ¿cuáles son los "resultados" de esta primera fase del trabajo que puedan interesar aquí? Citaré tres:

- *A propósito de la relación entre proceso de trabajo y reivindicación:*

Desde los años '70, me pareció indispensable el conocimiento profundizado de los procesos de trabajo para comprender la diversidad de las prácticas reivindicativas y de las formas de movilización. Sin embargo, especifiquemos que no es cuestión de hacer del proceso de trabajo (aun en el sentido extensivo en que lo empleamos aquí, es decir tomando en cuenta tanto los aspectos técnicos como de control social) la clave explicativa única de todo comportamiento obrero. Con mayor especificidad pensamos:

- que el análisis del proceso de trabajo permite comprender, en un contexto preciso, las divisiones impuestas a la clase obrera y lo que debe superar para que sus luchas tengan alguna oportunidad de llegar a buen término;
- pero esas divisiones no son nunca totalmente intercambiables o reductibles a las categorías socio-profesionales -peones y obreros especializados sin calificación / obreros profesionales calificados/ técnicos...
- grupos obreros y "aprendizaje colectivo".

A lo largo de todas estas investigaciones, insistí que en materia de reivindicación, nada es adquirido definitivamente, que el grado de combatividad estaba continuamente en movimien-

to, que las tipologías previstas no correspondían a las etapas de una evolución global de la clase obrera, ni a características adquiridas de una vez por todas, por tal grupo obrero o tal individuo. En resumen, que la combatividad no es ni el privilegio permanente de un grupo particular dentro de la clase obrera, ni la manifestación de una ruptura decisiva y definitiva.

Para dar cuenta de esos cambios, propuse el concepto de "aprendizaje colectivo". Comprobar que hubo cambio en las prácticas reivindicativas no significa que hubo por lo tanto, "aprendizaje". Para eso son necesarias dos condiciones:

- que el cambio observado, a nivel del comportamiento, no sea definitivo sino relativamente estable en el tiempo; se puede decir entonces que hubo reorientación de los modelos de acción propios de los diferentes grupos;
- que al cambio en la practica (colectiva) corresponda una modificación de la toma de conciencia (individual).

Además, este concepto quiere dar cuenta de dos cosas:

- pude observar repetidas veces que la entrada en la lucha reivindicativa precedía a la toma de conciencia de la complejidad de este ingreso en la lucha. Todo sucedía como si fuera necesario un tiempo de maduración para que la experiencia pudiera ser integrada completamente por los grupos sociales, para luego reorientar su acción. El término aprendizaje colectivo quiere pues dar cuenta, a la vez, de la reorientación de la acción colectiva, y también del tiempo necesario para que se diseñe esta reorientación, luego se estabilice e induzca a nuevas conductas específicas;
- Pero también es fundamental un segundo tipo de separación: se trata del que se comprueba entre el comportamiento reivindicativo colectivo, como el que pudimos observar en vivo, y la imagen a que nos remitía el discurso recogido mediante las entrevistas individuales. Todo sucedía ahí como si fuera necesario un período de latencia para que el discurso individual retomara y teorizara el comportamiento colectivo (aun en el caso en que el individuo interrogado formara parte del colec-

tivo). Pero más allá , quedaba una zona irreductible de no recubrimiento: evidentemente, había aprendizaje colectivo y este aprendizaje no podía reducirse a la suma de los aprendizajes individuales.

- *Clase obrera e ideología naturalista:*

Lo que menciono a través de este término, son las consecuencias de la competencia impuesta a los trabajadores por la organización del trabajo, y con mayor precisión, las consecuencias de esta competencia sobre la representación ideológica que los obreros se hacen de su propio grupo de pertenencia.

Ya lo dijimos, si los O.S. ven con claridad las diferentes exclusiones de las que son víctimas, si perciben bien que la función real de los capataces y supervisores es el control social, si son perfectamente conscientes de que es indispensable que estén aislados e individualizados al máximo, para que funcione el sistema, tanto más se interioriza la diferenciación inter-individual: los obreros viven profundamente -tanto intelectual como afectivamente- las divisiones obreras e imputan prioritariamente esas divisiones, no a un éxito ideológico del sistema, sino a la "naturaleza" y a la "mala voluntad" de los grupos que se les contraponen.

El ejemplo de la división jóvenes/viejos es perfectamente revelador al respecto: los jóvenes ven en los obreros viejos, no a obreros desgastados por un sistema que, obligados y forzados a menudo, aceptaron finalmente, sino que ven en ellos a viejos, en su rol de individuos enriquecidos y represivos.

Sobre la base de todas estas divisiones, cada grupo tiene una relación de oposición con otros grupos, y produce un discurso legitimador de sus propias prácticas y perfectamente moralizador con respecto a las prácticas de los demás.

El origen de las diferencias no se teoriza como social; éstas siempre se representan como si correspondiesen a diferencias de actitudes individuales, de ideología, de temperamento, asimiladas a diferencias biológicas, "naturales" (no se transforma

en un "campesino", se nace campesino... como si fuesen la causa de esas diversidades... De allí proviene una representación estereotipada de la sociedad, en y por medio de antagonismos insuperables.

El problema es importante. Por una parte, si bien este análisis sociológico permite hacer las mediaciones entre proceso de trabajo -modo impuesto de competencia - divisiones - obstáculos a la solidaridad, por otra parte, permite reflexionar sobre las implicaciones que acarrea, en la representación obrera, esta transformación de lo social en biológico, en "natural". Se sabe que la diferencia biológica, como causa de la jerarquía social, sigue siendo el fundamento de la ideología fascista, y constituye con mayor generalidad en las sociedades, el mejor medio para justificar poder y jerarquía[4] negando los mecanismos sociales de explotación y de dominación. Particularmente, pienso en un problema muy actual como el del resurgimiento de la xenofobia y del racismo en Francia en estos últimos años, así como en el sexismo, latente o manifiesto, que impregna toda la historia de la clase obrera; también en ese caso, se explican las diferencias comprobadas entre prácticas masculinas y femeninas mediante la naturaleza, la biología.

Llegué allí, hace una década, al vuelco de mi actividad de investigación: el elemento disparador para tomar ese camino intelectual teórico fueron las prácticas reivindicativas femeninas. Mi primer impulso fue evidentemente abordarlas a través de la misma grilla de análisis que la establecida para los varones. Pero fue necesario renunciar a ello rápidamente; pues si bien las reivindicaciones explícitas eran a menudo las mismas, las prácticas, tanto reivindicativas como de trabajo o fuera del trabajo eran fundamentalmente diferentes por cierto. Pero ¿cómo tratar esas "diferencias" mientras no existiera ningún aparato conceptual para organizarlas? Yo recusaba la permanente remisión del discurso al modelo masculino, pues no era operativo para explicar las diferencias de situaciones, de comportamientos y de

[4] cf. en particular los trabajos de Colette Guillaumin sobre el racismo. Cf. C.Guillaumin, 1972.

prácticas entre varones y mujeres de una misma clase[5]: lo recusaba igualmente por sus consecuencias; puesto que las diferencias observables de actitudes y comportamientos no eran asimilables a un análisis materialista de la opresión y de la explotación; se dejaba el campo libre a los estereotipos más desgastados sobre la "naturaleza femenina" al "explicar" esas diferencias. Debí pues examinarlas nuevamente mediante un análisis material (materialista) de la condición obrera, pero esta vez sexuada: "trabajadora no es el femenino de trabajador". Paralelamente, trataba de superar la comprobación de la autonomía relativa de las prácticas observadas poniendo en relación esas prácticas; primeramente, estableciendo una doble articulación: producción/reproducción, relaciones sociales de clase y de sexo; luego tratando de razonar en términos de coextensividad de esas relaciones sociales.

Para mí, todo ese trabajo se situaba en su mayor parte dentro de la lógica de las investigaciones anteriores: cf. la naturaleza de las divisiones, la necesidad de trabajar simultáneamente, para estudiarlas en los campos productivos y reproductivos, la representación "naturalista" de esas divisiones y su repercusión sobre la actitud ideológica y práctica hacia la división del trabajo entre los sexos, el tema de la inestabilidad en el tiempo y en el espacio, y con mayor generalidad , el razonamiento en términos de relación social.

Desde 1978/1979 las investigaciones siguientes, que tratan todas de tomar en cuenta relaciones de clase y relaciones de sexo, explotación, dominación y resistencias... fueron orientadas hacia:

- los "retiros voluntarios" en la R.I.V. de Caen (relaciones varones/ mujeres en el trabajo y en el empleo) ;

[5] Y es ahí donde se arraiga mi desconfianza no en "la" teoría, sino "en teorías" ya existentes y constituidas; éstas, bajo la cubierta de un discurso universal, no son en la mayoría de los casos sino un discurso de hombre para los varones, en resumen, un discurso de los que dominan. Con mayor cortesía pero también con mucha firmeza ¿acaso Karen Horney no decía lo mismo a propósito de Freud, del Psicoanálisis y de los psicoanalistas? (cf. en particular, K.Horney, 1926, 1969).

- los trabajadores jóvenes: partiendo de las diferentes modalidades de la articulación trabajo productivo/ trabajo reproductivo, analizamos, para los trabajadores varones y mujeres jóvenes, cómo jugaba en esta articulación el lugar en la estructura de clase; cómo utilizaba el capitalismo las relaciones de sexo y viceversa para reforzarse;
- "las obreras";
- la evolución de las formas de empleo y de la actividad de las mujeres: proceso de descomposición/recomposición del salariado femenino ;
- las prácticas sociales de las mujeres hacia el trabajo de tiempo parcial;
- cómo se llega y se permanece siendo OS ("especializado", no calificado) cuando se es un varón y cuando se es una mujer (se trata aquí de la investigación efectuada con J. Boutet, sociolingüista).

Me referiré a esos diferentes trabajos más adelante para dar ejemplos específicos.

3. Una problemática en términos de relaciones sociales.

Retomaré este tema (cf. igualmente en esta obra Parte I, *Por una Sociología de las relaciones sociales.*, p. 13) aquí relacionándolo más con las discusiones que se efectuaron en el seminario.

¿Por qué esta insistencia sobre las "relaciones sociales"? Es porque a mi entender, no basta para comprender las prácticas sociales de tales o cuales formas, con estudiar simultáneamente familia y fábrica. Esta yuxtaposición de terrenos presenta el peligro de petrificar las relaciones sociales en un momento dado y de privilegiar un análisis en términos de determinismo: el sistema mismo se reproduciría hasta el infinito de los tiempos, habida cuenta únicamente de los imperativos de valorización (y las obreras son a este respecto un terreno de elección, encerradas doblemente como lo están en las relaciones de producción y en las relaciones de reproducción...).

Razonar así llevaría a considerar a la gente como marionetas, a plantear que la interiorización de las relaciones sociales se haría desde atrás de los individuos que actuarían conducidos por fuerzas exógenas.

Todo lo contrario, es contra esta concepción petrificada de la estructura social por lo que se tacha de falso el razonamiento en términos de relaciones sociales (con su corolario: las prácticas sociales): relación significa contradicción, antagonismo, lucha por el poder, rechazo a considerar que los sistemas dominantes (capitalismo, patriarcado) sean totalmente determinantes. En resumen, lo que es importante en la noción de relación social -definida por el antagonismo entre grupos sociales- es la dinámica que reintroduce, puesto que vuelve a establecer en el centro del análisis, la contradicción, el antagonismo entre grupos sociales y se trata de una contradicción viviente, perpetuamente en vías de modificación, de recreación.

Y tanto más escaparemos al peligro del determinismo en cuanto no pensemos que tomar en cuenta una única relación social (para unos, la de la explotación, según otros, la de la opresión) basta para dar sentido a la sociedad actual y a sus transformaciones en la historia. En la medida en que pensemos que esas dos relaciones sociales son fundamentales, planteamos -yo diría por definición- que existen márgenes de indeterminación entre los puntos del tejido de esas relaciones sociales (la metáfora es un poco simple), y al mismo tiempo, que hay un reacomodamiento posible de esos márgenes de libertad para los actores colectivos e individuales. Y esto tanto más en cuanto existe, a veces, contradicción entre las relaciones sociales dominantes (pienso por ejemplo en las necesidades de valorización del capital que entran, a veces, en conflicto con el paternalismo del sistema).

Las relaciones sociales no están dadas desde el determinismo, sino por el contrario son una manera de pensar y de trabajar la libertad. Pero una libertad verdadera, no planteada a priori, sino que se despliega entre las redes de los determinismos sociales. El hecho es que, para pensar esta libertad, es necesario

aun estar bien seguro de que se trabajó con todas las modalidades de las relaciones sociales. Ahora bien, está aún muy lejos de agotarse el estudio de las relaciones varones/ mujeres, incluso -y quizás sobre todo- en el trabajo. Se hizo como si "el trabajo" fuera reductible a los modos de gestión del personal, al empleo, a la organización del trabajo, a las condiciones de trabajo. Pero queda por construir la relación entre los individuos -y esta relación para mí es sexuada por definición. De ese modo, las nociones de "solidaridad", de "trabajador colectivo"... no tienen sentido si antes, no se analizaron en profundidad los efectos de la variable sexo.

Tengo pues la voluntad de encontrar regularidades que permitan establecer tipologías[6], pero tomando en cuenta simultáneamente la noción (o una noción) de sujeto -y esto precisamente para no encerrar a los individuos en la norma, lo que tornaría invisible las contradicciones, las transgresiones y las luchas

El hecho es que el problema de la elección, de la libertad, se detecta bien a nivel del sujeto, no inmediatamente a nivel del grupo (en efecto hay separación entre las prácticas sociales que son colectivas, y las vivencias, la "interiorización" de esas mismas prácticas, que son individuales).

Para mí, aunque comprenda bien el sentido del debate entre lo psíquico y social, individuo y colectivo, me parece que no planteo los problemas; así por ejemplo, cuando me intereso en los comportamientos individuales ante la enfermedad, no los reduzco al resultado de la lógica de las relaciones sociales o interindividuales, ni a la de la historia psíquica del individuo; pero considero que la historia de las relaciones infantiles del individuo es la historia que remite a una lógica de la organización mental, que es también social:

[6] Para mí, tipologías pertinentes deben poder reagrupar en diferentes conjuntos, diferentes modos de articulación, y tener valor heurístico (es decir, sino valor predictivo, al menos valor comprensivo de los comportamientos que se despliegan en otros terrenos que el del trabajo/familia). En cada estudio, pasé así de las tipologías "visibles" de las categorías del sentido común (terriblemente cerradas, alienantes) a tipologías "heurísticas" reconstruidas por el sociólogo.

- la imagen del padre y de la madre no son de ningún modo las mismas en el subproletariado que en el proletariado;
- la relación con los niños es diferente con respecto a un varón o a una mujer;
- el "escenario" de la escuela y lo que se jugó allí (y que seguidamente "se volvió a jugar" en la formación cuando se es adulto[7], está marcado por la pertenencia de clase y de sexo, por el rango en la "hermandad" (*fratrie*), etc... (sin embargo aun nada de esto es determinante en si, a nivel del individuo).

Algunos dirán que existe una transmisión social de la neurosis. Lo que es cierto es que hay una transmisión social de normas de clase y de sexo, y simultáneamente transmisión de los modos de transgresión de esas normas. Todo esto vehiculado de manera muy diferente según se trate de la madre ("cultura popular") o del padre ("cultura obrera")[8].

Queremos extraer algunas conclusiones parciales de lo que precede:

- el grupo no es exterior al sujeto, sino que le es también interior;
- el contexto referencial de mi tentativa de interpretación es siempre sincrónico, ciertamente, pero también diacrónico (de

[7] Esto apareció con mucha claridad cuando trabajamos sobre el "proyecto de vida" y particularmente en el caso de los varones O.S.(obreros no calificados).

[8] Estos dos términos un poco lapidarios remiten al análisis que efectué sobre las obreras. Es imposible decir abruptamente y sin mediación: "las mujeres obreras (y lo que se entiende generalmente por) la clase obrera, es la misma cosa". Porque las obreras van y vienen en y fuera del mercado de trabajo: cuando ellas se asientan ahí (actividad continua), tienen toda una serie de empleos que poseen muchos puntos en común: descalificados, mal pagos, mal considerados (conserje, niñeras, sirvientas, trabajos en supermercados, obreras, mujeres de servicio, etc...). Pero por lo tanto ¿puede hablarse de cultura "obrera"? Por el contrario, sucede diferentemente entre los obreros varones, que permanecen la mayor parte del tiempo no sólo en el salariado sino en el interior mismo del salariado industrial. A mi entender, el padre y la madre no transmiten pues el mismo tipo de cultura porque la conciencia de clase -y es cierto que las mujeres la tienen!- no puede ser la misma cuando se forjó pasando por las grandes tiendas Leclerc, luego por una fábrica, luego como personal de servicio, que en el caso de un hombre que es peón, luego O.S. (obrero no calificado), aun si fuera el caso de empresas diferentes. Me parece que ahí hay un campo de reflexión que merece profundizarse.

ahí la importancia de la metodología) a nivel del individuo (historia de vida) y a nivel de la empresa (estudiado sobre un período largo);

- por último, a propósito de la "sociología del descubrimiento" (término que no retomaré por mi cuenta), me parece imposible tomar el discurso, producido individual o colectivamente, como un "en sí": está acompañado siempre por una puesta en escena en beneficio del sociólogo. Tomemos el ejemplo del "salario complementario". Las mujeres retoman frecuentemente esta expresión por su cuenta, aun cuando ellas ganen más que sus maridos. Pero cuando se ven luchas por los salarios sostenidas por las mujeres, se advierte rápidamente que de hecho el salario complementario constituye un verdadero salario para ellas. Es así como fui llevada a hablar de "actitudes de conformidad": para estar en paz con sus maridos y con los hombres en general, encuentran mucho más fácil hacer como si retomasen por su cuenta los estereotipos sobre el salario de las mujeres. Pero, en los hechos, siguen pensándolo o más bien haciéndolo!
- Se llega así a la ideología defensiva que, en este caso preciso, tendería a denominar "ideología defensiva de sexo". Volveremos sobre esto posteriormente.

II. Empresa y sociedad: reflexiones suscitadas por el seminario en torno a las cuestiones de la productividad del trabajo y de lo colectivo. El ejemplo japonés

HELENA HIRATA

Comencé con un proyecto de investigación clásica de Sociología del Trabajo, que redacté en 1979, en términos de organización del trabajo, tecnología y políticas de personal; trataba sobre

los aspectos culturales y técnicos de la organización del trabajo en la empresa, y estaban apoyados en una comparación entre filiales y casas matrices de empresas francesas y japonesas en Brasil.

Virtudes y límites de un enfoque mediante la empresa

Con semejante tema, el terreno natural era el de la empresa. Pero se debe explicar que yo partía de dos postulados críticos:

1. el determinismo tecnológico;
2. el de "la única y mejor manera" (*one best way*) taylorista: yo partía de la idea de que no existía una racionalidad única y universal, que era necesario cuestionar esta idea de que habría una manera, y una buena manera de hacer las cosas. La mejor forma de probar este postulado era el enfoque comparativo internacional. Partiendo así de la empresa y recurriendo a disciplinas tales como la Sociología de las Organizaciones y la Sociología Industrial, sin embargo observé, cada vez con mayor claridad, que la empresa no era una entidad aislable, analizable en sí, y que un enfoque únicamente por la empresa nos dejaba sin ninguna explicación ante toda una serie de fenómenos -de allí, la necesidad de hacer intervenir lo externo al trabajo, las estructuras familiares, el trabajo doméstico, las relaciones sociales varones-mujeres, etc...; a falta de integrar esos elementos, es que los análisis de la Sociología de las Organizaciones y de la Sociología Industrial desembocan en general en aporías. Poco a poco se tornaron más claros los límites hasta el punto de hacerme abandonar la empresa para ir hasta el domicilio del obrero. Es lo que efectué en mi encuesta sobre el desempleo y la división sexual del trabajo. La hipótesis de fondo es la siguiente: si se piensa que el desempleo es una situación transitoria y que existen comportamientos diferenciados de varones y mujeres frente al despido, si se consideran de entrada las trayectorias sexuadas, las trayectorias diferenciadas de los varones y de las mujeres, no se puede permanecer únicamente en el

terreno de la empresa, so pena de no comprender lo que sucede, ni en cuanto a las estrategias de los obreros y de las obreras, ni en cuanto a la política del empleo o a la articulación entre el mercado de trabajo y el terreno de la empresa y de sus obreros(as).

Tuvimos la confirmación en el transcurso de una serie de estudios anteriores (uno de mi autoría con John Humphrey) que este abordaje por el lado de la empresa era limitado y que era necesario pasar a otro tipo de encuesta.

En Brasil, hubo una crisis económica durante los años 1981/1984, luego una recuperación económica, un "boom" del empleo muy importante en 1986. Durante este segundo período, los obreros varones retornaron a la empresa en un 90%, mientras que solamente 40 % de las mujeres lo hicieron (sobre una muestra de 140 personas, 83 varones y 57 mujeres). Quedaban así 60% de mujeres que no retornaban más a la empresa en el momento de la recuperación económica, pero que hacían ya sea trabajo doméstico remunerado, o bien se quedaban en el sector denominado "informal" donde habían entrado en el momento del despido, ya sea por último, que una gran parte de las mujeres casadas se tornaran "inactivas" (lo que se denomina "inactividad" en economía y que es completamente cuestionable). Toda esta población corría el riesgo de permanecer invisible si no se hacían otros abordajes que el de la empresa, puesto que no se podía hacer encuestable de ningún modo la vivencia del desempleo, las sucesivas experiencias de empleo y de vida, después del despido.

Evidentemente insistí aquí sobre los límites de un enfoque mediante la empresa. Esto no quiere decir que la empresa no sea al mismo tiempo una mediación potente para el acceso a objetos que de otro modo difícilmente serían tratados por la Sociología. Creo que, de la misma manera que la Psicopatología del Trabajo, para quien el trabajo es una especie de mediación entre inconsciente y campo social, para los sociólogos la empresa puede ser un poco la mediación para observar y analizar, desde un punto de vista sociológico, fenómenos, por ejemplo de opresión

de un varón sobre una mujer (como el acoso sexual en el lugar de trabajo), fenómenos que no serían abordables de otra manera que como relación social bruta de opresión de un varón sobre una mujer; y de la misma manera, pienso, las relaciones entre un padre y un hijo, entre una madre o un padre y una hija, entre padres e hijos, son muy difíciles de tratar a nivel sociológico y creo que en el marco de la empresa, por ejemplo mediante el estudio de políticas paternalistas, es posible tratarlos sociológicamente. La empresa entonces puede constituir un lugar de mediación poderosa en ese caso, porque se tiene con ella una superposición (o una "coextensión"), entre esa relación social específica, relaciones jerárquicas y relaciones entre categorías sociales (obreros, personal jerárquico, etc... dentro de la empresa).

Este paréntesis sobre los defectos y virtudes del abordaje por la empresa es para mostrar que puede ser un punto de partida, que puede asimismo ser un marco definido de estudio; si digo que hubo límites progresivos que se tornaban visibles en este tipo de enfoque, es que de hecho, a partir de los estudios sobre la productividad, la calificación, la promoción, etc..., tuve la impresión de que si no se hacían intervenir otras dimensiones, era difícil comprender aspectos que, en Economía y Sociología tradicionales, se trataban de explicar por elementos intrínsecos o endógenos a los lugares de trabajo, de producción.

En torno a la productividad:

Ahora paso a algunos ejemplos. Comenzaré por el de la productividad del trabajo, ejemplo que permitiría también un acercamiento, desde cierto punto de vista, a la psicopatología del trabajo. En mi opinión es uno de los ejemplos que muestran cómo es necesario ir contra la corriente de los análisis economicistas y objetivistas (tal cual propone la Economía Política a propósito de la productividad) si se quiere arrojar una luz nueva, o dar explicaciones allí donde podría ser muy difícil hacer afirmaciones de tipo intrínseco.

¿Cómo está planteada la cuestión de la productividad del trabajo en Economía política? Primeramente, hay explicaciones mediante el progreso técnico, el empleo eficaz de los medios de producción; un segundo tipo de explicación en Economía Política es todo el cambio introducido en la organización del trabajo, sobreentendiendo aquí, los cambios introducidos por la dirección (los colectivos organizados por los mismos trabajadores no se incluyen generalmente en esta explicación); un tercer tipo de datos está ligado a la intensidad creciente del trabajo profesional, al aumento de la cantidad de trabajo por unidad de tiempo, al rendimiento creciente por la disminución de la porosidad de la jornada de trabajo, etc....

Pienso que el interés de una explicación del tipo de las enunciadas por la psicopatología del trabajo, es que plantea el problema de manera muy original, en términos que tienen en cuenta la subjetividad, o la intersubjetividad, o aspectos que tradicionalmente no eran tomados en consideración por el análisis económico. Cuando C. Dejours dice que son procedimientos defensivos que pueden explotarse en beneficio de la productividad por intermedio de la autoaceleración y de la cooperación obreras (la autoaceleración está relacionada con la frustración y es compulsiva, y la cooperación relacionada con el efecto del miedo), (cf. C. DEJOURS, 1980, 1993; cf. también C. DEJOURS (comp.), 1987, 1988) hay ahí una introducción de la subjetividad, y de nociones como el miedo o la frustración, que no son utilizadas corrientemente para explicar fenómenos considerados eminentemente económicos. Lo que se toma en cuenta en Economía, son los efectos, por ejemplo la intensificación, el rendimiento, la intensidad en el aumento del trabajo, pero no se analiza el porqué de esta intensificación, o bien se pone todo esto bajo la rúbrica: éxitos logrados por el "management", capataces y supervisores, y no dentro del dominio del trabajador mismo.

Creo que ese desplazamiento del terreno de explicación hacia la subjetividad y hacia un colectivo de trabajo, no creado por la dirección de la empresa, produce una explicación heurística

completamente nueva en el sentido en que se postula que el sufrimiento individual puede tener consecuencias sobre la Economía. Y creo que hay una similitud en el enfoque aun pensando en la explicitación que da la psicopatología, que a pesar de ser extremadamente original con su desplazamiento, sigue estando todavía en el marco de la organización del trabajo, permanece en el marco de la empresa. La psicopatología del trabajo habla de una mayor intensidad de la actividad en un puesto de trabajo provocada por el miedo o la frustración. Es decir, queda por hacer una interpretación de la productividad y de la intensidad del trabajo asalariado en relación con las estructuras familiares, organización del trabajo fuera de la empresa y, con mayor generalidad, relaciones sociales de sexos vigentes en la sociedad. Tratar de hacer esta articulación permite introducir otro tipo de explicación -no pienso que compita porque es otro campo de articulación- que puede aclarar puntos que deja oscuros la Economía política al quedarse solamente con los datos del progreso técnico, del cambio de la organización del trabajo asalariado o de la intensidad del trabajo profesional.

Mi punto de partida fue una encuesta en varias ramas industriales y en particular en la siderurgia: aunque las tecnologías eran similares, se podía ver que los resultados en cuanto a la productividad no eran los mismos, si se comparaban unidades de producción implantadas en diferentes países. Y a la pregunta ¿qué es lo que explica esta diferencia?, la Economía política no aporta argumentos convincentes porque a nivel de los elementos que se manejan comparativamente, no había posibilidad de explicar por qué eran desiguales los resultados en el plano productivo; en efecto, las condiciones técnicas, tecnológicas y de "management" eran al comienzo más o menos similares, tratándose de casas matrices y de filiales de los mismos grupos industriales.

Mi tesis es que esas diferencias entre Japón y las fábricas filiales en Brasil estaban ligadas (al menos en parte) a las diferentes modalidades de articulación entre el trabajo doméstico y el trabajo asalariado, entre el tiempo industrial, y el tiempo fuera

de la industria y fuera del trabajo. Se puede decir en ese sentido que esta elevada productividad en Japón no se explica exclusivamente en el terreno de la empresa, únicamente por medio de las innovaciones tecnológicas, aunque esas innovaciones sean importantes para el desarrollo de la productividad, sino que está relacionada con diversos factores:

- hay toda una serie de actividades directa o indirectamente productivas que se efectúan fuera de las horas de trabajo (por ejemplo: los círculos de control de calidad), no contabilizados por la empresa y por los estudios de la OIT, por ejemplo, y que sin embargo contribuyen a las estadísticas en las que se basan los cálculos de la productividad del trabajo;
- hay otro factor que tampoco se contabiliza en estas estadísticas, a saber, todas las horas suplementarias no remuneradas por la empresa, que pueden ser entre 5 o 6 horas por día, es decir 30 horas por semana, en una semana de 6 días, para todas las categorías, excepto la del obrero, a partir de jefe de sección;
- hay supresiones voluntarias de vacaciones, lo que hace que en general los obreros varones, los empleados y el personal jerárquico tomen realmente sólo 4, 5 días de vacaciones por año, mientras los contabilizados en las estadísticas oficiales son todos los días de vacaciones oficiales, es decir 20 días por año para los asalariados con 15 años de antigüedad en una misma empresa;
- por último, hay un factor que es el tiempo de ocio y de convivencia en el caso de parejas, que es tiempo sacrificado en beneficio de la organización del trabajo asalariado y de la productividad; en efecto, en el caso de las grandes empresas japonesas que emplean regularmente mano de obra masculina (en el caso de mano de obra femenina, se plantea de manera completamente diferente, dado que el tiempo de permanencia en las empresas es muy corto para las mujeres -en promedio 4 a 6 años) se puede decir que hay un sacrificio de la vida denominada privada, en beneficio de la empresa (nos referi-

mos a las empresas de gran tamaño, las que hemos estudiado) en la medida en que hay una especie de recubrimiento de una buena parte de la vida denominada "fuera del trabajo" por la empresa. Hablaremos posteriormente de esto, pero pienso que hay un lugar de la empresa y una preeminencia sobre el individuo que es extremadamente importante.

Cuando hablo de sacrificio del tiempo de ocio, es fácil comprender por qué si el individuo comienza el trabajo a las 7:00 en lugar de a las 8:00 y regresa a las 22:00 en lugar de a las 17:00, asuma ya mucho tiempo...! a los que se le agregan los sábados y domingos; o bien existen actividades externas a la empresa pero para la empresa, o actividades de integración como actividades de ocio del tipo "golf" (y esto es así aun para las categorías de asalariados de nivel relativamente bajo) y a las que se concurre sin la familia. Y me parece necesario volver a tratar el problema de la convivencia.

Los hombres pasan, como empleados regulares, un gran número de años en una misma empresa y hay una movilidad interna utilizada como una forma de promoción, de formación profesional, puesto que efectúan experiencias en diferentes actividades, con funciones diferentes, en numerosos establecimientos del mismo grupo industrial: esos desplazamientos, o esta movilidad intra-empresa tiene también la función de tornar más cómodas las reestructuraciones industriales: todos los obreros, los capataces e ingenieros, necesarios para la implantación, por ejemplo, de una nueva unidad siderúrgica, para la cual es difícil reclutar mano de obra local, son simplemente transferidos de una región a la otra, a una distancia que puede alcanzar 2000 km: se "deslocaliza" al hombre, sin la familia, en la medida en que las mujeres se ocupen de la educación de los hijos y permanezcan en un lugar fijo, dado los problemas del sistema escolar en Japón. Como la distancia es más o menos grande entre los diferentes establecimientos del mismo grupo, no tienen la posibilidad de ver a su mujer más de una vez por mes o una vez cada dos meses, lo que en una vida activa de 30 años, significa pasar

15 a 20 años (mientras los hijos son pequeños y no independientes) soportando "sacrificar" la convivencia. Y se trata de algo regular y muy difundido. Cuando son firmas multinacionales donde los cuadros van a ser transferidos por razones de implantación de nuevas unidades de producción en el extranjero, y por razones de promoción, imposibles en el marco de las fronteras nacionales, son decenas de hombres los desplazados sin sus familias; en un establecimiento encuestado en Brasil, tenían la posibilidad, durante un período de 4 años, de volver una vez, es decir al cabo del segundo año -para permanecer un mes con la mujer y los niños; el resto del tiempo, llevaban una vida que estaba dedicada en general a la empresa, puesto que buena parte de las relaciones afectivas, emocionales se hacían a una enorme distancia, la que media entre Brasil y Japón.

Hay así un sacrificio del ocio y de la convivencia a partir del tiempo individual, cuyo corolario es que las mujeres se encarguen de los trabajos domésticos y de la educación de los niños durante la movilidad: creo, pues, que todas las fuentes de la productividad fuera de la empresa, son extremadamente claras en Japón.

Evidentemente, cuando se hacen análisis de la productividad, si se la calcula a partir de las estadísticas de las empresas, dan sólo una productividad del trabajo extremadamente más elevada en el caso de Japón que en países como Francia, donde la articulación entre lo público y lo privado, entre la vida en la empresa y la vida externa a la empresa, no se hace de la misma manera. Este ejemplo muestra también un aporte, una contribución fundamental para todo lo que se trate de relaciones sociales de sexo; en efecto, es evidente que este tipo de gestión del personal y de organización del trabajo productivo se volvió posible por las relaciones varones/mujeres en la sociedad; si no, serían impensables e imposibles toda una serie de prácticas de empresas consideradas corrientes y normales en Japón.

Individuo y grupo:

En el caso de Japón creo que el hecho determinante es el tipo de jerarquización individuo/grupo, que hace que el individuo no sea considerado preeminente, aun dentro de las relaciones amorosas: generalmente no hay elecciones individuales, la elección del compañero(a) está todavía dictada por la familia, el grupo profesional, la empresa, etc. (aun hoy en el 40% de los casos, los casamientos son "casamientos arreglados"); lo que hace que no se tengan los mismos tipos de lazos, y por lo tanto, los mismos motivos de separación (la no-convivencia no es un motivo de divorcio, como por ejemplo en los países occidentales); pueden tomar la preeminencia otras dimensiones, por ejemplo, la educación de los hijos o la relación padres/ hijos, con respecto a las de varones/ mujeres en la pareja. Pienso justamente en la noción de relaciones amorosas entre individuos en la base del matrimonio tal como se lo ve en los países occidentales: es difícil allí pensar las relaciones amorosas sin que se plantee la individualidad como algo muy fuerte.

El colectivo de trabajo:

En relación con estos problemas, creo que es interesante pasar a otro ejemplo, el del colectivo de trabajo en Japón.

Pienso que haber introducido este ejemplo sobre el lugar del individuo y del colectivo, pudo facilitar un poco el tratamiento de las características del colectivo de trabajo en Japón. Porque esas características son muy difíciles de comprender si no se señala esta primacía del grupo en la misma sociedad japonesa; porque es muy diferente hablar de un colectivo de trabajo o de un colectivo de defensa, en el marco de relaciones individualizadas, de las relaciones jerárquicas, como se las conoce en Francia, que hablar de colectivo de trabajo donde el individuo es secundario, donde hay una primacía confesa, y a todos los niveles, del grupo y de lo social: a nivel del lenguaje, a nivel de todo el funcionamiento de las instituciones. Lo que quiere decir que cuando se enuncia que el individuo es secundario significa que

el deseo y el pensamiento del individuo son también secundarios y secundarios socialmente: deben ser rechazados; no se puede decir lo que se piensa porque lo que se piensa tiene la marca de lo individual, a nivel de la palabra y a nivel del contenido de lo que se dice (tuve la ocasión de captar la importancia de adaptarse a esta regla, durante mi experiencia de encuesta de campo en Japón).

El responsable de mi grupo de trabajo era un hombre de mayor edad y antigüedad que yo, y que por lo tanto, forzosamente sabía más que yo. Discutirle y en terrenos donde nunca se debe discutir con un hombre, aun occidental, era verdaderamente un motivo justificado de exclusión. Pude hacer mi propia experiencia, me permitió ver con mayor claridad, las generalizaciones posibles sobre los colectivos y sobre la importancia de los colectivos en Japón. Es cierto que hay una inversión afectiva dentro de lo que son los colectivos, que reemplazan de cierta manera todo lo que puede haber de afectivo en las relaciones interindividuales, o en las relaciones intersubjetivas, y que esto tiene repercusiones casi directas sobre todas las prácticas colectivas, y sobre la gente dentro de un grupo. Creo importante señalar que esos colectivos (y entro aquí en las características de los colectivos de trabajo en Japón) son inmediatamente jerarquizados, al punto que es imposible pensar en un colectivo que no esté jerarquizado. En 1982, no podía hacer un estudio sobre los sistemas defensivos y sobre las defensas colectivas, y quizá tampoco sería capaz de hacerlo hoy, pero en esa época no tenía ni la noción, de manera que no pude reflexionar observando directamente los colectivos en Japón. Pero creo que aun en un colectivo de defensa en Japón, habría una cierta jerarquía, al menos esa sería mi hipótesis. Pues de entrada todo está completamente jerarquizado en Japón. De la misma manera, hay una jerarquía en la familia.

En la misma ocupación del espacio, se encontrarán signos específicos de la jerarquía. El lugar que ocupa cada individuo en un espacio es un lugar jerarquizado. A nivel de la empresa, por ejemplo, no hay distinción de vestimenta, todos los hombres

portan un mameluco de trabajo. Ya sean cuadros o directores de empresas, ya sean peones; también las mujeres secretarias o que sirven el té, están uniformadas a nivel de la vestimenta. No se puede saber, simplemente observando a la gente, cuál es su estatus en la sociedad o en la empresa. Pero se lo ve inmediatamente si se conoce la disposición de los lugares en ese espacio. Por ejemplo, si alguien está a la izquierda de aquél o a la derecha del de más allá; o si alguien está a mi izquierda o a mi derecha, yo visitante de la empresa sabría inmediatamente cuál es su lugar en la jerarquía de la misma. Pero eso no se dice.

Por el contrario, hay cosas que se dicen y que se está obligado a interiorizar, a incorporar, a aprender en profundidad, desde la escuela, desde que se comienza a hablar, y que pasan por el lenguaje que se utiliza entre pares. Pero es necesario señalar que es extremadamente difícil saber cómo se determinan los pares ¿Por la misma edad? Por ejemplo, ¿el mismo tiempo pasado en la empresa? ¿Igual origen escolar? ¿El mismo origen social?... no hay prácticamente posibilidades de utilizar ese lenguaje de igual a igual... Hay un lenguaje menos informal, hay también un lenguaje respetuoso y hay un lenguaje honorífico. Cada uno de esos lenguajes está además dividido sexualmente, es decir que no se utilizan las mismas palabras para decir yo, según que se sea un varón o una mujer. Todos esos lenguajes jerarquizados se utilizan de manera diferente y conviene saber que se trata verdaderamente de lenguajes, incluso de lenguas diferentes y no de terminaciones o de sufijos transformados simplemente según el sexo. Para decir lo mismo se utilizan palabras diferentes en función del interlocutor al cual se dirige. Esto determina inmediatamente, de cierta manera, la constitución del colectivo, pues hay así colectivos jerarquizados y colectivos como aquellos que se observan en los círculos de control de calidad, que poseen una cierta característica: exigen la participación de todo el mundo sin excepción. Si no, eso ya no tiene más sentido. Todo el que no participa de ese grupo, que no está integrado a él, sufre un proceso de marginación. Marginación que alcanza a todas las relaciones sociales, comprendidas las relaciones de amistad, o

las prácticas banales de la vida cotidiana como la de tomar el té juntos. El que no participa del círculo de control de calidad estará completamente marginado.

Y yo creo que hay una gran diferencia con respecto a una no-jerarquización en los colectivos defensivos y en los colectivos de trabajo. Pienso, por el contrario, que el uso del colectivo es diferente, en la medida en que los fines de la empresa son diferentes, porque el significado del trabajo está dado por otros sistemas de referencia y de empleo, es decir que un colectivo jerarquizado puede funcionar de tal manera de incorporar los deberes como principios de funcionamiento. Pues al no utilizar una cierta coerción exterior mediante el sufrimiento, lo que sería un poco el caso de Brasil, porque si se puede incorporar un poco el deber en la medida en que el sistema mismo de empleo no se basa en la precariedad, (como en Brasil), se está diciendo que hay un sistema de empleo que es tendencialmente vitalicio. Para los varones con estatus regular en las grandes empresas, (no hablo aquí de las mujeres ni de gente que tiene un estatus precario, ni de los que trabajan en las PYME, sino de las grandes empresas que constituyen el eje dinámico de la acumulación y del modo de funcionamiento social en Japón), ese sistema de empleo está basado en la antigüedad, y en casi una prohibición del desempleo y del despido por parte de la empresa. Se da más bien preferencia a sistemas de reformas internas, de desplazamientos como los que cité a propósito de las movilidades internas de la empresa. Lo que coincide con toda una serie de características de la organización del trabajo, en ruptura, en cierta medida, con el taylorismo, y con coexistencia de formas de gestión que no son de tipo taylorizado, en la que se trata sin embargo de resaltar las funciones de rotación, las de polivalencia, que traspasan el simple enriquecimiento de las tareas, y las fórmulas neotaylo-ristas. Esto hace que ese tipo de funcionamiento que se perpetúa sin represión permanente torne posible, si no de manera armoniosa al menos sin suficiente antagonismo, cierto mecanismo de integración mediante el sentido del deber y sin que esté basado únicamente sobre la coerción. Esas instancias subjetivas en Bra-

sil, están pura y simplemente negadas, es decir, hay toda una serie de formas de sanción, de coerción, de humillación, etc...

Pero cuando se habla así, se borran las enormes diferencias entre varones y mujeres y uno se podría preguntar si verdaderamente es posible hablar de algún colectivo que funcione para las mujeres en Japón. Pienso que Danièle Kergoat desarrollará este punto en una de las partes de su exposición. Yo diría que en el marco de los círculos de control de calidad que constituyen los colectivos de trabajo sobre los que fundamentalmente reflexioné, los colectivos de mujeres son muy diferentes del funcionamiento de los grupos de varones. No se dió cabida en los grupos de mujeres a la inventiva o a la propuesta de resolución de los problemas relativos al lugar de trabajo, es decir que no se otorgó ningún lugar a la cuestión de la libertad de las trabajadoras, mientras hay toda una jerarquía masculina, que además participa en los círculos de control de calidad, y que por último, hay una división sexual en el sentido de que los hombres son los que se encargan de la gestión del dinero consagrado a la actividad de los círculos, mientras que las mujeres no tienen acceso a las decisiones referidas al uso del dinero. Su rol es el de interesarse por los problemas "tontos" de calidad del trabajo terminado, es decir de control estadístico de la calidad, de disminución de faltas, de errores y de retoques, y muy poco por las modificaciones que atañen a las transformaciones de los equipos de trabajo, o a las herramientas de trabajo. Hay pues una enorme diferencia entre el modo de funcionamiento de los colectivos de trabajo femenino, con respecto a los colectivos de trabajo masculino. Hasta tal punto que en el caso de las mujeres, es quizá difícil hablar de colectivo de trabajo.

III. La Psicopatología del Trabajo en su enfoque del sufrimiento y del placer en el trabajo, ¿puede dejar de lado las relaciones sociales de sexo?

Algunos ejemplos precisos

DANIÈLE KERGOAT

A partir de la problemática de la división sexual del trabajo, se trata ahora directamente de plantear algunas cuestiones a la Psicopatología del trabajo. Para hacerlo retomaré algunos temas del estudio "División sexual del trabajo y Psicopatología del Trabajo", contentándome con ilustrarlos rápidamente (punto 1 y 2), antes de reflexionar sobre el tema de las relaciones entre lo biológico y lo social desde el punto de vista de la problemática (punto 3).

1. A propósito de la naturaleza y de la intensidad del sufrimiento y del placer en el trabajo según se trate de varones o de mujeres, y de la diferente utilización de este sufrimiento:

Quiero ilustrar simplemente estos temas con un ejemplo: el de la lucha contra la pereza. Las modalidades de esta lucha no se desarrollan en absoluto de la misma manera según se trate de varones o de mujeres. Primeramente por razones objetivas: la organización del trabajo sanciona mucho más a una mujer que a un varón en cuanto levanta la nariz de su tarea, en cuanto se atreve a prolongar la pausa y se pone a charlar con su vecina. Nos reencontramos allí con las observaciones efectuadas por Helena Hirata. Pero también por otras razones: en el caso de las mujeres, la lucha contra la pereza debe ubicarse en el trabajo asalariado y fuera de él, es decir en el trabajo doméstico. Se observan con mucha frecuencia, cuando se visita a las familias obreras, actitudes compulsivas con respecto a la limpieza; sucede frecuentemente lo mismo en la organización de las activida-

des domésticas. En resumen, hay un rasgo femenino de la clase obrera: no se tiene el "derecho" a perder el tiempo. Existen actitudes compulsivas hacia la limpieza y actitudes compulsivas hacia el empleo del tiempo. Esta lucha permanente contra la pereza me parece que tiene graves consecuencias sobre el colectivo de trabajo femenino. Así, pude observar que la instauración del trabajo a tiempo parcial en una empresa divide profundamente a las obreras entre sí: a una obrera que cumple tiempo parcial sin estar enferma o tener al menos tres hijos, se la trata de "perezosa"; y es todo un sistema de exclusión del grupo el que se establece.

2. "Virilidad" y "femineidad" marcan muy fuertemente las prácticas y las representaciones obreras:

Tomaré aquí el ejemplo de los camioneros (lo que permite referirnos a la sesión del Seminario "Souffrance et plaisir dans le travail" con S. Bouchard). En efecto, tuve la ocasión de encontrar dos veces ese grupo profesional y las representaciones que él tiene y da de sí mismo:

- primeramente en Bulledor. El jefe de personal comparaba a los choferes con "una horda de caballos salvajes". Esto me impresionó mucho pues se trataba evidentemente de un juicio muy positivo sobre un grupo que era percibido por el personal jerárquico como rebelde a toda disciplina. Y los choferes mismos juzgaban positivamente su trabajo, cuando la duración y las condiciones de trabajo eran muy duras;
- seguidamente en una FJT (*Foyer des jeunes travailleurs*)[9] donde el "proyecto de vida" de los jóvenes trabajadores manuales era frecuentemente el de ser camioneros, que justificaban con una apología muy romántica de la "libertad" que permitía ese oficio.

[9] FJT- *Foyer des jeunes travailleurs*. Vivienda para jóvenes asalariados(as) administrada por el Estado.

Me parece que aquí la ideología del oficio es en efecto la reposición, en positivo, de un procedimiento defensivo; retomando los términos de C. Dejours, se la erige en valor y se la hace funcionar como si se tratase de una expresión de deseo. Pero evidentemente, esas imágenes de potencia (ligadas con camión), de velocidad, de libertad -imágenes que organizan la representación emblemática de ese oficio-, esas imágenes están ligadas al hecho de que los camioneros son varones y tienen por función exaltar la "virilidad" de esta profesión. Afirmaré pues la hipótesis de que los camioneros "compensan" por la virilidad la explotación que les hacen sufrir las relaciones de clase, lo que permite al mismo tiempo formar un grupo específico dentro de la empresa y, con mayor amplitud, dentro de las profesiones.

3. Entre lo biológico y lo social. Construcción del sujeto y cuerpo sexuado:

Hace un momento abordé ese problema a propósito de lo que denominé el "naturalismo obrero". Lo retomaré desde puntos de vista diferentes, no unificados, deliberadamente a fin de dejar abierta la discusión.

3.1. Con respecto a la identidad del sujeto, en la sesión que animó J. Boutet, C. Dejours afirmaba lo siguiente: el sujeto se construye en un movimiento de subversión de lo que él es en su origen como orden biológico, pero también contra lo social, contra los determinismos sociales. Partiré de esta proposición y plantearé las siguientes cuestiones: ¿ese movimiento de subversión es de la misma naturaleza en los varones que en las mujeres? ¿La idea de naturaleza que existe detrás del orden biológico tiene la misma vivacidad para un varón que para una mujer? ¿Esta idea de naturaleza no es utilizada estratégicamente por unos, para legitimar su dominación sobre los otros? ¿Puede separarse tan fácilmente la vivencia de esos dos órdenes, orden biológico y orden social, para las mujeres como para los varones? Me parece que se trata de una serie de cuestiones que dignas de que nos detengamos un poco.

Para que se constituya el sujeto es evidente, por cierto, que se necesita esta doble tentativa. Pero no se puede dejar de lado el hecho de que esos dos determinismos se presenta de forma diferente en el caso de los varones y en el de las mujeres: el determinismo social de las mujeres está legitimado por un así denominado determinismo biológico que sería "natural". Por esto el viejo debate naturaleza-cultura no es vivido existencialmente de la misma manera según que el devenir-sujeto sea un varón o una mujer. Según C. Dejours habría una búsqueda de ruptura con lo social, nunca adquirido definitivamente, y siempre por reconquistar.

El hecho es que esta búsqueda de ruptura, si bien se la puede comprobar con más fuerza entre las obreras jóvenes, a mi entender se halla completamente distorsionada por las relaciones sociales y se convierte en un freno para la constitución del colectivo.

Para explicitar mi propósito, diré que entre los varones la constitución del colectivo se hace a partir de las divisiones y de lo que dije del aprendizaje colectivo, que traspasa o no esas divisiones. Por el contrario, entre las mujeres, el colectivo de trabajo[10] está menos dividido entre diferentes subgrupos que atomizado entre los individuos; se planteó allí a priori la igualdad e implica el rechazo de las diferencias.

Se llega a un problema que me parece fundamental, y es que las mujeres al negar el grupo, se niegan a sí mismas como suje-

[10] Especifico aquí que se trata del colectivo de trabajo. En efecto, un colectivo obrero femenino de luchas obedece a una lógica diferente: la igualdad ya no se plantea a priori: el grupo ya no tiene más como objetivo la igualdad, sino la igualdad en la participación en la lucha. Mientras los hombres en el transcurso de ésta tenderían a negar las diferencias, las mujeres, por el contrario, las plantean como un problema que debe resolverse: las hay que están casadas y cuyos maridos no quieren que vayan a trabajar, mientras que las solteras pueden hacerlo durante la noche. Las que tienen niños y las que no los tienen. ¿Cómo se hace? Se establece una estrategia, o más bien una práctica social, que tiende hacia la igualdad, es decir que tiende a que todo el mundo pueda participar de la misma manera en la huelga, y sobre todo que todo el mundo pueda continuar controlando lo que sucede a nivel de la huelga.

tos. Tanto las mujeres O.S. (obreras no calificadas) como los varones, desvalorizan sus conocimientos (lo vimos bien en la sesión del seminario[11]consagrada a ergonomía), desvalorizan sus "saber-hacer" y por esto se autodesvalorizan; se retoma constantemente el ejemplo del robot en el discurso obrero, como en el caso de una obrera que me decía que un niño de 6 años bien podría ejecutar su trabajo, lo que es seriamente desvalorizante. Se hace un trabajo tonto, pues se es tonto. Esto lo dicen los varones y las mujeres.

Pero a esto se agrega en el caso de las mujeres una autodesvalorización en tanto sexo. Todo sucede en efecto como si diferenciándose de las otras mujeres (primer momento: las mujeres son celosas; segundo momento: yo, yo no soy celosa) llegasen a afirmar su identidad individual: yo, yo no soy como las otras. Dicho esto, no puede dejar uno de preguntarse sobre lo que quiere decir afirmar su identidad de esta manera. Si se traduce este discurso a la figura de un silogismo, se obtiene:

primer término: todas las mujeres son celosas

segundo término: yo, yo no soy celosa

tercer término, exigido lógicamente por los dos primeros: luego, no soy una mujer.

Y de alguna manera es lo que ellas dicen. Pero entonces ¿qué precio pagan por ese tipo de afirmación?

Por consiguiente, digo que la autodesvalorización como sexo es más compleja que la autodesvalorización como obreros(as), porque esto de alguna manera resulta negarse a sí mismo; llegaré hasta decir que hay ahí algo de esquizoide: la personalidad está fragmentada, dividida y el dolor que surge no deja de tener sus consecuencias sobre la salud mental.

Estas consideraciones me llevaron a orientar mi trabajo de investigación sobre la opresión y la violencia interiorizadas por los sujetos sexuados. La hipótesis es la siguiente: opresión y vio-

11 Se trata del Seminario interdisciplinario "Souffrance et plaisir dans le travail" coordinado por C.Dejours en París en el 87/88.

lencia padecidas tanto dentro del aparato productivo como dentro del reproductivo no tienen ninguna salida institucional para las mujeres; de ahí el retorno de esta violencia contra sí mismas, en tanto individuos, pero también como grupo sexuado. Esto se vincula directamente con las prácticas sociales de las mujeres en el campo de lo productivo, es decir en la relación con el trabajo, con el empleo, con la actividad, con la solidaridad y los "celos", y en la constitución de un trabajador colectivo sexuado. Si se rechazan las explicaciones naturalistas en cuanto a la relación específica que las mujeres mantienen con el trabajo y con la calificación, aparece como indispensable esta mediación por la violencia (mediación que se juega a doble nivel, individual y colectivo).

El caso de los varones es diferente: la opresión que ejercen tanto en el aparato productivo como en la esfera reproductiva, unida a la explotación que sufren, los lleva a exteriorizar esta violencia (que ejercen y de la que son objeto), en particular, mediante una relación agresiva con el trabajo y con la calificación.

3.2. Para abordar el segundo aspecto de mi propuesta, volveré a partir de lo que escribió C. Dejours (texto introductorio al seminario de fines de 1985): "el análisis de la descompensación (es decir de la enfermedad mental comprobada) deriva en toda su legitimidad de la Psicopatología general y no de la Sociología". Semejante afirmación me causa problema, en particular a propósito de algunas "depresiones nerviosas" femeninas. En efecto, éstas aparecen con regularidad verificable: casos de desempleo de larga duración, por ejemplo, luego de despidos repetidos; o bien depresiones nerviosas que aparecen en mujeres que se ocuparon de sus hijos y que no reencuentran trabajo, una vez "educados" aquéllos.

Es evidente que la descompensación es individual, pero la regularidad de su aparición permite, a mi entender, hablar de un fenómeno social. Sucede lo mismo con lo que denominé "escapatoria tercer hijo". Hablo del caso de mujeres desempleadas

que, después de sucesivas pérdidas de empleo, y luego de un período depresivo más o menos franco, conciben un tercer hijo.

Puede parecer paradójica la hipótesis de que una decisión de ese tipo esté regulada socialmente, y sobre todo que esté en relación con el trabajo, la actividad y el empleo. Y sin embargo...! el análisis comparativo de los itinerarios femeninos permite en ciertos casos hablar de ese tercer hijo como de una "práctica defensiva". De todas maneras, si se reconocen las bases sólidas de esta hipótesis, se está obligado a observar que esta práctica sigue siendo (necesariamente) individual incluso a nivel de las representaciones.

Y retornamos allí a la constitución del colectivo femenino: las mujeres tienen mucha dificultad para reconocerse una limitación patógena común (en el ejemplo anterior: el empleo), pues la sociedad las remite sin cesar a lo individual, a lo biológico, pero también porque ellas no se reconocen en el grupo sexuado. Tienen, pues, como mujeres la mayor dificultad en adoptar posturas defensivas comunes que desemboquen en prácticas colectivas.

4. Preguntas para la Psicopatología del Trabajo:

- En cuanto a la "ideología defensiva del oficio":

Las ideologías defensivas señaladas hasta aquí lo fueron fundamentalmente con respecto a los varones: ¿No es un concepto fuertemente sexuado? ¿Hay defensas colectivas del oficio para las mujeres?

- En cuanto al problema de la sublimación y de la relación entre deseo por una parte y la dupla sufrimiento-placer por otra.

Recordaré rápidamente aquí el caso de "verdaderas" obreras calificadas (es decir, de aquellas que tienen una real calificación adquirida por la experiencia o la formación, y que están clasa-

das[12] además P2, P3 o A.T.). Se puede hablar realmente de sublimación con respecto a ellas, puesto que toda la actividad del trabajo se encuentra vectorizada en beneficio de la estructuración de su ser. Afirmado esto, esas obreras, para constituirse como sujeto integrante de la escena del trabajo pasaron todas por etapas de sufrimiento agudo: múltiples somatizaciones, úlceras estomacales, depresión nerviosa con tentativa de suicidio, actos fallidos en serie. Además, la economía (en el sentido de la economía libidinal) establecida por esas mujeres a nivel de la relación con el trabajo está en estrecha relación con el establecimiento progresivo de una relación original con la división del trabajo entre los sexos, tanto a nivel productivo como a nivel reproductivo, y llega aun hasta la manera de vivir su sexualidad. Por esta razón, pude afirmar tipologías que dan cuenta de manera simultánea de relaciones positivas para la calificación y de una relación particular para la pareja y para la sexualidad, relaciones que son muy diferentes de las mantenidas por las restantes obreras.

- En cuanto al concepto de trabajo y al nucleamiento de la Psicopatología del trabajo únicamente en torno a la organización del trabajo.

Creo haber mostrado anteriormente por qué no se podía limitar solamente al análisis del trabajo asalariado. No volveré sobre eso. En lo que se refiere ahora a la organización del trabajo: recordemos primeramente que ésta se planteó, por definición, como voluntad exterior que se opone al deseo. Esto es verdadero pero no es tan sencillo: la aparición del placer o del sufrimiento en el trabajo sigue siendo un fenómeno muy misterioso. Pude comprobar así que dentro de una misma población obrera -en el caso mujeres P1- que hacían el mismo trabajo en la misma empresa y en el mismo puesto, esto acarrea sufrimiento para unas, placer para las restantes. Evidentemente pues, sigue siendo insuficientemente explicativa toda visión por poco mecanicista que sea o causal, de los efectos de la organización del tra-

[12] Según la terminología usada por la autora del artículo en la I parte, *A propósito de las relaciones sociales de sexo*, de esta obra.

bajo sobre los individuos, porque las mismas causas no producen los mismos efectos.

A mi entender es necesario por lo tanto:

1 - hacer funcionar con más agudeza la dimensión organización del trabajo, distinguiendo, por ejemplo, mucho más sistemáticamente los niveles de control técnico y de control social.

2 - considerar que en la escena del trabajo hay otras variables además de la de organización del trabajo, que pueden oponerse al deseo. Y ahí pienso en todo lo que se refiere a las cuestiones del empleo y de la relación salarial, todo lo que concierne al problema de la actividad y del trabajo doméstico. Por eso Damien Cru, cuando presentó su exposición en este seminario (cf. nota precedente), habló del poder terapéutico del trabajo. Remitió al trabajo calificado "de métier", que tiene poder estructurante e historicista. Ahora bien, para las mujeres, me parece que más que el trabajo sería la actividad la que podría tener semejante efecto terapéutico (pienso en una mujer que decía: "el trabajo, ése es mi medicamento"), mientras que la inactividad y la pérdida de empleo pueden provocar enfermedad. Se puede afirmar la hipótesis (que resta profundizar) de que el placer, en el caso de las mujeres, estaría vinculado primeramente con la actividad, mientras que para los hombres, placer y sufrimiento se relacionan más directamente con el trabajo y la organización del trabajo.

De ahí la necesidad de distinguir -para mí que soy socióloga, tomando en cuenta las relaciones sociales de sexo- la relación con el trabajo, con el empleo, con la actividad. El estudio efectuado sobre el trabajo a tiempo parcial retomó esta tipología y la hizo funcionar cruzándola con el lugar en la producción (en el caso presente: empleadas domésticas (*femmes de ménage*), vendedoras, obreras. oficinistas). Entonces se advierte bien cómo se pueden establecer modelos combinatorios que, en el contexto, permitían explicar la relación (positiva o negativa) con el tiempo parcial, pero que también pueden permitir reflexionar sobre el sufrimiento y el placer en el trabajo.

Todas esas cuestiones que a propósito presenté aquí separadas, conducen a la síntesis que ahora va a proponer Helena Hirata relativa a las relaciones y a las divergencias epistemológicas entre Psicopatología del trabajo y división sexual del trabajo.

IV. Psicopatología del trabajo y división sexual: convergencias y divergencias*

HELENA HIRATA

1. Convergencias entre el enfoque psicopatológico y el de la división sexual del trabajo:

La contradicción en la práctica de la división del trabajo, entre el carácter social del trabajo y la apropiación privada del beneficio, no tiene un carácter de exclusividad ni de preeminencia: la Psicopatología del trabajo muestra la importancia de otra contradicción: la que existe entre el carácter social del trabajo y el carácter singular de la enfermedad mental, que introduce así la noción de subjetividad actuante, involucrada en el proceso de trabajo. De la misma manera, una sociología "que develе" las relaciones de opresión y de dominación entre varones y mujeres en el universo del trabajo asalariado y en la familia tiende a indicar la existencia de otras contradicciones fuera de la creada por la relación de explotación. Se vincula con el modo psicopatológico en la afirmación de relaciones intersubjetivas no comerciales fundamentales para la reproduccción misma del circuito de intercambio mercantil[13]. En los dos casos, hay una crítica implícita de los enfoques objetivistas, en un caso "alegando" en favor de un análisis en términos de relaciones sociales (cf. el texto

* (De: "Plaisir et souffrance dans le travail", Séminaire interdisciplinaire de Psychopathologie du Travail, T.II, Ed de l'AOCIP, 1988, p.131-163).

de D. KERGOAT, 1984), y en el otro en favor de un análisis de los fenómenos psíquicos "en una problemática relacional" (cf. C. DEJOURS, 1986, p.185).

Parece posible un segundo acercamiento entre esos dos modos. Se trata del movimiento que apunta a cuestionar lo que, en cada una de las dos disciplinas, se presenta como formas dominantes de razonamiento. Esta "revolución copernicana" (C.DELPHY et D.KERGOAT, 1984) que descubre las contradicciones de sexos bajo la aparente estabilidad de las categorías sociológicas universales, de hecho masculinas, es simétrica con la del "vuelco epistemológico" (Cf. C. DEJOURS (comp.), 1988, T.I, p.15-25) que pregunta con sorpresa más bien sobre el equilibrio y la salud en las condiciones dadas de trabajo, que sobre la enfermedad... Duplicando ese "vuelco", los enfoques psicopatológicos y por la división sexual del trabajo, instauran una ética en el mismo movimiento. Invirtiendo los valores establecidos tradicionalmente, tratan de reconocer lo que hasta el momento se había considerado sólo negativo: es, en nuestra opinión, el tercer acercamiento significativo entre las dos disciplinas.

En efecto, a partir de una problemática de las relaciones sociales varones-mujeres, se puede tratar de tornar visible lo que antes era invisible, confiriendo al trabajo doméstico de las mujeres el estatuto de trabajo, con el mismo título que el trabajo profesional. Contra esta idea difundida de que las mujeres "no trabajan" o "no hacen nada" en el hogar, se puede sostener, demostrándolo, que el trabajo doméstico exige tiempo, gasto de energía e incluso un esfuerzo físico considerables. Y sólo haciéndose cargo simultáneamente del trabajo, doméstico y asalariado, se puede ver nacer el valor.

Nos parece contundente la similitud con el modo de la Psicopatología del trabajo que consiste en decir que el trabajo de los obreros no calificados-OS, considerado por todos un trabajo

[13] Consideramos la relación varones-mujeres tanto en su dimensión de relación entre grupos sociales como en su dimensión de relación intersubjetiva. No es pues reductible a la relación de explotación, que presupone el concepto de fuerza de trabajo, que en su abstracción, parte de una supresión de esta diferencia entre los sexos.

"fácil" y "descalificado", demanda en realidad una energía considerable. Contra la evaluación corriente del trabajo repetitivo, monótono, parcelizado, como sin valor, porque es fácil de cumplir, la Psicopatología del trabajo muestra todo el esfuerzo psíquico necesario para arribar a someterse a la organización científica del trabajo. Un ejemplo muy ilustrativo de ese mismo tipo de enfoque en Sociología consiste en el análisis de los orígenes de la descalificación femenina, efectuada por D. Kergoat: las mujeres consideradas descalificadas y por lo tanto desvalorizadas socialmente, tendrían de hecho canales no reconocidos de calificación -fuera de los circuitos corrientes de formación profesional: las obreras no especializadas-OS, estarían así muy calificadas para el tipo de trabajo que se les asigna. Es evidente allí el vuelco, que implica un cuestionamiento completo de los valores, que se efectúa en el mismo sentido, en los dos casos.

2. Masculinidad y femineidad: las identidades sexuales "explotadas" por el trabajo:

Nuestras encuestas de campo, realizadas en el marco de la empresa mostraron claramente que había fábricas de mujeres y fábricas de hombres y que las cualidades requeridas para las obreras y obreros eran casi opuestas, al punto de tornar difícil toda comparación. La encuesta en un establecimiento de construcción eléctrica indicó hasta qué punto estaban contrastadas las aptitudes requeridas. Se pedía a los obreros varones fuerza física y resistencia para efectuar un trabajo más pesado, más sucio y más peligroso y, a las obreras, la ejecución de trabajos considerados más fáciles, más livianos y más limpios. A partir de eso, las obreras y los obreros mismos decían que el trabajo de las mujeres era "mejor" y el de los hombres "peor". En la medida en que estos últimos soportaban la dureza, el riesgo (aceptación del peligro) y una mayor responsabilidad, eran considerados por los hombres y por las mujeres encuestados, como merecedores de una remuneración más alta.

Esos atributos de las tareas masculinas y femeninas en el universo del trabajo, lejos de ser particulares a los estudiados en el establecimiento citado, parecen estar muy difundidos. Se podría afirmar que existe una ética y una estética de la sumisión femenina a las que corresponden una ética y una estética de la fuerza física, de la resistencia a los trabajos sucios e insalubres, y del coraje para las tareas peligrosas, que define la masculinidad.

A partir de la consideración social de estos atributos físicos y de estas actitudes como positivos y fundamentales para la definición de una identidad viril, deriva la aceptación por parte de los obreros varones de condiciones penosas e insalubres (como en el estudio de caso citado), condiciones que cualquier obrera rechazaría y que los gerentes excluyen también por ser incompatibles con la "fragilidad" de las mujeres.

Pero evidentemente, cuando es necesario, tal resistencia desaparece y las mujeres pueden hacer tareas pesadas e insalubres (como en la rama textil). Las fronteras de la masculinidad y de la femineidad sociales son relativamente móviles y parecen depender hasta cierto punto de las exigencias del sistema productivo en cada período histórico. Sin embargo, el capital mismo parece oponerse a una transitividad total de los atributos sexuales más o menos rígidos por talleres y por puestos. Una de las razones de semejante segregación sería -según una hipótesis surgida de la encuesta citada- la de crear una situación de no-comparabilidad entre las funciones masculinas y femeninas dentro de la fábrica, evitando así el crecimiento de reivindicaciones de igualdad.

Curiosamente, las opiniones expresadas por los obreros durante la encuesta mostraban que no reconocen la destreza, la paciencia, la minuciosidad, como cualidades específicamente femeninas. Era como si la relación de dominación de los varones sobre las mujeres reapareciese dentro mismo de las éticas sexuadas, dándoles la sensación de superioridad en las competencias. Podían, según ellos, ejecutar bien las tareas que les estarían destinadas, pero también las de las mujeres (lo que no era la opinión del personal jerárquico de las fábricas mixtas en general).

Hablaban como si no tuvieran conciencia de hasta qué punto el trabajo femenino de montaje constituye una amenaza potencial para su virilidad: un trabajo donde es inútil la fuerza física que poseen pero que, al mismo tiempo, exige un atributo que no tienen: la destreza manual.

Lo que nos parece importante en todo esto para la Psicopatología del trabajo es que se trata ahí de una representación social de la virilidad y de la femineidad, lo que apoya esta representación que es además considerada -al menos para los hombres- como fuente de placer. Así, una encuesta en una empresa multinacional francesa productora de vidrio en Brasil, mostró que el placer en el trabajo estaba asociado:

- a la idea de un trabajo viril, de una tarea considerada "peligrosa" por los demás -los que no tenían su experiencia-. "No hay más que los varones y eso sí, hay que ser un Hombre con hache mayúscula";
- al trabajo efectuado dentro de un colectivo; el puesto estudiado -"despegar" el vidrio plano a la salida del horno- era ocupado por tres obreros que efectuaban las tareas ("despegar", "cortar" (émarger), "embalar", "almacenar" en un marco soporte) por turnos y controlaban la distribución de su tiempo;
- a la satisfacción relacionada con el cumplimiento del rol de proveedor, dado que la empresa remuneraba a esos obreros asignados a este puesto peligroso muy por encima del promedio salarial de esta región industrial y de los establecimientos del mismo tipo: "aquí el hombre sufre más, pero la familia vive mejor".

Este trabajo, considerado por la empresa como "peligroso e insalubre", es analizado como "satisfactorio" y fuente de "placer" según la palabra de los obreros. Esta paradoja se resuelve en términos de una "ideología defensiva" por la Psicopatología del trabajo. Estaríamos tentados de aceptar esta interpretación. En efecto, sin haber hecho una encuesta que trate específicamente sobre los temas de la Psicopatología del trabajo, estábamos sorprendidos al oír con mucha frecuencia, a los 26 obreros en-

cuestados sobre su trabajo, hablar en términos de placer y de satisfacción ahí donde las condiciones de ejecución de sus tareas parecían más bien duras y peligrosas. Hasta aquí, es menos evidente comprender por qué lo que está en la base misma de la paradoja -la aceptación de este tipo de trabajo por los varones y, únicamente por ellos- pasa silenciosamente por esta disciplina. Terminaremos pues en términos de cuestionamientos sobre el punto de partida de algunos análisis de la Psicopatología del trabajo.

3. El desconocimiento de la división sexual:

El análisis psicopatológico de las actividades de trabajo.

Podemos enumerar fundamentalemente tres puntos de desacuerdo o de diferencias en nuestro procedimiento con respecto al de la Psicopatología del trabajo.

Primeramente, el no tomar en cuenta la dimensión sexuada de la división del trabajo, es decir, el hecho de que el trabajo se plantee inmediatamente como trabajo masculino o femenino.

Ahora bien, tanto el análisis del trabajo monótono y repetitivo como el análisis de los colectivos de trabajo en la industria petroquímica y en la construcción y obras públicas no parten de esta comprobación fundamental: que el trabajo monótono y repetitivo esté asignado mayoritariamente a las mujeres en todo país industrializado, y que las industrias de proceso continuo y el BTP no emplean prácticamente más que a hombres. Hay desconocimiento del sexo de las personas involucradas en las actividades de trabajo estudiadas por la Psicopatología del Trabajo. Ahora bien, es según éste cómo la empresa elabora y aplica su política de gestión, en particular su política de control que es de naturaleza muy diferenciada para los varones y para las mujeres. ¿Cómo se puede hablar entonces del sufrimiento y del placer en el trabajo antes de considerar el tipo de control al que estén sometidos los trabajadores(as)?

En segundo lugar, el no tomar en consideración las implicaciones psicopatológicas de la representación social de la virilidad y de la femineidad. Ahora bien, como dijimos anteriormente, esta representación puede tener una relación directa con la vivencia del placer en el trabajo y puede también estar en la base de las ideologías defensivas del oficio.

No tener miedo no significa lo mismo para un hombre educado desde su infancia en la ética del coraje que para una mujer que deber ser débil y dependiente, y este imperativo no puede movilizar de la misma manera para el trabajo en la creación de colectivos de defensa según los sexos.

La Psicopatología del trabajo, en sus construcciones teóricas, tales como las de "ideologías defensivas del oficio", se ahorra sin embargo la referencia primera a las identidades sexuadas. En sus elaboraciones está ausente una conceptualización en términos de masculinidad y de femineidad sociales, lo que no quiere decir que "virilidad" y "viril" no sean utilizados, en varias ocasiones, con respecto al comportamiento, por ejemplo, de los obreros de la construcción.

Parece claro que la introducción en el análisis del colectivo (cf. D. Cru, C. Dejours), de una problemática en términos de relaciones sociales de sexos llegaría a la deconstrucción de la formalización del colectivo y de la caracterización de las ideologías defensivas tales como las presenta la Psicopatología del trabajo.

En tercer lugar, el modo psicopatológico no realiza un análisis que articule estructuras familiares y sistema productivo, trabajo doméstico y trabajo profesional. Se halla centrado más fuertemente en el lugar de trabajo y en el ejercicio de la actividad profesional. Ahora bien, para nosotras, los estatus profesionales y las situaciones familiares de los varones y de las mujeres están relacionados de manera compleja y su análisis es inseparable.

La actividad profesional y la vivencia del trabajo o del desempleo contrastan mucho según se trate de un trabajador(a), padre de familia y proveedor, mujer casada, hombre joven soltero que vive con su familia de origen, madre soltera, etc... En el

análisis extremadamente interesante del desempleo desde el ángulo de la Psicopatología del trabajo efectuado por C. Dejours, surgen diferencias con mucha claridad en las relaciones entre trabajo-no trabajo/deseo/sublimación, según las clases sociales; sin embargo, no se consideran las implicaciones diferenciales de las situaciones familiares, sobre la experiencia de ruptura involuntaria de actividad.

Nuestra encuesta sobre la crisis económica y división sexual del trabajo en Brasil mostró que los hombres que tienen responsabilidades familiares permanecían menos tiempo desempleados que las mujeres, aceptando condiciones de trabajo más penosas y precarias. Igualmente mostró que la paternidad o la maternidad no tienen los mismos efectos sobre la vivencia del desempleo: son los obreros varones que tienen un "rol" de proveedores los que mencionan con mayor frecuencia los sufrimientos del desempleo relacionados con la paternidad y con la familia, citando la imposibilidad de hacer un regalo de cumpleaños a su hijo o de asegurar la continuidad de sus estudios, junto con los problemas financieros más inmediatos (alquiler, gas, electricidad, salud, etc...).

Finalmente, la experiencia vivida del desempleo parece ser - más allá de la prueba material que representa- un momento de cuestionamiento de su identidad social, en la medida en que la virilidad está asociada estrechamente con el estatuto profesional; la relación entre femineidad y empleo no es del mismo orden. El silencio de la Psicopatología del trabajo sobre esta cuestión es tanto más enigmático cuanto que ella parece estar mejor situada y mejor armada que la Sociología para abordarla.

La obrera*

MARIE HÉLÈNE ZYLBERBERG-HOCQUARD

Un discurso hoy discutido, pero que en otra época predominaba, afirma que una división de los roles y de las tareas derivados de la naturaleza, de las cualidades respectivas de los varones y de las mujeres, obliga a los primeros en su carácter de jefe a alimentar la familia mediante su trabajo, a procurarle los recursos necesarios, mientras que las segundas, destinadas a ejercer funciones maternales y domésticas, ejecutan trabajos de orden privado. Discurso sostenido, en particular, con respecto a las clases populares y en el movimiento obrero mismo; discurso del que se puede tratar de comprender las causas y los fines declarados o encubiertos, mientras se comprueba al mismo tiempo que jamás describió la realidad. Un alto porcentaje de actividad profesional femenina es hoy una especificidad francesa (las mujeres constituyen el 45% de la población activa) y lo era ya en el siglo XIX. Como en todas partes, la industria textil de la Revolución Industrial naciente estuvo ávida de mano de obra infantil y femenina pero, más que en otros lugares, las mujeres continuaron luego trabajando en el taller, al menos durante una parte de su vida; sobre todo, se dispersaron en numerosos sectores. En el transcurso del siglo XIX, aumenta la participación de las mujeres en los empleos industriales: estando por debajo del 30% durante la Monarquía de Julio, sobrepasa el 35% en vísperas de la Primera Guerra Mundial. Su participación en los servicios, principalmente domésticos, sólo es ligeramente más elevada (pasa del 35 al 38%). Después de la guerra y durante todo el siglo XX, su número en la industria aumenta en cifras absolutas pero, proporcionalmente, las mujeres son allí menos numerosas, mientras que ingresan masivamente en el sector terciario. Hoy ocu-

* (Cap.tomado de: PIGENET, M. y J. L. ROBERT. (coords.). *Le monde ouvrier aux XIX° et XX° siècle* (en prensa).

pan el 25% de los empleos industriales y más del 50% de los empleos del terciario: a comienzos de la década de 1990, 18% de las mujeres activas ocupadas pertenecían a la industria, frente al 40% de los varones. (O.MARCHAND & C.THÉLOT, 1991)

Servidumbres femeninas en el siglo XIX: auxiliar de un hombre o sirviente de la máquina

"Ganarás tu pan con el sudor de tu frente..."

Estas cifras, por próximas a la verdad que estén o traten de estarlo, ocultan una gran parte de las actividades femeninas. Sin hablar del trabajo doméstico que es, en los medios populares, en el siglo XIX y aun hacia 1950, más que hoy, un trabajo productivo y un trabajo de esfuerzo[1], los censos no toman en cuenta a las campesinas muy numerosas, o -a una parte de ellas- que se consideraban o eran consideradas únicamente como esposas de agricultores, confundiendo trabajo agrícola y trabajo específicamente doméstico. Sobre todo las mujeres -como también los varones, pero con un estatus específico vinculado con su rol social, trabajaron para la industria mucho antes de entrar en las manufacturas y en las fábricas, antes de ser contabilizadas con pleno derecho en sus estadísticas. Los campos superpoblados del siglo XIX ofrecían una mano de obra femenina barata, especialmente a todo un sector de la moda en expansión. Las campesinas proveían tanto una puntilla ordinaria ejecutada rápidamente mientras cuidaban el ganado, vigilaban a los niños o la marmita, co-

[1] "Como testigos de un pasado acabado, objetos, utensilios cotidianos ya casi olvidados, que recuerdan la dureza del antiguo trabajo doméstico: la chimenea, la cocina estufa, las numerosas vasijas, los baldes, la fiambrera, la viruta de acero, el cepillo de lustrar para pie, la lavadora de hojalata, el huevo para zurcir, (...) la realidad de una condición doméstica confrontada diariamente con la suciedad, la pesadez, la lentitud", Claudette Sèze, "Evolution des activités des femmes induite par la consommation de substituts sociaux au travail domestique: 1950-1980", Informe del programa de investigaciones "Activité féminine, vie familiale de la CNAF", citado por J. Comaille, 1993.

mo una puntilla en miniatura de gran complejidad, que exigía una atención constante y una formación, poco reconocida, mal paga, pero de la que podían estar orgullosas. Enhebrar perlas en un alambre es un trabajo ingrato y rudo para la yema de los dedos, pero simple. La labor de las mujeres del mundo rural permitió a Francia, durante todo el siglo XIX, ser una gran exportadora de los más variados rosarios que respondían a las necesidades de una clientela diversa. Se podrían multiplicar los ejemplos de esta actividad complementaria que hacía entrar dinero en casa de familias rurales que vivían todavía parcialmente del autoconsumo; en realidad, para las mujeres como también para algunos varones, el ingreso a la fábrica se preparó, sobre todo, en el marco de la proto-industria. Las esposas, las hijas, las sobrinas del hombre contratado en su propia casa como hilandero, tejedor o para fabricar toda una pequeña cuchillería de gran exportación en ese entonces, desempeñaban un papel indispensable como auxiliares: para que el trabajador ejecutara rápidamente su encargo, todo debía estar preparado, las herramientas, la trama para el tejedor... El no debía efectuar tareas anexas, por ejemplo, de limpieza. El padre, autoridad no discutida en la familia patriarcal, se convertía así en jefe de empresa, dueño del trabajo industrial de las mujeres de la familia, transformadas en obreras sin calificación reconocida. El salario no era, entonces, individual sino familiar: el padre recibía a la vez, el monto, por ser jefe de familia y por controlar la producción. En 1860, A. Audiganne describe a los tejedores de la campaña normanda:

> "Aquí la vida de familia está arraigada en la miseria: padres, madres, hijos e hijas pasan todo el día alrededor de los mismos telares, cada uno aporta a la producción según su fuerza (...). Los frutos del trabajo y los gastos cotidianos son también compartidos."(A. Audiganne, 1860)

Si bien esta organización doméstica de la producción en muy pequeña escala no estaba ausente de las ciudades industriales como Amiens, Roubaix o Rouen, se la encontraba especialmente en los pueblos. Los fabricantes apreciaban esta mano de obra prudente y eficaz lejos de las febriles concentraciones urbanas. Con el tiempo esta práctica vio disminuir su peso relativo. Bajo

el reinado de Luis Felipe, 30.000 obreros y obreras trabajaban para la industria lanera de Roubaix, la mayoría de ellos en pequeñas casas rurales; bajo el Segundo Imperio, casi todos, y en particular las mujeres, habían entrado en las fábricas. Sin embargo, esta práctica fue desapareciendo muy progresivamente; en Francia, en vísperas de la Primera Guerra Mundial, todavía quedaban vestigios[2].

Las necesidades económicas y sociales condujeron a las mujeres a las fábricas desde el comienzo de la Revolución Industrial, por lo tanto en primer lugar hacia la industria textil. La mina es masculina, en Francia; pocas mujeres bajan al fondo, aún antes de que la ley de 1874 les prohibiera el trabajo subterráneo; ellas se quedan en el descargadero como cribadoras de carbón principalmente y en general eran, jovencitas o viudas. La división social del trabajo, la imagen construida de lo femenino definen el lugar atribuido a cada uno de los sexos en el proceso de producción, el salario que cada uno puede pretender, el perfil de las carreras profesionales. En el campo, en un marco donde producción, consumo y vida familiar estaban íntimamente entrelazados, las tareas femeninas y masculinas ya estaban determinadas de manera obligatoria y jerarquizada. En las ciudades preindustriales, muy marcadas por querellas de prerrogativas para el ejercicio de tal o cual oficio, se diferenciaban las ocupaciones calificadas como masculinas de las calificadas como femeninas, pero los respectivos criterios podían variar de una región a otra. Más adelante, es difícil separar con precisión el trabajo profesional del trabajo de mantenimiento, para las mujeres

[2] Así, a comienzos del siglo, en el sótano-taller de su pequeña casa, un patriarca más bien pensante del norte de Francia sufre y hace sufrir a su mujer y a sus muy numerosos hijos, desde las 4 de la mañana hasta las 22:00, la esclavitud diaria y cadenciada de los pedales de arcaicos telares, antes que resignarse al trabajo de la fábrica para él y los suyos. Sin embargo, el precio de las piezas de lino que entrega cada semana al contratista, obrero que recolecta para el patrón el trabajo de todos, es tan bajo que, en el verano, toda la familia debe ir a trabajar en los campos lejanos para pagar el pan de cada día. El padre se empeña en conservar a su familia alrededor de él, bajo su dependencia y una continua vigilancia. La esposa se ocupa a la vez del cuidado de la familia y del trabajo industrial. Cf. Serge GRAFTEAUX, 1974.

ocupadas en pequeños talleres; así, las devanadoras lionesas: "ovalistes", obreras jóvenes que preparan las bobinas de seda para los "canuts"[3], se alojan en el taller en condiciones deplorables, están disponibles en todo momento, como las domésticas; pero por otra parte los varones del taller, aun los solteros, tienen su dormitorio en la ciudad:

> " Estas son las verdaderas hijas del taller, donde se alimentan y alojan; se sienten ligadas a él como a otro hogar familiar (...). Son dulces, corteses, obedientes, bien dispuestas a todos los servicios internos y no se cansan ni se quejan". (C.Reybaud, 1869)

En estas condiciones, parece legítimo que, en la fábrica, ocupen puestos específicos, sexualmente determinados. Puestos no calificados; para las mujeres basta una vaga información, jamás formación seria, ni dentro de la empresa ni en un marco escolar. Elisa Lemmonier, una sansimoniana impresionada por el pensamiento de Fourier, después de haberse interesado por los talleres femeninos creados en 1848, funda en 1856, con el fin de luchar contra el desempleo, una "sociedad para la enseñanza profesional de las mujeres". Sin embargo, cuando en 1862, se abre en París el primer curso de enseñanza profesional femenino, barato y laico, las obreras de la industria son omitidas. Las alumnas reciben una enseñanza general, una enseñanza doméstica y pueden elegir entre seis tipos de formación profesional: costura, lencería, dibujo sobre tela, grabado, comercio, pintura sobre porcelana. Cuando las municipalidades o los patrones financian escuelas para las niñas que egresan de la escuela primaria, son siempre de enseñanza doméstica.

> "Al hombre, la madera y los metales; a la mujer, la familia y los tejidos" (Un delegado obrero francés en la Exposición Universal de Londres, 1867).

Los textos del siglo XIX, ya sean escritos por notables o por militantes obreros, insisten en la simultaneidad del ingreso de las mujeres y de las máquinas en la empresa, con el aporte de

[3] "canut" nombre que se da a los trabajadores de las fábricas de seda de Lyon (Diccionario Robert. Nota de las traductoras).

unas y otras en economías y rendimientos crecientes. En efecto, las mujeres poco calificadas, pero con una habilidad manual cultivada desde la infancia, dóciles al ritmo repetitivo de las cadencias y poco exigentes en cuanto a los salarios, entraron masivamente en las hilanderías y talleres de tejido de lana y de algodón; a comienzos de la Monarquía de Julio constituyen el 60% de la mano de obra total de ese sector:

> "En otra época, el obrero era una fuerza inteligente, hoy no es más que una inteligencia que dirige una fuerza. La consecuencia inmediata de esta transformación fue remplazar casi en todas partes a los varones por mujeres, en virtud de la ley de la industria, que la impulsa a producir mucho con poco dinero, y de la ley de los salarios, que los rebaja continuamente al nivel de las necesidades para el trabajador sin talento." (J. Simon, 1861)

¿Trabajo de la industria textil, es trabajo de mujeres? Si y no; se debería especificar trabajo de algunas mujeres: las carreras femeninas son discontinuas, se negocian siempre en función de las necesidades familiares. La jovencita empieza a trabajar muy pronto y continúa haciéndolo mientras es soltera (en Roubaix, a comienzos de la Tercera República, 68% de las obreras de más de 15 años no eran casadas), la esposa con hijos muy pequeños a menudo retorna al taller, aunque prefiera tratar de ganar unos centavos, por medio de trabajitos en el vecindario, costura, lavado de ropa para comerciantes, etc... La presencia de niños o de ancianos muy viejos en su hogar la obliga, a veces, a buscar un trabajo a domicilio, la peor forma de explotación. Cuando los hijos crecieron y, a su vez, como su madre lo hacía siendo soltera con sus padres, aportan su contribución al presupuesto familiar; es más ventajoso para todos que la madre se dedique al cuidado de la fuerza de trabajo familiar permaneciendo en el hogar. Si la mujer se queda sola, ya vieja, se la encuentra en la fábrica ocupada en pequeñas tareas simples y mal pagas. ¿Se puede, en estas condiciones, afirmar que el trabajo industrial femenino rompe los lazos familiares? (L. A. TILLY et J. SCOTT, 1987). ¿Ante las negociaciones permanentes entre obra de producción y obra de reproducción, se puede hablar de un salario individual para las mujeres? Consideremos que la incapacidad jurídica de la

mujer casada no le permite percibir personalmente su salario, hasta que, en 1907, una ley le da ese derecho.

En su encuesta de 1839, Villermé deplora las condiciones de trabajo de los niños y de las mujeres en la industria textil, la escasez de los salarios femeninos; en 1861, Jules Simon, en *La Obrera*, evoca con un optimismo sorprendente, la vida en la fábrica de la cuidadora de la carda; el trabajo es fácil: ella vigila la marcha de la cardadura y se contenta con ligar de tanto en tanto un hilo cortado; la sala donde trabaja, comparada con su domicilio es una estancia agradable, por su buena aereación, su limpieza y su alegría; recibe un salario elevado, al menos muy superior al que podría esperar ganar con la costura o con el bordado. ¿Jules Simon trataría de elogiar el trabajo asalariado femenino? Por cierto que no, pues, por una parte, esta actividad desorganiza el hogar, mientras que "los hábitos de la vida de familia son necesarios para la renovación de los caracteres y, en consecuencia, para la salud espiritual de esta sociedad inteligente y sufriente"; por otra parte, el trabajo en el taller, en la promiscuidad de los sexos y de las edades, arruina el sentido moral tan frágil de los proletarios. La presencia de las mujeres en las fábricas, los riesgos de agresión que allí corren, los comportamientos de los obreros y de los capataces para con ellas dan origen a toda una literatura moralizante y comprensiva. Esos textos, aunque sean a menudo simple justificación hipócrita, con el fin de alejar del taller a las que representan una competencia peligrosa para sus compañeros, son también a veces un frío testimonio de la realidad. (M. V. Louis, 1994)

Algunos patrones parecían haber encontrado un remedio: los conventos-fábricas. Existen casi únicamente en un sector, el de la seda. Se extendieron en el "Delfinado" después de las revueltas de los "Canuts", de 1831 y 1834, y constituyen bastiones de moralidad frente a los desórdenes de las ciudades industriales donde hasta las obreras mismas sufren el contagio. (C.Auzias et A. Houel, 1982). Se construyen edificios muy grandes en pequeñas aldeas; entonces, basta con reclutar en los campos de los alrededores, niñas muy jóvenes, brazos inútiles en las gran-

jas, y con llamar a religiosas para darles un marco; algunas congregaciones se crearon especialmente para esta misión:

> "Las obreras llegaban al hogar-pensionado, todas las semanas, el lunes por la mañana, a partir de las seis, provenientes de diversas localidades situadas en un radio de 30 km. Se las transportaba en grandes carros tirados por caballos y se retiraban el sábado después de las diecinueve"[4].

Las religiosas, raramente supervisoras, vigilaban con preferencia lo no relacionado con el trabajo: daban a las jóvenes buenos hábitos de orden, de obediencia y de piedad, preparando de este modo ángeles del hogar robustos y dóciles. Las reivindicaciones, a fortiori la huelga, eran allí inconcebibles; sólo hubo una excepción: en 1886, en Chateauvilain, al chocar las jóvenes con los gendarmes, muere Henriette Bonnevie, quien defendía el derecho de orar en una capilla situada en el recinto de la fábrica. Los conventos-fábricas, que se multiplicaron en la década iniciada en 1880, cierran unos tras otros entre las dos guerras. Las comunicaciones son en adelante más rápidas y más densas; obreros, sindicalistas de otras empresas, se rebelan contra una forma de alienación que alcanza particularmente a las jóvenes, sus hermanas, sus futuras esposas, contra el escaso salario justificado por la existencia de ventajas en especie, y contra el recurso sistemático a una mano de obra extranjera, casi infantil y aún más sobreexplotada.

Volviendo al ámbito, femenino por excelencia, del trabajo de las telas, los oficios de las "obreras de la aguja" se diversifican, a la vez que aumenta su número con la industrialización. La confección en todas sus formas y la decoración de interiores que se democratizan ofrecen empleos en el taller o a domicilio, (M. DUBESSET, M. ZANCARINI-FOURNEL, 1993) : costura, lencería, corsetería, tejidos de punto (bonetería), bordado a mano o a máquina, sombrerería, pasamanería, flores y plumas... pero también calzados. Los talleres de Alexis Godillot en Saint Ouen y en Pa-

[4] Testimonio de Louis Piraud que vivió de 1901 a 1919 cerca de la fábrica-convento de la Grande-Combe, citado por el catálogo de la Exposición: Chronique des Usines-pensionnats, 1986.

rís emplean una numerosa mano de obra femenina; en Fougères, las mujeres remplazan cada vez más a los obreros calificados, que se declaran en huelga para tratar de detener esta evolución. A comienzos de la Tercera República, la fabricación en gran escala de las máquinas de coser, para telas pero también para cuero; más tarde, la difusión de la electricidad, permiten a algunas mujeres volver a su hogar, a otras tornar más eficaz un trabajo que hasta entonces efectuaban manualmente con aguja; ellas confunden nuevamente, en jornadas interminables, trabajo doméstico y trabajo industrial. Mil oficios son mil calamidades, ya que, por ser específicamente femeninos, sólo permiten ganar un salario "complementario", porque al depender de la moda, sufren sus contingencias; cada año se ve llegar, con angustia a "la muerta" (temporada sin actividad) que sucede a un período de "apuro", durante el cual la jornada de trabajo no tiene fin; la ley de 1892, que prohibe a las mujeres el trabajo nocturno se ve derogada en esos momentos.

Profesión: obrera

Diversificación del trabajo industrial femenino:

El número de las mujeres en la fábrica aumenta del mismo modo que la profundización y la ampliación del campo de sus actividades. Poco presentes en la metalurgia, son, sin embargo, numerosas en todos los sectores nuevos, como el de la alimentación: las fábricas de azúcar, de conservas de legumbres y de pescados; las industrias químicas: agua lavandina, fósforos, tabacos, (M. RIOT-SARCEY, M. H. ZYLBERBERG-HOCQUARD (coord.), 1987), y la imprenta. La instrucción obligatoria y la mecanización de la profesión les abren ese sector masculino, no obstante estar ferozmente protegido por los varones. Ellas penetran rápidamente en la muy reciente industria eléctrica:

> "Al primer paso me vi obligada a detenerme. ¡Qué calor! Para ahogarse (...). A derecha y a izquierda, a un metro una de otra, se levantan las máquinas que sirven para el bombeo (...), una

obrera trabaja a la vez con cinco aparatos, es necesario que pueda desplazarse fácilmente. Para esto, está sentada en un carro que rueda sobre dos carriles, compuesto por un asiento estrecho y una plataforma sobre la que reposa una caja que contiene los focos a fabricar"[5].

Las mujeres entraban en la fábrica al mismo tiempo que las máquinas; desde la víspera de la Primera Guerra Mundial, ellas penetran en numerosos sectores nuevos con la racionalización del trabajo: en el automotriz, por ejemplo, los carroceros, los mecánicos muy calificados tratan de oponerse a la entrada de los migrantes rurales y de las mujeres, factor de descalificación, de disminución de los salarios y del reconocimiento social (P. FRIDENSON, 1987). Desde su origen, una gran parte del trabajo industrial femenino era segmentado, las obreras eran partistas (*piéçardes*)[6], tanto en las fábricas de botones, en los talleres de acondicionamiento de productos alimenticios como en la confección; en el taller, algunas, por ejemplo, no hacen más que mangas; en su casa, se contentan con ensamblar elementos previamente preparados por otros. La guerra de 1914-1918 acentúa este fenómeno, puesto que es necesario producir rápido con una mano de obra inexperta. Cuando las "municioneras" *(munitionnettes)*[7], con la doble misión que se les asigna: tornear obuses y dar hijos a la Patria, entran en la metalurgia, es preciso imaginar una organización del trabajo diferente (M. DUBESSET, F. THÉBAUD, C. VINCENT, 1977)

En 1919 ¿emerge una nueva obrera? No, las mujeres que, en 1917 representaban el 45% de los obreros, eran simplemente

[5] Marcelle Capy, periodista de la Bataille Syndicaliste, efectúa un reportaje, en setiembre de 1913, sobre la vida de la clase obrera femenina. En los años inmediatamente anteriores a la guerra, la C.G.T. trata a la vez de hacer participar a las obreras en la vida sindical y de comprender su situación y sus necesidades específicas. Para entregar a su Diario una serie de artículos, M. Capy se hace contratar como obrera, por un tiempo, en la fábrica de las lámparas Osram de Ivry.

[6] *"piéçarde"*: partista, palabra derivada de *"pièce"* pieza, parte (Diccionario Robert. Nota de las traductoras).

[7] *"Munitionnette"*: obrera que fabrica *"munitions"*, explosivos y proyectiles necesarios para cargar las armas de fuego. (Diccionario Robert. Nota de las traductoras)

remplazantes que se procuraba hacer volver a su casa, hacia sus funciones tradicionales. El 5 de mayo de 1919, la señora Boutroux, presidente de *la Asamblea para el enrolamiento voluntario de las mujeres al servicio de la Patria* declara en la asamblea general:

> "Sería odioso que, al volver, los maridos encontrasen su lugar ocupado y debiesen luchar contra reivindicaciones a menudo legítimas pero que, al surgir en ocasión o inmediatamente después de la guerra, se tornarían a priori condenables. Los que desde hace 5 años atravesaron todas las pruebas, todos los peligros (...) desearán encontrar su casa alegre y bien cuidada".(Citado por F.Thébaud, 1986).

En el siglo XIX, al tiempo que florecían las palabras acerca del papel maternal de las mujeres, la legislación del trabajo se había preocupado poco al respecto. Recién en vísperas de la guerra, las trabajadoras reciben el derecho de descansar 8 semanas en ocasión del parto, con expresa prohibición al empleador de romper su contrato de trabajo, y estas leyes, que se completan después de 1919, responden más a un objetivo de natalidad[8] que a la preocupación por mejorar las condiciones de vida de las madres laboriosas; en nombre del patriotismo se protege a la familia, no al individuo femenino; las asignaciones familiares creadas en 1932 persiguen el mismo fin, sin mucho más resultado. Las que, a pesar de todo, siguen activas lo hacen ahora, más bien, en el sector terciario; mientras que antes había proporcionalmente más mujeres entre los obreros que entre los empleados; las oficinas se feminizan. Los "señores burócratas", con su hermosa letra, son remplazados por la pequeña estenodactilógrafa detrás de su máquina de escribir. De ahí que la imagen de la oficina se modifique, así como la de la mujer asalariada, señorita con sombrero y no ya solamente mujer con su cabeza descubierta o con gorro. Pero la guerra no cambió en nada las relaciones de sexos en el trabajo. En esta clase obrera tan diversa como siempre pero ahora bien delimitada, con una fuerte conciencia

[8] Ya Jules Simon, en la Conferencia internacional sobre la legislación del trabajo de Berlín, en 1890, afirmaba que las licencias por maternidad para las trabajadoras debían ser otorgadas "en nombre del interés superior y evidente de la raza humana". Citado por Joan W Scott: "La travailleuse", in G.DUBY et M.PERROT (comp.).*L'Histoire des femmes en Occident*, 1991

de sí misma, el lugar ocupado por las trabajadoras industriales es todavía más invisible, la fábrica se encarna de ahora en adelante en el metalúrgico; detrás de su poderosa y triunfante estatura viril, la obrera desaparece. Agreguemos la incapacidad jurídica de la mujer casada, que hace de ella una menor, y el legislador cree necesario precisar, el 12 de marzo de 1920, que las esposas pueden sindicalizarse sin la autorización de sus maridos, a pesar de la existencia del artículo 4 de la ley de 1884 que autoriza las asociaciones profesionales:

> "Las mujeres casadas que ejercen una profesión o un oficio pueden, sin autorización de su marido, adherirse a los sindicatos profesionales y participar en su administración y dirección".

Sin embargo, las mujeres casadas deben obtener siempre la autorización marital para trabajar. Y si bien los sindicatos se pronuncian menos fácilmente que antes de 1914 por el retorno de las mujeres al hogar, los obreros lo desearían, y en períodos de crisis lo reclaman, sobre todo cuando no se trata de su propia esposa. No obstante, las obreras representan todavía más del 30% de los efectivos industriales. Son hijas y esposas de obreros, (la endogamia es cada vez más fuerte entre ellos), "sirvientitas" que con la guerra aprendieron el camino de la fábrica y que ya no quieren volver a su antigua servidumbre; mientras que una trabajadora de cada cuatro era una empleada doméstica (MARTIN-FUGIER, 1985), su número se dividió por dos. Son también extrabajadoras a domicilio; entre la guerra y la crisis, su número cayó a la mitad.

Junto con los inmigrantes, las obreras permiten instaurar en Francia la Organización Científica del Trabajo:

> "Las mujeres se distinguen por su energía, su habilidad en los trabajos que exigen una sensibilidad motriz muy grande, movimientos rápidos y precisos. La mujer es, por otra parte, ahorrativa, previsora por naturaleza y aun codiciosa; una leve ganancia suplementaria basta a veces para hacerla trabajar más allá de sus fuerzas." (M. Frois, 1926)

Al mismo tiempo, ellas proveen una mano de obra barata a todos las empresas arcaicas que son todavía muy numerosas, con sus patrones por derecho divino, su jerarquía opresiva, su

escaso salario por un trabajo que sólo exige hábito y rapidez y con sus lamentables condiciones de higiene. La industria textil, en especial, ofrece numerosos ejemplos de esta situación y sigue siendo una industria de mano de obra: en 1929, cuenta con 900.000 trabajadores de los cuales más de la mitad son mujeres:

> "Llegamos a un patio sobre el que se abrían un garaje y tres talleres, que debían haber sido antes cocheras y galpones (...) "¿Es la nueva?", preguntó un hombre alto y fuerte aproximándose. "¡Eh Mimí, mostrale cómo se hace el moldeado y la selección", agrega dirigiéndose a la obrera que me había traído (...). Pronto estuve al corriente del trabajo, muy simple (...). Me puse a conversar informándome sobre el salario y las horas de trabajo: "Es bastante feo, me dijo la pequeña Mimí; 2,20 francos por hora, y nueve horas y media de trabajo por día[9]. Y además siempre de pie. Lo más duro está en "la barca"(...). No era complicado, pero al cabo de diez minutos, estaba completamente bañada en sudor"[10].

La crisis de los años treinta afecta a los hombres y a las mujeres de diferente manera: por una parte, las trabajadoras son, con frecuencia, las primeras en ser despedidas, pero la escasez de su exigencia en materia salarial lleva a veces a las empresas a preferirlas en lugar de los varones. Sobre todo, las obreras, sin calificación reconocida, sin apego particular a tal o cual tipo de trabajo, atraviesan la crisis cambiando frecuentemente de empleo: pasan de la metalurgia a la costura, de la costura al comercio, del comercio a los servicios. Si se las interroga muchos años después, habiendo ya llegado a la edad de la jubilación, las mujeres de los medios populares afirmarán, con cierto orgullo, que nunca trabajaron tanto como durante este período de desocupación.

Para las obreras, dominadas, explotadas y alienadas pero, al mismo tiempo, persuadidas de la dignidad del trabajo, las huelgas del Frente Popular representan una especie de reconquista provisoria de sí mismas:

[9] La jornada de trabajo era de 10 horas para las mujeres y los niños desde 1900 y, en 1919, una ley la había reducido a 8 horas para todos.

[10] Una asistente social industrial hace, en 1928, su pasantía en una fábrica parisina de medias. Cf. A. FOURCAUT, 1982.

> "¿Qué otros recuerdos aún? Ellos se presentan demasiado confusos. Mujeres que esperan ante la puerta de una fábrica (...). Llueve a cántaros. Las mujeres están afuera bajo la lluvia ante esa puerta abierta. ¿No es lo más natural refugiarse cuando llueve y la puerta de una casa está abierta? Pero este movimiento tan natural ni se piensa en hacerlo ante esta fábrica, porque está prohibido. Ninguna casa ajena es tan ajena como esta fábrica donde diariamente consumen sus fuerzas durante 8 horas (...). Ni bien se sintió disminuir la presión, inmediatamente los sufrimientos, las humillaciones, los rencores, las amarguras amasadas silenciosamente durante años constituyeron una fuerza suficiente para aflojar la atadura. Es toda la historia de la huelga." (S. WEIL, 1979)

Mantener el taller y las máquinas no es solamente, en estas circunstancias, mantener en buen estado las herramientas de trabajo, es también retomar su actividad laboral. Tejer mientras se participa de un piquete de huelga, no es sólo no aceptar quedarse inactiva, lo que es un deber para toda mujer, es asimismo hacer de la fábrica un lugar familiar.

> "Soy una minita vaga y caprichosa, una ingenua exagerada. Estoy en las nubes. Sin embargo, yo laburo también, yo hago lucha de clases, yo hago sindicato, tengo compañeras y temas de conversación honorables". (D. LETESSIER, 1980)

Desde comienzos del siglo hasta 1960, la tasa de actividad de las mujeres, de alrededor del 35%, casi no se modificó; luego se elevó alcanzando el 44% a partir de 1981 y el retardo de la economía francesa desde 1973 no impidió la prosecución de la feminización de la población activa. Las mujeres, más aún que los varones, entraron masivamente en el salariado. Las campesinas jugaron un papel importante en esta mutación, porque las empresas descentralizadas fueron a buscar entre ellas nuevas trabajadoras no calificadas y dóciles. En el norte de Francia, el agotamiento de los yacimientos de carbón no sólo obligó a los mineros a reconvertirse, sino que también llevó a sus esposas a olvidar la tradición saliendo del hogar. Los empresarios de la industria textil, y sobre todo de la confección, aprovecharon la oportunidad:

> "Allí encuentran un reservorio de mano de obra tanto más fácil de movilizar cuanto que la reconversión de los mineros hundió a familias enteras en la angustia"·(A. BORZEIX, M.MARUANI, 1982)

Esta evolución va acompañada por dos cambios de práctica, para nada habituales: por una parte, la continuidad de la carrera profesional femenina (a partir de 1965, la actividad de las mujeres de entre 25 y 45 años, esposas, madres de niños pequeños experimenta un rápido crecimiento); por otra parte, la búsqueda, no siempre exitosa, de un trabajo de tiempo completo. Por último, la progresión del número de las obreras continúa pero mucho más lentamente que la de las mujeres asalariadas, a lo largo de un siglo y medio; sufre aceleraciones, interrumpidas por estancamientos e incluso retrocesos. Los años 30 y más aún los años 80 se caracterizan, en este campo, por una señalada caída tanto en cifras absolutas como en porcentajes. Existe estabilización de las mujeres en la actividad a largo plazo, pero es difícil hablar de carreras de obreras. En primer lugar, porque son numerosas aún las que dejan de trabajar para criar a sus hijos o las que desean hacerlo; los barrios, los pueblos en los que viven ofrecen poca ayuda para el cuidado de los niños pequeños, y la escasez de sus salarios las lleva a un simple y rápido cálculo de rentabilidad. Además, y sobre todo, porque las mujeres raramente se quedan toda su vida en la empresa: la fábrica recibe a niñas muy jóvenes, en las que se sigue apreciando la destreza y la rapidez. Obreras jóvenes que entran luego en un comercio popular como cajeras-gondoleras, para volver al taller, o buscar un empleo a domicilio:

> "Es que ellas trabajan raramente toda su vida en una fábrica. Muy por el contrario, van y vienen de la actividad a la inactividad, pasan del sector secundario al terciario y ocupan empleos cuya doble característica es la de ser diferentes unos de otros pero siempre sin calificación y subpagados: obreras, empleadas de comercio, empleadas del terciario sin calificación, empleadas domésticas, nodrizas, etc..." (D.KERGOAT, 1982)

En estas condiciones, sigue siendo igualmente difícil definir a las obreras, tener datos en cifras sobre la participación de las mujeres en la producción industrial. ¿Cuántas de ellas ya no son

obreras, pero lo fueron o lo serán de nuevo, durante su futura larga vida profesional? ¿Una obrera sería una esposa de obrero aun si, como sucede con frecuencia, trabajara en otro sector que su marido?

Se esfuman los rasgos característicos del trabajo de las empleadas domésticas convertidas en supervisoras de un gran auto-servicio, empleadas de oficina con la menor calificación, o vendedoras convertidas en cajeras de auto-servicio; parcelización, cronometraje, rendimiento ya no se encuentran sólo en la fábrica. Bajo el título "Taylor todavía no murió", *Le Monde* del 4 de diciembre de 1991 enumera las cincuenta y cuatro tareas que deben ejecutar en "doce minutos cronometrados" las mujeres que limpian los dormitorios de la cadena hotelera Campanile; cada elemento que deben limpiar y el orden de los gestos que ejecutarán están definidos minuciosamente. Hoy, tanto en el comercio como en el taller, hay que trabajar de pie toda la jornada; la vieja ley de las sillas[11] impuesta por las feministas de la *belle époque* quedó olvidada; hay celadores que persiguen la menor infracción al rendimiento, es necesario hacer rápido, ordenar, etiquetar, servir al cliente, vigilarlo, guardar el dinero. Rapidez, gran facilidad de adaptación, resistencia nerviosa, tales son las cualidades exigidas en todos los empleos "femeninos". ¿Cómo definir entonces a una obrera? Se puede al menos tratar de hacerlo en relación con los varones que trabajan igualmente en el sector industrial. En primer lugar, el trabajo taylorizado parece estar reservado para ella en amplia medida: a comienzos de los años 80, una mujer OS (obrera no especializada) de cada cuatro, una mujer OQ (obrera calificada) de cada siete trabajaban en la cadena, mientras que solamente un varón OS de cada trece y un OQ de cada cuarenta y cinco se encontraban en esta situación. En el taller, las obreras son ante todo mujeres, es decir seres charlatanes, infantiles, cuyo carácter indisciplinado se teme, pero a quienes se puede imponer situaciones que se evitarían a los

[11] En la Argentina, ley nº 12.205, conocida como "ley de la silla" sancionada en 1935, tras numerosas reiteraciones del proyecto por su autor, el diputado Alfredo L. Palacios [Nota de las traductoras]

varones. Una empresa de encuadernación empleaba, a comienzos de los años 80, 150 personas, entre ellas 90 mujeres en los empleos menos calificados y más duros, no existían la huelga ni el sindicato, hasta el día en que el patrón, que creía que sus obreras utilizaban demasiado el baño para otorgarse breves períodos de descanso, hizo sacar la puerta:

> "Estábamos todas de acuerdo, estábamos hartas esta vez. Hartas de que nos laven la cabeza todo el día, hartas de reflexiones de este tipo: "si estás cansada, es porque hiciste demasiado el amor", hartas de no poder retomar aliento, hartas de ser vigiladas como prisioneras, hartas de ser siempre amenazadas con el despido. ¡El asunto de la puerta era demasiado¡ (*Antoinette*, 1980).

Hoy sobre todo el trabajo obrero femenino se caracteriza por una mayor precariedad, una mayor flexibilidad que el de los varones. Son las mujeres las que "aprovechan" más el tiempo parcial, los empleos de agencias de trabajo temporario. La división sexual del trabajo sigue existiendo y contribuye a la gestión de la mano de obra, a la modernización de la economía[12].

Desde hace dos siglos, de un modo más o menos lícito y reconocido, tanto para las mujeres como para los varones, el trabajo productivo define y estructura la existencia. En 1878, en el Congreso de Lyon, la obrera Marie Finet declara: "¿La mujer debe trabajar? Sí, incluso sin tener la necesidad absoluta, debe trabajar para ser libre, para ser independiente, para ser igual al hombre". Para las obreras, la integración al trabajo profesional fue negociado en el marco familiar, en función de "roles" femeninos, de hija, de esposa, de madre. Aún lo es en cierta medida. Se trata de un trabajo obligado, porque generalmente el salario femenino representa el 40% de los presupuestos obreros; es difícil hablar de salario complementario o de apoyo. Es también un trabajo no elegido: no se es obrera por vocación:

12 Cf. *Histoire des femmes en Occident*, bajo la dirección de G. Duby & M. Perrot, Tomo V, Plon., 1991. Artículo de R. M. Lagrave "Une émancipation sous tutelle. Education et travail au XX° siècle".

> "¡Hubiera querido ser puericultora! ¡Ah sí! ¡cuando tenía nueve, diez años, era mi sueño! Mis padres no tenían medios y, en ese momento, no se procuraba tanto que las chicas siguieran estudiando. Entonces, mi madre preveía más bien dejarme en casa con ella. Y además en ese tiempo yo no tenía tampoco mucha ambición (...). Y entré en la casa Bailleul. Al comienzo, cuando entré ahí adentro, me decía: "¡Dios mío! ¡Jamás me voy a quedar!" "¡Ah no!".(Cf. Une ouvrière de la confection du bassin minier, *in* A. BORZEIX, M. MARUANI, 1982)

El trabajo para ellas no es un factor de desarrollo individual y su utilidad social no es siempre fácil de descubrir y, sin embargo, si las condiciones no son allí demasiado inhumanas, la empresa representa un lugar de ricas relaciones sociales:

> " No es pues, como el caso de los varones, en torno al trabajo-institución (...) donde ellas se forjan (...) una identidad, sino que lo log*ran mediante la situación de trabajo.* El ambiente, las relaciones de trabajo, la complicidad, la comunicación son fundamentales para las obreras"·(D. KERGOAT, 1982, 1991)

Danièle Kergoat prefiere que, en lo relativo a las obreras, se hable más bien de relación con el empleo que de relación con el trabajo.

Cuerpos femeninos en el espejo de la empresa

Un ejemplo: las obreras del Estado*

MARIE-HÉLÈNE ZYLBERBERG-HOCQUARD

Múltiples testimonios muestran que, en el siglo XIX, las mujeres de las clases populares desempeñan un papel no desdeñable de médico de hogar, basando su práctica, a la vez, en una cultura tradicional y en fragmentos de saber contemporáneo más oficial[1]. Orgullosas de su función "sanadora" multiforme, la reivindican[2] frente a médicos y filántropos quienes, al mismo tiempo, alientan esta escucha específica de las necesidades del cuerpo, disuaden a las madres, a las esposas, de intervenir por sí mismas y muestran una gran desconfianza con respecto a una libertad que no puede ser más que barbarie. Son numerosos los textos que atestiguan esta ambigüedad, esta lucha que las mujeres nunca perdieron totalmente. Ellas cuidan a su familia, se cuidan, tratan de mantener los cuerpos en buen estado de salud. Cuidar y alimentar es una función femenina.

Mujeres en el yugo

Numerosos escritos, verborrágicos cuando se trata del hogar, se vuelven casi mudos cuando se penetra en el mundo del trabajo industrial o, más exactamente, sólo desarrollan un tema: el de la maternidad. El cuerpo del que hablan es el del embrión, la conservación de su salud es fundamental, el cuerpo materno no

* De: Revue *Prévenir*, N°18, 1° sem.1989, p.95-108.

1 Ver, por ejemplo, el papel de panacea que Raspail atribuye al alcanfor, para aliviar a bajo costo los principales males que sufrían diariamente los trabajadores.

2 En este campo, las encuestas de la Escuela de Le Play constituyen un testimonio irremplazable, cf. especialmente *Le charpentier de Paris*.

es más que un envoltorio perjudicial o favorable a su crecimiento armonioso -los discursos de los hombres políticos, de los médicos que hablan en lugar de los trabajadores, en lugar de las mujeres, en nombre de la raza, de la Patria, en especial con ocasión de las primeras leyes sociales que, justamente, reglamentan el trabajo de los niños y de las mujeres. Discursos a menudo "compasivos" y patéticos; así, en 1908, F. Dubief al justificar la legislación del trabajo, se apiada:

> "Cuántas mujeres encorvadas, marchitas, quebradas antes de tiempo, cuya vida no conoció más que las angustias de la maternidad, más que privaciones y miseria" (F. DUBIEF, 1908)

Aun el cuerpo de la obrera a domicilio es mostrado como un cuerpo inadecuado para la maternidad. Modistas, tejedoras de puntillas, cartoneras, lenceras... permanecen sentadas largas horas, encorvadas: su columna vertebral está deformada. Recluidas toda la jornada en una atmósfera cerrada, sufren dolores de cabeza, vómitos que las debilitan. El empleo de la máquina de coser parece nefasto, porque recalienta los órganos internos femeninos. Sexualidad, maternidad, el cuerpo de la trabajadora queda marcado por estas dos misiones "naturales".

El movimiento obrero emplea a veces el mismo lenguaje; Pelloutier denuncia que los venenos industriales hacen que las madres sólo den una leche "morbífera" (F. M. PELLOUTIER, 1909). Cuando el movimiento obrero habla de ellas confunde a las trabajadoras en el conjunto de la clase obrera y, rara vez, les cede la palabra. Sin considerar los escritos obreros del siglo XIX en su conjunto, se puede afirmar que, conscientes del peligro (mutilaciones, sufrimientos y envejecimiento precoz forman parte de la condición obrera), se contentan muy a menudo, con declarar que, como el trabajo que fatiga el cuerpo, los riesgos que lo mutilan deben ser pagados. Sin embargo, en este campo hay que distinguir los escritos de reflexión como: "Los oficios que matan" (*Les métiers qui tuent*, 1900) y La vida trágica de los trabajadores (*La vie tragique des travailleurs*, 1908) de los hermanos Bonneff, de reivindicaciones presentadas en el calor de la acción. Es precisamente, a través de esta determinación de hacer

reconocer una especie de "Wehrgeld"[3], como el movimiento obrero llega a una voluntad de conocimiento, de consideración de los problemas corporales en la empresa. Sobre todo a partir del momento en que se esboza una legislación, desde que es posible apoyarse en una conquista (Ley del 12 de junio de 1893, por ejemplo) para obtener un nuevo avance, el fatalismo es reemplazado por la voluntad de comprender las causas del peligro que amenaza a los trabajadores de tal o cual oficio. En 1901, el autor de una publicación de la Oficina del Trabajo, titulada: "Los venenos industriales"(*Les poisons industriels*) afirma que quiere responder "por medio de esta obra de divulgación... a un deseo, frecuentemente hallado en los pedidos de información que los sindicatos obreros presentan a la Dirección de Trabajo". Puede creerse que, a fines del siglo XIX, el movimiento obrero acentúa y diversifica sus preocupaciones en el ámbito de la salud, de la higiene y aun de la comodidad en el trabajo; ahora bien, el 38% de los trabajadores de la industria son obreras. Vista la actitud, por entonces muy evolucionada, de los sindicatos con respecto al trabajo femenino, podemos preguntarnos si ellos incorporan a su reflexión una especificidad femenina, y si las mujeres mismas encuentran un lugar en la organización obrera o en la empresa para expresar sus relaciones con el cuerpo.

Un cierto número de huelgas femeninas conocidas y ensalzadas por los periódicos sindicales en vísperas de la Primera Guerra Mundial, y que conciernen a oficios ciertamente malsanos, insalubres, dañinos para la salud, ignoran al cuerpo en el trabajo. Problemas de salud, problemas de higiene, vapores malolientes que se respiran durante horas, o posición incómoda delante de una máquina se olvidan, salvo excepción, en la lista de las reivindicaciones. En 1892, 1899, 1902 y 1913, las cascadoras de azúcar de París y sus alrededores aluden, simplemente como un argumento suplementario para obtener un aumento de salario,

[3] *Wehrgeld:* (En el derecho germánico y en Francia, en la época franca), indemnización que el autor de un daño pagaba a la víctima o a sus derecho-habientes. (Diccionario Robert., nota de las traductoras).

al sufrimiento cotidiano provocado por el desgaste de las yemas de sus dedos por el frotamiento repetido de los pedazos de azúcar que actúa a modo de papel de lija. En 1905, las sardineras de Douarnenez exigen el pago por hora, pero no hablan ni del olor penetrante del pescado, ni de la temperatura de los talleres, ni del trabajo que se efectúa a menudo de pie para ir más rápido. En 1907, las obreras de los sótanos de Roquefort que estaban en huelga ni siquiera alegan en contra de la humedad, del olor, de la semipenumbra; son argumentos suficientes para iniciar el movimiento de fuerza la pobreza de los salarios, la competencia de las mujeres extranjeras, la disciplina degradante. Sin embargo, las mujeres son tanto más agredidas por los "venenos industriales" cuanto que tienen el hábito, en numerosos oficios, de utilizar su boca y sus labios como herramientas indispensables. Llevan los dedos a sus labios para mojarlos con saliva, a fin de tomar mejor pequeñas tiras coloreadas con productos tóxicos, en la cartonería. Las floristas-plumajeras (eran 25.000 en París a comienzos del siglo XX) hacen lo mismo para asir más fácilmente los pétalos teñidos con anilina, las plumas provenientes de países lejanos y portadoras de polvos nocivos. La encajeras humedecen, pasándolo entre sus labios, un hilo blanqueado con albayalde. Este empleo de la boca y de los labios como instrumento auxiliar puede encontrarse en profesiones masculinas, pero su utilización entre las mujeres pareciera bastante sistemática ¿Hábitos nacidos de la costura? ¿De prácticas domésticas? En todo caso, hábito que las obreras no parecen haber mirado con ojo crítico, reivindicándolo más bien por el contrario, como una forma de saber-hacer. ¿Lo hacían por necesidad, ya que permite ir más rápido? ¿Por rutina?

Con frecuencia, los periodistas enviados con el fin de reportear a las obreras toman más en cuenta las condiciones cotidianas del trabajo que a las obreras mismas. Periodistas "burgueses" que entonan la habitual copla compasiva en cuanto se trata de mujeres que trabajan en la industria, periodistas militantes que quieren arrastrar a las mujeres a la lucha. Es Aline Valette quien, en el diario femenino *La Fronde*, del 24 de febrero de 1898,

condena a un patrón lionés para quien: "¿La hilandería?... Es una mujer y agua caliente". Es Marcela Capy quien muestra a los lectores de: *La Bataille syndicaliste* del 5 de setiembre de 1913, el suplicio de la obrera en medio de los "vapores malsanos" de las fábricas de lejía (lavandina): "doblada en dos, la garganta seca, los ojos turbios, la cabeza pesada... no ve más, se ahoga. Las manos mojadas de lavandina se vuelven blancuzcas. La piel quemada, hinchada con profundas grietas, se abre". Pero las obreras, según Marcela Capy, "por indiferencia" o "por terror", se callan; "duermen o tiemblan".

El cuerpo femenino sufre, pues, en silencio dentro de la empresa; el dolor, como otra maldición, forma parte del mundo del trabajo, las mujeres ganan su vida con el sudor de su frente y en el dolor. ¿Relaciones tradicionalmente sufrientes de las mujeres con su cuerpo? ¿Hábitos del sufrimiento en un mundo en que los mecanismos fisiológicos femeninos están todavía poco estudiados por la medicina? El eco de las pocas voces de trabajadoras que han llegado hasta nosotros no nos permite responder con certeza; no obstante, se pueden arriesgar respuestas positivas. El cuerpo femenino, en el siglo XIX, es un cuerpo sufriente, es también un cuerpo que no debe mostrarse demasiado, las mujeres son entonces portadoras, cualquiera sea su categoría social, de toda clase de coacciones relativas al pudor; ahora bien, también en ese caso, son de preferencia los otros, los que hablan de estos problemas en el taller. Las trabajadoras, capaces de defender su dignidad, cuando jefes de segunda categoría las ofenden con gestos y con palabras fuera de lugar, se quedan casi mudas. Por el contrario, algunos patrones hablan del tema para vanagloriarse de haber restablecido la moral en su empresa, algunos periodistas para denunciar la promiscuidad (mostrando a veces mujeres provocadoras en su impudor). Debemos recurrir a sus escritos para imaginarnos ciertos talleres de mujeres. Muy curiosamente, uno de esos cuadros nos lo da el informe (publicado por La Emancipadora, imprenta comunista) del Primer Congreso de higiene de los trabajadores y de los talleres de 1900, no de sabios y de especialistas, sino de obreros que vienen a decir ellos mismos con su experiencia personal... "las condicio-

nes deplorables para su salud en las cuales están obligados generalmente a trabajar". Aunque allí participa un cierto número de delegados de federaciones sindicales, así como personalidades feministas, debemos apelar al testimonio de un delegado varón. Al describir el curtido de pieles de conejo, en una atmósfera cálida y húmeda, en la que los hombres trabajan con el torso desnudo, agrega "igualmente trabaja allí una pequeña cantidad de mujeres... Sin ser puritano, no es un oficio apropiado para su sexo, puesto que se ven obligadas por el calor y el vaho... a ponerse más que escotadas."

¿Estado? ¿Patrón? Estado-Patrón

Para tratar de encontrar mujeres que no duerman ni tiemblen y, además, tomen la palabra, debemos estudiar un grupo minoritario, el de los obreros estatales o más exactamente los trabajadores de las manufacturas de Tabacos y la de Fósforos. Como las mujeres son allí ampliamente mayoritarias, sobre todo en las del Tabaco, se puede oír su voz en la empresa y más aún en los Congresos sindicales. Se puede igualmente esperar que, cuando se denuncian ataques a la salud o a la integridad corporal de las trabajadoras, no sea simplemente un modo de lucha contra la competencia femenina, como en el artículo firmado A.D., aparecido en 1899, en *Le Réveil de la Mécanique* . Después de haber estudiado la mortalidad infantil, el autor agregaba:

> "Se señala la tisis algodonera, la resonancia del telar mecánico en el pecho de las tejedoras, el calor de los locales donde se estampan y aprestan las telas. En la industria de la seda, nos denuncian la selección de los capullos y el cardado de la filoseda, la una con el mal de la cintura pelviana, los vómitos, las fiebres, el otro con las oftalmías. En otra parte se señalan las talladoras de cristal, siempre inclinadas sobre sus ruedas, siempre con las manos en el agua, aspirando restos de vidrio".

Denuncias imprecisas de variadas enfermedades en los oficios más diversos, como podría catalogar cualquier reportero escaso de tema y cuya finalidad no es otra que la de encerrar a

las mujeres en su papel "natural" de ama de casa, de esposa y de madre. Curiosamente, este artículo fue citado en: *L'Echo des Tabacs;* nos gustaría conocer la reacción de las obreras al leerlo, reacción de indiferencia quizá ante una cantinela conocida. En este periódico mensual de la Federación de los obreros y obreras del tabaco, los artículos más tradicionalistas respecto de los papeles femeninos son citas de otros periódicos. Modo, sin duda, para algunos sindicalistas varones de expresar por interpósitas personas, lo que no se atreven a decir por sí mismos, en empresas donde las mujeres no se sienten ladronas de empleos de los hombres.

La situación de los trabajadores del tabaco es particular en muchos ámbitos, comprendido el de la salud; tienen por patrón al estado, que quiere ser en el campo social y en el económico, un modelo para los jefes de empresa. Sus representantes vinculan siempre estrechamente el progreso en el terreno de la calidad de la producción, en el de la productividad, con el mejoramiento de las condiciones de trabajo.

> " La gestión directa del monopolio de los fósforos trae consigo la obligación para el estado de instalar sus manufacturas en las mejores condiciones de higiene y de seguridad y, al mismo tiempo, de realizar allí, en un aspecto material, los progresos que los fabricantes extranjeros buscaron sin cesar desde hace una década, con el doble objetivo de reducir sus gastos de fabricación y de mejorar las condiciones de trabajo del obrero" [4].

El Estado patrón se preocupa primeramente por el espacio de trabajo; una bella manufactura es, a la vez, una herramienta eficaz y una halagadora imagen de marca ofrecida al consumidor. Las primeras manufacturas habían ocupado edificios improvisados, granja y ex molino en Lille, abadía en Toulouse... Pero, poco a poco, se construyen edificios adaptados, concebidos por arquitectos y sobre todo por ingenieros. Están equipados con "mecanismos" que limitan la fatiga y los peligros, res-

4 "Etude sur la situation de l'exploitation de l'industrie des allumettes en Angleterre, Belgique et France", por Caron (administrador), in *Memorial des manufactures de l' Etat*, T.II.

ponden a las normas de higiene. Un ingeniero, Carvallo, hizo instalar en la manufactura del Gros Caillou un montacarga, en 1888. Ve en él una doble ventaja: antes, el transporte se hacía al hombro, "resultaba que ese servicio era bastante fatigoso y que el puesto estaba desacreditado entre el personal... Pero se pudo instalar un montacarga hidráulico que si bien, en verdad, no activaba notablemente las manipulaciones, disminuyó mucho la fatiga de los hombreadores y, en consecuencia, facilitó su reclutamiento". En esos hermosos edificios, se necesita una buena herramienta; ¿qué es una buena herramienta para un ingeniero del estado? Bélot, que inventó una máquina para rellenar mecánicamente el scaferlati[5], dejó numerosos testimonios escritos. En 1889, en una "Memoria", justifica su invento comparando la situación anterior a la creada gracias a su descubrimiento. Comprueba que "el relleno de tabaco a mano es una de las operaciones más importantes del empaquetado, tanto por la fatiga que causa en las obreras como por el tiempo que exige", y que la máquina instalada en 1888, en El Havre, "disminuye en gran proporción la fatiga de las obreras y el mantenimiento de las máquinas", pero que "su rendimiento apenas aumentó". Con la máquina de empaquetar de su invención, por el contrario, no solamente se atenúa la fatiga de las obreras que no deben manejar un material pesado, sino al mismo tiempo, la empresa economiza mano de obra y el consumidor recibe un producto de mejor calidad. El estado pues, se preocupa por la salud de sus obreros, tanto más cuanto que emplea sobre todo mujeres (varios ingenieros insisten en este punto), pero un cambio, una innovación sólo se justifican si, al mejoramiento de la condición obrera se agregan otras adquisiciones: facilidad de contratación, aumento de la productividad, mejor calidad del producto. Los delegados al Octavo Congreso de la Federación de obreros y obreras del tabaco son plenamente conscientes al respecto, cuando uno de ellos afirma, en 1898: "El señor Bélot ha dicho que si pudiera inventar una máquina para suprimirnos a todos, lo haría". ¿Estado patrón-benefactor? Sí, cuando puede lograr una ventaja como productor. Su actitud frente a la aplicación de sus pro-

[5] Scaferlati: Tabaco cortado finamente para la pipa o el cigarrillo (Diccionario Robert, nota de las traductoras).

pias leyes acentúa aún esta impresión. Como los directores de numerosas manufacturas rehúsan aplicar en su totalidad la Ley del 10 de mayo de 1898, los sindicatos se dirigen a su ministro de tutela, quien da la razón a los directores. No se especifica en ese texto que la ley se refiere también a las manufacturas del estado; sobre todo, que no debía esperarse ninguna ventaja indirecta de su aplicación.

El problema del fósforo blanco es una excepción a esta regla. En Francia se utilizaba desde hacía largo tiempo, cuando en 1890, la fabricación de los fósforos se convierte en monopolio del estado. Los consumidores estimaban mucho este tipo de fósforos: se encendían rápidamente sobre cualquier superficie, aun sobre la tela algo rugosa de una vestimenta y, sin embargo, se los podía poner en el bolsillo sin guardarlos en una caja. La elaboración del fósforo blanco era poco costosa, su confección era simple, muy fraccionada, las obreras aprendían el oficio muy rápidamente, mientras que algunas obreras del tabaco eran peonas poco calificadas. Una monografía de la Escuela de Le Play: "El peón con familia numerosa de París" (anterior a la creación del monopolio de los fósforos, que data de 1860, aunque las cosas cambien lentamente...), muestra que, en la región parisina, esas mujeres eran con frecuencia miembros de familias recientemente llegadas a la ciudad, de "esas familias de agricultores muy ignorantes y miserables que vienen del este y cuyos miembros ejercen profesiones que no exigen una habilidad o una inteligencia desarrolladas... Las mujeres trabajan en la industria de los fósforos químicos".

Pero el fósforo blanco es un terrible veneno que provoca en las obreras lo que se llama: necrosis maxilar fosforada o, en los medios industriales, el "mal químico" que ataca rápidamente a los huesos de la mandíbula inferior, luego a las encías, produciendo la caída de los dientes, por último a la estructura ósea de todo el rostro con terribles mutilaciones que muy pronto, impresionaron a la opinión pública. Los médicos testigos de las consecuencias del empleo del fósforo blanco[6], las habían atribuido

[6] Los primeros fósforos fosfóricos se inventaron en 1831, pero el procedimiento no se adoptó. En 1833, se fabrican, por primera vez en Francia, fósforos con fósforo blanco.

primeramente a otras causas: escrófulas, reumatismo, alcoholismo... pero, desde 1845, un médico vienés demuestra que se trata de una enfermedad profesional debida a la acción de los vapores de fósforo sobre los dientes y los huesos. A partir de esa fecha, en todos los países europeos que emplean este procedimiento, hay médicos que denuncian su peligro. Descripciones del mal, más horrorosas las unas que las otras, se difunden, primero en los medios médicos, luego en el público. Desde que se estableció el monopolio en Francia, el Estado se encontró confrontado con este problema de salud. Y a partir de los años '90, trata de llevar una política social de apaciguamiento y de justicia. El 12 de junio de 1893, Millerand hace votar una ley sobre la higiene y la seguridad de los trabajadores. Se establecen entonces medidas profilácticas esperando dominar el mal: ventilación de los talleres, limpieza mediante un barrido frecuente, pintura regular de los locales; se prohíbe a las obreras beber y comer en el taller (se sabe que este punto del reglamento es difícil de aplicar, ya que se recibe como una vejación); se instalan vestuarios con lavabos para que las obreras se enjuaguen la boca varias veces al día; hasta se trata de prevenir el mal con una distribución de vasos de leche; se llevan a cabo regularmente visitas de médicos y de dentistas. Sin embargo nada cambia. Existe una solución, fabricar fósforos llamados "suecos", pero la clientela rechaza ese tipo de producto, más caro y que no se enciende sobre cualquier superficie. En definitiva, las fosforeras, obreras no calificadas, cuestan caro porque caen enfermas. Estas mutiladas designadas con el nombre de "necrosadas" recibían una indemnización que podía alcanzar los tres cuartos del salario medio pagado en la profesión. Era imposible negar la existencia de una enfermedad profesional, pero ¿quiénes estaban realmente afectados? ¿En qué grado?

> "Cuando en 1876, más de un tercio de las 650 obreras de una de las 6 manufacturas del estado fueron afectadas por necrosis y, como consecuencia, las indemnizaciones por enfermedades sobrepasaron las sumas previstas en el presupuesto, el gobierno nombró una comisión a fin de estudiar esta cuestión y presentar un informe"[7].

[7] Publication N° 4 de l'Assemblée Internationale de la protection légale des travailleurs.

El estado no solamente gasta más dinero de lo razonable, sino que al parecer se lo embauca; la comisión mencionada más arriba presenta, en octubre de 1896, diferentes informes, y un médico, el doctor Vallin, refuerza esta impresión al denunciar:

> "... una tendencia de parte de los obreros fosforeros y, aun de parte de los médicos llamados para asistirlos, a vincular todas las enfermedades al fosforismo: gingivitis simples, úlceras de la boca (en un caso la úlcera era probablemente sifilítica), caries dentales con periostitis de vecindad (inflamación del periostio), afección cardíaca, albuminuria, cirrosis, parálisis, aun tisis pulmonar y hasta alienación mental".

El médico, en conclusión, se pregunta qué parte hay que atribuir al fosforismo y cúal corresponde "al alcoholismo y a los excesos". Una comisión enviada a la manufactura del Gros Caillou donde examina el estado de salud de 226 obreros y obreras que, desde varios meses atrás, daban parte de enfermos, encuentra 189 personas "jóvenes, vigorosas y válidas"; de ellas 65 retoman el trabajo, 124 con dientes cariados son despedidas con una pequeña indemnización, 12 obreras, "antiguas empleadas no enfermas pero ya un poco debilitadas y cuya capacidad de trabajo había disminuido" son retiradas del servicio con una pequeña renta vitalicia que completará un salario ganado en otra industria. La jubilación sólo se ofrece a 10 personas reconocidas como enfermas y 15 son puestas en observación o en tratamiento[8]. En esa lucha rigurosa entre el estado- patrón, preocupado por una buena gestión, y obreros (sobre todo obreras) que tratan de hacer reconocer y pagar sufrimientos más o menos vinculados con el trabajo, el primero ganó muy ampliamente; a tal punto que, mientras durante los once primeros meses de 1896, había debido pagar 450.000 francos de indemnizaciones a los obreros con interrupción de trabajo por enfermedades, para el año 1897, la suma pagada se eleva a 42.000 francos. El autor del informe que había obtenido tan brillante resultado lo terminaba, en forma bastante extraña, con una definición de la "extensión del peligro al que una interesante población obrera escapó felizmente". Esta frase prueba la existencia de un cierto malestar entre esos

[8] *Revue d'hygiène*, n°2 (1897) y doctor Courtois: "Suffit le Phosphore professionnel", citados en una publicación de la Oficina del Trabajo: Les poisons industriels.

hombres de ciencia al servicio del estado, malestar que probablemente sintieron también los directores, los ingenieros de las manufacturas, y que los condujo a proseguir sus investigaciones.

En 1897, dos ingenieros, Sévène y Cahen, hacen remplazar el fósforo blanco por una mezcla de potasio y sesquisulfuro de fósforo, producto inofensivo. Al mismo tiempo, los periódicos por su lado realizan una campaña para mostrar a los consumidores las consecuencias de su empecinamiento en reclamar fósforos fosforados: la rápida decadencia física de mujeres que entraron jóvenes y lindas a la fábrica. A partir del 1° de octubre de 1898, las manufacturas francesas no emplean más fósforo blanco. El problema está solucionado, lo que permite afirmar que en las manufacturas de fósforos las enfermedades profesionales desaparecieron. ¿El caso del fósforo blanco es, por lo tanto, particular? No totalmente, puesto que M. L. Bardot, para la Exposición Universal de 1900, en un Informe sobre tabacos y fósforos recuerda que "desde el día en que la explotación directa fue confiada al estado (...) el esfuerzo de sus ingenieros tuvo un doble objetivo, por una parte, la búsqueda de una máquina de fabricación continua, por la otra, el descubrimiento de fósforos cuya preparación no presentara ninguno de los peligros inherentes a la manipulación de pasta sobre la base de fósforo blanco". Por lo tanto, hay siempre dos objetivos, pero el técnico se impone al sanitario.

El estado parece haberse preocupado poco por otro veneno: la nicotina. En el siglo XIX, se conocen los peligros de la nicotina, pero ésta es nociva de una forma más solapada que el fósforo blanco. Los directores, sin embargo, insisten en sus escritos en la necesidad de hacer respetar un cierto número de medidas de higiene a las obreras, que ellos presentan como negligentes, insisten en la dificultad para sensibilizarlas hacia los peligros, en el hecho de que los reglamentos sólo son eficaces cuando se obtiene la adhesión de las trabajadoras. Tenemos pues, la impresión de encontrarnos ante directores concientes de sus deberes frente a una clase obrera irresponsable. La realidad es un poco

diferente. Algunas fábricas sólo poseen cuartos de baño y, nos dicen los sindicalistas, no siempre provistos de agua aunque más no sea fría; en otras, se distribuyen bonos para usar baños públicos, pero en forma muy irregular. Muchas fábricas envejecidas o a veces superpobladas no tienen ni siquiera suficientes lavabos para todo el personal, los vestuarios son escasos. Los trabajadores del tabaco no pueden tener todos vestimentas provistas por la empresa; además, las mujeres no reciben más que el género y deben confeccionar ellas mismas sus delantales. La situación es, por lo menos, desigual según las manufacturas. No se puede hablar de política global de parte del estado-patrón y las molestias de posible vinculación con la nicotina no son reconocidas como enfermedades profesionales. Los médicos están atentos fundamentalmente a los embarazos difíciles, a los abortos espontáneos, a la mortalidad fetal, a los recién nacidos débiles; reconocen que las parteras les suministran testimonios bastante alarmantes. Pero se preguntan si esta situación es debida a la nicotina o al hecho de que las madres formen parte de las "clases pobres", sean trabajadoras asalariadas, o quizá alcohólicas. Y, generalmente, se contentan con recomendar a las madres lavarse las manos antes de amamantar a su niño o, con disuadir a los directores de instalar guarderías, una pieza para amamantar dentro mismo de la empresa; además, no están todos de acuerdo sobre esta última cuestión.

Atento a la infancia, porque está empleando sobre todo a mujeres, el estado-patrón desea también ofrecer una imagen de empresario solícito para con las trabajadoras que están envejeciendo; un senador al presentar "nuestro instrumental nacional" (*Notre outillage national*), en momentos de la Primera Guerra Mundial, afirma que en las manufacturas del tabaco, junto a las máquinas recientes que exigen de parte de las obreras cadencias rápidas, se conservan algunas antiguas, un poco semejantes a los aparatos que los hombres utilizan para armar ellos mismos sus cigarrillos: *"este procedimiento es infinitamente más lento y no tiene otro mérito que el de asegurar trabajo hasta el fin de su carrera a obreras que el estado se obligaba a no privar de su sustento".*

El Estado navega entre dos obligaciones, la de ser un modelo de patrón social y la de ser un buen administrador. Su situación particular le hace temer, a la vez, llevar demasiado lejos a los patrones del sector privado y ser engañado por obreros que piensan quizá que las cajas del estado no tienen fondo:

> "Actualmente, en las manufacturas del estado, nadie se interesa, nadie se atreve a reprimir el despilfarro, en materia prima como en mano de obra, porque el monedero que está en danza es el del contribuyente. Es necesario que los sindicatos de las manufacturas se compenetren de la importancia del papel que deben jugar ante una situación semejante". C. Mannheim (ingeniero de tabacos), *La condition des ouvrières dans les manufactures de l'Etat*, 1902.

La acción de las obreras en las manufacturas del Estado

Frente al estado-patrón, se encuentran menos de 30.000 obreros y obreras; hay pocos hombres, empleados sobre todo como encargados de depósito o mandos medios y directivos. En las manufacturas de fósforos trabajan fundamentalmente mujeres jóvenes, sin calificación pero hábiles para hacer valer su destreza, sobre todo a partir del momento en que la fabricación se hace "continua"; y en las manufacturas del tabaco existen posibilidades de carreras femeninas. Allí se entra casi niña todavía, se sale anciana, con algunas interrupciones, a veces, por razones familiares o por incursiones hacia otras profesiones. Se abandona la manufactura para convertirse en "jubilada", en "rentista", como dicen los otros con envidia; en 1862, el gobierno había decidido obligar a sus obreras a formarse una pensión vitalicia pagando regularmente una pequeña cotización. En estas empresas se encuentran a su vez un pequeño número de obreras muy calificadas: las cigarreras a mano o a molde, que reciben un largo aprendizaje (sólo se convierten en verdaderas obreras al cabo de dos años), y mujeres que trabajan con máquinas, a quienes no se les pide más que "cualidades femeninas", "destreza manual" para las viñetistas; atención sostenida y cuidado para las pesadoras o una cierta fuerza muscular para las empaquetadoras.

Ocho días bastan a las unas y a las otras para ejercer el oficio y dos o tres, a veces seis, para adquirir rapidez, precisión, resistencia.

Esta clase obrera del Estado, feminizada en proporciones jamás alcanzadas en otros sectores industriales, salvo en los textiles a comienzos de la Revolución Industrial, está muy sindicalizada. El primer sindicato de obreros y obreras del tabaco nace en Marsella, a partir de 1886, luego de una huelga victoriosa. Observemos que, aunque sólo contaba en el momento de su fundación con 98 miembros, establece inmediatamente una Caja facultativa de socorros mutuos en caso de enfermedad (cuya cotización mensual se eleva a 50 centavos). Poco a poco, todas las manufacturas se proveen de un sindicato acompañado o no de una caja de socorros mutuos. En 1895, habiendo votado el parlamento un crédito de 211.000 francos para repartir en auxilio de los enfermos, el director general de las manufacturas del tabaco decide, por un reglamento del 6 de julio de 1895, que únicamente los miembros de una sociedad de socorros mutuos podrán ser auxiliados y funda la sociedad *"La Mutualité"* que, por otra parte, tiene poco éxito. La salud, o por lo menos las ayudas en caso de enfermedad, constituye un desafío entre el movimiento obrero y el estado-patrón. Este último creó *"La Mutualité"* para debilitar a los sindicatos ligados a una gestión obrera independiente de las sociedades de socorros mutuos. Sin embargo, en 1897, la Federación de obreros y obreras del tabaco, nacida en 1892, negocia para que las ayudas estatales sean distribuidas entre todos los trabajadores y no únicamente entre los mutualistas y logra ganar la causa. De este modo les retira a los directores un medio de presión sobre los obreros pero, al mismo tiempo, al reivindicar a todos, debilita su papel ante ciertos obreros poco reivindicativos y ligados a un sindicato dispensador de servicios.

Los obreros del fósforo fundan su primer sindicato en marzo de 1890, tres meses después de la creación del monopolio; también en este caso la manufactura de Marsella toma la iniciativa, que será pronto seguida por las otras cinco.

Una presencia sindical muy activa en todas las empresas, una tasa elevada de sindicalización, sindicatos (sobre todo en el Tabaco) en los que las mujeres están presentes, son dinámicas y toman a menudo la palabra en los congresos (más que los varones, ellas aclaran que se expresan en nombre del conjunto de las obreras de su taller, de donde toman ejemplos concretos), éste podría ser el medio de descubrir la expresión de un pensamiento obrero en lo cotidiano, de una opinión obrera sobre la vida de todos los días. Se habla de muchas cosas en los congresos y en los artículos de *L'Echo des Tabacs* : salarios, disciplina, mecanización, jubilación... pero muy raramente de enfermedades, malestares, envejecimiento del cuerpo.

A pesar de algunas tentativas para asimilar a los obreros estatales a funcionarios, el derecho de huelga les es reconocido y saben aprovecharlo. Las huelgas son numerosas y llevadas adelante con energía, pero las reivindicaciones son, salvo excepciones, bastante tradicionales. Aumento de salarios y lucha contra los reglamentos minuciosos ocupan el primer lugar. Raramente se abordan los problemas de salud en la empresa o fuera de ella. No obstante hay una excepción: la necrosis maxilar y su cortejo de invalidez no pueden ser ignorados. En 1893 y 1895, los obreros del fósforo lanzan una huelga que pronto se generaliza y alcanza a las seis manufacturas; los obreros piden aumentos de salarios, mejores condiciones de trabajo, la Federación del fósforo aprovecha para enfrentar al estado-patrón con sus responsabilidades: es imposible que el ejercicio de un oficio lleve rápidamente a la degradación física. Los sindicatos tratan de obtener el apoyo de la Facultad de Medicina de París y de la opinión pública recurriendo a los periodistas para denunciar los sufrimientos soportados. La huelga en los dos casos se acaba progresivamente con negociaciones entabladas manufactura por manufactura; sin embargo, jamás al final de las negociaciones se proclama oficialmente la ilegalidad del fósforo blanco, mientras los sindicatos se vanaglorian de haber obtenido para las obreras enfermas toda una serie de indemnizaciones, cuyo monto se calcula minuciosamente según el grado de sus lesiones. Las reivindi-

caciones sindicales locales corresponden a los deseos de las obreras, si se cree lo que dicen ciertos periodistas. Uno de ellos, en 1889, en ocasión de una nueva huelga de los obreros del fósforo cuenta sus recuerdos. Era antes de que el uso del fósforo blanco fuese prohibido; algunos periodistas, en Aubervilliers, encuestaban a la población que, llegada la noche, "ha escapado por fin a las prisiones y a los leprosarios del trabajo"; una obrera muy joven se les aproxima para participarles su felicidad. Ella espera estar pronto en la misma situación de la "Gran Juana" quien, fosforera desde seis años atrás, acabó por obtener 1.500 francos "por su enfermedad del fósforo". Desde que trabajaba en la manufactura, hacía un año, esperaba esta suerte. Porque, afirma al periodista : "Casi todos pasamos por ahí a la larga". Desgraciadamente, en su familia, "todos tenemos colmillos de perro". Por fin, en la misma mañana en que percibió en su mandíbula, que escrutaba con esperanza cada día, el primer punto negro:

> "¡Cómo bailoteé de alegría!, decirlo no es nada... Comprenda que en un año, en dieciocho meses cuanto más, tendré mis 1.500 francos y podré casarme con Ernesto que me espera desde su vuelta del servicio militar"[9].

¿Historia del periodista? ¿Procedimiento destinado a emocionar al lector? Quizá; sin embargo, lo que se sabe por otras fuentes permite afirmar que no se está lejos de la verdad.

El otro "veneno industrial", la nicotina, parece dejado de lado tanto por las trabajadoras y los sindicatos como por el Estado-patrón. Es verdad que se trata de la materia prima de la empresa. En 1895, Chartier, sindicalista en Nantes, habla del tema incidentalmente durante una de sus intervenciones, mostrando así que el problema no es desconocido:

> "Nosotros, simples obreros y obreras abandonados, perdemos la vida por la nicotina, veneno lento pero seguro; lo que hace que (desgraciadamente ustedes lo olvidan con demasiada frecuencia), apenas el cinco por ciento llegue a su jubilación".

---

[9] *Le petit Bleu*, 18 de octubre de 1899.

En el tabaco, donde la jubilación existe desde hace largo tiempo, el sindicato se pregunta en qué estado llega el obrero a ella; la jubilación convertida en un derecho del trabajador constituye un terreno de lucha. Aunque, a veces, la consideración del estado de salud, del desgaste del cuerpo del trabajador sea únicamente un argumento entre otros y quizá no el más importante, para obtener la reducción de la edad de jubilación. La herencia profesional es un fenómeno bastante frecuente y hasta deseado en el tabaco: la hija sucede a su madre, por lo tanto, la jubilación a los 55 años es considerada, en primer lugar, como un medio de crear empleos para los jóvenes, "los mayores no deben trabajar a expensas de los jóvenes"[10]. La ciudadana Jacoby emplea un argumento del mismo orden, en el Congreso de 1905, cuando ve en la jornada de 8 horas un medio de contratar a los jóvenes. La reducción de la edad de jubilación es una suerte de victoria sobre la explotación; es la posibilidad de ser pagado para no hacer nada, después de haber agotado cotidianamente su fuerza de trabajo durante años. Desde esta óptica, el envenenamiento por la nicotina, aunque a veces conduzca a la ceguera, es una amenaza lejana y desdeñable; visto que los reglamentos de seguridad e higiene son padecidos como un ataque a la libertad individual: "¡qué suplicio, la visita cada mes a la clínica dental!"[11], la misma es vivida como un obstáculo para ejercer el oficio, como una molestia que impide a la obrera ser productiva. Y por lo tanto, ganarse la vida. Obreras de Trélazé se ponen en huelga en 1890 porque se les impone "un modo de trabajo prescripto por la seguridad", sin pagarles la "retribución especial" que se les había prometido.

Para ciertas obreras, en sus relaciones con la organización del trabajo, con la máquina, no sólo el dinero entra en consideración, sino una especie de gusto por la competencia, por sobrepasarse a sí mismas. El ingeniero C. Mannheim que es un partidario convencido del salario por pieza producida, porque alienta la productividad y un trabajo de calidad, reconoce que:

[10] *ibidem.*

[11] A. Valette en *La Fronde* el 24 de febrero de 1898.

> "El "surmenage" es un mal muy real y contra el que es indispensable poner en guardia a las obreras a pesar de ellas mismas". (C.MANHEIM, 1902)

Imagina para eso un sistema de castigos bastante original, porque existe un medio para "manejar a las obreras": el orgullo; cuando una obrera acelera demasiado el ritmo en la fabricación de productos de calidad, "para evitar la multiplicación de los cigarros defectuosos", prueba de un agotamiento total de la obrera, hay que establecerle "un máximo de producción individual", así, no se verá impulsada a aumentar su cadencia para aumentar su salario; a veces esta medida es insuficiente. Un solo recurso contra la obrera demasiado rápida la hará pasar de un taller de productos de calidad superior a un taller de productos de calidad común; como ella produce rápidamente, su salario no se mueve, "pero sufre en su amor propio y va a tratar de corregirse para reencontrar la dignidad de su antiguo puesto". En la manufactura, queda un lugar para una especie de gusto por la competencia deportiva muy alejado de la relación de sufrimiento con el cuerpo, de la que hablamos más arriba. Esta actitud se da más bien en las obreras del tabaco que en las trabajadoras del fósforo. Si en 1895, las cigarreras de Riom piden un aumento de velocidad no es sólo para mejorar sus salarios, sino también, afirman, porque se sienten capaces de ello. Mientras, en 1893, las envasadoras de fósforos reclaman detenciones menos frecuentes de sus máquinas, a fin de fabricar 5.000 cajas y ganar más de un franco cincuenta por día. *L'Echo des Tabacs* hace recordar a las jóvenes cigarreras que ellas olvidan a las obreras a quienes la edad privó de su agilidad y de su destreza[12].

Máquinas y cadencias son para las dos federaciones sindicales (que se unificaron en 1899) una ocasión de introducir en sus discusiones problemas de salud y necesidades del cuerpo en el taller. Las máquinas empaquetadoras de tabaco suscitan fundamentalmente intercambios de puntos de vista muy ricos. La polémica se inicia en torno a la vieja máquina hidraúlica, que exige importantes esfuerzos musculares de parte de la empaqueta-

12 *L'Echo des Tabacs*, noviembre 1895.

dora (una de las tres obreras a su servicio). Es entonces cuando se plantea el problema de la definición de un puesto de trabajo femenino y de un puesto de trabajo masculino. En el Comité Sindical Federal de enero de 1899, Sabaty (de la fábrica de Pantin) es aprobado por muchos de sus colegas, incluidas mujeres como la ciudadana Jacoby, cuando declara:

> "Para dar algunos informes sobre el empaque de cinco hectos, a menudo las mujeres resultaron heridas y para abreviar todo reclamo, hemos pedido, dado que el trabajo es demasiado penoso, que sea hecho por varones".

Pero Fraxe teme protestas en ciertas fábricas, y se comprende por qué, así como se adivina una de las causas del deseo de confiar el puesto a varones, cuando se lee la continuación de la intervención de Sabaty, hablando de la fábrica de Pantin, donde el trabajo se confió a los hombres: *"El empaquetador y el que pesa ganan el mismo jornal y la colocación de las viñetas es hecha por mujeres"*. La empaquetadora estaba mejor paga que las otras dos obreras. La actitud en el Congreso de Riom de ciertas obreras del empaque hidraúlico, al reclamar no la prohibición a las mujeres de la función de empaquetadoras, sino un aumento de salario y que se las cambie de taller cuando estén demasiado agotadas, se explica de la misma forma. Otras piden que el puesto sea reservado a las más jóvenes; remplazan pues la oposición trabajo masculino/trabajo femenino por la oposición trabajo de jóvenes/trabajo de mujeres de mayor edad. Más tarde, cuando se introduce la máquina empaquetadora del ingeniero Bélot, que debía facilitar la tarea de la obrera, este hecho desata en cambio un movimiento de resistencia prolongado. En octubre de 1899, estalla en Burdeos una huelga contra su instalación. ¿Por qué? Probablemente, en primer lugar, porque su introducción produce una baja de los salarios; pero también porque, si bien parece disminuir el esfuerzo muscular, aumenta la fatiga nerviosa por la atención que exige. Las obreras de Burdeos rechazan la presencia de sus dos colegas venidas de París para enseñarles el uso de la nueva máquina, y las califican como "verdaderas profesoras de surmenage". Con frecuencia, en ocasión

de un cambio que modifica los hábitos, la noción de desgaste en el trabajo se desprende más fácilmente; como si el hecho de escapar de la rutina permitiera tomar conciencia de la existencia de su cuerpo. Un cuerpo muy ignorado, que queda muy oculto en estos talleres femeninos, vistos a través de nuestras fuentes; ellas no nos permiten, por ejemplo, oír a una sola mujer que se quejase de ese olor a nicotina que, se decía en las ciudades de manufacturas, permitía reconocer de lejos a una obrera del tabaco, especie de estigma indeleble del trabajo, muy desagradable, sobre todo para jóvenes coquetas que, como se presume, no exhalan malos olores, salvo suaves efluvios. Quizá las que dejan la manufactura para probar otros oficios, como el de modista, expresan entre otras cosas el horror de esta presencia maloliente del trabajo que permanece pegada a su cuerpo. ¿Las otras que se quedan no hablan de este problema por vergüenza, por pudor, o porque se resignan, al entrar en el taller, a que su cuerpo no sea más que un engranaje industrial cuya salvaguardia sólo se puede reinvindicar como máquina de producir?

Se habla mucho de maternidad pero las obreras del estado no parecen, salvo excepción, tener familias muy numerosas. Se puede entrever su interés por la anticoncepción, a través de la publicación en su diario sindical, en mayo de 1912, de una publicidad para un folleto de un grupo neomalthusiano, aunque se precise que esta lectura sería útil a las "compañeras de los trabajadores", ¿por qué no dirigirse a ellas llamándolas sencillamente obreras? Quizá porque los periódicos sindicales publican sistemáticamente este anuncio sin tener en cuenta la personalidad de sus lectores.

Algunas obreras pueden todavía, en ciertas ocasiones, dentro de la fábrica, reencontrar su rol de cuidadora tradicional. Un médico está ligado a la empresa pero, si bien siempre está presente en el momento de la contratación, no lo está permanentemente y no se puede llamar a un médico para males benignos pero frecuentes: pequeñas heridas, esquimosis, cefaleas... En el Congreso de 1904, se trata mucho sobre enfermerías que todas las manufacturas poseen o deberían poseer. Tienen, por lo me-

nos, un botiquín cuyo contenido, por reducido que sea, permite ofrecer los primeros auxilios. A menudo, la dirección confía la responsabilidad de la enfermería a una de las obreras y estas últimas parecen aprobar esta práctica. Las discusiones están centradas en su formación: junto al médico y en el hospital; y sobre los peligros vinculados al hecho de que los cuidados que brinda corresponden a alguien cuyas manos están perpetuamente en contacto con la nicotina. Pero acudir a una enfermera diplomada es descartado por la mayoría de los sindicalistas presentes. Una profesional escogida por la dirección podría ser una religiosa y el movimiento sindical sigue muy marcado por el anticlericalismo. Una enfermera laica es también sospechosa: como el médico, ella puede convertirse en la auxiliar de la dirección y hasta en su espía; alguien tomado fuera del grupo obrero se inclinará del lado del patrón. ¿La enfermera profesional no tenderá a apurar el retorno de los enfermos al taller? La compañera de trabajo comprende la necesidad de una interrupción en la tarea.

Para terminar, debemos evocar un aspecto un poco al margen de la cuestión; en el siglo XIX, se conocen los efectos del tabaquismo y los obreros del tabaco, al no poder ignorar que su trabajo consiste en suministrar un veneno a los consumidores, en especial a los otros trabajadores, hacen responsable de ello al régimen capitalista.

> "A pesar de los esfuerzos de las sociedades creadas para combatir el uso del tabaco, cuyos efectos sobre el organismo fueron reconocidos desde hace largo tiempo como funestos, el consumo de tabaco permanece casi estacionario; el régimen capitalista, al mismo tiempo que deprime la condición económica de los obreros, no detiene el consumo del tabaco, ya que el obrero busca y encuentra en él, como en las bebidas alcohólicas, un olvido momentáneo de su miseria y un medio de calmar su hambre, pues el uso del tabaco traba las funciones de los órganos de la digestión."[13]

[13] *ibidem*, setiembre 1895.

Libertad e igualdad - Libertad o igualdad
(1892: ley que prohibe, en Francia, el trabajo nocturno de las mujeres)*

MARIE-HÉLÈNE ZYLBERBERG-HOCQUARD

La votación de la ley de 1892, que prohibe (entre otras cosas) el trabajo nocturno de las mujeres: una ocasión para abrir un debate sobre la noción de igualdad y de libertad

La legislación del trabajo era casi inexistente en Francia, a fines del siglo XIX, y se refería únicamente al trabajo de los niños y de los jóvenes de muy corta edad, en los establecimientos industriales. Nuestra primera ley data de 1841 y se origina en la encuesta del médico Villermé. Prohibe, en especial, hacer trabajar a los niños de menos de ocho años; la completa en 1874 una nueva ley que trata de proteger más eficazmente a la infancia. En 1879, al presentar el primer proyecto del texto que se convertiría en la ley de 1892, Nadaud se propone mejorar nuevamente las leyes de 1841 y de 1874, incompletas y demasiado timoratas, para algunos diputados. Cuando en 1885, impulsa una nueva tentativa, afirma que trata de mejorar la ley de 1874, en un sentido "más amplio, más liberal y sobre todo más humano". En efecto, esta nueva ley que reglamenta el trabajo de los niños se aplica igualmente a las mujeres. Dado que, por una parte, las mujeres son o pueden ser madres, receptáculos del feto, del niño por nacer, "educadoras naturales", por intermedio de ellas, el legislador continúa así protegiendo al niño; por otra parte, sus estructuras biológicas y espirituales son semejantes, si no a las del niño, al menos a las del adolescente entre doce y dieciséis años: el individuo-mujer debe, por tanto, ser protegido. Las dos

* artículo inédito.

partes de esta demostración parecen evidentes a la mayoría de los diputados y, sin embargo, esas evidencias fueron motivo de numerosas discusiones, en particular, en torno a la noción de libertad del individuo y de responsabilidad de la sociedad para con cada uno de sus miembros. Los oradores apelaron, en apoyo de sus argumentaciones, a veces a las leyes de la naturaleza, otras a las de la sociedad.

1. Orígenes de la ley del 2 de noviembre de 1892 sobre "El trabajo de los niños, hijas menores y mujeres en los establecimientos industriales"

Algunos días antes del estallido de la Revolución de 1848, la Cámara de los Pares había votado, a propuesta del Barón Dupin, la prohibición absoluta del trabajo nocturno para las mujeres. La ley desapareció con el régimen de Luis Felipe. Durante el Segundo Imperio, algunos proyectos elaborados por el Consejo de Estado ni siquiera fueron discutidos. La Asamblea Nacional, en 1871, había retomado la cuestión con un proyecto que prohibía de nuevo absolutamente todo trabajo nocturno para las mujeres, pero, ante la multitud de objeciones, lo abandonó muy pronto. Todo esto parece poco serio. Pero, cuando Nadaud presenta por primera vez su proyecto, recuerda que Eugène Tallon, ex-diputado orleanista que siendo muy conservador -a pesar de su adhesión a la República- se había propuesto, en 1874, reglamentar el trabajo de las mujeres al mismo tiempo que el de los niños.

> "Artículo 1: los niños, las jóvenes y las mujeres que trabajan en las manufacturas, talleres y depósitos de materiales o, en general *fuera de su familia bajo las órdenes de un patrón* (subrayado por E.Tallon, 1877) sólo podrán ser empleados bajo las condiciones establecidas por ley.
>
> Artículo 4: Se prohíbe en absoluto el trabajo nocturno para las jóvenes y mujeres de toda edad, siendo considerado trabajo nocturno todo trabajo entre las 8 de la noche y las 5 de la mañana".

Desde los primeros debates, el informante comprendió que la extensión de la ley a las mujeres disgustaba a la Asamblea y

se corría el riesgo de bloquear la discusión en torno de algunos temas tales como: el ataque a la libertad individual o el obstáculo a la buena marcha de las empresas. Se resignó pues a legislar sólo en el campo del trabajo de los niños y de los adolescentes (E.TALLON, 1877).Lo que no podía ser encarado bajo el gobierno del Orden Moral, se hacía posible luego de la crisis del 16 de mayo de 1877, en momentos en que los republicanos se instalan en el poder y comienzan a realizar una parte de su programa político y educativo... El estado republicano, al mismo tiempo que desea "no atacar la libertad de trabajo que es la base de la organización económica moderna"[1] está obligado a proteger a los débiles contra los abusos y la explotación de que podrían ser víctimas. Es este imperativo el que conduce al ex-albañil del departamento de la Creuse, Martin Nadaud, convertido en "representante del pueblo", a proponer, a partir de mayo de 1880, una ley sobre accidentes de trabajo:

> "Cuando un hombre que alquila su trabajo a otro hombre se hiere o muere en su servicio, el empleador será de pleno derecho responsable, a menos que pruebe que el accidente se debió a un error de la víctima."

Sin embargo, hay que esperar al 9 de abril de 1898 para que se vote una ley en ese sentido. Para la ley que nos concierne la espera es menor. Cuando, en 1879, Nadaud propone incluir en una nueva ley sobre el trabajo de los niños la prohibición del trabajo nocturno y la limitación de la jornada de trabajo para las mujeres, los diputados se muestran bastante favorables. La Asamblea, compuesta únicamente por hombres, elegida en 1877 por sufragio universal masculino, parece persuadida de que el trabajo fuera del hogar es un daño para las mujeres. Muchos de sus miembros retomarían con gusto para sí la frase de Michelet que quiere para la mujer "un trabajo suave, lento, segmentado, voluntario, siempre en vistas de lo que ella ama para su marido y su hijo" (J. MICHELET, 1858). Pero los diputados conocen la realidad del trabajo industrial femenino, algunos son representantes de distritos manufactureros, otros son ellos mismos indus-

[1] Informe ante la Cámara, de la Comisión sobre el trabajo de las mujeres y de los niños (12 de mayo de 1886).

triales. Su acción legislativa es el resultado de una transacción entre su ideal femenino (que concierne sobre todo a las mujeres de su medio social pero que están dispuestos a compartir con las demás) y su adhesión al liberalismo. Más que reflexionar en el terreno de la legislación del trabajo, la Asamblea delimita, dentro de un interdicto teórico (las mujeres no deben trabajar afuera) zonas de libertad en favor de las trabajadoras, y circunscribe áreas de prohibición en beneficio de las esposas-madres, dentro de una libertad teórica total (la libertad de trabajo debe ser respetada).

Después de la intervención de Nadaud, se designa una comisión cuyo miembro informante es el industrial Richard Waddington; como su hermano, al que Jules Grévy nombró presidente del Consejo en 1879, es un republicano moderado que no es "moderadamente republicano". En junio de 1881, la comisión presenta sus conclusiones a la Cámara y su proyecto de ley que incluye la limitación de la jornada de trabajo y la prohibición del trabajo nocturno para las mujeres. Aunque combatido por el Gobierno, el proyecto es adoptado por la Cámara de Diputados con una importante mayoría. El Senado lo hace suyo a la primera lectura, pero lo rechaza en una segunda lectura. Durante años, regularmente, habiendo respetado los plazos legales, nuevos diputados o con frecuencia los mismos, replantean el debate, y la extensión de la legislación restrictiva para las mujeres despierta oposiciones cada vez. En efecto, todos los diputados, todos los senadores o casi todos eran partidarios de la reglamentación del trabajo de los niños; de esta forma, la decisión de hacer trabajar a los adolescentes de trece a dieciséis años 10 horas por día se aprobó muy fácilmente; la aceptación de la jornada de trabajo de 11 horas para los jóvenes de dieciséis a dieciocho años fue ya más difícil, pues se trata de personas casi adultas; por lo tanto, franceses que pueden reivindicar en su favor uno de los derechos imprescriptibles reconocidos a todos por la Revolución Francesa: la libertad. Las discusiones acerca del artículo que prevé el descanso semanal el día domingo, para los niños y las mujeres, dieron ocasión al anticlericalismo para oratorias

justas, hermosas, pero son sólo anécdotas. Sin embargo, encarar una legislación específica para las mujeres adultas obliga, poco a poco, al legislador a olvidar su inocencia y a dar por sobreentendido, por lo menos, que en la Francia del siglo XIX, coexisten una dominación de clase -puesto que ciertas categorías de la población deben ser protegidas contra la explotación- y una dominación de sexo -dado que es necesario proteger a las mujeres contra una sobreexplotación específica. Comprobación demasiado incómoda, por lo tanto inaceptable, para gran número de representantes. Deben encontrar una escapatoria hacia otros problemas fundamentales: los relacionados, por ejemplo, con el concepto de libertad individual (llegan allí pues por caminos diversos), o los vinculados con la afirmación de la existencia de una igualdad social entre varones y mujeres... pretexto para hermosos discursos, pero también ocasión para profundizar la reflexión política de los representantes. Tienen tiempo de hacerlo, porque los adversarios de la ley no se rinden. El proyecto, vuelto a plantear con regularidad, no puede lograrse; o acumula testimonios, cartas de electores, peticiones de obreros o de patrones; uno y otro campo poseen sólida documentación (informes). En 1886, el Ministerio de Comercio procede a una encuesta aún más extensa que las precedentes, entre los Consejos de "Prud'hommes" (miembros de la Magistratura del Trabajo), las Cámaras de Comercio, los inspectores de trabajo y los sindicatos. Trescientos organismos o personalidades consultados se declaran partidarios de la reglamentación del trabajo nocturno para las mujeres, mientras ciento cincuenta se oponen. A pesar de esta neta mayoría, se continúa en lo mismo: la Cámara de Diputados vota una serie de artículos de la ley y el Senado los rechaza. La discusión se retoma durante una sesión extraordinaria en 1887, luego en 1888. En 1889, el proyecto adoptado por el Senado corresponde al votado por Diputados, salvo que no concierne a "las mujeres mayores de edad", sino cuando se trata de: ¡trabajos subterráneos, insalubres o peligrosos! En consecuencia, en 1890, la Cámara de Diputados retoma sus estudios quejándose de que el proyecto "fue modificado en sus puntos esenciales por el Senado". En 1892, una ley cuyo texto se asemeja al

proyecto de Nadaud es votada rápidamente por las dos Cámaras. Para comprender esta súbita conclusión, es necesario recordar que, luego de la crisis *boulangiste*[2] que sacudió al régimen, el mundo político francés desea, principalmente en el campo social, una evolución real, aunque sea moderada y progresiva. Los republicanos se hallan instalados sólidamente en ambas Cámaras; los católicos, no sin dificultad, adhieren a la República. Pero una vigorosa corriente antiparlamentarista reprocha a los representantes, a la vez, la facilidad con la que hacen caer a los gobiernos y su incapacidad para lograr el menor proyecto constructivo. Ante todo, el movimiento obrero se desarrolla: en 1890, desfilaron por primera vez, el 1° de Mayo, manifestantes que reclamaban las "ocho horas"; el 1° de mayo de 1891 fue sangriento en Fourmies, aldea obrera del departamento del Norte, donde hubo 14 muertos, 4 de ellos mujeres; en 1892, la huelga de Carmaux conmueve a toda Francia. Mientras que el Papado mismo, a través de la encíclica Rerum Novarum (15 de mayo de 1891) muestra no ser indiferente a los problemas sociales, los republicanos franceses no pueden ignorarlos, tanto más cuanto que en el país se produce una pequeña llamarada anarquista. Las municipalidades, donde los representantes de izquierda y aun los socialistas tienen cada vez mayor peso, saben jugar su papel: el 21 de mayo de 1891, se funda en París la primera bolsa de trabajo y otras catorce en el interior, a lo largo del año. Los diputados se ven obligados ahí a legislar en el campo social.

2. Análisis de la ley del 2 de noviembre de 1892

La ley del 2 de noviembre de 1892, sobre el trabajo de los niños, de las jóvenes menores de edad y de las mujeres, en los establecimientos industriales, comprende 32 artículos distribuidos en 9 secciones:

[2] Partidarios de Jorge Boulanger, general francés (1837-1891), Ministro de Guerra que planeó un golpe de Estado y tuvo que huir a Bruselas. (Diccionario Larousse. Nota de las traductoras).

1- Disposiciones generales, edades de admisión, duración del trabajo.

2- Trabajos nocturnos, descansos semanales.

3- Trabajos subterráneos.

4- Vigilancia de los niños.

5- Higiene y seguridad de los trabajadores.

6- Inspección.

7- Comisiones superiores y departamentales.

8- Penalidades.

9- Disposiciones especiales.

Sólo la mitad de los artículos se refiere al trabajo industrial femenino. El legislador determina primeramente los lugares donde debe aplicarse la ley:

> "Las fábricas, manufacturas, minas, minas al aire libre y canteras, depósito de materiales, talleres y dependencias, cualquiera sea su naturaleza, públicos o privados, laicos o religiosos, aun cuando estos establecimientos tengan un carácter de enseñanza profesional y de beneficencia".

La ley no se refería pues a los pequeños talleres, a las explotaciones agrícolas ni a los comercios. El legislador determina luego la duración máxima de la jornada de trabajo:

- 10 horas para los niños de menos de 16 años.
- 11 horas para los jóvenes de ambos sexos de 16 a 18 años (para ellos la semana no debe exceder las 60 horas).
- 11 horas para las jóvenes de más de 18 años y las mujeres (para ellas el legislador no fija límite a la semana de trabajo).

La Cámara de Diputados había tratado, varias veces, de establecer para las jóvenes y las mujeres, la jornada de 10 horas, pero ante los rechazos reiterados del Senado, se había resignado, para no retrasar más la votación de la ley, a aceptar la jornada de 11 horas. Un decreto de setiembre de 1848 había fijado la duración de la jornada de trabajo en 12 horas para todos y lo sigue siendo para los hombres. Como es raro que una empresa

emplee únicamente una sola de las categorías de trabajadores definidas por la ley, aparecieron inmediatamente dificultades de aplicación, que originaron una ola de reclamos, tanto de parte de los patrones como de los trabajadores. Según el *Boletín anual de la Oficina del Trabajo* de 1894 las consecuencias de la aplicación de la ley son la causa principal de un cierto número de huelgas. Dado que los puestos de trabajo de los varones son, en general, solidarios con los de los niños y los de las mujeres, los patrones se ven obligados a reducir la jornada de trabajo para todos y, correlativamente, bajan los salarios. Ciertos industriales llegaron, según la *Revue Politique et Parlementaire*[3] hasta amenazar con despedir a los niños y a las mujeres antes que aceptar la ley. El Ministro de Comercio debió entonces aplazar su estricta aplicación al 1° de enero, luego al 30 de marzo de 1900. En esta fecha, una nueva ley unificó la jornada de trabajo de las mujeres y de los niños, fijándola en 11 horas durante un período de dos años, en 10 horas 30 min. durante los dos años siguientes y en 10 horas, cuatro años después de su promulgación. Esta ley modificaba también el decreto de setiembre de 1848, puesto que limitaba la jornada de trabajo de los hombres adultos, empleados en los mismos locales que las mujeres y niños, a 11 horas, luego a 10 horas 30, finalmente a 10 horas; daba así razón a los que afirmaban, para alegrarse o para deplorarlo, que una reglamentación específica del trabajo femenino no era más que el primer paso hacia una legislación del trabajo aplicable a todos. A nuestro entender, el artículo 4 es central:

> " Los niños de menos de 18 años, las jóvenes menores de edad y las mujeres, no pueden ser empleados en ningún trabajo nocturno en los establecimientos enumerados en el artículo 1°.
>
> Todo trabajo entre las 9 de la noche y las 5 de la mañana es considerado trabajo nocturno."

El informe de la comisión presidida por Waddington[4] había mostrado que, con excepción de la industria parisina de la mo-

[3] Artículo de León Milhaut: "La réforme de la loi sur le travail des femmes et des enfants", en la *Revue politique et parlementaire*, mayo de 1897.

[4] Informe Waddington, sesión de 1890, anexo n° 649.

da, el trabajo nocturno estaba poco difundido. Se encontraban obreras que trabajaban de noche, principalmente en el peinado de lana del Norte, en las hilanderías de algodón de los Vosgos, en las hilanderías de lana del Norte y del Tarn y en algunas fábricas de cordones del Loira. Sin embargo, se podía temer que, pretextando la competencia internacional, los industriales franceses recurriesen cada vez más a este horario de trabajo. Ahora bien, personalidades médicas consultadas en 1892 habían declarado:

> "La privación del sueño es una de las más penosas que se puedan soportar; se torna más cruel todavía cuando viene a agregarse a un trabajo monótono y fatigoso por la repetición de los mismos movimientos. Es sobre todo fatal para la salud de las mujeres. Con este régimen adelgazan, se vuelven anémicas y pronto todos los desórdenes nerviosos provocados por el empobrecimiento de la sangre se suceden y se encadenan, al mismo tiempo que su vista se debilita y se altera por ese trabajo realizado durante largas horas a la luz vacilante del gas. Cuando son madres su leche se agota y la salud del lactante, ya muy comprometida por su ausencia continua, se ve definitivamente sacrificada...Manteniéndose, por supuesto, en el terreno de la higiene, la Academia declara que una ley que autorizase a las mujeres a trabajar por la noche en las manufacturas, fábricas y talleres, tendría las consecuencias más desastrosas para su salud."[5]

El voto del artículo 4 se halla avalado por la autoridad científica. Pero, a pesar de haberse establecido el principio, la ley permitía inmediatamente la derogación en cierto número de casos. Autorizaba el trabajo entre las 4 de la mañana y las 10 de la noche, cuando estaba distribuido entre dos equipos de obreras que no trabajasen más de 9 horas cada uno. Los patrones interpretaron tan bien la ley, haciendo, en especial, trabajar por turno a los equipos varias veces en la jornada, de modo tal que el tiempo que cada obrera transcurría fuera de su hogar resultaba desmesuradamente prolongado. Por causa de demasiados abu-

[5] Informe del Doctor Rochard que habla en nombre de una Comisión de la Academia de Medicina de París, reunida para asesorar a los representantes en sus discusiones.

sos, esta derogación se modificó en 1900: los equipos debieron entonces trabajar con horario corrido.

Los legisladores habían pensado que era necesario dejar un poco de flexibilidad a la ley sobre la prohibición del trabajo nocturno, previendo un cierto número de derogaciones, ya fuesen permanentes o temporarias; el Consejo de Estado debía determinar, por medio de encuestas y por decreto, los sectores beneficiados. Por el decreto del 15 de julio de 1893, solamente tres industrias recibieron una derogación permanente: la encuadernación rústica en la imprenta, el plegado de los periódicos (en estos dos casos, los salarios eran tan bajos que los varones rechazaban el trabajo) y el encendido de las lámparas de las minas (derogación que se refería sólo a una muy pequeña minoría de trabajadoras, pero que permitía ofrecer un empleo a las viudas de los mineros y, de este modo, aportarles una ayuda). Por los decretos del 15 de julio de 1893, luego el del 29 de julio de 1895, el Consejo de Estado determinaba las ramas industriales que podían beneficiarse con derogaciones temporarias bajo la vigilancia de los inspectores de trabajo (la ley de 1892 había creado, junto a los inspectores ya existentes, un cuerpo de inspectoras). Las derogaciones se pueden reagrupar en tres categorías. El industrial puede ser autorizado a hacer trabajar a sus obreras por la noche (a condición de que esta tarea no siga a un trabajo diurno): cuando, como consecuencia de un accidente mecánico, los obreros no trabajaron durante el día, cuando la materia prima manipulada corre el riesgo de deteriorarse rápidamente, y en la industria de la moda y de la costura en período de "urgencia". En este último caso, por otra parte, no puede tratarse verdaderamente de un trabajo nocturno, por lo cual el legislador reconoce simplemente la existencia de una "vigilia" y autoriza a prolongar el trabajo más allá de las 21:00. Estas autorizaciones de derogaciones sólo pueden solicitarse sesenta veces por año.

Las trabajadoras obtenían por la ley de 1892, no solamente el derecho al descanso nocturno, sino también un día entero por semana:

"Artículo 5: Los niños de menos de 18 años y las mujeres de toda edad no pueden ser empleados en los establecimientos enumerados en el artículo 1° más de seis días por semana, ni los días de fiesta reconocidos por la ley, ni siquiera para ordenar el taller".

El principio de un día de descanso por semana fue aceptado casi sin discusión. Por gusto, diputados y senadores debatieron acerca de la elección del día y de la designación oficial de las fiestas legales[6] en nombre, para unos, del respeto a la libertad confesional, para otros, de la lucha contra el clericalismo. En realidad, casi todos los franceses que descansaban un día a la semana (eran numerosos a fines del siglo XIX), lo hacían en domingo. Las pocas excepciones existentes respondían a una obligación económica, no a un imperativo ideológico.

Los lavanderos de la región parisiense, por ejemplo, daban licencia a sus empleados y obreros el día que se repartía la ropa en la ciudad.

La aplicación de la ley de 1892 en su totalidad fue difícil: debieron mediar diversos decretos de aplicación y reglamentos administrativos, pero se puede afirmar que, veinte años después de su votación, las prescripciones de la ley estaban volviéndose costumbre y comenzaban a aplicarse a todos los trabajadores, para los cuales la C.G.T. reclamaba en adelante: "8 horas de trabajo, 8 horas de descanso, 8 horas consagradas a las actividades sociales, culturales, familiares..." En estas nuevas reivindicaciones, la especificidad femenina está casi olvidada (cuando no se presentan las horas de ocio a las obreras como horas suplementarias y muy necesarias de actividad en el hogar) o, más exactamente, completada por la ratificación de nuevas necesidades, válidas para todos, varones y mujeres. La reglamentación específica abrió el camino a la reglamentación gene-

[6] Los días de fiestas legales eran entonces:
- desde el 29 germinal del año 10: Navidad, Asunción, Día de Todos los Santos.
- desde marzo de 1810: El 1° de enero.
- desde la ley del 6 de julio de 1880: el 14 de julio.
- desde la ley del 8 de marzo de 1886: el lunes de Pascua y el lunes de Pentecostés.

ral. La lección ha sido comprendida. En 1912, durante una discusión sobre la protección legal de los trabajadores, especialmente con respecto a un proyecto de ley sobre un eventual salario mínimo en la industria del vestido, al responder a las palabras de una interlocutora que pedía que los hombres pudiesen como las mujeres beneficiarse con esta ventaja, Millerand declaraba:

> "La conclusión lógica de su razonamiento, Señora, sería no hacer nada por las mujeres porque no se hace nada por los hombres. Nosotros le pedimos hoy, precisamente, trazar la ruta por donde se pasará más tarde para proteger a los hombres. Si usted no toma la iniciativa, nadie pasará."[7]

Después de la ley de 1892, siguieron votándose leyes que reglamentaban específicamente el trabajo femenino:

- 29 de diciembre de 1900: ley llamada "de los asientos"[8] (en los negocios, las empleadas deben disponer de sillas, a fin de poder sentarse cuando no atienden clientes). Es la primera ley que se refiere a los trabajadores de comercio.
- 13 de julio de 1907: la mujer casada recibe la libre disposición de su salario; ley "concebida con el fin de proteger al matrimonio obrero contra un jefe borracho y dilapidador." (CARDEUR, R., 1914)
- 15 de julio de 1908: Francia ratifica la Convención de Berna del 22 de setiembre de 1906, que prohíbe a las mujeres el trabajo nocturno. Lo que obliga a modificar ligeramente la ley de 1892."[9]

[7] Publicación de l'Association nationale française pour la protection légale des travailleurs: Le minimum de salaire dans l'industrie du vêtement (Sin fecha).

[8] En la Argentina ley N°12.205, conocida como "ley de la silla", sancionada en 1935, tras numerosas reiteraciones del proyecto por su autor, el Diputado Alfredo L. Palacios. (Nota de las traductoras).

[9] La Convención de Berna declaraba que el trabajo nocturno se autorizaba para las mujeres solamente en dos casos:
1- En caso de desocupación producida anormalmente; en caso fortuito o de fuerza mayor.
2- Cuando la naturaleza de las materias primas o por transformar exige una manipulación inmediata o continua so pena de destrucción.

Ciertamente, la ley francesa ignora a la mujer embarazada y es extremadamente débil en cuanto a la maternidad:

- 7 de marzo de 1908: un decreto prohíbe hacer portar, arrastrar, empujar pesos por obreras dentro de las tres semanas siguientes al parto.
- 27 de noviembre de 1909: la cesación de trabajo por embarazo o parto no puede ser una causa de ruptura de contrato por el empleador.
- 13 de junio de 1913: ley que da a las mujeres la posibilidad de tomar un descanso, facultativo, antes del parto, obligatorio después (descanso de cuatro semanas), con posibilidades de asignaciones diarias, este último punto había hecho deliberar largo tiempo a los diputados.

Habrá sido necesario, pues, en Francia, esperar hasta la víspera de la Primera Guerra Mundial, para que la madre y el recién nacido sean protegidos, mientras que, por el contrario, el argumento de la maternidad era puesto de relieve en cuanto se trataba de trabajo asalariado femenino. Eterna contradicción entre libertad y protección, bien expresada, en febrero de 1891, por el diputado oportunista, amigo de Gambetta, François Deloncle, cuando algunos consideraban agregar algunos artículos sobre la mujer próxima a dar luz en la futura ley de 1892:

> "No quiero que se proteja a la mujer después de su parto, porque soy partidario de la libertad".

Las leyes naturales que daban un nuevo ejemplo de su indiferencia por lograr la felicidad general eran manifiestamente demasiado crueles con aquellas que no siendo nada en el orden político, llevaban además en el orden económico una vida de bestia de carga sacrificada (E. Auzeby: *L'ouvrière dans les lois du travail et de la prévoyance sociale*, 1911).

Los partidarios de la libertad (... de la igualdad a veces) y los partidarios de la reglamentación se enfrentan pues, por largo tiempo. Unos presentan el cuadro apocalíptico de la economía francesa en el caso en que "al Estado se le ocurriera jugar el papel de Providencia, intervenir entre el capital y el trabajo, reglamentar todo en todo momento, cuando la prudencia le ordena

respetar la libertad de los contratos" (Cámara de Diputados, 1894); otros, como el ex-obrero del bronce designado senador, Tolain, afirman la necesidad para el gobierno de imponer límites y restricciones a "lo que se llama el principio de libertad de trabajo" (Senado, 1891). Sin embargo, ante la necesidad de resolver problemas concretos, de legislar sobre lo cotidiano de individuos bien reales y sexuados, ya no es posible contentarse con hablar.

¿Simple intervención de un Estado preocupado por limitar la explotación capitalista, a fin de armonizar las relaciones sociales? ¿Medidas alentadas, exigidas por movimientos partidarios de la natalidad o de defensa de la familia? ¿Obra de herederos de Lamennais[10] ("entre el débil y el fuerte, es la libertad la que oprime, es la ley la que libera"), u obra de republicanos "progresistas" o hasta socializantes? La ley de 1892 es todo eso, pero mucho más que eso, porque no fue votada en favor "del hombre y del ciudadano" abstractos, sino en favor de trabajadores definidos por su pertenencia a un sexo. Fue un motor de la evolución ideológica, porque obliga a los diputados, a medida que se la discute ampliamente, a casi reintegrar a las mujeres a lo político, a la vida de la ciudadanía, si bien los resultados concretos parecen muy irrisorios.

No citaremos más que como anécdota a aquellos que rechazan la ley en nombre únicamente de la potencia marital, de la libertad del propietario en cierto modo; son muy poco numerosos y sólo se hacen oír muy al comienzo. Los primeros promotores de la ley, para justificar su proyecto, parten de la eterna dupla: mujer-naturaleza, con sus tradicionales consecuencias familiares y sociales. Pero, diputados de derecha o de centro derecha, entre los más ligados al liberalismo económico, entre los anti-intervencionistas más definidos (no lo son todos) amplían el debate, por oposición a toda reglamentación. Frente a la izquierda y centro izquierda que esperan mucho del Estado, en el terreno social, se vuelven los campeones de la libertad, libertad econó-

[10] Lamennais (1782-1854) autor de *Parole d'un croyant*, se consideraba el representante de un humanismo demócrata y cristiano.

mica, naturalmente, pero también libertad individual; los campeones de la igualdad entre todos los adultos, varones y mujeres. En nombre de la libertad, rechazan la reglamentación del trabajo; en nombre de la igualdad, una legislación específica para las mujeres. "Porque la mujer mayor de edad debe ser absolutamente dueña de sus actos y del empleo de su tiempo", declara uno de ellos en 1888. Este tipo de argumento reimpulsa una discusión profusa como les gustaba a los hombres políticos de la Tercera República y alimenta un largo diálogo entre liberales e intervencionistas. Diálogo que lleva a unos y a otros a tratar de definir el lugar de las mujeres en la sociedad contemporánea.

Para gozar de todos sus derechos, un individuo debe ser mayor, pero ¿qué es una mujer mayor? El código civil hace de la mujer una eterna menor que debe obediencia a su marido, que no dispone libremente de su salario y ni siquiera de su fuerza de trabajo. Para ser mayor, una mujer debe ser soltera o viuda; ahora bien, los legisladores reflexionan fundamentalmente en función de la que, para ellos, representa la norma: la mujer casada:

> "...se trata de la mujer en sentido general y ustedes reconocerán que la mayoría de las mujeres son casadas, lo que es muy afortunado para nuestro país. Tengo por tanto el derecho de considerar a la mujer en la más amplia acepción de la palabra, es decir, sobre todo cuando es casada" (Cámara de Diputados, 9 de junio de 1888).

Esta intervención que prueba que las solteras, en ese entonces muy numerosas, son invisibles para su entorno, puesto que quedan fuera de la norma, desata una doble reacción. Para unos, el estado no debe intervenir en favor de las mujeres, que ya están bajo la autoridad, la protección de un marido, su tutor natural, y recuerdan que, en 1887, en París, una decisión judicial había determinado que "cuando una mujer tiene un carácter difícil, ciertos castigos infligidos por su marido no caen bajo la aplicación de la ley penal". Para otros, por el contrario, su situación de menores hace que tengan necesidad de ser protegidas "contra su marido, contra sus hijos, contra sus padres". Los diputados son entonces los protectores naturales de la mujer:

> "En nuestra calidad de legisladores ¿no somos acaso sus tutores? ¿No es necesario que le demos todos los cuidados posibles? ¿No debemos consagrarnos a ese deber, que llamé sagrado -y lo mantengo-? ¿No debemos proteger su vida, su existencia, su salud, su bienestar? (Informe Waddington, 1888).

¿Las mujeres son, quizá, seres mayores en construcción? Argumento de un no-intervencionista que no quiere frenar una evolución natural:

> "...considero que esta intervención del legislador que asimila la mujer a los niños y a los jóvenes menores de edad, lejos de contribuir a su emancipación, contribuye a mantenerla bajo el régimen de tutela" (Cámara de Diputados, 2 de junio de 1888).

Guyot, al que se debe este análisis original, agrega que no se debe olvidar, cuando se habla de libertad de la mujer, que su condición no es la misma que la del varón, que "la ley política" ha distinguido (con justa razón, según él) los derechos de las mujeres de los derechos de los varones, por lo tanto, que los diputados dispongan "de las mujeres sin las mujeres", hecho que los obliga a ser tanto más liberales.

Guyot esboza aquí un nuevo enfoque de la cuestión: un ser mayor de edad, definido como aquel que no está privado de ninguno de sus derechos, ¿puede no ser elector? Y si, en Francia, a fines del siglo XIX, se tiende a confundir mayoría de edad con ciudadanía ¿se puede ser ciudadano sin intervenir en la gestión del estado? Ahora bien, en los discursos de nuestros diputados, tanto de izquierda como de derecha, existe como "un blanco", algo "tácito", una especie de suspensión de la palabra. Las mujeres no son electoras, mientras que gozan de todos los derechos "del hombre y del ciudadano"; situación semejante a la de los pobres en el régimen censatario[11] de 1789 o de la Restauración. Para todos existe una jerarquía tácita de los derechos, aun bajo el régimen republicano en el que los derechos políticos

[11] En Francés "suffrage censitaire", sistema en el cual el ejercicio del derecho de voto está reservado a los contribuyentes que tienen una propiedad inmobiliaria y pagan un monto mínimo de impuestos directos. (Diccionario Larousse. Nota de las traductoras).

están situados en la cima; a causa de una inferioridad natural o de una inferioridad histórica, las mujeres no los poseen. Para los diputados, es inútil explayarse sobre este hecho evidente. Por lo tanto, algunos al rechazar toda ley que proteja específicamente el trabajo asalariado femenino, afirman no querer confundir a las mujeres con los niños, los incapaces o los alienados, pero una suerte de censura les impide reclamar para ellas, lógicamente, el derecho de voto.

Es extraño que, mientras que las mujeres no poseen el derecho de voto, reconocido sin embargo por la constitución, para los diputados liberales, ellas parecen tener uno que, a pesar de una tentativa en 1848, no está inscripto en la ley: el derecho al trabajo. A fin de defender este derecho, sin entrar en contradicción con su ideología liberal, nuestros diputados asimilan trabajo y propiedad:

> "Ustedes expropian a la obrera una parte de su trabajo... Hay en el Código un artículo 545 que dice: nadie puede ser obligado a abandonar su propiedad sin mediar una justa y previa indemnización. Aquí no es una casa o un pedazo de tierra lo que ustedes van a expropiar a la obrera, es una propiedad inherente al ser humano, la más respetable de todas, el derecho a vivir de su trabajo". (Andrieux, 11 de junio de 1889).

Aquí también, los representantes se detienen en el camino. Por una parte, efectúan muy rápidamente un hábil deslizamiento del derecho al trabajo, a la libertad de trabajo (lo que les evita definir el derecho al trabajo). En noviembre de 1889, el informante de la ley ante el Senado exclama:

> "creo...que de todas las propiedades del hombre, la libertad de trabajo es la más sagrada".

Por otra parte, recién en 1907, ellos otorgan a las mujeres la libertad de disponer de su salario, indispensable corolario del derecho al trabajo.

Por último, una vez más en nombre de la maternidad, los diputados anti-intervencionistas reclaman la libertad de trabajo para las mujeres. En febrero de 1891, mientras que un cierto nú-

mero de representantes trata, en vano, de integrar a la ley en discusión algunos artículos que protejan a las mujeres por dar a luz, François Deloncle que, por pudor, duda en emplear ante sus colegas la expresión "mujer encinta", declara no querer discutir de obstetricia sino de libertad de trabajo.

> "¡Ustedes quieren prohibir a las mujeres que trabajen, puesto que tienen la desgracia de ser madres!... ¡Para ustedes es una desgracia! Es un acto de invalidez... Ustedes les quitan el derecho de trabajar y de vivir".

Se comprende mejor, entonces, lo que podría parecer una contradicción: el legislador define a la mujer por la maternidad pasada, presente o futura y, al mismo tiempo, no legisla en este campo. Hubiera podido dar a este hecho una explicación válida pero simplista: los representantes temerían verse obligados a financiar la maternidad con el impuesto, si se prohibe a las mujeres ganar su vida durante algunas semanas. Otra explicación que se deja entrever en la intervención de un diputado, en febrero de 1891, es más interesante. Armand Després, médico, afirma que pocas mujeres tienen necesidad de reposo en el momento del parto (sólo una quinta parte de ellas), las otras pueden muy bien trabajar hasta el último momento y retomar el camino del taller algunos días después del nacimiento del niño. En su condición de médico, nuestro diputado les aconsejaría, sin embargo, tomar un descanso; pero sólo se trata "de un problema doméstico" que no depende del legislador. La ley no tiene por qué decir a las mujeres que reposen en ese momento, como tampoco ordenarles hacerlo tres veces por mes ("y, sin embargo, es útil en esos momentos que las mujeres tomen precauciones contra accidentes que pueden ser tan graves como los problemas del postparto, aquellos de nuestros colegas que son casados lo saben bien" -confía nuestro médico a su auditorio masculino). Trabajar afuera, descansar si es necesario, organizar eventualmente su tiempo diario, no dependen de la autoridad legislativa, sino de una decisión individual. Para las mujeres esta decisión no es realmente individual sino que está totalmente en función de intereses familiares, y por lo tanto, se vuelve un proble-

ma doméstico que no puede arreglarse más que en el seno del hogar, del que el varón es el dueño y la mujer sólo el ángel. Si bien los no-intervencionistas parecen resignarse, difícilmente, a la votación de la ley de 1892, contra la cual lucharon ásperamente, no pueden más que regocijarse con el hecho de que ésta no se aplique a las empresas de carácter familiar. En la esfera pública, las mujeres tienen derechos que la Asamblea Nacional trata de garantizarles, los liberales mediante la ausencia de legislación, los intervencionistas mediante la ley. Pero para todos, en la esfera privada, las mujeres poseen un tutor natural, un protector, ahí el derecho no tiene, pues, por qué ser mencionado. Una legislación que deja de lado las empresas familiares no asegura solamente la inviolabilidad del domicilio privado, sino que también refuerza la dominación masculina por su existencia misma y por tanto el discurso normativo que acompaña a su instauración.

Ante la riqueza de esta reflexión, así como ante su impotencia por sobrepasar ciertas fronteras, es asombroso comprobar la casi ausencia de las voces feministas, antes y después de la votación de la ley de 1892, dado que el feminismo francés, poco sufragista entonces, hacía de la posibilidad de trabajar a cambio de un salario decente, una condición de la liberalización de las mujeres, una condición de la igualdad entre varones y mujeres. Ellas quieren emancipar al individuo por el trabajo y, salvo excepción, aceptan o aun desean una legislación específica para las mujeres. No dudan, por otra parte, en intervenir por sí mismas. La ley llamada "de los asientos"[12] (de la silla) es, en parte, obra de ellas. Gracias a las asociaciones femeninas o feministas, a las ligas de consumidoras, sensibilizan a los clientes y a los diputados en cuanto a la situación de las vendedoras; una vez votada esta ley, velan por su buena aplicación. Hacen campaña a fin de que las mujeres casadas puedan disponer libremente de su salario. ¿Por qué esta semi-indiferencia frente a la ley de

[12] En la Argentina ley N°12.205, conocida como "ley de la silla", sancionada en 1935, tras numerosas reiteraciones del proyecto por su autor, el Diputado Alfredo L. Palacios. (Nota de las traductoras).

1892? En parte, quizá, porque el trabajo nocturno sólo alcanza de manera permanente a un número limitado de mujeres y, sobre todo, de las provincias. En 1890, Tolain, en su informe ante el Senado, afirma que el trabajo nocturno es para las mujeres "mucho más restringido y más excepcional que lo que se cree generalmente", sólo se lo encuentra en diez de las veintiun circunscripciones de la Inspeccción de Trabajo, y los datos de la encuesta sólo permitieron censar menos de cuatro mil casos, principalmente en las hilanderías y en las fábricas de cordones. Las feministas se interesan más por un aspecto particular del trabajo nocturno: la "vigilia" en la industria de la moda, práctica más parisina, práctica que se refiere a las modistas, las sombrereras... obreras con las que las burguesas feministas están frecuentemente en contacto. Como en el caso de la "ley de la silla", ellas no se dirigen sólo a los representantes para obtener una prohibición legal, sino que interpelan a los consumidores. Si las costureritas velan hasta tarde después de una dura jornada de labor, en el momento de los cambios de estación, la responsabilidad incumbe en gran parte a las señoras elegantes que encargan a último momento las ropas y accesorios que necesitan. Cambiar la ley no basta, hay que modificar los hábitos, las costumbres, crear una solidaridad entre mujeres de las diferentes clases sociales. El discurso feminista se aleja del de la mayoría de los representantes. No obstante, algunas feministas comentan la ley de 1892: para muchas su votación representa un progreso, algunas, sin embargo, la analizan como una ley sexista y le reprochan:

> "No poner en pie de perfecta igualdad al obrero y a la obrera, querer, a pesar de todo, proteger a esta última, cuando se comete contra aquél la injuria de considerarlo una cantidad desdeñable, indigna del interés del estado, únicamente carne de trabajo" (Clothilde Dissard, La Fronde, 29 de enero de 1900).

Por su parte, Marie Maugeret, feminista católica, en *Questions sociales* del 28 de octubre de 1889, opone las otras leyes sociales que ella compara a un parapeto que impide a la gente caer en el agua y, la de 1892 que le corta el camino. Sin embargo, las feministas, al definir también ellas a las mujeres en primer lugar

como madres, son favorables evidentemente, al menos por un tiempo, a una legislación específica. En contacto con el mundo obrero, por el cual sienten cierta calurosa afinidad, aunque no lo conozcan muy bien, ven junto a la opresión que sufren las mujeres en la familia, una sobrexplotación en el trabajo y, pragmáticas, esperan que la aplicación de la ley las alivie un poco de su carga. En esto su posición se aproxima a la de los sindicatos, pero rara vez se dejan engañar por éstos:

> "Este interés hipócrita de nuestros legisladores por las obreras es extraordinariamente bien visto y apreciado por los sindicatos obreros tan preocupados por la competencia entre los sexos, tan dispuestos a eliminar a las mujeres de los trabajos remunerativos, tan estúpidamente hostiles a todo trabajo femenino, bajo pretexto de que la mano de obra femenina hace bajar los salarios." (Clothilde Dissard, artículo citado).

Muchos sindicalistas, menos maquiavélicos de lo que creen las feministas, esperan simplemente que una reglamentación del trabajo femenino sea el primer paso hacia una legislación del trabajo aplicable a todos. La maestra Marie Bonnevial, sindicalista y feminista, tiene, varias veces, la ocasión de explorar la complejidad de las nuevas cuestiones planteadas por esta intervención del Estado legislador. En 1898, en el momento de la Asamblea General de clausura del Congreso del Sindicato de las manufacturas del tabaco (manufacturas cuya mano de obra es mayoritariamente femenina), concluye, después de varias intervenciones sobre las "ocho horas", que efectivamente "la mujer necesita tener que pasar menos tiempo afuera, para poder consagrarlo más a su hogar", pero que es preciso obtener esta disminución de las horas de trabajo sin disminución del salario. Las feministas y las sindicalistas se encuentran ante un nuevo problema: cómo llevar adelante a la vez la doble reivindicación "femenina": por una parte, "a igual trabajo, igual salario"; por la otra "votación de una legislación específica para las mujeres". Marie Bonnevial encuentra una solución al concluir con estas palabras: "No es sólo para la mujer para quien hay que pedir ocho horas, sino también para el hombre....."

La ley de 1892 que se aplica, recordémoslo, únicamente a las empresas industriales, y enumera ciertas excepciones a su aplicación, pasa a ser costumbre, a juzgar por la disminución del número de multas infligidas por los inspectores de Trabajo. Durante la Primera Guerra Mundial, se suspende su aplicación, porque las mujeres hacen funcionar las fábricas, en particular las de armamentos. Entre las dos Guerras, feministas como sindicalistas mujeres, raramente tratan de profundizar su reflexión en este campo. En 1930, *La Française*, uno de los órganos más oficiales del feminismo francés, interroga a la secretaria del Sindicato del Tabaco; a la pregunta:

> "¿Son ustedes partidarios de la protección de la que goza la mujer? esta última responde:
>
> "Naturalmente estamos muy contentas con la que se nos otorga, estimamos que la mujer necesita una protección sensata y estamos convencidas de que no sufre por este hecho ninguna disminución en su dignidad ni en su libertad".

Ella se opone al trabajo nocturno y a las horas suplementarias y, en el movimiento, afirma oponerse al trabajo a tiempo parcial en nombre del rechazo a la noción de "trabajo complementario". Las feministas francesas durante este período, si bien se tornaron más sufragistas y luchan por una igualdad en el terreno de los derechos políticos, continúan queriendo liberar a las mujeres por el trabajo remunerado y reclaman para ellas el acceso a todos los estudios, a todos los tipos de formación profesionales y a todos los empleos. La crisis económica vuelve su combate más difícil; y los acontecimientos del Frente Popular arrastran en un mismo movimiento a hombres y mujeres, sin que haya una real presencia feminista con reivindicaciones específicas. En un período de baja natalidad, de aumento de los peligros externos, también la izquierda debe defender a la familia, lo que raramente es favorable a la expresión de las reivindicaciones femeninas.

Mientras que antes de 1914, es fundamentalmente en torno a la noción de libertad donde se enfrentaban partidarios y adversarios de una legislación específica para las mujeres, en 1989, en

Francia, el argumento sostenido por unos y otros, parece ser el de la búsqueda de la igualdad entre hombres y mujeres. Una igualdad restablecida por la ley que, por su misma existencia, corrija una desigualdad natural o una desigualdad construida históricamente, para los intervencionistas; una igualdad debida a la desaparición de la ley, para los liberales contemporáneos. La igualdad se inscribe hoy en una nueva perspectiva: por una parte, por la razón de que, basándose en estudios científicos, se afirma cada vez más que el trabajo nocturno es perjudicial para la salud de varones y mujeres, perturba la vida social y familiar de todos; por otra parte, porque las nuevas reglamentaciones en proyecto insisten en la protección particular y en las garantías específicas que deberían otorgarse a las mujeres embarazadas y a las jóvenes madres, a fin de asegurar una alternativa al trabajo nocturno. La diferencia reconocida entre los varones y las mujeres es, entonces, únicamente biológica y limitada a sus roles específicos en la reproducción de la especie humana.

Bibliografía de la Cuarta Parte

1. Psicopatología del trabajo

DANIELLOU F., LAVILLE, A. y TEIGER C.[1983] "Fiction et réalité du travail ouvrier", *Les Cahiers Français*, 209, p.39-45. "Le travail ouvrier", Paris, Documentation française.

DEJOURS C.[1980] Vécu subjectif du chômage et organisation du travail, "La maladie du chômage", Communication aux XXVèmes Journées de la Santé Mentale, Paris, *Santé Mentale*, 3-4, p.26-29.

DEJOURS C.[1983] "Réactions psychopathologiques aux ruptures involontaires d'activité professionnelle", (Intervention aux Journées Henri Rousselle), *Psychologie Médicale*, Paris,N° 15, p.1875-1880.

DEJOURS C.[1985a] Construire sa santé, in B.CASSOU et alii (comp.), *Les risques du travail*, Paris, La Découverte, p.18-21.

DEJOURS C., VEIL C. y WISNER A. (sous la dir.de) [1985b] *Psychopathologie du travail*, Paris, Entreprise moderne d'Edition. (Publié avec le concours du CNRS).

DEJOURS C. [1986] *Le corps entre biologie et psychanalyse. Essai d'interprétation comparé*, Préface de François Dagognet, Paris, Payot.

DEJOURS C., COLLOT T. GODARD P. y LOGEAY P.[1986a] Syndromes psychopathologiques consécutifs aux accidents du travail (incidences sur la reprise du travail. *Le travail humain*, 49, p.103-116)

DEJOURS C.[1987, 1988](comp.) (Cf. Bibliografía de la Primera Parte).

DEJOURS C. [1993](Cf. Bibliografía de la Primera Parte).

DELPHY Christine y KERGOAT Danièle [1984] Les études et recherches féministes et sur les femmes en Sociologie, Actes du colloque *Femmes, Féminisme et recherches*, AFFER, Toulouse.

DESSORS D. TEIGER C. y LAVILLE A.[1979] "Conditions de travail des opératrices de renseignements téléphoniques et conséquences sur leur santé et sur leur vie personnelle et sociale", *Archives des Maladies Professionnelles*, 40, N°34, p.469-500.

GUILLAUMIN C.[1972] *L'idéologie raciste*, Génèse et langage actuel, Paris-La Haye, Mouton.

HIRATA Helena [1980] (Cf. Bibliografía de la Tercera Parte).

HIRATA Helena [1981] "Division sexuelle du travail et rôle de l'Etat: l'exemple brésilien", *Critiques de l'Economie politique*, N°17, nouvelle série: "Le travail des femmes"(ed.Maspero).

HIRATA Helena [1986] Travail, famille et rapports hommes/femmes: reflexions à partir du cas japonais, in *Les salarisations ambigües.Carnets des Ateliers de Recherche*, Université d'Amiens, UER Sciences Economiques, 7, p.43-60.

HIRATA Helena y HUMPHREY John [1986a] Division sexuelle du travail dans l'industrie brésilienne, in N.AUBERT, E.ENRIQUEZ Y V. DE GAULEJAC (comp.), *Le sexe du pouvoir. Femmes, hommes et pouvoir dans les organisations* , p.175-189, Ed.Epi.

HIRATA Helena y HUMPHREY John [1986b] "Stratégies familiales et politiques patronales:le cas du Brésil", *Nouvelles Questions Feministes*, N°14-15, p.181-194.

HIRATA Helena y HUMPHREY John [1987a] "Des limites d'une approche par l'entreprise des problèmes de l'emploi et du chômage", Intervención en las IIèmes Journées de Sociologie du Travail- CNRS, Lille, 12-13 marzo 1987, *Cahiers CLERSE*, N°2, p.317-326.

HIRATA Helena y HUMPHREY John [1987b] "Familles ouvrières face à la crise, chômage et rapports sociaux hommes-femmes au Brésil". *Les Temps Modernes*, v.42, N° 491,p.103-120.

HORNEY Karen [1926, 1969] "La fuite devant la féminité", in *La psychologie de la femme*, Paris, Payot, 1969.(Del alemán: "Flucht aus der Weiblichkeit", 1926)

KERGOAT Danièle [1973] (Cf. Bibliografía de la Primera Parte).

KERGOAT Danièle [1982](Cf. Bibliografía de la Primera Parte).

KERGOAT Danièle [1984a](Cf. Bibliografía de la Primera Parte) (Traducido en esta obra en la Primera Parte, *Por una Sociología de las relaciones sociales. Del análisis crítico de las categorías dominantes a una nueva conceptualización*, p. 13)

KERGOAT Danièle [1984b](Cf.Bibliografía de la Primera Parte).

KERGOAT Danièle [1988a](Cf.Bibliografía de la Primera Parte).

KERGOAT Danièle [1988b] Le "métier". Note de travail pour le Séminaire Interdisciplinaire de Psychopathologie du Travail, in DEJOURS C. (comp.), *Souffrance et plaisir dans le travail*, Ed.de l'AOCIP, 1988.

LANGEVIN Annette [1985] "L'aménagement social des parcours de vie", *Temps libre*, N° 13, p.84-90.

LANGEVIN Annette [1986a] "Rythmes sociaux et réinterprétation individuelle dans le parcous de vie", *Les Annales de Vaucresson*, p.169-179.

LANGEVIN Annette [1986b] "Frères et soeurs, semblables, différents, incomparables. Le réseau fraternel", *Le groupe familial*, 111, p.92-99.

MITSUOKO, M.(seudónimo) [1981] "Les relations de travail au Japon; témoignage d'une expérience vécue", *Bulletin del'AVFT*, N°6, nov.1987 ("Cette violence dont nous ne voulons plus").

PINTO J.[1984] "La secrétaire: attachée ou employée", *Penelope*, N°10.

SUGITA K.[1985] "Le groupe de travail dans l'entreprise japonaise", *Sciences Sociales du Japon contemporain*, N°7, p.97-12O, EHESS, mars.("La socialité japonaise")

TEIGER, C.[1985] "Le travail sous contrainte de temps", in CASSOU *et alii* (eds.) *Les Risques du travail*, Maspero-La Découverte, p.87-93.

ZARIFIAN Philippe [1986] "L'individu systematisé n'existe collectivement que dans le salariat d'une entreprise particulière. L'individu moderne?", *Travail*, N° 11, p.48-50.

ZARIFIAN Philippe [1987] Qualification et modes de socialisation. CEREQ-Centre d'Etudes et de Recherches sur les qualifications. Contribution à la *Première Rencontre de Sociologie du Travail. La Sociologie face à la Qualification*, Nantes, février 1986. Paris, CNRS-PIRTTEM. (Actas del coloquio).

2. Historia

ANTOINETTE (Journal des femmes de la CGT), mai 1980.

AUDIGANNE A. *Les populations ouvrières et les industries de la France*, Paris, 1860, T.I.

AUZEBY E. [1911] L'ouvrière dans les lois du travail et de la prévoyance sociale.

AUZIAS C. HOUEL A. *La grève des ovalistes*, Lyon, juin- juillet 1869. Paris, Payot, 1982.

BORZEIX A. y MARUANI Margaret [1982] *Le temps des chemises, la grève qu'elles gardent au coeur*. Paris, Syros.

CARDEUR R. *Code pratique du travail*.(ed. 1914)

CHRONIQUE des Usines-Pensionnats, Catálogo de la Exposición Ecomusée du Nord Dauphiné, 1986.

CNAF, Rapports du programme de recherche "Activité féminine, vie familiale de la CNAF"

COMAILLE J. [1993].*La stratégie des femmes*, Paris, La Découverte.

DUBESSET M., THEBAUD F. y VINCENT C.[1977] "Les munitionnettes de la Seine", in *Le mouvement social*, N°2, "L'Autre Front".

DUBESSET M. & ZANCARINI-FOURNEL M.[1993]*Parcours de femmes.Realités et représentations (Saint-Etienne, 1880-1950)*, Presses Universitaires de Lyon.

DUBIEF F.[1908] *A travers la législation du travail*.

DUBY Georges y PERROT M. (comp.) [1991] *Histoire des femmes en Occident*, Paris, Plon.

FOURCAUT A.[1982] *Femmes à l'usine en France: l'entre- deux-guerres*, Paris, Maspero.

FRIDENSON P.[1987] "Un tournant taylorien de la société française", *Annales ESC*, sept.oct.

FROIS M.[1926] *La santé et le travail des femmes pendant la guerre*, Paris, PUF.

GRAFTEAUX Serge [1974] *Mémé Santerre*, Marabout.

KERGOAT Danièle [1982] (Cf. Bibliografía de la Primera Parte).

KERGOAT Danièle [1991](Cf. Bibliografía de la Primera Parte).

KERGOAT, Danièle [1992c] (Cf. Bibliografía de la Primera Parte) (Traducido en este libro Parte III, art.N° 3)

LETESSIER D.[1980] *Le voyage à Paimpol*, Paris, Le Seuil.

LOUIS M.V.[1994] *Le droit de cuissage*, Paris, Editions de l'Atelier.

MANNHEIM C.[1902] *De la condition des ouvrières dans les manufactures de l'Etat.*

MARCHAND y Olivier THELOT Claude [1991] "Deux siècles de travail en France; population active et structure sociale, durée et productivité du travail", Paris, Etudes INSEE.

MARTIN-FUGIER A. [1985] *La place des bonnes; domesticité féminine à Paris*, Paris, Librairie Générale Française.

MICHELET Jules [1858] *L'Amour*, Paris, Hachette.

MILHAUT Léon [1897] "La réforme de la loi sur le travail des femmes et des enfants", *Revue politique et parlementaire*, mayo 1897.

PELLOUTIER M.F.[1900] *La vie ouvrière en France.* Reimpresión en facsímil: *Le travail des femmes*, Paris, Maspero, 1975.

REYBAUD Louis [1869] *Etudes sur le régime des manufactures de soie*, Paris.

RIOT-SARCEY Michèle y ZYLBERBERG-HOCQUARD Marie-Hélène [1987] *Travaux de femmes au XIX siècle*, Paris, Ed. Musée d'Orsay.

SIMON, Jules [1861] *L'Ouvrière*, Paris.

TALLON E. [1877] *Vie morale et intellectuelle des ouvriers*, Paris, Plon.

THEBAUD F. [1986] *La femme au temps de la Guerre de 1914*, Stock.

TILLY Louise A. y SCOTT Joan [1987] (Cf. Bibliografía de la Primera Parte).

WEIL Simone [1979] *La condition ouvrière*, Paris, Gallimard (Idées).



Centro de Estudios de la Mujer - Santiago de Chile

LIBROS PUBLICADOS

1. VV.AA., *Mundo de mujer: continuidad y cambio*, 1988
2. Julia Meder, Verónica Riquelme, Soledad Olivos, *Las temporeras y su visión del trabajo*, 1989
3. Bárbara Delano, Thelma Gálvez, Rosalba Todaro, *Demandas de las mujeres asalariadas*, 1989
4. Ximena Díaz, *Talleres productivos de mujeres*, 1990
5. Marisol Santelices, *Mal amor, violencia entre cuatro paredes*, 1991
6. Eugenia Hola, Rosalba Todaro, *Los mecanismos del poder: hombres y mujeres en la empresa moderna*, 1992
7. Ximena Díaz, Norah Sclaen, *Mujer, trabajo y salud: trabajadoras de la confección*, 1992
8. Bárbara Delano, Roslaba Todaro, *Asedio sexual en el trabajo*, 1993
9. Eugenia Hola, Gabriela Pischedda, *Mujeres, poder y política: nuevas tensiones para viejas estructuras*, 1993
10. Virginia Guzmán, Sandra Lerda, Rebeca Salazar, *La dimensión del género en el quehacer del Estado*, 1994
11. Julia Medel, Verónica Riquelme, *La salud ignorada: temporeras de la fruticultura*, 1994
12. Ximena Díaz, Norah Schlaen, *La salud ignorada: trabajdoras de la confección*, 1994
13. Rosalba Todaro, Regina Rodríguez (eds.), *El trabajo de las mujeres en el tiempo global*, CEM-Isis Internacional, 1995
14. Virginia Guzmá, Eugenia Hola (eds.), *El conocimiento como un hecho político*, 1996
15. Sonia Yañez, Rosalba Todaro (eds.), *Sobre mujeres y globalización*, 1997

Se terminó de imprimir en el mes de agosto de 1997
en los Talleres Gráficos Nuevo Offset
Viel 1444 - Capital Federal

La división sexual del trabajo
Permanencia y cambio

Helena Hirata, Danièle Kergoat, con la colaboración de Marie-Hélène Zylberberg-Hocquard

Relaciones sociales de sexos y división sexual del trabajo son dos alocuciones indisociables y que componen un sistema: es así como aparecen a lo largo de esta obra, que quiere presentar la problemática de la división sexual del trabajo tal como se elaboró en el GEDISST -Grupo de Estudios sobre la División Social y Sexual del Trabajo- equipo de investigación creado en 1983, en el Centro Nacional de Investigación Científica (CNRS, Francia).

El enfoque adoptado aquí trata de tener en cuenta, simultáneamente, relaciones sociales de sexos y de clases, cualquiera sea el campo de las prácticas estudiadas.

Las cuatro partes de las que se compone el libro muestran que la problemática de la división sexual del trabajo interpela intensamente a los paradigmas dominantes y puede contribuir a su renovación. Dar un estatus teórico a las categorías de sexo y de trabajo en las ciencias humanas y sociales, puede trastocar los enfoques dominantes en términos de conciliación de roles sexuados, en los que se puede distinguir un cierto biologismo -y/o naturalismo- subyacente. En esta obra tratamos de mostrar que la división sexual del trabajo es, por el contrario, una construcción social, por lo tanto histórica, y plantea la cuestión del cambio: si finalmente pudieron realizarse cambios, éstos fueron a menudo el resultado de modificaciones en las relaciones de fuerza entre los sexos, consecuencias ellas mismas de movimientos sociales muy amplios.

Helena Hirata es filósofa y socióloga, Danièle Kergoat socióloga y Marie-Hélène Zylberberg-Hocquard historiadora. Las tres son docentes, investigadoras en el Grupo de Estudios sobre la División Social y Sexual del Trabajo - GEDISST- del CNRS de Francia y autoras de diversas publicaciones sobre el tema.

ASOCIACIÓN TRABAJO Y SOCIEDAD - ARGENTINA
CENTRO DE ESTUDIOS DE LA MUJER - CHILE
PIETTE DEL CONICET - ARGENTINA